

El Principio

De mi

CAOS



Mira Luna

*Para mí, por no tener miedo a fracasar
Sino a no intentarlo.
A ti, por ser mi inspiración, aunque
Ojalá nunca.*

*Empezó a escribir sin saber si iba a salirle bien.
¿Cómo iba a adivinar que alguien recogería su historia
y la llevaría consigo a todas partes?
Nadie espera esas cosas, no las planea.*

La Ladrona de Libros



CARTA

DE PRESENTACIÓN

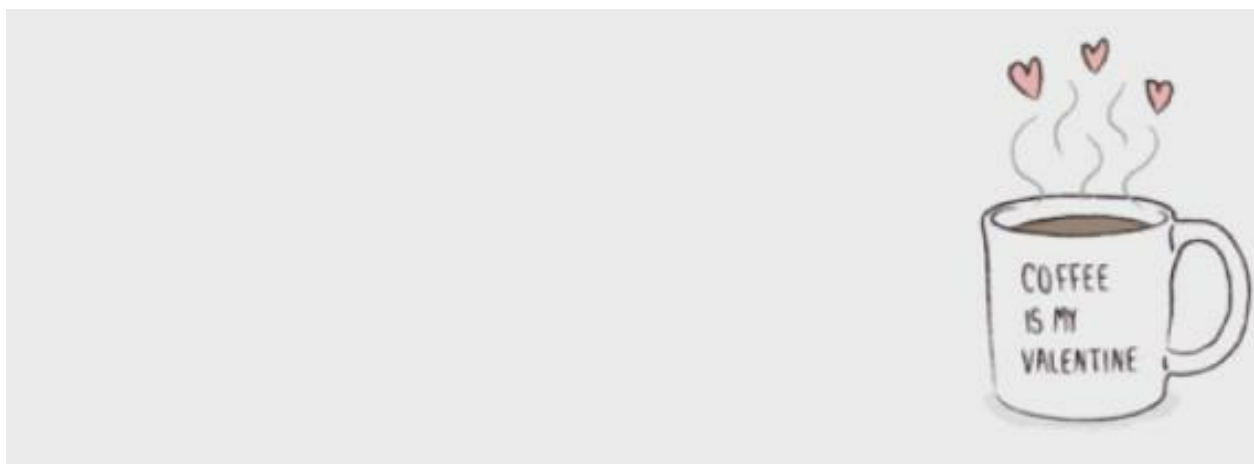
¿Quién es Laura Sorda? Si me hubieran hecho esta pregunta hace unos años hubiera contestado que una don nadie. Un bicho raro que pasaba desapercibido allá donde iba. Miembro del periódico del instituto, pero nunca había salido en ninguna publicación, capitana del club de ajedrez, pero solo éramos dos miembros mi amiga Lena y yo, mención especial en el anuario por no haber faltado ni un solo día en los últimos cursos, pero casi ningún profesor sabía mi nombre... Para poner un claro ejemplo, y que entendáis el grado de indiferencia que despertaba, os diré que nadie me hizo jamás ni una sola broma con mi nombre y tendréis que reconocer que da para mucho. Si me preguntaran quien es Laura Sorda ahora diría que una persona nueva, un ave fénix que resurgió de sus cenizas diez años después. Los días de soledad y ausentismo social me proporcionaron muchas horas libres para dedicar a mis estudios. Decidí meterme en Publicidad y Marketing, porque quise plantarle cara a mi introvertida yo interior, y me fui a sacarme un máster en la S.I Newhouse School of Public Communications de Nueva York. Aquella ciudad me cambió por completo. Salir del cascarón me proporcionó la fuerza y el empuje necesario para dar un cambio de 360 grados en mi vida. La chica introvertida fue abriéndose a un mundo nuevo y desconocido que, después de todo, no estaba tan mal.

Me ficharon para hacer mis prácticas en la TWT, The Woman of Tomorrow, una súper revista de moda a nivel internacional con sede en la Gran Manzana. A riesgo de aparentar una infinita arrogancia os diré que soy bastante buena en mi trabajo, la máster del universo mas bien, y me gané un puesto fijo en la empresa como responsable de producto. La revista, que cuida a sus empleados tan bien como a su imagen, me puso un pisito en el Upper West Side. Desde la ventana de mi cocina podía ver el mismísimo Central Park. Cada vez que me levantaba por las mañanas me sentía como la protagonista de mi propia película, jamás hubiera imaginado que alguien como yo llegaría a vivir una aventura así. No quiero que me malinterpretéis, pero disfrutaba cada vez que volvía a casa por vacaciones y me cruzaba con alguien del pasado. Eran pocos los que se acordaban de mi, y aun menos los que me reconocían, pero cuando me hacían la típica pregunta de “Laura, ¿eres tú? Qué cambiada te veo chica, ¿qué es de tu vida?” Ese era mi momento para desahogarme después de tantos años en el anonimato. “Pues poca cosa. Me fui a la universidad me gradué y ahora trabajo para una revista bastante importante. TWT, ¿la conoces? Bueno solo tiene unos 200 millones de lectores o así... Pero claro, como tiene sede en Nueva York... quizás no la conozcas, ¿eres de leer?” Aquellos pequeños momentos me alimentaban el alma y el ego también... la verdad.

El primer año que pasé en Nueva York fue bastante duro. Tuve que acostumbrarme, en tiempo récord, a una sociedad que se movía a una velocidad de vértigo, como cuando rebobinamos una película al dieciséis, parecía que nunca llegaría a alcanzarlos.

Cuando recorres sus calles, por primera vez, nunca sabes hacia donde dirigir la mirada. Todo te llama la atención, todo es una sorpresa constante. Después de un tiempo te vas acostumbrando y algunas cosas te van resultando “normales”. Podría escribir un libro solo con las curiosidades de la metrópolis neoyorquina. Desde mi primer día, camino con una taza de café en la mano, era mi sueño “americano”, aunque lo cierto es que no me gustaba el café. A todo se va adaptando una. Hay colas absolutamente para todo, hasta para ir al baño... pero eso es algo que parece no importar a nadie. Les encanta, si ellos ven una cola, allá que van. Lo del metro ya es otro cantar. Jamás llegaré a acostumbrarme, os juro que es un universo paralelo, aunque hoy en día lo tengo mucho más fácil porque, no es por vacilar, me recoge el coche de empresa. Aunque solo para ir a la oficina, no vayáis a pensar que tengo tanto glamur. Por cierto, pararte en medio de una acera es un deporte de riesgo, un pecado capital. En mis primeros días en la gran ciudad, si se me ocurría pararme un milisegundo para mirar el Google map, la manada de peatones que venían detrás se convertía en zombis, a lo *Walking dead*. Daban miedo, os lo juro, son capaces de pasarte por encima. Y como no tenía muchos conocidos, pero si un gran problema para hacer amigos pasaba muchísimo tiempo solo, aunque eso en Nueva York no es un gran problema ya que está repleto de museos gratuitos en los que entretenerte sola o acompañada.

Cada día que he pasado aquí ha sido una aventura de la que no me arrepiento. No cambiaría nada. Me quedo absolutamente con todo, con lo bueno y con lo malo. Aunque como soy una chica de extremos lo bueno siempre ha sido muy bueno y lo malo, lo peor. Os decía antes que mi vida en Nueva York era como una película, mi película. Y como ya sabréis toda película tiene sus más y sus menos. Mi último año no ha sido, precisamente, de color de rosas y, sin embargo, creo que ha sido el mejor de todos. Pero debería empezar por el principio, o al menos lo que yo considero que fue el principio de mi caos.



CAPITULO 1: UN CAFÉ PARA DOS

El día que me mude, al que sería mi nuevo hogar, llevaba tres años en TWT y a penas un mes como directora general. El miedo, y el vértigo, que sientes el primer día que entras en una redacción como la mía sabiendo que todo aquello es responsabilidad tuya se asemeja al primer día que montas en una caída libre del parque de atracciones. Pero de las más salvajes del mundo, de esas que te dejan caer de ciento treinta metros de altura a una velocidad de ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora. A mi la cara de circunstancias me duró cerca de veinte días igual que las cagaderas. Cuando monté en mi primera caída libre también.

Mudarte sin ayuda de tu familia, a lo español, es una tortura. Suerte que los servicios de reparto de por aquí son muy profesionales y algunos vecinos un poco más amables que otros. No es que la simpatía brille por su ausencia en el país, pero en este barrio un poco si.

Cinco pisos de altura y un solo ascensor convirtieron el trabajo en una tortura. Para adelantar un poco decidí empezar a subir cajas a pie y, al segundo viaje, pensaba que mis piernas ya no me pertenecían. Me temblaban como si hubiera estado haciendo repeticiones de series de sentadillas y, aunque pensaba que me vendría muy bien dado mi gran absentismo del gimnasio, me daba miedo no ser capaz de dar dos pasos seguidos al día siguiente. Por eso, en el tercer viaje, me vi obligada a parar en la planta tres para reponer mis fuerzas. Como la gente suele ser tan jodidamente oportuna, no llevaba ni cinco minutos sentada cuando un chico apareció por la escalera y se me quedó mirando fijamente. Quién narices, en su sano juicio, subiría andando las escaleras. Entonces recordé que el servicio de mudanzas tenía, prácticamente, secuestrado el ascensor.

- Disculpa. - dije en mi perfecto ingles, pero espeso americano.
- Disculpada- aquel chico llamó mi atención por primera vez al contestar en español.
- ¿Eres español?
- Eso creo. Pero llevo tanto tiempo en Estados Unidos que empiezo a dudar. Aun así, aun reconozco un acento español cuando lo oigo.
- ¿Estás diciendo que mi inglés es malo?
- No... Estoy diciendo que tu acento es malo.

Me quedé mirándole durante unos segundos, pero, finalmente, no pude contener una carcajada. Aquel intento de guiri estirado había conseguido hacerme reír. Estaba empezando a ablandarme. Me levanté para permitirle el paso, pero él siguió mirándome con cara de pasmado. No entendía que interrumpía mi merecido descanso y que mi paciencia tenía unos limites bastante marcados. Si al chico le hacía feliz sostenerme la mirada yo estaba dispuesta a jugar a aquel juego, pero esperaba que no durara demasiado.

- ¿Te estás mudando?

Le miré a él, miré mis cajas y volví a sostenerle la mirada. ¿En serio? ¿Había dado con el típico lumbreras del Upar West Side?

- Eso parece...- contesté con reticencia.

El desconocido maleducado que ni si quiera se había presentado se acercó hasta mi y me quitó la caja de las manos.

- ¿Dónde hay que dejarlas?

- Quinto piso puerta derecha- Contesté maldiciendo a mi yo interior que prejuizgaba sin dilación.

El desconocido subió los dos pisos que nos separaban de mi apartamento sin ninguna dificultad. Eso me hizo replantearme de nuevo mi mal estado físico. Ya pondría remedio mas adelante si encontraba el momento. Me apresuré a abrir la puerta y le dejé paso. Me incomodaba un poco verlo cargar con mi caja y yo no llevar nada en las manos.

- Puedes dejarlo ahí mismo- Dije apresuradamente- Te lo agradezco mucho, de verdad.

- Tranquila. ¿Hay más?

- ¿Más?...

- Más cajas que subir.

- ¡Ah! Bueno, si. Pero no te preocupes ya puedo yo sola.

- Tonterías. ¿Qué clase de vecino sería si te dejara subir las cajas sola?

¿Uno que sabe captar las indirectas tal vez? A lo mejor parezco un poco desagradecida, pero en realidad odiaba importunar a la gente y, como ya expliqué, odiaba ser el centro de atención y en aquel momento lo era y mucho. Vale, admito que tampoco quería bajar y subir más veces las escaleras y había decidido dejar esa tarea en manos del servicio de mudanzas.

- Cómo quieras... a por las cajas entonces.

Tardamos cuarenta y cinco minutos en subir el resto. Cuando entre por la puerta de mi apartamento con la última estaba convencida de que me desmayaría en cualquier momento. El corazón estaba a punto de salir disparado de mi pecho y tenía una sensación de quemazón, en la garganta, bastante molesta. Maldito desconocido asquerosamente amable que no podía haberme ignorado como el resto de la humanidad.

Quería ser un poco más amable que mi subconsciente y quise invitarle a una taza de café. La cafetera y las cápsulas era lo único que tenía a la vista ya que la nevera seguía vacía. Lo acepto... porque además de amable por lo visto es educado, cosa que yo parecía no ser demasiado, y no podía reclinar mi ofrecimiento.

- Solo me queda una cápsula de café y dos de leche. Que mala suerte...

- No es problema- Contestó- Me gusta la leche manchada.

Nos pasamos la siguiente media hora compartiendo un café y repasando los vecinos más excéntricos que podían encontrarse en el edificio, por plantas, además de criticarnos mutuamente por los errores fónicos que cometíamos con el idioma. En realidad, yo era quien criticaba su fonética. Eso de que hubiera reconocido mi nacionalidad no me había sentado nada bien así que le recalqué mucho los cuatro años que había pasado en la escuela de idiomas, mi titulación y los años que había pasado en un colegio bilingüe. Tras una pausa oportuna en la que ambos nos

habíamos quedado sin argumentos, el desconocido, miró su reloj y se disculpó por tener que marcharse. Volví a agradecerle la ayuda prestada, varias veces, ya que había aprendido que al menos hay que aparentar lo que uno no es y le acompañé hasta la puerta. Cuando estaba a punto de cerrar se dio la vuelta de improviso:

- Por cierto, me llamo Tom.
- ¿Tom? ¿Pero no eras español? - Pregunté confundida.
- Bueno más o menos.
- ¿Cómo que más o menos?
- Pues que para mi padre soy Tomás y para mi madre soy Thomas.

Ahora entendía porque Tom, mi desconocido, tenía aquella pronunciación tan jodidamente perfecta y comprendí que había estado haciendo el ridículo durante toda la conversación.

Me despedí del desconocido, ahora Tom, y me dejé caer en el sofá de casi dos metros que rellenaba mi salón comedor.

En aquel momento de soledad y de silencio caí en la cuenta de que aquel iba a ser mi nuevo hogar, mi primer hogar y sonreí de felicidad infinita.



CAPITULO 2: NUNCA ME HAN BESADO

Los siguientes meses fueron fluyendo sin sobresaltos. Me sentía mucho más suelta en mi nuevo puesto y comenzaba a notar que mis compañeros me miraban con respeto. Eso solo podía significar dos cosas. O tenían miedo a que los despidiese o estaba haciendo las cosas realmente bien. A Tom me lo seguía cruzando por el edificio. En realidad, me lo cruzaba demasiado. A veces me daba la sensación de que había memorizado mis horas de salida y de llegada y siempre estaba, casualmente, en el lugar exacto para encontrarse conmigo. Eso es lo que pensé en aquel momento, después supe que teníamos más o menos el mismo horario y su oficina estaba cerca de casa. Pero era bonito pensar que alguien se tomaba tantas molestias solo por verme a mí, ¿Verdad? Algunas semanas después de haber tomado aquel café para dos y de haber mantenido pequeñas conversaciones improvisadas, en el ascensor, Tom me propuso acompañarle a ver una película en Central Park. Era aficionado al cine antiguo y, aunque yo no lo era, nunca rechaza una proposición así ya que no me hacían demasiadas. La idea de salir con alguien como una persona normal era bastante tentativa. No fue la única. Después del cine vino un concierto, patinaje sobre hielo, bolos, cena, un picnic en el parque un domingo de sol radiante... y así, poco a poco y sin a penas darme cuenta mi desconocido, Tom, se convirtió en mi Tom. Descubrí que además de ser educado y amable también era inteligente, divertido, atento, cariñoso y daba unos besos de infarto. Vale, no es que me hubieran besado muchas veces, en realidad nunca me habían besado, así que para mí era maravilloso. Los días, los meses y las estaciones fueron pasando, junto a Tom, a una velocidad pasmosa. Nuestro amor se convirtió en la brújula que guiaba mis pasos y en la unidad que media mi tiempo. Es increíble como el amor y la felicidad te hacen ser mejor en todos los aspectos de la vida. Estoy segura de que me convertí en mejor persona, en mejor compañera, en mejor amiga y en mejor amante. Sobre todo, porque con Tom lo aprendí todo. Nuestro primer beso llegó una noche de tormenta. De esas en las que se va La Luz y te ves obligada a encender velas cuquis por toda la casa, porque no tienes más. El salón solo estaba iluminado por los colores de mi cara, roja como un tomate, y una vela con el mensaje de "haz el amor y no la guerra" que me había regalado mi amiga Lena. No me arrepentía de haber esperado tanto porque al fin había encontrado a la persona correcta. Mi persona perfecta. No tenía ninguna duda, él había sido, era y sería el amor de mi vida siempre.

Con el otoño llegaron las primeras caídas de hojas, la fría brisa de las mañanas y Central Park se tiñó de oro. El paisaje era tan increíblemente maravilloso que solo me incitaba a pasear cogida de su mano. Estaba totalmente hipnotizada y daba mucho asco. En serio, era asquerosamente cursi. Lo sé y lo reconozco. Cuando tosía me daba miedo escupir muffins de colores y pegatinas de unicornio, de verdad. Pero no podía evitarlo el amor me controlaba, era su marioneta. Por eso no fui consciente del momento en que Tom había empezado a vivir conmigo. No lo recuerdo, sin más. Mi piso era más amplio y tenía muchas más comodidades que el de Tom. Ventajas de que el mío lo pagara la empresa. Por eso dormíamos casi siempre en mi casa y a penas pasábamos por la suya. Básicamente bajaba a ducharse y a cambiarse y poco más. Las plantas las regaba la asistenta cuando veía que amenazaban con marchitarse. Una tarde en la que recogía el piso, Tom se había marchado al gimnasio, empecé a ser consciente de que la casa estaba plagada de sus cosas. Su pijama bajo la almohada, su cepillo de dientes en el baño, sus zapatillas en el armario del recibidor... su taza favorita de "Hoy va a ser un buen día" para el desayuno... y de repente sentí pánico. Por primera vez, en todos esos meses, ¿o quizás había pasado ya un año?, sentí miedo. Miedo de sentir lo que sentía, de la posibilidad de perderle y volver a quedarme sola y de que el no sintiese lo mismo que yo. Pero Tom era tan amable, tan atento y cariñoso que era imposible que no estuviese enamorado de mí. Recuerdo perfectamente aquel otoño y como me envenenaba a mi misma imaginando que cualquier tontería era un signo de su falta de amor. Es increíble como la mente humana lo enrevesa todo y lo complica. Al menos la mía, la vuestra no lo sé. Cuando hablaba con Lena, la única amiga que había conseguido tener, amiga de toda la vida, además, intentaba convencerme de que a travesar esa etapa era normal. Incluso me aseguró que la pasaría varias veces y entré en pánico. Por lo visto las personas tendemos a preocuparnos de cosas que no han pasado sin motivos aparentes y sin indicio ninguno. Lo que viene siendo emperifollarse por la cara. Pero yo estoy convencida de que mi mente perversa envenenó mi relación. Esa relación idílica y perfecta que tenía. Creo que, en cierta medida, agobié a Tom y lo nuestro comenzó a enfriarse, aunque nunca sucedió nada que lo evidenciara. Eran sólo pequeños detalles. Recuerdo una noche en especial en la que abrí los ojos. Los abrí hacía otro mundo que no había sido capaz de ver hasta ese momento. Llamémoslo Realidad. Una noche, un viernes para ser más exactos, me duché, me puse un camisón y me perfumé hasta que casi me ahogo yo misma. Me metí en la cama, donde él leía un libro y le mostré mi mejor sonrisa. El me la devolvió y siguió leyendo. Repito que me había puesto un camisón, escotado, en pleno invierno. Además, no llevaba bragas y el lo sabía. Quise convencerme de que el libro era jodidamente interesante y no quise interrumpirle así que me conecté a Netflix para matar el tiempo imaginando que, en algún momento, pasaría de la lectura para centrarse en mí. Cuando me quise dar cuenta estaba roncando. Me quedé pasmada. Primero sentí asombro, luego rabia, luego tristezas y rabia otra vez. Mucha rabia. Me levanté indignada de la cama y sustituí el camisón por el pijama menos sexy que tenía en el armario, era de Winnie Pooh. Me desahugué con el espejo mientras le maldecía de mil formas distintas, no se como no se despertó con la de maldiciones que le eché. Y ahora os diré a vosotros, en confianza, a los que os preguntáis por qué no busqué yo el acercamiento, a los que pensáis que él no fue consciente de que quería llamar su atención, no conocéis a Tom. El no funciona así. Creo que ningún tío funciona así, ¿o sí? Os recuerdo que no tengo mucha experiencia, pero estoy casi segura de que, si un hombre tiene a una mujer al lado en camisón, con escote y sin bragas haciéndole ojitos deja el puto libro y se dedica a lo que se tiene que dedicar. Y si no es así, si no es así amigas mías es que la cosa pinta mal. Yo lo sabía y alguna de vosotras también lo está pensando ya. Y ahora aclararé que la rabia contenida que sentía por dentro no era porque fuera egoísta y no

podiera comprender que mi hombre estaba cansado, necesitaba dormir y no podía entregarse al placer carnal. Quiero que entendáis lo poco valorada que me sentía. Me sentía como una mierda. Una de las grandes que pesan toneladas. La moñiga más grande del universo. Es muy triste sentirte poco valorada y nada deseada y no es un sentimiento agradable. Lo peor fue sentir, por primera vez, que ahora era yo la que empezaba a perder el interés y entonces el miedo fue otro. Ya no temía que el me dejara, que se fuera y que no estuviera enamorado de mí. El miedo era por empezar a sentir que quizás yo nunca había estado enamorada. Y entonces, mi vida, la única vida que conocía, habría sido mentira.



CAPITULO 3: RESACA DE AMOR

Todos mis lunes eran de resaca. Resaca de amor. Los fines de semana los pasaba con Tom, prácticamente las veinticuatro horas, y éramos más empalagosos si cabe. Por eso era casi una tortura mortal, para mí, separarme de él para pasar doce horas en la oficina. Un suplicio.

Pero aquel lunes no. Aquel lunes llegué media hora antes. Yo, que acostumbraba a terminar de arreglarme en la oficina. Que una de las veces me di cuenta de que iba en zapatillas y obligué al chofer a dar la vuelta. Pues llegué media hora antes como una campeona. Creo que esta vez mi resaca no era de amor sino, simplemente, de Tom. Una sensación extraña y nueva recorría mi cuerpo y salí huyendo en busca de desconexión mental. Llevábamos un año de relación idílica y no entendía qué era lo que me estaba pasando. Pensaba telefonar a Lena en mi hora del almuerzo y ponerla al día de lo mal que funcionaba mi cabeza. Pero eso tendría que esperar porque tenía infinidad de responsabilidades esperándome en mi mesa.

Intentaba poner mis emails en orden cuando Susan, mi ayudante, llamó con incredulidad a mi puerta. Asomó su pequeña cabecita por el resquicio y me dedicó una sonrisa tímida.

- Perdona Laura, no estaba segura de que hubieras llegado ya. Es que tenemos aquí al becario.
- ¿Qué becario? - Tened en cuentas que mis neuronas tardaban algo más en despertar.
- El que nos mandan desde la universidad. - Susan se vio obligada a darme más información puesto que mi cara de idiota no variaba- Lo autorizaste hace un par de meses...
- Ah si, si... ¿pero eso era para junio no?
- Si... hoy es tres de junio.

Mi cara de idiota ahora ya era de subnormal profunda. Normalmente yo solía ser muy amable y simpática. De verdad os lo digo. Pero en ese momento no podía sumar mas cargas a mi mochila y un demonio interior me creció por dentro.

- Que se vaya. He cambiado de opinión no quiero becarios. Que se vaya Susan por favor te lo pido.

La cara de Susan era un poema claro. Cualquiera en su situación, o mejor aun, en su sano juicio se pensaría “muy mucho” lo que contestarle a su jefa neurótica.

- No es buena idea Laura, es un becario un poco especial.
- ¡cómo si es Dios! Quiero que se vaya Susan, por favor encárgate. – A mi es que cuando me dan las pataletas me pierdo.
- Pero Laura... es que es el hijo del director.
- Mierda...- mi gozo en un pozo. Iba a tener que tragarme al niño con papas- Pues mándalo a por cafés, y así se entera desde ya de lo que es ser becario...

Yo no entiendo como Susan no me mandó a tomar por culo. Seguramente por mantener el puesto porque si no... no me lo explico. Un castañazo me hizo saltar de la silla. Para que me entendáis aclaro que un castañazo es un estruendo de dimensiones desproporcionadas. Algo se había hecho añicos vamos.

Salí del despacho a toda prisa. Mi mala leche se había triplicado. Susan me seguía de cerca desencajada, ella sabía que no era el día más indicado para tocarme las narices. Ante mi falta de amigas, la única que tenía estaba a mas de tres mil quinientas millas, Susan era lo más parecido que tenía a una.no quedábamos en nuestro tiempo libre, pero si que habíamos compartido algún almuerzo o alguna compra para la oficina. También habíamos viajado bastante juntas, me gustaba que mi ayudante me acompañara a las reuniones y congresos, me sentía menos sola y me resultaban menos tediosas. No quiero parecer presuntuosa, a estas alturas creo que ya sabréis que no lo soy, pero os tengo que contar que este mundillo esta lleno de mucho maduro salidito que te ven presa fácil si no vas pegado a nadie. Ir con Susan hacía que les diera mas repaso entrarme y, para hacer honor a la verdad, ir con Susan también hacía que se fijaran menos en mí. Hay que ser sincera.

El estruendo provenía de la sala de descanso. Tarde hasta dos minutos en ordenar en mi cabeza los acontecimientos. Miraba el destrozo que tenía ante mis ojos y miraba al muchacho desconocido que había junto a él. Volvía a mirar el destrozo y volvía a mirar al chico. Así hasta tres veces como una imbécil total.

- Pero ¿qué coño...? - dije en español. Cuando me mosqueo me sale insultar, es uno de mis defectos, de mis muchos defectos, y cuando insulto lo hago en español. Siempre. No sé por qué.

Delante de mis ojos tenía un amasijo de porcelana hecha añicos. Porcelana china, además. La había comprado hacía a penas un mes, después de remodelar la sala de descanso, porque quería que mis compañeros se sintiesen especial. Y para pegarme el pegote también, a ver...

- ¿Qué ha pasado aquí? - preguntó Susan. Le agradecí que tomara las riendas puesto que mi mente se encontraba divagando por varios kilómetros de allí.

- Lo siento señora. - dijo el mocoso- quería coger una taza y me apoyé... se ve que quién lo haya montado la h cagado era bien.

- ¿Me acaba de llamar señora Susan?

- Creo que me lo ha dicho a mi...- contestó mi ayudante dirigiéndose a mi persona.

- Es igual de insultante Susan. Manda a este personaje a limpiar ese destrozo. Mantenlo ocupado el resto del día.

Hice una salida triunfal, a la altura de mi altanería, y me encerré en mi despacho de nuevo. Notaba como me palpitaba la sien. Con la tontería del becario no me había dado cuenta de la jaqueca que tenía. Rebusqué en los cajones de mi escritorio, siempre tenía ibuprofeno a mano, era una mala adicción. Cuando por fin encontré uno me lo tomé con desesperación y me recosté en mi silla.

Llevaba casi una hora en la oficina y aun no había recibido ningún mensaje de Tom. No me malinterpretéis. No es que me pareciese algo descabellado pero lo normal es que, a esas alturas, ya me hubiera mandado uno. Raro en él. Lo cierto es que no hacía más que apreciar pequeños detalles que se salían mucho de lo común. Nada bueno. Volví a retomar la tarea de poner al día mis emails. Lo odiaba... la mayoría de ellos eran spam. La mitad eran avisos de los que se encargaba Susan, a la que siempre tenía en copia, y del resto cinco o seis solía ser interesantes. Entre esos cinco o seis encontré el curriculum del niñato becario. Venía de Columbia, como no... pagado por papá. Lo raro es que no viniese de Yale o Harvard, lo típico. Cristhian... bonito nombre. En la foto de su perfil se olía el dinero y los voltajes de lejos... Lo de los voltajes es por el enchufe que le precedía. Acabo de hacer un chiste, para los que no lo hayáis pillado. De lo que si que os habréis percatado es que tengo la gracia en el trasero, por no decir culo. Tenía el pelo bastante desaliñado, lo que en España hubiera sido señal de no ducharte pero que en Nueva York estaba muy a la moda. La camisa Thomas Mason y la camisa desestructurada azul lo terminaba de delatar.

No me gusta prejuizar, sobre todo porque lo solían hacer conmigo, pero ese día no se me podía aguantar. Lo vi y lo critiqué con mi mente a tope. Odiaba a los pijos de papá y mamá que lo tenían todo en la vida regalado. Y odiaba tener que comérmelo con patatas, a la fuerza, durante seis meses.

Eran las diez y media de la mañana. Hora de desayunar. Mi Whatsapp seguía vacío. Perfecto. Mi mal humor crecía por segundos. Quizás era eso lo que me tenía tan encendida y no la falta de café en vena.

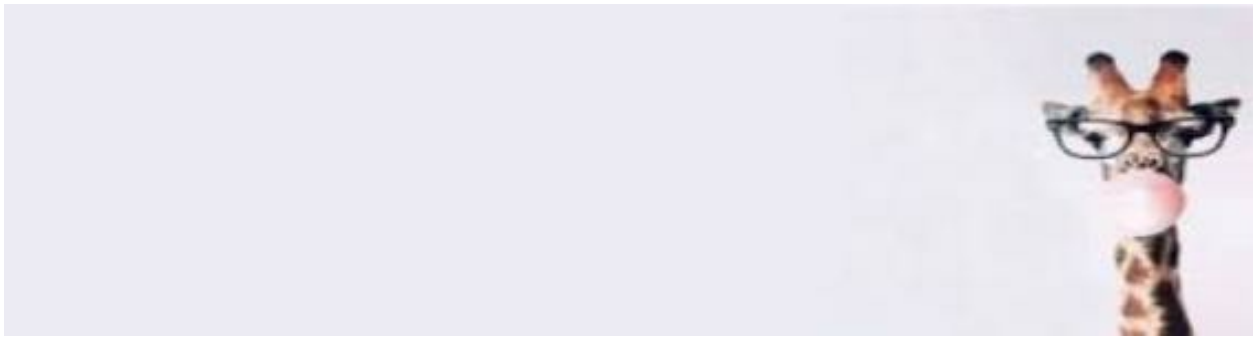
El suelo de la sala común seguía lleno de pequeños trocitos de porcelana y de restos de polvo del destrozo que se había formado. El niño rico había recogido el montón más grande, pero se notaba que no había hecho una cama en su vida. Algunas tazas, supervivientes, estaban lavadas y secándose junto al fregadero. El becario estaba sentado y tomándose un refresco como si aquello no fuera con él. Cogí una taza, para echarme café, pero estaban chorreando. Creo que al niño se le había olvidado escurrir el agua de dentro después de lavarlas. Decidí buscar alguna taza que no hubiera caído al suelo, pero, como no encontré ninguna, me decidí por un café frío de la nevera.

- Señora siento mucho lo de las tazas. No fue a propósito y, por supuesto, cubriré cualquier gasto que haya ocasionado.
- Por supuesto... porque el dinero no es ningún problema...- murmuré.
- ¿Cómo dice señora?
- Que dejes de llamarme señora. No tengo edad ni para ser tu madre.
- Mi madre tiene cuarenta años.
- Ah... vale. - Un poco joven, pero quién era yo para marcar la edad materna- ¿y cuántos años te crees que tengo yo?
- Mmm...
- ¿En serio te lo estás pensando? ¿No entiendes la ironía? Mejor termina de recoger todo esto y después te pasas por mi despacho para que te ponga al día de tus funciones.
- Claro se...

Lo fulminé con la mirada y no fue capaz de terminar la frase. ¿Pero quién se creía que era? La verdad es que estaba acostumbrada a que las personas me echaran más edad por el cargo y por el traje de chaqueta, pero lo cierto era que cuando me ponía el chándal, y me miraba al espejo, aparentaba mucho menos.

Huí a refugiarme detrás de mi ordenador. Algo en aquel crío me causaba escalofríos. O quizás, simplemente, era que no lo podía soportar. Me dediqué a buscar mil maneras para hacerlo sufrir el resto de la mañana. Si sus padres no iban a enseñarle lo que era la vida, lo haría yo... Nunca me había sentido tan malvada como en aquel momento, pero las cosas, sin lugar a duda, habían comenzado a cambiar.

Cuando quise darme cuenta habían pasado mis ocho horas de trabajo y, ni una sola vez, me había parado a pensar en mi resaca de amor.



CAPITULO 4: POR MÍ Y POR TODAS MIS COMPAÑERAS

Si el reto de la semana había pasado desapercibido en casa, en la oficina había sido un autentico suplicio. Gabriel, que así resultó llamarse el becario, no valía para nada. Sin exagerar, en serio, era un autentico inútil. Mi paciencia se había visto reducida notablemente, en lo últimos días, pero con la llegada de Gabriel ya era casi inexistente. Primero intenté que se dedicara a servís cafés, algo muy común entre las tareas de un becario, al menos por esta zona. Cuando fue a por los cafés, por primera vez, llamó cinco veces por teléfono. Su memoria resultó ser peor que la de un pez. La segunda vez quise adelantarme y le obligué a llevarlo por escrito. Se quejó, porque Gabriel se quejaba por todo, pero me dio igual. Cuando volvió traía ocho cafés... justo lo que le habíamos pedido. Era tan bonito que casi me hace llorar. Pero cuando de verdad quise llorar fue cuando tuve que salir corriendo con una de mis empleadas a urgencias. Resulta que el pequeño genio ni si quiera sabe escribir en condiciones. Así que no entiende ni su propia letra. El café de Loise era sin lactosa, pero el aseguraba haber leído sin sacarosa... ¿En serio Gabriel? Quién, en su sano juicio, escribiría sacarosa en vez de azúcar Gabriel...Sin comentarios.

Como lo de los cafés no cuajo demasiado, decidí mandarle cualquier otra función que no pusiese en riesgo la vida de ningún empleado. No quería que me demandasen a aquellas alturas. Le mandé a hacer fotocopias. ¿Qué podía pasar? De las primeras ninguna salió cuadrada. Todas fuera de margen. Era imposible leer las letras del margen izquierdo y, lógicamente, ninguna de ellas servía para nada. Perdía más tiempo intentando explicarle, una y otra vez, como debía colocarlas, que haciéndolo yo misma. Cuando estaba a punto de desistir tuve que atender una llamada y le dejé solo. Total, qué más podía hacer ya. A los cinco minutos se fue La Luz de toda la planta. Gabriel había derramado su vaso de agua sobre la fotocopidora y había provocado un corto. Un despiste tonto lo tiene cualquiera, ¿verdad?, solo había supuesto el coste de una maquina nueva y el arreglo de la instalación eléctrica. Se ofreció a pagarlo, por supuesto. Otra cosa no, pero dinero le sobrara al muchacho. Como ultima instancia lo mandé a sentarse con los chicos de redacción. Quietecito y observando en qué consistía el trabajo. Cada media hora venían a mi despacho para suplicarme que lo mandara a otro departamento. En menos dos horas había pasado por cinco o seis compañeros distintos. Se quejaban de que no cerraba la boca y lo intentaba corregir todo. Porque claro, Gabriel, a la vista estaba, entendía de todo.

- Gabriel...

- ¿Señora...?

Respiré hondo... no iba a dejar que el mocoso me sacara de mis casillas. Bueno vale, lo cierto era que ya lo había hecho, pero pensaba seguir disimulando. Lo que me faltaba ya era darle la satisfacción de verlo. ¡En cima!

- Se acaban las opciones contigo Gabriel. Te voy a mandar al estudio. Están con un reportaje para el próximo número. Avisaré a Sharon, nuestra Fotografa, de que vas para allá. – Dejé la carpeta que estaba repasando y le miré directamente a los ojos- Te prometo que como Sharon me de una sola queja de ti el próximo departamento al que te mandaré será al de Manuel.

Me di la vuelta camino de mi salida triunfal, tan característica en mi, cuando escuché la exasperante voz de Gabriel a mis espaldas.

- Señora...- maldito imbécil- ¿qué departamento es el de Manuel?

- El de limpieza- contesté sin volverme siguiendo mi camino.

Cuando llegué de nuevo a mi despacho mi teléfono móvil comenzó a vibrar en el bolsillo. Era Lena desde Madrid. Acostumbrábamos a llamarnos durante el desayuno, pero aún quedaba media hora. Que extraño. Me recosté en mi silla y descolgué. Era una videollamada.

- Ey Lena. No sabes como me alegro de ver una cara competente al fin.

- ¡Ele! – Ele era su forma de llamarme, por eso de que mi nombre empieza por ele. Un sin sentido si tenemos en cuenta que ella se llama Elena. - ¿qué tal amiga?

- Agobiada tía... ¿recuerdas a Gabriel verdad?

- Como no recordarlo si llevas semanas hablando solo de él. - contestó mi amiga sonriendo.

Era cierto que no hablaba de otra cosa. Pero es que ese demonio encarnado en el cuerpo de un joven hedonista tenía absorbida todo mi tiempo y mi energía. Desde que había llegado a la oficina todo estaba patas arribas y no podía hacer nada sin que alguien viniese a quejarse de el. Encima tenía que comérmelo con patatas por ser hijo de quien era. ¿Qué podía hacer yo? Solo quejarme a mi mejor amiga y tenerla hasta el moño de tanto escuchar mis lamentaciones.

- ¿sabes cuál ha sido la última Lena? Están todos hasta el gorro... no hacen más que pasarme sus quejas y yo ya no se qué hacer. ¿Dónde lo pongo? No sabe hacer la o con un canuto Lena. Vale yo tampoco... pero ya me entiendes. Es una pesadilla. ¿Y qué me dices de su afán de protagonismo? Todo lo sabe, de todo entiende, siempre tiene la razón, siempre tiene algo que decir... desde que llegó no hago más que escuchar “Gabriel esto...”, “Gabriel lo otro...” te lo juro...uf...

Cuando me di cuenta mi amiga me miraba a través de la pantalla con cara de circunstancias. Me sentí mal por parlotear sin parar y no haberle preguntado por qué me había hecho una videollamada a esas horas.

- Lo siento amiga. ¿Ocurre algo?

Lena cambió la expresión de su cara de repente. Una enorme sonrisa ocupaba todo su rostro. Colocó la mano derecha frente a la pantalla. Acercándola para que yo pudiera ver lo que fuera que quería que viera. Tarde varios segundos en darme cuenta de lo que era. En su dedo anular, donde antes no había nada, llevaba un anillo de oro blanco con un brillante enorme. No soy muy entendida en joyería, pero a mi todas las pierdas brillantes me parecían eso, un brillante.

- ¡No me lo puedo creer! - grité mientras me incorporaba de golpe.

A través de los cristales del despacho pude ver como algunos curiosos miraban hacia mi puerta. Entiendo que no era muy normal oírme gritar a mí que siempre guardaba la compostura en la oficina. Lena seguía sonriendo y sus ojos brillaban como luceros. Se notaba que estaba muy feliz. Yo no sabía como me sentía, no podía reaccionar. Aquella noticia me pilló demasiado por sorpresa. Ni si quiera habíamos hablado del tema ni de una remota posibilidad. ¿Qué había pasado? ¿Cuántas cosas me había perdido mientras estaba sumida en mi mundo?

- Lena, cariño no sé qué decir... Solo que me alegro muchísimo por ti. ¿Cómo ha sido? Quiero decir, ¿dónde y cómo ha sido?

- Tía increíble... me lo pidió el fin de semana en la playa. Fuimos a pasar un par de días a ese hotelero que nos gusta tanto. Preparó una cena romantiquísima junto al mar, con la puesta de sol y los veleros al fondo...

- ¿En serio? ¿De verdad pasan cosas así?

- A qué es increíble amiga...

Un nudo comenzó a nacer en mi estómago. No era envidia os lo juro. O quizás era un poco, pero de la sana. De esa que se le tiene a una persona a la que adoras a la vez que te alegras muchísimo por ella. Pero sabes que esas cosas tan maravillosas que le ocurren a ti no te pasarán jamás en la vida y entonces la envidias, pero con amor.

- Me alegro mucho, amiga... de verdad. Y siento tanto no poder estar cerca para ayudarte con todo... Pero mantenme informada por favor. Hasta del mínimo detalle o me enfadaré mucho. Te lo prometo.

- Y yo te prometo que lo sabrás todo Ele. Aunque sea desde la distancia ere mi dama de honor...

Unas lagrimillas se asomaron a mis ojos. Las del lado derecho nacieron con la alegría que sentía por lo más parecido que tenía a una hermana y por el momento tan importante que sabia que estaba viviendo. Las del izquierdo brotaron por esa envidia sana de la que hablábamos y por saber que aquel momento yo no lo iba a vivir. Y así fue como Tom volvió a mi mente, después de tantos días, y como las lagrimitas se convirtieron en chorros. Lloré... lloré mucho, y desconsoladamente, todo lo que no había llorado en días. Y ya que estábamos decidí que mejor aprovechaba la coyuntura y lloraba por todo lo que tenía que llorar. Y lloré por Tom y por lo mal que sentía que nos íbamos y lo igual que a é le daba. Lloré por Gabriel y lo agobiadísima que me tenía y lo mucho que me llevaba a mis límites. Y lloré por el trabajo y lo agobiada que me sentía por el miedo constante a no dar la talla. Lloré por Gabriela, pero de felicidad, porque sabía lo feliz que ella iba a ser. Y por ultimo, pero no menos importante, lloré por mi y por todas mis compañeras. Esas que, como yo, se sentían solas, por no tener cerca a las personas más importantes y por haberse sentido queridas y, de repente, haberlo perdido todo.

Y, como ni tranquila puede llorar una, cuando me encontraba en todo mi apogeo la puerta se abrió de repente

Con tanta fuerza que golpeó la repisa que se encontraba al lado y un jarrón, carísimo, por cierto, se hizo añicos en el suelo.

- Ups... perdón...Ha sido sin querer, pero lo pagaré no hay problema- se disculpó Gabriel con la chequera en la mano.



CAPITULO 5: TODO LO QUE SUBO BAJA

El sábado por la mañana me negué a levantarme. A las ocho y media de la mañana, por costumbre, ya había abierto los ojos, pero escondí mi cabeza bajo la colcha y puse todo el empeño que pude en volver a dormirme. Una fuerza de atracción inexplicable me mantenía pegada a mi cama. Tom había salido de viaje, por trabajo, así que estaba sola y sin plan para el fin de semana. En realidad, no me sentía sola, al menos no más de lo habitual. Casi agradecía el hecho de no tener a mi novio al lado ignorándome y haciéndome sentir cualquier cosa menos especial. Parecía ilógico que ahora echara tanto de menos algo que jamás había tenido. Había pasado un año maravilloso y la sensación de tener siempre a alguien con quien hacer planes era maravillosa, pero, por lógica, lo normal es echar de menos aquello que tuviste durante más tiempo. En mi caso era la soledad. Sin embargo, allí estaba yo, con mi paraíso de pisito de soltera para mi sola con un fin de semana por delante sin nadie que me dijera lo que debíamos hacer y amargada. Dándole vueltas y más vueltas a la historia. Netflix debía envidiar las películas mentales que me montaba en mi cabeza. Era increíble la facilidad que tenía para cambiar el guion en segundos.

Las nueve y media y seguía con los ojos como platos. Mi madre siempre me decía que la vida te cambia en un mini segundo y no te das ni cuenta. Para bien y para mal.

- Tu no le hagas caso a esas niñas Laura- me decía - Que a esas personas que se vienen muy arriba la vida se encarga de bajarlas. Conforme estas aquí- añadía señalando sobre su cabeza- te ves aquí abajo en menos que canta un gallo. Hundido en la mierda. Hasta las rodillas.

Que sabía era mi madre leches. Pero ya podía haber tenido menos razón porque la que se veía hundida en la mierda era yo. ¿Sería eso? ¿Quizás me había venido demasiado arriba con lo de Tom y el karma se encargaba de recordarme que no somos nada?

Las diez menos cuarto y mi cabeza llena de pajas mentales. No recordaba haber hecho nada malo para que el karma entrara en juego. Yo le tenía mucho respeto a eso del karma ¿sabéis? Más que nada porque le había visto obrar su magia en primera fila. En el instituto, por ejemplo, cuando esas zorras me ignoraban, o cuando Patricia Domínguez no vino a mi fiesta de cumpleaños y encima no me invitó a la suya... o cuando me senté sobre un perrito caliente en la cafetería y, justo ese día, Carlos Aranda dejó de ignorarme para decirle a todo el mundo que me había bajado la regla... pues en todos esos casos no tuve más que sentarme y esperar, pacientemente, a que el Karma hiciera lo suyo. A Patricia le colaron cacahuets en su fiesta. La pobre era alérgica a la pérdida y se hinchó como un globo. Le sacaron una foto que estuvo rondando por el instituto durante días junto con el bulo de que se había hecho un retoque que no había salido del todo bien. Puede ser que Lena y yo tuviéramos algo que ver con eso... Una semana después de que Carlos dijera a todo el instituto que me había venido la regla tuvo un accidente en un partido de fútbol y se rompió la nariz. Como para no creer en una fuerza trascendental que se genera a partir de las acciones de las personas.

Diez de la mañana. Si hubiera tenido perro podría haber bajado a pasearlo por Central Park. Algo que estaba muy de moda, pero la verdad es que nunca me había planteado tener uno y, además, mi sofá blanco me encantaba. Decidí que otra cosa que estaba bastante de moda, y que podía hacer sin problemas, era footing. Me levanté, me puse unas mallas y una casita de tirantes, me calcé las deportivas, que estaban casi sin estrenar, y me recogí el pelo en una cola de caballo. No tenía ganas de desayunar así que me fui directa para la calle. Decidí que era mejor si empezaba a correr en el parque, así pasaría más desapercibida. Cruzé la calle por la entrada de Columbus Circle y

caminé sin rumbo dejando que el viento, y la marabunta de turista, guiaran mi rumbo. No tardé en pasar The Pond, un pequeño lago que se había construido para recrear unas aguas tranquilas, en el interior de un bosque, pero que se había convertido en todo menos en tranquilo. El sol relucía en todo su esplendor y nos dejaba unos apacibles veinte grados que hacían que los neoyorquinos abandonaran la apacibilidad de sus hogares para tumbarse en el frondoso césped de Central Park. Me vi tentada a hacer lo mismo que los demás, pero me había propuesto correr y todavía no había empezado. Continué hacia el norte, dejando a la izquierda Sheep Meadow, y me encontré de enfrente con el camino de las estatuas, como a mi me gustaba llamarlo, The Mall. Decidí que ya era hora de echar a correr y que los olmos eran perfectos para mitigar los rayos del sol, y también para correr a modo postre. A los cinco minutos ya estaba reventando. Me faltaba el aire y se me encogían los pulmones, pero tenía que aguantar más porque no llevaba ni cien metros y estaba segura de que las viejecitas que comían pipas, sentadas en un banco, me estaban cronometrando. Qué vergüenza. Decidí poner toda la carne en el asador y echar a correr más rápido, porque mi lógica aplastante me decía que contra más rápido antes llegaba y menos me cansaría. Nada más lejos de la verdad. No pensaba pararme hasta llegar a Bethesda Terrace, y allí me pararía porque estaría petado de gente y me daba vergüenza que me vieran jadear como un perro después de hacer los mil metros lisos. Cuando llegué a la fuente casi me tiro en ella. Nada se me hacía más apetecible que su agua fría y cristalina. Se me hacía imposible volver a casa... me había alejado considerablemente y mis piernas amenazaban con ponerse en huelga. Definitivamente me encontraba en un estado de salud lamentable, más lamentable aunque mi estado de ánimo. Las mesitas de la terraza y una Coca Cola fresquita con limón se me antojaron cada vez más apetecibles, así que decidí sentarme en una de ellas y relajarme un ratito al sol.

Tan relajada me quedé que no me di cuenta de que un enorme Terranova me olisqueaba las deportivas y me las bañaba con sus pegajosas babas.

- ¡Buaj, que asco! - Grité espantada por mis Nike Performance.

El pánico por mis zapatillas quedó sustituido por pánico por mi vida cuando el enorme perro me miró con sus ojos tristes y su expresión de no caerle nada bien.

- Tranquila que Clotis es de Puta madre. – Una chica alta, delgada como un palillo, y con el pelo negro azabache me miraba desde unos ojos azules como el mismo cielo. Unos ojos que no encajaban en absoluto con su aspecto ni con su forma de dirigirse hacia mí.

- ¿Es tu perro?

- El perro de mi madre, pero es más mío que de ella. Se lo compró por los selfis, pero ya se ha cansado de sacarla a pasear.

Que fuera el perro de su madre me sorprendía por dos motivos. El primero es que se hubiera comprado un Terranova cuando lo que se llevaba en Manhattan era tener un Shih Tzu o un Bichón. Lo segundo que me llamaba la atención es que su madre fuera su madre cuando en realidad pensaba que aquella chica pertenecía al servicio. Repito que no soy presuntuosa, pero es que aquella chica era para verla. No encajaba para nada con el resto de la escena.

- Le has gustado a Clotis tía. Me quedo contigo que estoy muerta de sed. ¿Esperas a alguien? - Negué con la cabeza- ¿No? De Puta madre entonces. ¡Chica una coca light porfa!

La morena de ojos azules me miró sonriente y yo se la devolví sin saber muy bien qué decir. No esperaba compañía, pero aquella era cuanto menos peculiar. De repente, Clotis me colocó las patorras sobre las rodillas. Me sobresalté tanto que me impulsé hacía atrás con tanta fuerza que acabé tirada en el suelo con Clotis encima mía. El Terranova no se lo pensó dos veces y me chupó toda la cara sin dejar ni un cacho. La morena se reía a carcajada limpia mientras el resto de la terraza nos miraba con curiosidad. ¿Qué no quería llamar la atención? Pues no iba por muy buen camino. Me intenté quitar a Clotis de encima pero ese perro era tan fuerte como grande.

- ¡Ayúdame por Dios!

- Clotilde ven aquí. Siéntate. - el perro la obedeció en el acto sentándose junto a ella con cara de no haber roto un plato.

Me incorporé en seguida como quien no quiere la cosa y me intenté secar las babas con una servilleta, pero creo que solo me lo empeoraba.

- No te enfades con Clotis, es muy cariñosa pero también muy bruta. Es que es tan grande la pobre que no controla. Pero le has caído de Puta madre porque no se acerca a los desconocidos.

- Vaya... eso me tranquiliza... Que maja Clotis...

- En realidad se llama Clotilde, pero me da palo llamarla así en publico. Es una vergüenza de nombre así que la llamo Clotis que a ella también le gusta más.

- Claro... - de Clotis ya lo iba conociendo todo, pero seguía sin saber de donde había salido la desconocida morena de ojos azules y estilo "peculiar".

- ¿Y tu vienes mucho a correr por aquí? - me preguntó dando un sorbo de su coca light.

- Pues no demasiado... pero ¿cómo sabes que he venido a correr?

- Hombre tía la ropa te delata, pero la verdad es que te vi corriendo por allí detrás. Te ha costado tela llegar, ¿eh? - dijo guiñándome un ojo.

- Bueno es que me dio un tirón, pero aun así quise seguir corriendo- contesté muy digna- Es que dicen que la mejor manera para quitarse las agujetas es seguir haciendo ejercicio así que supuse que con los tirones también.

- ¡Ala que burra! – Exclamó- lo que tienes que hacer es lo contrario. Descansar y aplicar frío tía que te vas a joder.

- Bueno tu parece que corres más a menudo y que sabes más del tema que yo.

- Soy físico así que se un pelín.

Zas, en toda la boca. Si es que no llegaba bien lo de aceptar la criticas. Tenía que aprender a escuchar un poquito más a los demás, pero, de momento, no iba por buen camino.

- Vamos que te acompaño a casa y te miro ese tirón de la pierna.

- No tranquila, estoy bien. No te molestes.

- No es molestia coño. Es un placer vamos ya. - dijo tirando de mi para levantarme de la silla.

Decidí no resistirme y me levanté ante la mirada impaciente de Clotis. No entendía que demonios le había dado a aquel perro conmigo, pero la tenía hipnotizada. Estaba deseando volver a casa y la compañía de la desconocida, al fin y al cabo, no me parecía tan horrible.

- Por cierto, me llamo Gin. - dijo tendiéndome la mano.
- ¿Gin? Como la protagonista de mi novela favorita.
- ¿También se llamaba Ginebra?
- Sep...
- ¡Joder! Y yo llorando porque mi nombre me parecía peor que el de Clotis. Pero hora que me has dicho eso ya me mola más. Bueno, ¿me vas a decir el tuyo?
- ¿Mi qué?
- Pues tu nombre mujer...
- Laura- contesté tendiéndole mi mano también.



CAPITULO 6: PASTA PARA TRES

De camino a casa por fin me enteré de quién era la desconocida que llevaba al lado. Se llamaba Gin, tenía veinticuatro años y vivía en frente de mi edificio. Me tenía bien controlada y me veía salir y entrar, incluso con Tom. Era fisioterapeuta, pero su madre no le dejaba atender a clientes en casa porque decía que los vecinos pensarían que era prostituta así que llevaba unos meses

trabajando para un equipo de baloncesto, los New York Knicks, a los que no conocía, pero ella aseguraba que eran famosísimos. Por los gustos y aficiones que me comentaba era tan especial y peculiar como yo imaginaba. Lo cierto es que era muy divertida y su compañía, lejos de lo que creía, me estaba resultando francamente grata.

- ¿En serio me estás diciendo que no tienes amigos en Nueva York? - preguntó horrorizada.

- Lo juro- contesté levantando la palma derecha.

- ¡Joder tía! No puede ser... nadie vive en una ciudad de más de ocho millones de habitantes y no tiene un puto amigo. ¿Es que eres una psicópata? ¿Es eso? Dime la verdad tía, podré soportarlo, en serio- bromeó Gin.

- Un poco especial si que soy. Pero no sé si llego al grado de psicopatía o no. Lo cierto es que trabajo mucho y he dedicado mucho tiempo a mi carrera. Además, hacer amigos es algo fácil para personas extrovertidas como tu, pero creo que, a la vista está, yo no soy una de esas.

- Me estás diciendo que no eres capaz de hacer amigos, pero ya tienes un churri...

Sonreí por la mirada pilla que me dedicó Ginebra. La chica me había hecho sonreír varias veces con sus locas ocurrencias y se estaba convirtiendo en lo más interesante de mi día.

- Tom me encontró a mí. Supongo que soy de esas a las que hay que encontrar por casualidad- contesté encogiéndome de hombros.

- ¿Y cómo fue?

- Me ayudó a subir mis cosas en la mudanza. Todo un caballero. Luego quise invitarle a un café, por agradecimiento, pero solo quedaba uno... así que lo compartimos.

- Qué bonito, ¿no? Como la dama y el vagabundo.

- Una comparación curiosa, pero entiendo el símil- dije soltando una carcajada.

- ¿Y qué más? ¿Un café llevó a una cena y de ahí a la cama? Supongo que follaba tan bien que te enganchó. Así es como siguen todas las historias de amor.

- ¿Qué? No...-contesté ruborizada- quedamos muchas veces antes de todo eso. Tom es un hombre encantador y muy atento. En realidad, fue una noche de tormenta en la que se fue La Luz y...

- ¡Vamos no me jodas! ¿Una noche de tormenta? ¿En serio? Pero vosotros habéis salido de una puta novela o qué...La pareja perfecta, de esas que dan asquito, ¿no?

- En realidad ya no.

Gin me miró con los ojos como platos. Creo que, en parte, se arrepentía de haberme preguntado.

- Bueno no es para tanto. Creo que simplemente hemos pasado la etapa de empalagamiento total y ahora estamos acostumbrándonos a un nuevo nivel. - dije restado importancia al asunto.

- Eso es lo normal. Todo el mundo se acaba cansando de comer lo mismo todos los días.

Cuando me quise dar cuenta habíamos llegado a la puerta de mi edificio. No me apetecía nada

quedarme sola y la compañía de Gin era lo mejor a lo que podía optar. No quiero menospreciarla, nada mas lejos de mi intención, solo vengo a referirme a que no tenía ningún plan para el resto del día. Ni para el resto del fin de semana.

- Gin, ¿te apetece quedarte a comer?

- ¿En serio? - mi ofrecimiento pareció sorprenderla- Por mi guay, si no te importa que Clotis se quede con nosotras. Suele tomarse muy mal que la deje en casa y me vaya. Se siente abandonada.

- Sin problemas, las dos sois bienvenidas.

Subimos los cinco pisos que nos separaban de casa en silencio. Parecía que habíamos abordado todos los posibles temas de conversación y nos quedábamos sin repertorio, aunque por lo poco que conocía a Ginebra aquello me parecía muy improbable. Quizás, después de todo, había hecho que la timidez de Gin saliese a flote.

- Tienes un apartamento de la hostia- exclamó desde el umbral de la puerta.

Mi nueva amiga lo miraba todo con curiosidad y aquello me divertía bastante. Lo cierto es que estoy orgullosa de mi apartamento. Casi toda venia reciclada del anterior pero lo poco que dejaron era bastante cookie y el estilo se acercaba mucho a lo que siempre había deseado. Habitaciones amplias y blancas con enormes ventanales. Muebles en tono pastel a juego con los estores. El salón comunicaba con una terraza que me tenía totalmente enamorada. Tom y yo solíamos salir a mirar las estrellas casi a diario. Con nuestra mantita a cuestas y a veces acompañados de un chocolate caliente. Adoraba esos buenos momentos que pasábamos juntos. Hacía tiempo que ya no disfrutábamos de momentos como aquellos.

- Laura, colega. ¿Estás bien? Te has quedado ida perdida de repente.

- ¿En serio? - Pregunté confundida- estaba pensando en qué podríamos preparar para comer. ¿Te apetece una copa de vino?

- Una cerveza mejor.

- Claro- me dirigí a la nevera para darle a mí invitada su bebida y cogí un refresco para mí. Light, porque ya que había salido a correr tenía que hacer el esfuerzo- aquí tienes.

- Guay. Tumbate en el sillón y te miro lo tuyo- dijo dejando la cerveza sobre la mesita auxiliar.

- ¿Lo mío?

- Tu tirón tía. Vamos, ven aquí – insistió palmeando el sillón a modo de invitación.

Había olvidado mi pequeña mentirijilla, pero qué podía decirle a Ginebra. Era muy insistente y sabio que no lo dejaría estar así que decidí tumbarme sin rechistar y dejarme hacer.

- Relájate que soy una profesional. Ya verás como te dejo nueva.

- ¿Llevas mucho tiempo trabajando de esto?

- Unos meses. Terminé hace relativamente poco. Hace las prácticas y esas mierdas, pero solo te explotan y no te pagan. Prácticamente este es mi primer trabajo. ¿Y tú? Cuéntame de tu vida.

Ginebra había remangado un poco la pernera de mi pantalón y masajes a mi muslo con sumo cuidado. Debía reconocer que aquello no estaba nada mal y hasta empezaba a disfrutar de ello, me relajaba.

- Yo llevo cuatro años en Nueva York. Parece que fue ayer cuando llegué... pero ya me siento más de aquí que de mi país.

- ¿Cuatro años currando por aquí? Pero si eres super joven tía, ¿qué edad tienes?

- Veintisiete. Me vine aquí para estudiar el máster, hice las prácticas en la TWT y allí me quedé. Tuve suerte.

- ¿La TWT es esa revista para esnob que está tan de moda en el Upper East Side? A mi madre le chifla es una adicta. Creo que tiene suscripción VIP. Siempre está dándome la chapa con la tiparraca esa que la dirige, ¿cómo se llamaba?... tenía un nombre muy friki.

- ¿Laura Sorda? - pregunté con sorna.

- ¡Exacto! Siempre me está restregando lo joven que es y el puesto que tiene. Está claro que no debía de tener vida. Es el típico caso de los cerebritos que viven enclaustrados y luego se forran. Vale si, ¿pero qué vida has tenido? Te has muerto del asco.

Mientras ella hablaba sin parar yo la miraba con cara de circunstancias. ¿De verdad necesitaba muchas mas pistas para caer en la cuenta de que yo era esa Laura de la que hablábamos? De repente, Ginebra se quedó mirándome fijamente y se calló.

- Ala...- por fin se había dado cuenta- Lo siento...- añadió avergonzada- En casa eres casi famosa así que te tienes que pasar un día...

- Tranquila. No te has equivocado demasiado. Era un cerebritito sin amigos y, por qué no decirlo, un poco friki. Lo cierto es que pase mi infancia, y parte de mi adolescencia, metida en mi habitación detrás de un ordenador.

- Pues no te pega nada, ¿eh? Tú eres muy guay.

- Me miras con buenos ojos. Pero lo cierto es que estoy cumpliendo un sueño. ¿Sabes lo que es para una chica como yo acabar en un lugar como este? ¿Cuánto esfuerzo requiere?

- Me llama la atención que veas este lugar como un paraíso. Para las personas que, como yo, llevamos toda nuestra vida aquí puede que no lo sea tanto.

- ¿Bromeas? - no podía creer que Ginebra pensase de ese modo. Casi me parecía insultante.

- Crecer con la elite de Manhattan no es tan maravillo como crees. Son pequeñas brujas y arpías en potencia que llegan a un nivel de crueldad increíble. Pero no son solo ellas, sino que es todo. La sociedad, la escuela, la ciudad... te someten a un nivel de presión y de exigencia inhumano. Es imposible que seas un niño feliz que crece despreocupado si vives por aquí. Las escuelas te preparan para Harvard o Yale incluso antes de saber hablar. Yo soy totalmente contraria a los estúpidos estereotipos que se establecen por aquí. Creo que podrás hacerte una ligera idea de cómo fue mi juventud.

- Discrepo de tu opinión. Yo pienso que esta ciudad más bien está llena de oportunidades infinitas. Tener la oportunidad de formarte en una universidad como Harvard o Yale no hace más que abrirte puertas que para la gente como yo son inalcanzables. Pertener a la elite de Manhattan es un privilegio.

- Y una mierda. Mira, dices que pasaste tu infancia y tu adolescencia enclaustrada en tu habitación. Supongo que tu ordenador era tu único amigo, ¿me equivoco? - me encogí de hombros a modo de respuesta y la dejé continuar- seguramente tu instituto estaba lleno de cabronas y niños que, como mucho, lo más que hicieron fue pasar de ti e ignorarte todos los días. No eras nadie, invisible, olvidada... prescindible en todos los sentidos. Aquí nadie es invisible. Si les vales, si le sigues el rollo, optarás a ser una marioneta sin personalidad que vivirá y respirará para hacer lo que otros les dicen que hagan. Si no les vales pasarás a ser el objetivo de todas sus maldades. Y créeme cuando te digo que por aquí andan sobrados de imaginación. Nada de tirarte los libros por la ventana o esconderte la mochila durante la hora del almuerzo... aquí las burlas sobrepasaron todos los límites...

El discurso de Ginebra me dejó un poco impactado la verdad. Hablaba con tanta pasión y con una rabia contenida que me descolocaba.

- Quizás exageras un poco...

- Sufrí acoso escolar durante varios años. Intenté suicidarme a los quince. Entonces me metieron en una clínica muy exclusiva y cara donde juraron que me curaría y mi madre contó por el edificio que estaba en rehabilitación porque me drogaba. Por cierto, mis compañeros de clase se enteraron de todo y me hicieron llegar sus ánimos a través de una serie de memes que subieron a las redes sociales con él hashtag "Ginebra la virgen suicida".

Una bola de angustia creció de golpe en la boca de mi estómago. Debía haber imaginado que las palabras de Ginebra venían motivadas por alguna experiencia cercana. Qué poco observadora podía llegar a ser.

- Creo que ahora soy yo la que te debe una disculpa.

- Que va, ¿Por qué? Yo soy la que ha querido contártelo. Lo sabe todo el puto Manhattan... tus también tenías derecho, jajaja. Solo quiero que veas que, a lo mejor, no has tenido tan mala suerte. Bueno, ¿Qué hay de papeo?

Decidí respetar el cambio de tema de Ginebra.

- Había pensado hacer pasta.

Clotis me dedicó un par de ladridos a modo de aprobación mientras su dueña me levantaba el dedo pulgar.

Noté que desde que habíamos hablado del tema del acoso la cara de Gin había cambiado un poquito. Su semblante se había endurecido y su sonrisa, que parecía no desaparecer nunca, se había esfumado. No me atreví a hondear en la herida y decidí que lo mejor era que ella me hablara de lo que quisiera cuando quisiera sin forzar la situación. Cuando quisiese hablar allí estaría. Lo cierto era que aquella muchachita se iba ganando un lugar en mi solitario corazón.



CAPITULO 7: EL PRINCIPIO DE MI CAOS

El domingo me apunté al paseo matutino de Clotis y Ginebra. El terranova había conseguido ganarse mi cariño en un día. Todo lo que tenía de grande lo tenía de cariñoso así que me había enamorado tanto como yo a ella.

No quise indagar mucho más en el pasado de Gin. Que ella me contara lo que le apeteciese en cada momento, sin presiones de ningún tipo. Yo le hablé un poco más de Tom y de cómo nos habíamos distanciado por nada. De lo confundida que me encontraba en ese momento de mi vida y el estrés que me ocasionaba. Había descubierto que perdía más pelo de la cuenta, al peinarme y en la ducha, y al ritmo que iba podía quedarme calva en meses. También le hablé de Lena. Del amor incondicional que nos teníamos desde siempre y de su inminente boda. Se me partía el alma por no poder participar tanto como me hubiese gustado, pero de momento me conformaba con ser testigo a través de sus videollamadas. Gin no tardó en darse cuenta de que mi principal problema es que era muy exagerada, según mi madre mi ahogo en un vaso de agua y muy insegura. Ella pensaba que la mejor opción era dejar fluir las cosas sin forzar situaciones y que pasara lo que tuviera que pasar. A mí su filosofía me convenció bastante y quise aplicármela, pero me duró lo que tarde en volver a hablar con Tom. Me llamaba una vez al día, normalmente antes de irse a dormir, para contarnos un poco, de manera desinteresada, lo que nos había deparado el día. La falta de entusiasmo, y sobre todo de ganas, volvían a margarme la existencia y la filosofía de Gin se me olvidaba en “cero comas”. Decidí no hablarle a Tom de Ginebra. Mi nueva amiga era tan mía que

no quería compartirla con nadie. Me venía en un momento tan clave en mi vida en que no quería hablar de ello por si hacerlo más real desaparecía la magia. La espontaneidad y la frescura de Ginebra me aportaban, en aquellos momentos, luz en mi camino. Sobre todo, me propiciaba una vía de escape a la rutina que necesitaba como oro en paño.

Cuando llegué el lunes a la oficina, tan puntual como acostumbraba últimamente, mi cara resplandecía tanto que parecía otra. Cuando atravesé el umbral de la puerta ni si quiera me acordaba de Gabriel. A decir verdad, no había pensado en él en todo el fin de semana y hasta me sentía desintoxicada de su presencia. Casi lloro de la emoción. Pero como todas las cosas bonitas y buenas de la vida, aquello duró lo que tarde en sentarme frente a mi mesa.

- ¿Se puede? - Susan asomó la cabeza tras la puerta- Laura perdona que te moleste se que acabas de llegar, pero necesito que me resuelvas algo.

- Claro, ¿qué pasa? Lo que necesites – dije más simpática de la cuenta.

- Gabriel, que dice que quiere tareas que le hagan sentir realizado. Literalmente ha dicho eso. Le mandé con Peter al archivo, pero se queja de que a él le da alergia el polvo y que lo pasa mal entre tantos papeles.

Mi cara era un poema, os lo juro.

- Claro- contesté- porque es lo más cerca que habrá estado de algo parecido a un libro en toda su vida. Me da igual lo que haga Gabriel ahora mismo. Mándalo a donde más rabia te dé. Lo que me importa ahora es que se empiece con el reportaje de la Fashion Week de Manhattan y que alguien vaya a cubrir lo de la fiesta esa del M2, si pueden fotografiar a alguna celebridad mejor que mejor.

- Vale, ¿te parece si mando a Gab...?

- Susan- la interrumpí- Te he dicho que hagas lo que quieras con él. Mientras menos sepa yo mejor.

Cuando Susan salió de mi despacho respiré profundamente. Ya había organizado lo más complicado del día, que para mí era el becario, así que me creí a salvo y en paz con el cosmos. Con Gabriel fuera de juego seguro que podía mantener mi estado de embriaguez de felicidad durante el resto del día. Lo siguiente que hice fue mandar dos mensajes de texto. Uno a Lena deseándole suerte con su misión “encontrar lugar para el evento” y otro a Ginebra, mi nueva amiga mega happy, agradeciéndole los ratitos del fin de semana y proponiéndole que se pasara por casa cuando estuviera aburrída. Lo segundo fue mirar mi agenda. Me encanta tener agendas mega cuquis llenas de pegatinas y de mensajes esperanzadores del tipo “tú vales mucho y lo sabes” pero luego no las llevaba al día porque soy un desastre integral. Así que mi agenda decía que no tenía nada que hacer ese día, pero yo sabía que no, que era mentira y que seguramente tendría tropecientas cosas y ya llegaría tarde a la primera.

Levanté el teléfono para salir de dudas y Susan me confirmó que debía estar a las diez y media en el Soho, así que no iba a llegar. No obstante, y como debía hacer acto de presencia, llamé al chofer y me enfundé mis AirPods con la canción Suni s Shining, de Axwell, que me motiva mucho por las mañanas y me sube el ánimo. Me había dado por escucharla sin parar cuando conocí a

Tom. Me sentía identificada con eso de que se había cruzado en mi camino y brillaba como el sol... sin darme cuenta se había convertido en la banda sonora de mi vida y la necesitaba para arrancar más que un café en vena.

Llegué tarde a mi reunión, como ya suponía, y llegué tarde a mi brunch de las doce cerca de Time Square. De camino de vuelta desde el Soho pasamos cerca del M2 Ultralounge y recordé que teníamos que cubrir un evento bastante importante que ya habría comenzado. ¿A quién habría enviado Susan al final? Llevábamos tiempo detrás de una invitación, no suelen dejar entrar a demasiada prensa, y al final la habíamos conseguido gracias a un par de contactos. No quería cagarla hablando mal y pronto. Era una de las primeras cosas que se hacían desde mi “reinado” en la oficina y estaba un poco nerviosa con el tema. Antes de llegar a mi destino recibí un mensaje de texto, era de Ginebra.

“A las seis en tu casa. Prepara un café para dos xD”

Como siempre, consiguió arrancarme una sonrisa. La idea de tener algo que hacer al llegar a casa me hizo sentir un cosquilleo en el estómago. Lo cierto era que, aunque Tom me parecía un poco imbécil en aquellos momentos echaba de menos tenerlo en casa al salir de trabajar. Ya hacía varios días que se había marchado y la soledad no hacía más que agobiarme y empujarme a comerme la cabeza a cada momento.

Después del Brunch volvía la oficina para echar las últimas horas de mi jornada. Muchos de los empleados ya se habían marchado a esas horas y todo estaba muy tranquilo. Tampoco había rastro de Gabriel ni quise preguntar por él. Lo prefería así, bien lejos. Terminé de poner al día mis emails y a las cuatro en punto decidí que me marchaba a casa un poquito antes porque sí, porque me lo había ganado. Mandé un mensaje a Gin para que supiera que estaba de camino un poco antes de lo normal y paré a comprar café en Bouchon Bakery, pero no uno para dos sino uno para cada una.

Ginebra, y por supuesto Clotis, llegaron diez minutos después de que yo entrara por la puerta. A veces creo que realmente me espía desde la ventana de su casa.

Clotis se me apoya a dos patas, nada más abrirles la puerta, meneándome el rabo sin parar como una desesperada.

- Hola tía, ¿qué pasa? Traigo muffins de colores. Supuse que te gustarían estas mierdas.

- ¿Y a quién no le gustan unos muffins de colores? - pregunté pensando en los dos que me había comido en mi brunch. Un tercero no me haría daño, quizás un cuarto tampoco.

Ginebra se dejó caer en el sillón apoyando los pies en mi mesita auxiliar. Algo por lo que habría puesto el grito en el cielo en cualquier otro momento pero que en esta ocasión me daba un poco igual. Era feliz, estaba relajada, estaba en casa, tenía una amiga... qué más me daba donde pusiese sus pies. Aunque como tampoco quería pasarme de atrevida, le levanté los pies y le puse un paño debajo, por si las moscas.

- ¿Qué tal tu día? - le pregunté pasándole su café. Me había atrevido a pedirle un macchiato, como el mío, con una pizca de canela porque me parecía que era el que mejor encajaba con su rollo.

- ¡Ummm! Macchiato, me encanta... ¿cómo lo has sabido? Y de Bouchon, ¿A qué si? Yo lo controlo todo querida... Pues día de puta madre. Rodeada de bollos a los que magreo por la cara y encima me pagan por ello, ya ves. ¿Y el tuyo?

- Como siempre. Para ser sincera creo más tranquilo de lo normal. Tuve una reunión en el Soho y un branch cerca de Times Square.

- Así que eres de esas, ¿Eh? De las que trabajan entre brunch, cenas y cócteles... Eres de la élite querida...

- ¡Jajaja! No, no te equivoques. Yo veo los toros desde la barrera.

- ¿Los toros? ¿Qué coño significa eso?

- Es una expresión que usaba mi madre... Todas se me pegan. Significa que soy una mera observadora que las ve pasar.

- Así se empieza, pero ese mundo acaba absorbiéndote hacia dentro y después cuesta mucho salir de él. Supongo que estarás al día de todos los escándalos.

- No somos de ese rollo. Intentamos tener más clase... más glamour. Nos enfocamos más hacia un público femenino que está más interesado por la moda que por los cotilleos. Un público como tu madre.

- Mi madre adora los cotilleos. No hay nada que suceda en toda Manhattan y que ella no sepa... Aquí todo el mundo quiere estar al día. Todos queremos saber de todos. Bueno, todos menos yo, a mí me importa una mierda lo que le pase a nadie.

- Estupendo... ya somos dos. No soy curiosa, por eso supongo que no sabría llevar una revista desde ese punto de vista.

- Pero es lo que vende. Y si quieres vender tienes que amoldarte a tu público. Es la ley de la oferta y la demanda.

- Te contrato para el marketing.

Ambas soltamos una carcajada. Congeniamos bien, a pesar de ser tan distintas. Distintas pero iguales a la vez, porque ambas habíamos vivido situaciones parecidas. Marginadas e ignoradas no encajábamos en los moldes que la sociedad nos marcaba. Quizás a ella se lo habían hecho pasar peor. Empezaba a comprender que podía estar equivocada en una cosa, Manhattan, sin duda, era mucho más duro que el barrio en el que yo había crecido.

- Hablando de glamour, hoy cubrimos un reportaje en el M2. Seguro que lo conoces.

- Por supuesto querida- contestó Gin metiéndose en la boca un trozo enorme de muffins- Ya te contaré cositas de ese local pero a mí me encanta la verdad aunque esté abarrotado de gentuza materialista y clasista.

Me llama mucho la atención la plutofobia que aparenta Ginebra. Suponía que parte de ello se

desprendía de las situaciones que había vivido en el pasado. Aun así, Ginebra pertenecía a ese mundo, formaba parte de él. Mi nueva amiga me parecía un libro abierto en muchas ocasiones pero, en otras, seguía siendo todo un enigma para mí.



CAPITULO 8: UN SÁBADO CUALQUIERA

Con el estómago lleno la vida se veía de otro color. Tumbada en mi sofá Chester de piel blanco, cortesía del arrendatario del piso, y con un Martini en la mano, cortesía de mi buena amiga Gin, decidí que aquel sábado iba a ser mi sábado y que nada ni nadie podrían amargarme la existencia nunca más en la vida. Todo era maravilloso. Yo era maravillosa. Ginebra era maravillosa y los pedos de Clotis eran maravilla pura. ¿Qué podía ir mal? Nada. Además, acaba de decidir que no pensaba levantarme del sillón en lo que quedaba de día. Me gustaba esa nueva yo tan espontánea que no planificaba el día al segundo. Era genial. Entonces sonó mi móvil.

Mi cara pasó de la sorpresa al asombro y del asombro al más absoluto espanto. El Martini cayó al suelo empapando mi alfombra blanca de pelo corto. Esa sí que la había comprado yo y su buen precio me había costado, pero fue un antojo que no pude controlar. Mi corteza cerebral ya estaba en funcionamiento decidiendo la mejor opción para limpiar el manchurrón. Mi lóbulo occipital todavía seguía procesando la información que acaba de recibir. Mi cara debía ser un poema... bizca pérdida y con humo saliendo por mis orejas digna de un dibujo de la Warner Bross. Pero ¿qué importaba la puñetera alfombra en aquel momento? Ya la llevaría a una tintorería mañana, si seguía de una pieza. Necesitaba que todas mis neuronas trabajasen en lo mismo, procesar la información lo más rápidamente posible.

- ¿Laura? - me preguntó Gin mirando mi cara con atención- ¿Has muerto?

Intenté formular una contestación, pero mi garganta solo emitió un leve quejido que, probablemente, preocupó aun más a mi amiga.

- Laura esto es por tu bien – dijo a la vez que me soltaba un guantazo que me hizo girar las orbitas de su sitio y volver en si a la puta fuerza.

- ¡Pero serás cabrona!

- ¿Ves? Mano de santo, no falla. Ahora cuéntame que mierda te pasa. Desde que te han llamado te has quedado ida.

- ¿Recuerdas ese evento tan exclusivo en el CO2 del que te hablé? Me ha llamado mi fotógrafo... los han echado del club.

- Ostia puta... ¿por qué? Jajajaja. Perdona que me ría, pero no puedo controlarme.

La tía no estaba riéndose, se estaba descojonando, retorciéndose en el sillón. Clotis, que desde el hostiazo que me habían dado se mantenía expectante, comenzó a soltar un leve quejido dirigido a la escandalosa de su dueña.

- Tengo que ir al local... no sé bien lo que ha pasado. Voy a vestirme.

- Ya estás vestida.

- Ah sí... es verdad. Bueno pues me voy entonces.

- - ¡voy contigo!

Salí de casa disparada seguida por Gin y Clotis a las que les costaba alcanzarme el paso. Iba conjurando maldiciones mentales, pero no sabía hacía quien debía dirigirlas. Una fugaz idea me pasó por la mente y me erizó los pelillos de la espalda.

- ¿Y si...? No, no puede ser. No, no, no...- iba hablando sola conmigo misma mientras sacaba mi teléfono móvil para llamar a Susan.

- Mírala Clotis... tan joven y loca...

- ¡Te he oído! - Grité mientras Susan contestaba al otro lado de la línea- ¿Susan? Escúchame,

dime, por favor, que no mandaste a Gabriel al CO2.... ¿Qué? Dios no me fastidies... ¿en serio? ¿Yo dije eso? Vale, vale no te preocupes. Te cuento mañana. Adiós.

Colgué el teléfono justo cuando el local apareció ante mis ojos. Podría haber salido de dudas yo misma porque nada más cruzar la calle vi una imagen digna de estampa. Los seguratas del local tenían a Gabriel acorralado contra una pared mientras dos de mis trabajadores, el fotógrafo y un redactor, le observaban avergonzados. La competencia, como era lógico y normal, se aprovechaba de la coyuntura y sacaban unas cuantas fotos.

Me acerqué a Peter, el fotógrafo, para que me explicase lo que estaba pasando.

- Por lo visto esta lumbreira se ha acercado más de la cuenta a la mujer de quien no debía.
- ¡No jodas! Soy Gin, por cierto- dijo mi amiga a la vez que ofrecía su mano a Peter.
- ¿Es muy grave? - pregunté refiriéndome a la gravedad en cuanto a escala social, que es como se medían por aquí los problemas.
- Era la mujer del anfitrión.
- ¡Pero será posible...! - grité mientras me abalanzaba sobre Gabriel abriéndome paso entre los de seguridad.

Vale, se me fue la olla, lo admito. Jamás había perdido los papeles de tal manera y, todavía hoy en día, Gabriel ha sido el único que me los ha hecho perder. Quería matarlo, estrangularlo. De hecho, era lo que pretendía hacer si Gin, Peter, el redactor e incluso Clotis, no se hubiesen interpuesto en mi camino. Los de seguridad decidieron que conmigo ya lo dejaban en buenas manos así que se retiraron en el mejor momento.

- ¡Ehhhhh! Esto es abuso de poder- se quejó Gabriel mientras se protegía la cabeza con los antebrazos.
- ¿Abuso de poder? ¡Yo te mato!
- Colega, yo creo que deberías seguir maltratándole en privado si no quieres ser portada de todas las revistas locales mañana.

Porque Ginebra tenía razón y porque aun me quedaba un ápice de cordura decidí arrastrar al petardo del becario hasta mi casa para terminar de matarlo allí. La oficina estaba mucho más lejos y necesitaba aclarar todo el asunto cuanto antes por eso lo único que se me ocurrió fue llevármelo a casa a rastras. Despedí al resto del equipo, ya habían sufrido bastante, y les aconsejé que se fuesen a descansar. Clotis no hacía más que gruñir a Gabriel cada vez que tenía la oportunidad. Se notaba el vínculo que habíamos establecido entre nosotras.

Una vez que llegamos a mi apartamento empujé al personaje sobre el Chester blanco, creo que hasta empezaba a intimidarle, quizás ya me iba tomando más en serio. Seguramente por mis ojos, inyectados en sangre, se me salían de sus órbitas y la vena del cuello empezaba a parecerse cada vez más a la de mi padre.

- Como acojonas tronca- me soltó Gin mientras me miraba de reojo con los brazos cruzados sobre su pecho. - Así que esta cosita de aquí es Gabriel...

- ¿Y tu quién narices eres? ¿Y por qué me habéis traído aquí a rastras? Se está cometiendo perjurio contra mí persona. Laura, esto puedo denunciarlo, ¿eh?

- ¿Denunciar? - pregunté mientras hacía el amago de guantearle la cara.

Gabriel se escondió tras uno de los cojines de mi Chester, demostrando lo valiente que era. Una virtud más que añadir a su “innumerable” lista.

- ¿Tú sabes el problema en el que has metido a la revista? No tienes ni idea de las repercusiones que podemos sufrir. Te estoy intentando tolerar desde que llegaste. Que seas funesto en todas y cada una de las cosas que haces pero otra muy distinta es que nos lleves a la ruina. ¿Comprendes en qué situación me pone esto? Eres un... eres un...

- Creo que deberíamos escuchar al acusado- Me interrumpió Gin.

- ¿Y tu quien eres, el abogado defensor?- pregunté irritada mientras me volvía hacia ella.

Ahí estaba de nuevo, la vena de mi cuello, herencia de mi padre, creciendo y creciendo sin parar.

- No, yo soy la voz de la cordura. Créeme, tú no tienes ahora mismo- susurro junto a mi oído- A ver Ralph Lauren, explícate.

- Yo a ti no tengo que explicarte nada pero yo no tengo la culpa de que en ese local, de mala muerte, sean tan aprensivos.

- De mala muerte dice... el lugar donde cada viernes se reúnen miles de personas ahora es de mala muerte.

- Esa mujer me invitó a su reservado, yo no la conocía de nada. Como voy a saber yo que está casada si va buscando marcha.

- Giny...por favor.

No hicieron falta más palabras para que mi amiga estampara un cojín en la cara de Gabriel. Se lo había ganado a pulso por semejante comentario y por retrógrado. Cuando una ya piensa que lo ha visto todo, viene la vida y te planta delante a semejante elemento.

- ¿No te han enseñado a respetar a tus mayores o que niño?

- ¿Mayores? Esa mujer era una diosa y sigo sin saber quién diablos eres tu.- Gabriel se levanto para ponerse delante de mi- ¿Qué te preocupa jefa? Si es porque salgamos publicados en alguna revista no te preocupes, mi padre lo arreglará.

Y ahí estaba de nuevo esa altanería. Gabriel y su padre o Gabriel y su chequera. La cuestión es que seguía creyendo que podía arreglar el mundo a golpe de chequera. Pero, ¿quién lo arreglaría a él?

Empezaba a sentirme agotada. El exceso de tensión y nerviosismo siempre habían hecho sentir peor que una carrera de relevos. Había mantenido engarrotados mis músculos durante tanto tiempo que comenzaba a tener agujetas. Me dejé caer en el Chester rendida ante un niño presuntuoso que no tenía remedio.

- Lo que me preocupa es que te cargues todo por lo que he luchado tanto.
- Perdóname jefa. Déjame que yo me encargue de esto. Yo la he cagado y yo debo arreglarlo.
- Ni de coña.
- De verdad, confía en mí. Además, creo que le he salvado la reputación a la revista.

Giré mi cabeza tan bruscamente que parecía que me habían poseído. Pero qué estaban oyendo mis oídos...

- Estás de broma, ¿no? Ni te imaginas el tiempo que llevábamos detrás del CO2 para cubrir la noticia de este evento... los culos que hemos tenido que comer. Claro, tu es que no sabes lo que significa eso.
- Ese local no es lo que tú crees. Lo veis como el garito del momento simplemente porque allí se concentra la elite pero en realidad es un local donde se mueve de todo. Trafico de drogas, consumo de marihuana...
- Violencia...- añadió Gin que se mantenía expectante desde una esquina.

Si lo que Gabriel decía era verdad nos convenía mucho más mantenernos al margen. No era la primera vez que una revista o institución de prestigio apoyaba a algún local de moda que luego salía por peteneras. La imagen que se da ante la sociedad es la de relacionarte con “antros” como bien lo había llamado Gabriel. Nuestro escaso recorrido en el mercado no nos permitía cometer un error así.

- ¿Estás seguro de lo que dices? Tenemos un grupo de profesionales que se encargan de evitar que pasen cosas así. No solemos equivocarnos con una noticia.
- Jefa los consumidores del CO2 son personas influyentes, saben cubrir muy bien sus espaldas. Y yo también por eso insisto en que lo dejes en mi mano.
- Bueno, el niño parece haber resuelto todos tus males- dijo Ginebra pasándome un brazo por el cuello- ahora lo mejor será bajar a tomarnos un buen café o una tila.
- ¿Los tres? - pregunté sin poder evitar la cara de angustia.
- Si, los tres. Vámonos.

Ginebra parecía tener un interés especial porque mi becario se quedara con nosotras así que como yo no controlaba mucho de interacciones sociales no tenía claro si podía estar fastidiando algo si me oponía a que Gabriel nos acompañara. Decidir callarme y dejarme llevar. Estaba muy cansada y necesitaba reflexionar mucho sobre todas las posibles soluciones para evitar el escándalo que se nos venía encima. No estaba dispuesta a dejar nada en las manos de Gabriel, ni harta de vino, pero prefería no decírselo para que no siguiese dándome el tostón.



CAPITULO 9: PACTANDO CON MI ENEMIGO

Gabriel nos hizo caminar dos manzanas porque, según él, los mejores frapuchino se servían en D Marco. Yo no tenía claro ni lo que era un frapuchino así que me daba exactamente igual pero los seguí. Los seguí porque, de repente, los dos parecían estar de acuerdo en todo. Mi nueva amiga y mi peor pesadilla se compenetraban como buenos jóvenes adultos casi recién salidos de la pubertad que eran. Nos sentamos en una mesita, con sillones, junto al cristal porque, según Gabriel, había que disfrutar de las vistas de Central Park cuando saboreabas un buen frapuchino. Yo me pedí una tila doble porque temía que la histeria volviera a apoderarse de mí. Ya había escrito a Susan, como una posesa, para que organizase una reunión de urgencia a primera hora del lunes. Tenía que cubrir aquel escándalo como fuese y para eso necesitábamos sacar una tirada fabulosa que hiciera que todos olvidaran lo que ya había bautizado como El Accidente.

Notaba como me latía la sien y caí en la cuenta de que me dolía la cabeza y ni si quiera me había dado cuenta. Iba tan absorta en mi pensamientos que no me daba cuenta de lo que pasaba a mí alrededor. Era un autómata. Necesitaba aquella tila como respirar así que me retumbe en el sillón y me propuse disfrutar de ella hasta que lo vi. Casi me atraganto.

Ginebra y Gabriel se incorporaron de golpe, les preocupaba que me muriera en aquella cafetería y tener que ocuparse de mi cuerpo, así que me daban pequeñas Palmaditas en la espalda intentando evitar mi ahogamiento inminente. Las Palmaditas de Gabriel eran más bruscas de lo necesario, creo que se estaba vengando.

- Qué pasa tronca, que la infusión está pagada. Ha invitado el millonario.
- Lo-lo he vis-vis-to- no sé como conseguí formular más de dos sílabas seguidas, también te lo digo.
- ¿A quién has visto?
- Cualquiera diría que has visto al diablo- dijo Gabriel en tono guasón.
- Imposible, porque tú estás aquí...

Risas risas. Cada vez me daban más asco estos dos tortolitos. Mi cabeza, que es un poco independiente, ya se había puesto manos a la obra con sus habituales conjeturas y para ella estos dos ya estaban tonteando al máximo. Aborrecía esa sola idea. Los pelos de punta te lo juro.

- Tom.
- ¿Tom? ¿Tu Tom?
- ¿Quién es Tom?- ¿Por qué Gabriel tenía que meterse en todo? ¿Y por qué estaba allí con nosotras un sábado por la tarde? ¿Por quééééééééééé?
- Tom es su novio.
- ¡Ahhh! Si, pero ¿no estaba de viaje?
- ¿Y tu como demonios sabes eso niñato?- cuando era para meterme con él se me quitaban todos los males.
- Pues porque lo escucho todo en la oficina. Dicen que estás de tan mal humor porque tu novio está de viaje y no te da lo tuyo.
- ¡¿Quesee?!- malditos bastardos. Al infierno todos.- Estoy de tan mal humor desde que tu has llegado, para que lo sepas.
- Pero conmigo no la pagues. Toma- dijo teniéndomela la tila- bebe un poco que te hace falta.

Apunto estuve de tirársela a la cara y achicharrarlo vivo pero me contuve porque todavía me quedaba un ápice de dignidad. DIG-NI-DAD.

- Ginebra, he visto a Tom te lo juro por mi vida. Estaba ahí.
- ¿Y no serán los nervios cari? Mira que los nervios juegan muy malas pasadas.

- ¡QUE TE JURO QUE ESTABA AHÍ!

Estaba segura de que a esas alturas ya le había quedado claro a ella, y a media cafetería, que Tom estaba allí. Lo había visto salir del Coliseo, un hotel de negocios en pleno centro de Manhattan. No tenía sentido. Había hablado con Tom la noche anterior y no me había dicho nada sobre volver antes. El plan era estar fuera hasta el miércoles y estábamos a sábado. Y por qué demonios saldría de un hotel, nunca había tenido reuniones en fines de semana. Todo era tan absurdo que empezaba a dudar incluso de mi misma. ¿Estaría volviéndome realmente loca?

- ¿Puede ser que haya vuelto antes por trabajo?- preguntó Gin- Quiero decir que quizás haya habido algún cambio de planes y no haya tenido tiempo de avisar. A lo mejor vuelve a irse cuando termine.

- ¿Y no la avisa ni se preocupa por verla?

Gabriel era un autentico toca pelotas pero también era muy sincero. Decía todo lo que le pasaba por la cabeza sin filtros, sin tapujos y yo agradecía que las personas fueran así. Siempre había odiado que mis padres disfrazasen las cosas cuando era pequeña. Detestaba sentir que los demás adornaban la situación para evita hacerme daño porque me hacía sentir engañada.

- Si quisiera engañarme no lo haría en un hotel al lado de casa, ¿verdad? Nueva York está repleto de hoteles en los que nadie le vería entrar jamás. ¿Por qué arriesgarse?

- Tienes razón.

Ginebra quiso evitar que Gabriel hablara de nuevo cuando le vio abrir la boca pero el pequeño diablo no se daba por vencido. No se daba cuenta de que su opinión no son importaba a ninguna de las dos o al menos a mi. Escucharle no hacía más que empeorarme el día.

- ¿Sabes cuál es el verdadero problema? Que te sientes insegura.

- Se avecina tormenta...

- Ginebra sabes que tengo razón. Cuando una mujer se siente insegura es cuando empieza a ver fantasmas por todas partes. Esto está documentado no me lo invento yo y lo sabéis. Si tú te vieras como una diosa frente al espejo, jamás dudarías de Tom. En el peor de los casos ni si quiera te importaría lo que hiciese. El se lo pierde.

Le miré desde mis gafas de pasta negra, con mi frondosa melena castaña desaliñada y recogida en medio moño y mi chándal, que ni si quiera hacia juego y lo odie, lo odie más que nunca porque sabía que tenía razón. Me sentía una caca de la vaca que queda muy lejos de diosa en la pirámide del glamour. Cada día me vestía de la misma manera. Un traje de chaqueta con una camisa neutra sin ninguna gracia y un moño que me hacía estratégicamente con un donut que me compré en los chinos de mi pueblo. Así pasaba doce horas al día. Las otras doce los pasaba con estos chándal horribles que ni si quiera eran sexys. Ginebra era una chica rara con gustos estrambóticos pero se pusiera lo que se pusiera se veía sexy. Hasta las señoras, extraditas en años, de mi edificio bajaban a comprar o al pasear al perro más elegantes que yo. Era un desastre y lo admito. Se que por eso me refugié tanto en mi trabajado porque sentía que era lo único que sabia hacer bien, en lo único que nadie me podría criticar y por eso era tan importante para mi que Gabriel no estropeará todo lo que había conseguido.

- Yo creo que eres maravillosa Laura. Y Clotis también, por eso nos acercamos a ti aquel día en el parque.

- Flaco favor le haces a tu amiga si no eres sincera con ella. ¿Y quién demonios es Clotis? Vaya nombre...

Ginebra tenía mucha paciencia menos cuando se trataba de su perro. Fue la primera vez que vi una intención, por su parte, de cogerlo por el cuello.

- Déjalo Gin, Gabriel tiene razón. Cuando Tim se fijó en mi no podía creérmelo y, a día de hoy, sigo sin entenderlo. Pero yo soy como soy y no puedo cambiarlo.

- Te equivocas, todos podemos cambiar y ser como nos gustaría ser. ¿Crees que soy así de perfecto por naturaleza? Dedicó muchas horas y esfuerzos a estar maravilloso. Querer es poder- añadió acercándose a mi cara.

Gabriel tenía unos ojos azules brillantes y vivos, como los de Ginebra. La piel de su cara parecía perfecta. Lisa, hidratada, de un canela tostado impecable. Su melena rubia y desaliñada le daba un toque muy cool no como la mía, que me daba un toque guarro de no haberme duchado. Siempre había odiado a la gente así. Personas que no necesitaban esforzarse, por mucho que él dijera, para lucir intachables. Siempre a punto. Yo no podía quejarme demasiado, había heredado la compresión delgada de mi madre pero la falta de ejercicio se iba haciendo notar. Mi barriga estaba flácida, igual que mis pazos. Tenía la suerte de no tener ni una cana, eso si, no necesitaba echarme tintes y eso hacía que me cuidara el pelo aun menos. Tampoco tenía arrugas ni patas de gallo ni esas cosas, soy joven, es cierto, pero conozco a gente de mi edad que ya debe abusar de las cremas faciales. Me cuidaba lo justo, era cierto, un poco de crema hidratante y poco más pero es que a penas tenía tiempo para respirar. Cuando conocí a Tom procuré peinar me un poquito más y me compré algunos modelaros nuevos pero antes de eso mi armario estaba repleto de ropa de oficina y poco más. También me compre algunos pijamas porque, si soy sincera, dormía con ropa de propaganda. Muy triste.

- ¿Qué podría hacer?- pregunté distraída, hablando conmigo misma y casi ajena a mis acompañantes.

- ¿Y por qué no ejerces de coach Gabriel?

- ¿Qué?- pregunté con espanto ante la ocurrencia de mi amiga.

- Pareces controlar mucho del tema, ¿serías capaz de obrar tu magia con otra persona?

Ginebra me señalaba con las manos como si presentara un producto nuevo a sus clientes. Esta chica estaba loca si pensaba que yo me ofrecería a semejante despropósito con mi peor enemigo. ¿Cómo iba a darle esa satisfacción al niño?

- Sería un reto pero estoy dispuesto.

Un reto dice el idiota, ¿pero quién se cree que es?

- ¿Tan estropeada me ves que crees que soy un reto?

- No es por el físico, es por esto- contesta señalando su cabeza- tu mente está atrofiada, no crees

en ti.

Abrí la boca de par en par, no porque pensara contestar, ya que me había dejado sin palabras, si no más bien por asombro. No esperaba que Gabriel fuera capaz de analizarme tan bien, ni a mi ni a nadie. Le creía demasiado superficial para ver las emociones de alguien. Se creía tan perfecto, tan capaz... que deseaba darle con la realidad en las narices y despertarle de ese mundo utópico que le rondaba la cabeza. Quería ser yo quien abriera sus ojos y le hiciera ver que, realmente, era un inútil que no valía para nada que no pudiese pagarse con dinero. Como odiaba a las personas como Gabriel... cada día entendía más a Gin aunque en este caso parecía haber caído en la red de mentiras del niño rendida a sus pies.

- Te desafío a cambiarme- dije muy decidida.

Ginebra hizo palmas con sus manos, más emocionada que yo, que era la paciente cero. Gabriel arqueó las cejas dejando entrever media sonrisa chulesca que le hacía mucho juego con su Imagen.

- Solo pondré una condición.

- Vaya, ahora eres tu quién pone las condiciones... ya decía yo...

- Solo quiero que te tome esto como un trabajo.

Le miré sin entender muy bien lo que quería decir. ¿Un trabajo? ¿Pero acaso él sabía lo que significaba esa palabra? Antes de que pudiera volver en mí, Gabriel continuó con su discurso.

- Quiero documentar todo el proceso y escribir mi propio artículo. Todo será anónimo, por supuesto. Cuando hayamos terminado quiero que lo leas y, si es digno de TWT, quiero que me lo publiques.

- ¿Qué? – Gabriel se drogaba, indiscutiblemente. No podía estar hablando en serio- ¿Publicar el artículo de un becario? Quién te crees tú...

- Me creo alguien capacitado que quiere descubrir su talento. He visto de cerca lo que hacéis en la revista, el trabajo de muchos redactores y sé, perfectamente, que yo puedo hacerlo mejor. Además, os vendría muy bien publicar un artículo de “investigación”, realidad social... algo que se acerque a las mujeres de hoy ajenas a la élite de Manhattan.

- Este chico sabe lo que dice...

- Ginebra...- mi amiga levantó las manos a modo de disculpa. Maldita sea, el niño tenía mucha razón y yo odiaba tener que reconocerlo- Está bien, te escucho...

- Estudio de mercado. Vuestra revista no vende entre las mujeres de a pie, sencillamente porque ven inalcanzables la clase la vida que se refleja en las publicaciones. Nuestra vida. Mi idea es publicar un artículo sobre la transformación de una mujer del montón en una diva para conseguir captar la atención de todas esas damas que ven inalcanzable nuestro mundo pero lo anhelan.

- Gracias por lo de mujer del montón... Pero parece una idea interesante creo que es lo que necesitamos para diferenciarnos de nuestras competidoras más directas. Estuve dando vueltas al tema mucho tiempo pero lo dejé un poco apartado la verdad. Mi única duda es si tú podrás

hacerlo, quizás deberíamos encargárselo a alguien más cualificado y nombrarte como colaborador.

- Mi idea, mi artículo.

Gabriel sonaba tajante, no habría forma de hacerle cambiar de opinión y, en parte, yo ya lo sabía pero debía intentarlo. A Gabriel se le podía definir con muchos calificativos pero entre ellos no estaba el de responsable y comprometido. Aquello no podía salir bien pero tampoco me perjudicaba intentarlo y, al fin y al cabo, mi cambio se realizaría de cualquiera de las maneras.

- Está bien, trato hecho. ¿Cuánto tiempo crees que necesitas?

- Tres meses.

- Dos, y es mi última oferta.

Gabriel me ofreció su mano como señal de conformidad para hacer oficial el trato.

Cuando llegué a casa seguía inmersa en una espiral de preguntas, todas ellas sin respuestas, que me hacían sentir en una montaña rusa. No se me quitaba de la cabeza la imagen de Tom saliendo de aquel hotel pero, lógicamente, me negaba a llamarle. Quería esperar a que me llamara él y ver hasta donde era capaz de llegar con sus mentiras. Por otro lado estaba el tema con Gabriel. ¿Cómo podía ponerme en sus manos? Estaba perdiendo el juicio por completo pero todo comenzaba a darme igual porque estaba muy agobiada y muy perdida. Ginebra había insistido en que era una buena idea y yo confiaba en ella, no sabría decir por qué pero confiaba. A partir de ahora todo era cuestión de dejar pasar el tiempo y de ponerme en manos de mi becario aunque estaba a punto de descubrir que tiempo era lo que menos tenía y que, en realidad, estaba pactando con el diablo.



CAPITULO 10: QUIZAS, QUIZAS, QUIZAS

Tom me había llamado como cada noche y yo había seguido con mi papel de no saber nada de nada. A las nueve de la mañana tenía un mensaje de Ginebra preguntando si había alguna novedad con el asunto que mi traía entre manos o con Tom. Lo cierto era que ni una cosa ni la otra. Llegué a preguntar en qué parte del país se encontraba, vamos que casi le pregunto abiertamente si estaba en Manhattan, y él aseguraba que seguía en Stamford según lo planeado. Las ganas de gritarle que un mentiroso y un mierda eran grandes pero tenía que contenerme como fuera y aguantar. Quería pillarle con todas las manos en la masa y que no pudiese inventarse ninguna excusa patética pero eso tendría que ser cuando me hubiese convertido en una diosa voluptuosa para que jodiera más. Si, este punto de la película mi yo interior creía que, realmente, Gabriel iba a hacer un milagro conmigo y me iba a convertir en una de las Kardashian.

Cuando la puerta se abrió de golpe casi me meo encima.

- ¡Gabriel, haz el puñetero favor de llamar a la puerta!
- Lo siento jefa, pensaba que ya podía comportarme como un igual.
- Aquí todo el mundo debe llamar a la puerta Gabriel. PRO-TO-CO-LO. Y te recuerdo que nuestro pequeño trato es extraoficial así que a todos los efectos sigues en el mismo puesto de siempre, el chico de los cafés.

Le dediqué una de mis mejores sonrisas, totalmente cínica por supuesto, que hubiéramos llegado a un entendimiento laboral no quería decir que mi estómago empezase a tolerar a Gabriel.

- Vale, te traigo un planing muy bien detallado de lo que vamos a hacer durante las primeras semanas.

Cogí el ipad que me ofreció y lo repasé varias veces ensimismada. Me parecía una pesadilla lo que estaba viviendo, Gabriel pretendía que pasase con él todas las tardes y parte del fin de semana. No sabía si saltar de alegría o saltar por la ventana.

- ¿Esto es necesario?

- Totalmente. Además creo que sería buena idea que me instalase en tu oficina para poder estudiarte más de cerca.

- Empiezo a sentirme de verdad un experimento...

- Y lo eres.- Ahora el que me regalaba una sonrisa cínica era él.

No pensaba discutir con él, ya había aprendido que no servía para nada más que gastar energías y, de eso, no me sobraban. La historia de Tom me estaba afectando más de lo que pensaba porque todo era nuevo para mí, el amor y el desamor.

Durante el desayuno aproveché para hablar con Lena, como cada mañana. No quería agobiarla demasiado con mis mierdas mentales porque sabía que ya lo estaba bastante con el tema de la boda y hubiera sido muy egoísta de mi parte pero sí que la intenté poner un poco al día de lo que estaba viviendo. Ella estaba totalmente convencida de que estábamos todos locos perdidos y nos habíamos escapado de alguna serie de televisión juvenil. Se descojonaba de la risa cada vez que le hablaba de los disparates en los que me andaba metiendo. Ay Lena, amiga mía, cuanta falta me hubieras hecho aquí conmigo. Quizás todo hubiera sido distinto entonces, quizás hubiera hecho lo que tenía que hacer... quizás, quizás, quizás.

- Escúchame Ele, estáis todos para que os encierren. ¿De verdad vas a dejar que tu becario te mangonee de esa manera? Vais a acabar mal y lo sabes.

- Pues claro que lo se... pero a situaciones desesperadas medidas desesperadas, o eso dicen.

- Yo solo te digo que se avecina tormenta. No sé por dónde va a salir todo este berenjenal pero se avecina tormenta, lo presiento.

- ¿Lo notas en tu juanete del pie derecho o qué? Jajajaja

- No hija no, ese me lo he quitado ya para la boda, que llevo descubiertos. Escúchame bien Ele, la boda es en un mes y medio, te quiero aquí clavada como un reloj.

- Pues claro que si Lena, ¿cómo iba a perderme tu boda estás boba? Con acompañante o sin acompañante pero allí estaré.

- Eso es lo de menos, que pase lo que tenga que pasar. En las relaciones no hay que agobiarse con nada, no hay que forzar la situación. Simplemente hay que dejar que todo fluya por donde tenga que fluir. Quien te quiera estará quién no...

- Se irá a tomar por culo lo sé.

- Jajaja, que bruta te estás volviendo querida.

- Nací bruta y lo sabes.

Las charlas matutinas con mi mejor amiga eran como un soplo de aire fresco en mi asquerosa rutina. Hablábamos cada mañana porque así coincidía mi descanso con su final de jornada y era la única manera de hacerlo posible, por eso de la diferencia horaria aunque yo le mandaba watsap cada vez que me daba la neura sin pensar ni si quiera en la hora. Pobre Lena, lo que tenía que aguantar conmigo, le debía tantísimo... había sido una amiga incondicional todos estos años. El día que me marché a Nueva York me montó una despedida ella solita con toda mi comida favorita, preparó un banquete para veinte y decoró el garaje de mis padres a la altura de una fiesta de fin de curso. Fue genial. Al día siguiente estuvo la primera en el aeropuerto con una pancarta que decía "Jack go home" una escena de nuestra película favorita "Hook, el Capitán Garfio". También fue la primera en recibirme, cada vez que volvía, a casa hasta que el trabajo dejó de permitírselo.

Habíamos soñado tantas veces con nuestras bodas, y con nuestras despedidas de soltera, con probarnos los vestidos de novia mientras nos servían champán y pastas caras... pero al final estaba resultando muy distinta a lo que habíamos soñado, al menos para una de nosotras. Ella podía sentirse afortunada porque había conocido al príncipe azul con el que había fantaseado toda su vida. Un chico educado, inteligente, divertido y atento, además de bastante atractivo, al que había conocido en la universidad en su tercer año de carrera. Llevaban juntos desde entonces y hacia tres años que habían alquilado un pisito muy cuco, en el centro de Madrid, donde Vivian juntos. Todo era tan perfecto y maravilloso que, a veces, me subía el azúcar de solo pensarlo. Quizás a ellos les había ido mucho mejor que a mí porque se habían tomado las cosas con calma. Habían tenido tiempo de conocerse y de experimentar antes de lanzarse a la aventura de compartir piso que es como mucho más formal y, ya sabemos, que lo formal asusta y ahoga. Siempre que hablo con Lena de este tema, y me quejó de mí y de mi existencia, ella le quita hierro al asunto y asegura que nos encontrábamos en etapas distintas cuando comenzamos nuestras relaciones. Tiene la teoría de que cuando empiezas una relación en tu madurez las cosas fluyen a un ritmo más rápido y que, por el contrario, cuando eres joven todo es mucho más pausado. No sé si será verdad o no pero lo cierto es que me ha ido como el culo y ya está.

- ¿Tienes que estar todo el rato mirándome? Me pones nerviosa.

Gabriel, que se ha metido tanto en su papel que se cree científico o algo así, está sentado al otro extremo de mi escritorio y escribe, mientras murmura, sin parar. A mí, que solo me dan ganas de tirarle una grapadora a la cabeza, me está faltando hasta el aire encerrada allí con él. Mi despacho no es pequeño, unos cuarenta metros cuadrados, hay pisos más pequeños pero con Gabriel hasta un ático de doscientos metros se quedaría pequeño. Es tan cargante, tan toca pelotas, que me hace difícil el tenerlo cerca. Creo que le tengo manía desde el principio y yo soy así, como me caigas gordo ya no hay nada que hacer conmigo. Bien es cierto que casi todo el mundo me caía mal, mi filtro era demasiado estrecho a lo mejor, pero mi escasa experiencia en relaciones sociales me jugaba malas pasadas casi siempre.

- Puedes explicarme en qué va a consistir nuestra tarde.

- Tienes el planning.

Lo miro con cara de pocos amigos y cuento hasta veinte. Empecé contando hasta diez pero lo tuve

que ampliar porque no hacia efecto.

- Vale sí, pero ya que tengo en frente mía ¿podrías explicármelo tu y así me ahorras buscar tu correo electrónico?

Gabriel anota algo en su libreta antes de contestarme, algún día tengo que robársela y leer lo que ese pequeño monstruo está anotando sobre mí, con lo que lleva escrito ya podría publicar un libro edición bolsillo.

- Nos vamos de compras, vas a necesitar un armario nuevo para lo que nos espera a partir de mañana.

- ¿Lo que nos espera? ¿Y que nos espera?

- Veo que no te has mirado el planning.- contesta volviendo a escribir algo en su puñetera libreta.

A esas alturas ya me sobran ganas de meterle su dichoso planning por sus partes bajas traseras e inenabables, por eso del acoso laboral y demás, y ver qué tal le sienta. Me da miedo pensar en lo que Gabriel ha podido planear para mí y, lo que antes me parecía inofensivo, comienza a parecerme cada vez más aterrador. Estoy tan nerviosa que me sudan las manos pero me las intento secar en la pernera del pantalón para que no se me note demasiado. No hay nada peor que demostrar debilidad frente a tu enemigo.

- No me mires con esa cara. No te queda otra que ponerte en mis manos.

- Eres odioso... ¿lo sabes verdad?



CAPITULO 11: PRETTYWOMAN

La tarde con Gabriel, como no, transcurrió en la quinta avenida, entre la 49th y la 60th. Admito que nunca había venido de compras a esta zona pero sí que la había cruzado infinidad de veces porque pasear es gratis, ¿verdad? Lejos de lo que se suele pensar, la quinta avenida es bastante asequible para personas de clase media, hay algunas tiendas en las que podría haberme permitido comprar pero simplemente no me gusta ir de compras y cuando lo hago, lo hago por necesidad así me suelo acercar al centro comercial más cercano y solucionado. Soy totalmente atípica, lo sé. Lena siempre me dice que malgasto el espíritu de nueva york. No voy de compras, no suelo beber café, no pruebo el alcohol y no tengo perro así que para ella no soy digna de vivir cerca de la Gran Manzana.

- ¿Dónde sueles comprarte la ropa?- me pregunta Gabriel sacándome de mis pensamientos.
- Forever 21

Su cara es un poema pero de esos oscuros que hablan de las sombras, la tristeza y la muerte.

- ¿Qué? Me pillas al lado de casa... También compro en Macy's, a veces...
- Ahora lo entiendo todo.
- Vale, vale, ¿dónde compra el niño rico si puede saberse?
- Yo no voy de compras encanto, bergdorf me manda la ropa a casa.

Ahora la cara de poema la pongo yo.

- ¿compras por internet?
- Jajaja, por Dios no. En mi boutique saben mis tallas y mis gustos, Sherly se encarga de mandarme la ropa. Es mi personal shopper.
- Alucino...
- De hecho hoy será la tuya. Adelante.

Gabriel me invita a entrar en los grandes almacenes. No os imaginéis un Corte Inglés, no. Son unos almacenes al más puro lujo, todo lo que veo a mi alrededor me encanta. Los escaparates ya parecían auténticas obras de arte pero su interior me deja pasmada no falta el más mínimo detalle.

Desde que entramos nos tratan como auténticos reyes, aunque no se muy bien si es por ir acompañada de Gabriel o porque es su política de empresa. Vamos directos a la cuarta planta donde Shirly, una rubia despampanante con unas tetas más grandes que mi trasero pero muy refinada eso sí, nos recibe con una enorme sonrisa de dientes más blancos que mi piso. Nos sienta en unos comodísimos sillones de piel y nos sirve un par de copas de champán del bueno. Me acuerdo inmediatamente de Lena y de como soñábamos que sería la elección de su traje, en un sitio así. Su exquisita decoración, anclada en lo tradicional, sus expositores de película, sus lujosas lámparas colgando del techo... me sentía como la protagonista de mi propia película que, pensándolo bien, estaba viviendo.

Shirly, con su descomedida sonrisa, me tiende un iPad, última generación, en la que aparecen todas las marcas de la tienda.

- Querida vaya eligiendo lo que le guste de nuestro catálogo digital y una empleada se encargará de traérselo. Solo tiene que seleccionar su talla y su altura en este apartado de aquí.- me llama la atención la manera en que la despampanante Shirly se refiere a “una empleada” porque entonces, ¿qué es ella?- Cómo verá nuestra oferta es muy completa...
- Bueno eso de oferta será una paradoja, jajaja – intentó gastar una broma pero nadie más se ríe se ve que los chistes mundanos no son para ellos.

Shirly continúa como si nada.

- Louboutin, Fendi, Zanotti, Givenchy, Gucci, Jimmy Choo... - los va nombrando mientras va pasando pantallas lateralmente, como si yo fuera ciega o no supiese leer pero la dejo porque entiendo que una vez que entras a su edificio ellos piensan por ti y actúan por ti.

Gabriel está distraído con su teléfono móvil mientras yo voy seleccionando prendas como una loca. Me había jurado que aquello no era para mí y que lo que estábamos haciendo era estúpido y superficial pero me había dado cuenta de que me mentía a mí misma y, en realidad, me encantaba este juego. Lo de ir seleccionando prendas como si jugaras a los Sims o como si compraras en Amazon era adictivo. Vestidos, faldas, chinos, zapatos, rebecas... hasta una Pamela me seleccioné en un momento en el que me vine muy arriba. ¿Habéis visto esa escena de Pretty Woman en la que

la protagonista se va de compras con la tarjeta del millonario? Pues así mismito me sentía solo que a mi no me rayaban con desde y que, al menos, pertenezco a la clase media de Manhattan. Algunos dirían que medio alta la verdad.

Los modelos se fueron sucediendo con rapidez, media tienda estaba a nuestro servicio, admito que Gabriel me pareció un capullo con mucha suerte inmerecida. Yo me sentía como una princesa, literal, de esas que viven rodeadas de asesores reales que hacen todo por ella. Como la cenicienta cuando el armario la bestia, ¿o era la bella y la bestia? Reconozco que me perdí muchas películas Disney en mi infancia.

- A mi este vestido me gusta, no se que le ves de malo.
- Pareces una vieja y es lo que queremos evitar. Siguiente.

Llevaba un vestido floral de Prada inspirado en los años sesenta con el me sentía un alma libre como un pajarito pero que, francamente, me quedaba horriblemente mal.

- Pruébate esto.

Gabriel me tendía un mono negro, de Stella McCartney, con una sola tirante ancha. Parecía muy ceñido, algo en lo que nunca me hubiera fijado, pero Gabriel insistía y yo debía ser medianamente obediente. Se cerraba con gancho en la parte trasera así que para mi era imposible poder hacerlo sola. Saqué la cabeza por el probador, dónde estaba el despliegue de personal cuando se las necesitaba, nada más asomarme ahí estaba él.

- ¿Qué pasa? Sal para que te vea.
- No puedo engancharme el cierre.
- Pues ven que te ayude no seas boba.

Tiró de mi hacía fuera del probado y me colocó de espaldas con un solo movimiento de muñeca. Menudo control... era obvio que Gabriel era todo un dandi. Un idiota si, pero era guapo y tenía estilo. Sus ojos azules convidaban muy bien con su melena castaña y enmarañada. Más tirando a rubia que a otra cosa. Su piel tenía ese color canela tostado, típico de los surfistas, que volvían locas a las chicas y ese aire canalla que llama mucho la atención pero cuando habría la boca, ay Dios mío, cuando Gabriel abría la boca subía el pan.

- ¿Qué te parece?

Cuando me miré al espejo me quedé pasmada. No era consciente de que una prenda así pudiera hacerme esa silueta. Quizás los dos mil dólares que costaba tuvieran algo que ver. No era escotado, pero tampoco le hacia falta para insinuar mucho sin parecer obsceno. Una de las ayudantes de Shirley me trajo unas sandalias Jimmy Choo de tacón imponente, con las que podía practicar salto de altura, que encajaban a la perfección con el acabado acampanado del mono. ¿Esa era yo? Porque no me reconocía en ninguno de mis perfiles. El sonido de la cámara de Gabriel me sacó de mi letargo.

- Hay que documentar... Shirley prepáranos este conjunto y un par bolsos a juegos. Nos llevamos también el Armani que se probó antes y algunas blusas que convienen con todo. ¡Ah!, y un par de

Manolos a tu elección.

De allí fuimos directos a Tiffany, la conocía solo de las películas, donde ni los pendientes más pequeños estaban a mi alcance. De allí elegimos un reloj precioso con el fondo azul hielo y unos diamantes brillantes surcando la esfera, un par de anillos y una gargantilla que quitaba el hipo. Contaba con más de trescientos diamantes, incluido uno en forma de pera de veinte quilates que, según la dependienta la cual sabía hacer muy bien su trabajo, estaba inspirado en el resplandor de las estrellas. Totalmente inadecuado para alguien como yo pero según Gabriel una joya así hace grande a cualquiera que la lleve. No seré yo quien lo cuestione.

Decidimos hacer una parada para tomar algo porque yo, que no acostumbro a pegarme estos tutes, estaba agotada y no sentía los pies. No había tenido tiempo ni de cambiarme, aunque mejor así porque a la oficina al menos voy arreglada y medio en condiciones, y los stilletos que llevaba puesto eran divinos pero totalmente inadecuados para ir e compras.

- No puedo más necesito una Coca Cola repleta de cafeína ya.
- Cola light a partir de ya.
- ¿Por qué?- patalee como una pequeña.
- Porque es parte de la nueva Laura que estamos creando. A partir de mañana empezaremos con el ejercicio.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

- ¡Tu estás fatal! El maltrato físico no formaba parte del plan.
- Las pataletas infantiles tampoco. Tenemos un acuerdo, en mis manos, ¿recuerdas?

Me bebí mi Coca Cola sin rechistar pero de morros porque a mi eso del deporte no me había ido nunca. Era bastante torpe y se podría decir que tenía tres pies y me había mirado un tuerto. Me llegó un mensaje de Ginebra preguntando donde estaba y si seguía con Gabriel.

- Esta es la lista de eventos a los que iremos, te la doy en papel porque sé que no te has molestado en mirar el mail que te mandé.
- Pero esto qué es...- una lista interminable de eventos componían el planning que Gabriel me había preparado. No había dejado ni un solo día de la semana libre ni si quiera entre diario- no he ido a tantas fiestas en toda mi vida.
- Es hora de empezar a vivir sieso.

Gabriel como jefe era mucho peor que yo y mucho menos comedido y más exigente. Llevábamos solo un día de experimentos pero ya me estaba tocando la moral.

“Cafetería en Tiffany. AYUDA”

Mandé el mensaje a Giny para que viniese a socorrerme así racionalizar la poca paciencia que

eme queda en esos momentos. Tarda aproximadamente diez minutos en llegar por lo que intuyo estaba cerca.

- Parejaaaaa

Se sienta mientras pide un capuchino al camarero. Viene tan peculiar como siempre, unas mallas negras, un boye de encajes y unas botas altas estilo Martin. Un estilo que no quedaría bien a cualquiera pero a ella si, ella muy especial.

- ¿Cómo van el Doctor Jekyll y Mister Hyde?
- Es secreto profesional- contesta Gabriel con cara de rancio.
- Hemos estado de compras, me tiene agotada.

Ginebra mira a Gabriel arqueando una ceja, supongo que le cuesta imaginarse al pequeño Gabriel de compras pero si hubiese visto lo que yo he visto lo entendería.

- Hemos estado en Bergdorf.
- ¿Te han servido champán princesa?

Asiento con la sonrisa de un niño pequeño frente a los regalos de navidad y me doy cuenta de que empiezo a sentirme ilusionada con todo esto... juraría que hasta especial.

- Has llegado justo a tiempo Ginebra porque la siguiente parada es el ciento quince de la Gran Manzana.

Ginebra se lleva las manos a la boca con los ojos como platos. Malditos cabrones, se conocen perfectamente la zona y yo ando más perdida que el barco del arroz, como diría mi madre. Les sigo, como un perrillo perdido, porque no tengo más remedio pero con cierto resquemor porque no me fio ni un pelo de ninguno de los dos.

EL 115 era nada menos que Victoria Secret. Soy consciente de que estoy vendiendo y que he cumplido millones de estereotipos estúpidos traicionando mi propia conciencia pero reconozco que me había pasado al lado oscuro. Me veo recorriendo la quinta avenida repleta de bolsas rosas dejando intuir que voy cargada de lencería provocativa. Confirmado, me he pasado al lado oscuro.

El interior de la tienda no está especialmente iluminado. Mantiene un ambiente apagado que encaja perfectamente con la decoración. Casi lo agradezco, porque así será más difícil verme las imperfecciones cuando esté en ropa interior. Todo es tan sexy, tan provocador que me siento borracha de perversión en cuanto me acerco al primer expositor. Ginebra me sigue de cerca, en silencio, me alegro de no estar sola aquí con Gabriel porque habría sido bastante incomodo, al menos para mí, porque él parece estar muy acostumbrado a frecuentar estos lugares incluso a saludado a un par de dependientas. Ya me lo imagino, encaja perfectamente en el perfil de hombre que regala lencería a sus conquistas en la primera cita y ellas, vivas imitaciones de las conejitas playboy, se vuelven locas de alegría y de amor por su hombre. Todo conjeturas, ¿eh? En la revista se oyen muchas cosas, y en el supermercado también.

- Es curioso que la primera vez que entras aquí sea con tu becario, ¿qué no?

- ¿Qué no qué?

- ¿No qué de qué?

Ladeo un poco la cabeza mientras la miro más confusa que intrigada, aun me estoy acostumbrando a otra de sus peculiaridades que es su forma de hablar, mira que controlo el idioma a la perfección pero con ella me pierdo bastante.

- ¿Qué te parece Gabriel a ti?

- Un cliché- contesta Ginebra encogiéndose de hombros- He conocido muchos como él. En realidad por aquí todos son como él, niños ricos y egocéntricos que se creen el ombligo del mundo. La diferencia radica en el interior, algunos tienen buen fondo y otros no. Creo que Gabriel es de los que tienen algo dentro.

- ¿En serio?

Las dudas que tenía sobre el especial interés de mi amiga por mi becario se van ratificando. No sé muy bien descifrar la expresión de su cara pero creo que cuando habla de él le brillan los ojos. Tendré que ser más observadora porque no querría abordarla con el tema sin estar segura de los indicios.

- No pongas esa cara de mono, admito que también es un toca pelotas y que, seguramente, aguantarle todo el día sea muy difícil. Pero dime la verdad...-dice acercándose mucho a mi oído- Te estás divirtiendo con esto.

Soltamos una carcajada al unísono y una señora, bastante estirada, nos echa un repaso intimidatorio que a nosotras nos da igual. Aquí no tenemos a ninguna Shirley que piense, hable y se mueva por nosotros pero casi lo prefiero porque comprar lencería es bastante íntimo y hubiera sido bastante violento preguntarle a Shirley qué tipo de braguita podría hacerme un buen culo. Empiezo a arrepentirme de mis palabras en cuanto veo a Gabriel acercarse con varios conjuntos. Insiste en que me los pruebe, horror, y la verdad es que tiene buen gusto. Ha seleccionado hasta la talla por mí lo que me hace ruborizarme un poquito. La primera pieza era un body en forma de uve que dejaba al descubierto casi todos mis encantos. No estoy muy acostumbrada a usar tangas y cuando me senté para ponerme los tacones para mayor postureo, se me incrustó toda la tira por el ojete presionando hacia arriba. Vi las estrellas, juraría que un par de lagrimones me cayeron por la mejilla fue brutal. El resto de conjuntos, todos muy refinados y preciosísimos, me venían como anillo al dedo. Ese maldito Gabriel era capaz de radiografiarte con la vista y sacarte el patrón os lo juro. Por último me probé un quimono plisado de brillo cuya finalidad en nuestro proyecto no llegaba a comprender muy bien. Decidí salir del probador para preguntarle a Ginebra y me la encontré con Gabriel justo en frente mía. Sentí una vergüenza máxima y me hubiera escondido detrás de un maniquí de buena gana pero por orgullo me quedé donde estaba con la cabeza bien alta. Decidí que si no me movía mucho a lo mejor pasaba más desapercibida pero pude percibir el estudio integral que me hizo Gabriel. La expresión de su cara ni cambió, como quien ve llover y me molestó bastante porque a ver ya que estoy medio desnuda por lo menos me gusta causar sensación y no pasar totalmente desapercibida. No nos engañemos, ese muchacho tenía un currículo tan extenso y con tanto nivel que verme a mí sería como ver a su madre. Si, así de exagerada soy.

Mas enrabietada que molesta me di media vuelta con un golpe de cabeza que me deshizo el moño.
- Me los llevo todos- dije antes de desaparecer por el probador



CAPITULO 12: CUIDADO CON LO QUE DICES

La casa de Gabriel parece sacada de la portada de alguna revista de lujo. Me apostaría el cuello a

que ha salido en algún artículo de esos en los que no se nombran a los propietarios. Y lo sé, porque ya conocéis mi obsesión por los muebles. La recepción es digna de un hotel pero la casa se sale. Es lo más que he visto en mi vida y, para ser sincera, jamás me hubiera visto en una de estas. Sigo a Gabriel hasta la cocina que es de lo más imponente del apartamento. Está forrada en mármol y tiene una máquina de expreso gigantesca que yo no sabría ni usar. Lo mejor de todo, sus vistas panorámicas; Desde allí se ve la mismísima estatua de la libertad y el Empire State, según por donde me asome veo Central Park que es mi zona favorita. A lo mejor se ve hasta mi casa... Se, porque fue bastante sonado, que este ático cuesta más de ochenta millones de dólares. Solo decirlo me pone los pelos de punta. Parece impensable que alguien puede gastarse esa millonada en una casa para que, al final, viva su hijo solo. Increíble. Me duele hasta pisar su suelo de roble que debe de valer más que mi casa.

No veo el apartamento entero pero sé, porque no puedo evitar preguntarle, que dispone de seis dormitorios y siete baños. Las ventanas, que me han robado el corazón, se extienden de suelo a techo lo que permite que aun sea mejor la increíble vista que se aprecia desde allí arriba.

Gabriel me dice que vamos a seguir “nuestra reunión” en la biblioteca y yo pienso que se está flipando un poco con su papel en todo esto pero, me callo porque, la verdad es que quiero ver la biblioteca. Se me caen las bragas... no hay nada que adore más que una biblioteca y esta es preciosa. Incluso tiene una chimenea de leña y un sillón gigantesco donde bien podrían caber diez personas. Me imagino allí, las tardes de domingo, con mi chimenea puesta, tumbada en el sofá y con un buen libro... soñar es gratis y a mí me gusta hacerlo la verdad.

- ¿Te gusta lo que ves?

Las palabras de Gabriel me llegan muy lejos porque mi mente está puesta en todas partes, en cada rincón, en cada libro, en todos los lugares menos en él. Mi aversión por el muchacho sigue siendo la misma pero debo admitir que está siendo bastante agradable, no sé si porque cree que está en la obligación de serlo o porque realmente es una persona simpática. Si me paro a pensarlo no sé nada de él, nunca me he preocupado de preguntarle nada porque nuestros pocos encuentros no han acabado demasiado bien. Sin embargo, él sabe mucho más de mí, que cualquiera de la oficina. Ni si quiera Susan sabe de mis problemas amorosos con Tom. Se conocen de alguna cena o de algún acto al que hemos ido acompañados pero poco más y Gabriel ha vivido un momento bastante íntimo en el que me he creído vacía por dentro. De repente me siento un poco incomoda, ¿habré dejado entrever demasiado? ¿Me habré vuelto más débil a ojos de mi becario?

Comienzo a retorcerme incómoda en el sillón.

- ¿Algún problema Laura?

- No... ninguno. ¿Qué me habías preguntado?

- Que si te gustaba la biblioteca.

- Mucho- contesto a la vez que me levanto para ver algunos libros más de cerca- Adoro los libros. Pasé mucho tiempo entre sus páginas cuando era más joven.

Lo estoy haciendo otra vez... qué tendrá Gabriel que me suelta tanto la lengua no lo comprendo, porque no siento ninguna afinidad hacía él.

- ¿Eras de esas niñas?- pregunta mientras me sigue con la mirada.

- Define “de esas”...

- De esas que devoran libros, llevan gafas de pasta dura y la expresión de no haber roto un plato en la vida.

- De hecho llevo gafas de pasta dura.

- Pero que luego- continua como si no me hubiera oído- cuando se sueltan la melena y se quitan sus gafas se comen el mundo y lo que no es el mundo.

Tiene una expresión canalla en la cara. Se perfectamente que me habla con segundas pero no pienso entrar en su juego porque no hemos llegado a ese nivel de confianza ni a ningún otro.

- Creía que ese era precisamente tu trabajo conmigo.

Se queda callado y me mira, me mira muy fijamente con esos ojos que parece que se le salen de la cara, pero no aguanta una risa tonta.

- No dudes de mi talento te sorprenderás. Pero contéstame, me ayudará mucho a trabajar contigo saber más de Laura Sorda.

- Creía que ya habrías investigado.

- Hay cosas que no se pueden investigar que solo se pueden contar. Pensamientos, inquietudes, sensaciones...

- La sensación es la de estar perdiendo el tiempo.

Contesto secamente porque quiero levantar una barrera invisible que no deje traspasar a Gabriel, un perímetro de seguridad que me proteja de su curiosidad porque sé que acabará sonsacándome todo lo que se proponga. De hecho, de alguna manera inexplicable siento que no me importaría contarle lo que quiere saber porque me ayudará a mí también a liberarme. Dicen que hay que contar en voz alta nuestras inquietudes para alejar a los fantasmas y a los remordimientos. Pero por otro lado sé que tengo que ser cautelosa porque ¿quién es Gabriel? Apareció como un torbellino fastidiándome mis días y ahora se cree con el derecho de interrogarme.

- ¿Y tú? ¿Quién eres tú? ¿Qué buscas en mi revista?

Me sorprende a mi misma preguntando algo que no tenía planeado. Mecanismo de defensa supongo. Y aunque él también parece sorprendido contesta, aunque se toma su tiempo, le gusta hacerse el interesante.

- Busco hacer lo que me gusta y para lo que sé que estoy preparado. Busco que la gente deje de subestimarme y de ver a un niño rico e inútil cuando me miran.

No sé si yo soy esa gente a la que se refiere pero supongo que si porque lo primero que hice, incluso antes de conocerlo, fue juzgarlo. Yo he sido juzgada tantísimas veces que nunca me imaginé a mi misma haciéndolo pero la vida te cambia, te cambie y te moldea a su antojo y muchas veces no nos gusta el resultado pero cambiar es más difícil de lo que uno se puede imaginar así que le juzgué y, aunque aun no sabía si fue premeditado o no, al menos tenía que admitir que

predispuesto era un rato.

- ¿Sabes? Mi padre y yo nunca hemos sido de esos que van a pescar los domingos o que ven juntos el beisbol pero nos tolerábamos bien. El me exhibía entre su séquito con orgullo y dejaba que le acompañase a muchos eventos de la alta sociedad, hasta que le dije que no quería seguir sus pasos. Eso le mató pero saber que estudiaría comunicación acabó con él y con nuestra relación. Desde entonces no hemos vuelto a cruzar palabra, más allá de lo estrictamente necesario quiero decir.

- Pero vives aquí, con ellos...

- Mi padre nunca me cerró el grifo, no es de esos. Es capaz de repudiarme pero dejarme tirado como una colilla daría que hablar y eso lo detesta aun más que a mí así que me siguió costeando todo y cuando volví a la ciudad volví al hogar familiar.

- Entonces, ¿el no te ayudó a conseguir la beca en TWT?

- No, me ayudaron mis notas, las cuales ni te has molestado en mirar por lo que veo.

Lo dice con guasa pero es cierto, no las he mirado y debería haberlas revisado junto a su expediente pero recuerdo que por haberle juzgado a la ligera pasé del tema.

Gabriel me explica que utilizaremos el gimnasio de casa para ponerme buenorra, aunque no con esas palabras, y que me ha concertado cita en el salón de belleza del edificio porque, por lo visto, no voy a la moda, cosa que yo ya sabía. Para quién se lo esté preguntado si, el edificio tiene salón de belleza, gimnasio, spa y hasta un restaurante muy chic. Es como un puto barrio del que no tienes que salir para nada porque, por si no lo había dicho, también tiene sala de cine.

Lo único sensato que he hecho en mi vida es hacerme el laser, y menos mal, porque la chica del salón de belleza me desnuda entera en busca de pelos que sobren por todas las partes de mi cuerpo. Se empeña en hacerme las cejas y a mí no me da tiempo a oponerme así que me dejo y me acuerdo de mi madre que siempre me decía eso de “niña, no te toques las cejas o van a parecer las ingles de tu tía Paquita” Imaginaros el miedo que me metió en el cuerpo porque vosotros no lo habéis visto pero mi tía Paquita tiene unas ingles de cuatro palmos con más pelo que yo en la cabeza. Dos caniches lleva colgando.

Con el pelo se tiran dos horas, me lo nutren, me dan brillo, me cortan, me peinan... cuando terminan conmigo no me reconozco. Por más que me busco en el espejo no me veo. Y entonces pienso en cómo me vería con uno de los modelitos nuevos que hemos comprado y sonrío. Sonrío con disimulo porque me gusta lo que veo y me hace sentir bien y poderosa.

De repente me veo con ganas de ir a esas fiestas a las que Gabriel me quiere llevar, con ganas de que me exhiba y de relacionarme. De relacionarme... yo que de pequeña sufría por tener que ir a comprar el pan. Es increíble como una sesión de peluquería te puede cambiar la vida y hasta la visión de esta. Y entonces se me olvida Tom, se me olvida pensar en el y se me olvida que había quedado en llamarle y no lo he hecho ni lo hago. Porque cuando Gabriel me lleva a casa caigo rendida en la cama con ropa incluida



CAPITULO 13: LOS DÉBILES NO LLEGAN A NINGUNA PARTE

La he visto sonreír cuando se ha mirado al espejo. Ella no se ha dado cuenta pero la observaba desde el otro lado de la habitación, sentado en un sofá. Admito que estaba camelándome a una chica, que esperaba su turno y que ya me había dado su teléfono, así como quien no quiere la cosa, cuando le había soltado que vivía en el edificio. Ella no, pero acostumbra a venir a este salón de belleza porque le gusta y le pillá cerca. Sé escuchar aunque no lo parezca.

Laura capta mi atención en cuanto terminan con ella. Es inevitable no mirarla porque, la verdad, es que han hecho un buen trabajo pero también es porque ella desprende una inocencia y una frescura a la que no acostumbramos a ver por aquí. Las chicas con las que frecuento se las saben todas y están muy seguras de sí mismas y de sus encantos. Gustan y lo saben y eso a veces aburre. Laura es tímida, es ingenua y sencilla y eso, mezclado con el cambio de look que le han dado, son encantos muy poderosos. Reconozco que alguien como ella es presa fácil pero confío en que es inteligente y se las sabrá apañar bien, no me cabe casi ninguna duda de ello. Me gustaría que se abriera más, que me hablara y me contara más cosas sobre ella. No es solo por mi carácter curioso, que me viene con la profesión, si no porque la verdad es que me parece una persona muy interesante y me apetece que se abra a mí, en el buen sentido.

Cuando la dejo en casa noto que sigue subida a una nube desde que se miró al espejo. Va feliz, y eso me agrada. Hemos quedado en seguir después de la oficina, haremos deporte y, por la noche, iremos juntos a la cena de gala de la Asociación de las Mujeres de América a la que pertenece mi madre. Cuando le dije que llevaría acompañante me miró con recelo, sé que está acostumbrada a verme con verdaderos personajes, pero confío en que la sorprenderé con la compañía de Laura. Indirectamente ella me vendrá muy bien para dar una imagen distinta a la que acostumbro así que será un beneficio mutuo después de todo.

Hoy no ha salido el nombre de Tom a relucir. Admito que me he visto tentado a preguntarle por él un par de veces pero no he encontrado el momento oportuno. Ella tampoco ha mencionado nada al respecto, cosa que me parece normal, porque no confía en mí en absoluto. A veces me pregunto como se ha prestado a todo esto, como una chica que podría comerse el mundo por mil y una virtudes tiene tan baja autoestima. Me encantaría decirle que para ella la imagen física es algo

secundario que lo verdaderamente valioso lo tiene en su cerebro y en su corazón pero no es el momento de hacerlo. No es el momento porque, egoístamente, me conviene que quiera este cambio, que quiera jugar a ser una niña rica del Upper East Side porque así es como yo sacaré a relucir mi talento. no me enorgullezco, pero tampoco hago tan malo porque, al fin y al cabo, ella está de acuerdo y puedo entrever en la expresión de sus ojos, cuando se mira al espejo, que deseo este cambio de imagen más que nada. Me siento frente al portátil para añadir todas las sensaciones del día a mi dossier y siento que me pican los ojos. Estoy realmente cansado aunque no he hecho gran cosa la verdad pero, en un momento dado, estoy seguro de que me he quedado en trance y mi teléfono móvil me ha despertado.

- ¿Si?- ni si quiera he mirado la pantalla para ver quién era.
- Hola bebe, ¿ya estás en casa?
- Si, estaba trabajando un poco, ¿qué pasa?
- Te echo de menos y quiero verte.
- ¿Ahora? Pero es un poco tarde...- respondo mirando el reloj, las once.
- Si ya estás cansado me quedo a dormir y listo.

Lexy puede ser muy insistente cuando quiere algo, y muy persuasiva si se le da la oportunidad, así que discutir va a ser una pérdida de tiempo.

- Está bien vente para acá.
- Ábreme estoy arriba, el portero me ha dejado pasar.

Como decía, puede ser muy persuasiva. Ha venido a casa alguna que otra vez, más que ninguna otra la verdad, pero no lo suficiente como para que la dejen pasar. Probablemente podría hacer que despidiesen a ese portero si quisiese pero no lo voy a hacer porque me cae bien y porque él no tiene la culpa de que Lexy se las sepa todas. Seguramente le habrá convencido de que somos novios y estamos prometidos pero yo ni si quiera nos llamaría así. Ella y yo congeniamos casi al segundo de conocernos porque está muy buena y porque me hacía reír como nadie. Un día, cuando vine a darme cuenta, empecé a fijarme en que siempre coincidíamos en todas partes, halla donde fuera allí estaba Lexy así que me acerqué a ella y le dije que para evitar que la denunciara por acoso debía salir conmigo. Le hizo gracia, menos mal, y desde ese momento comenzamos a quedar con asiduidad. Invitarla a casa fue un gran paso, invitarla más de una vez al menos, y ella se sentía cada vez con más derecho sobre mí. Me daba cuenta de que actuaba como una novia en toda regla y supongo que como nunca le dije nada al respecto mi silencio fue su forma de entender que estaba de acuerdo. Voy a ser muy sincero, nunca he tenido novia, amigas miles sí, pero novia ninguna y la necesidad de tenerla tampoco. A Lexy le había cogido tanto cariño que no era capaz de hacerle daño y por eso prefería mantenerme callado mientras decidía que cojones quería hacer con mi vida. Ella había llegado en un momento en el que me sentí muy solo, con todo lo de mi padre y demás, y tener a alguien en quién apoyarme me vino muy bien. A veces me siento egoísta y sé que debo ser consecuente con todo y sincero con ella y aclarar nuestra situación pero luego se me pasa y pienso que así estoy cómodo y por qué cambiarlo. Un dilema.

- Cariño me tienes super abandonada- dice mientras me abraza por detrás.

- El trabajo...
- Pero echas demasiadas horas extra con tu jefa, ¿no crees?

Creo haber percibido que recalaba demasiado la palabra jefa.

- ¿No estarás celosa verdad? Porque ya hemos hablado de eso y, además, es una jefa...
- Estoy celosa del tiempo que le dedicas- me dice mientras pone cara de cachorrillo.
- El tiempo que le dedico nunca será tan bueno como el que te dedico a ti.

Dejo lo que estoy haciendo y la levanto en el aire para, después, tumbarla sobre la cama de espaldas. Me coloco sobre ella mientras le beso el cuello. Se que la vuelven loca mis carantoñas y es justo lo que necesito para evitar una discusión que no me apetece en absoluto. Sé que Lexy comienza siempre así, suavemente, para después acabar echándome en cara lo que ya no hacemos o lo que nunca hemos hecho y cosas así. Esto es algo más que demuestra que me trata como a su novio y que detesto pero nuevamente quiero evitar hacerla sentir mal. Los besos en el cuello y las caricias han pasado a ser algo más y cuando me doy cuenta se ha colocado sobre mi y se ha quitado la camiseta. Algo que me encanta de esta chica son sus ganas locas por hacérmelo siempre que estamos en la intimidad. Nunca he necesitado pedírselo o ponerme mas pesado de lo normal para demostrarle que tenía ganas porque ella siempre las ha tenido incluso más que yo. Ese es un punto muy a su favor y tendré que tenerlo bien presente cuando me replantee si hago oficial nuestra historia.

Pasa lo que tiene que pasar y cuando terminamos me siento demasiado cansado para seguir con el artículo, prefiero dormir porque sé que me espera un día muy largo mañana y necesito afrontarlo con fuerza. Lexy se ha acurrucado sobre mi pecho, como acostumbra a hacer siempre que hemos terminado, pero que hemos terminado bien, con final feliz.

La creo dormida pero por alguna razón yo aun sigo despierto con la cabeza en otra parte. En Laura concretamente. Sigo pensando en ella cuando se mira al espejo después de arreglarse el pelo, en su expresión de sorpresa y de orgullo, en sus ojos tan brillantes y repletos de vida. Se me ha quedado su imagen grabada pero no sé por qué. Quizás sea arrepentimiento por saber que la meto de lleno en la boca del lobo, por saber que estoy guiando a la dulce e inocente Caperucita hacia su guarida. ¿Qué te pasa Gabriel? A estas alturas debería ser un déspota codicioso que solo mirase por su culo, es a lo que me han acostumbrado y, sin embargo, me lleno de sentimientos y sensaciones nuevas que nunca había experimentado. Te estás haciendo débil Gabriel y los débiles no llegan a ninguna parte.



CAPITULO 14: COMO CENICIENTA

- Quizás no sea tan malo como te lo imaginas mujer, no quieras adelantarte a los acontecimientos, siempre lo haces, te tengo calada.

He suplicado a Ginebra que venga conmigo a casa de Gabriel porque ayer todo fue muy raro y yo me sentí aun más rara y no quiero volver a quedarme a solas con el. Es como un pequeño demonio con poderes mentales que me manipula con la mirada y me suelta la lengua. Como Gin me acompaña hemos quedado en vernos con el anfitrión en su super mega lujoso apartamento. Se lo he pintado a mi amiga como un palacio oriental así que está loca por verlo en persona. No hay nadie en todo Manhattan que no haya oído hablar del edificio pero pocos han podido estar dentro de él. A veces creo que tengo objeto filia y quiero casarme con un inmueble, os lo juro.

- Soy exagerada, no lo puedo evitar, lo he heredado de mi madre. Pero te prometo que me siento más cómoda contigo allí. Ya sabes la aversión que me produce Gabriel, no puedo evitarlo. Mira... pelos de punta- digo enseñando mi brazo lastimeramente mientras finjo un escalofrío.

- Un oscar te tendrían que dar- ríe.

- Con un Pulitzer me conformaría.

Llegaros rápido al edificio porque está relativamente cerca y porque nos lleva el chofer de la revista. Gabriela va flipando ya desde la puerta de entrada porque dice que verlo de cerca impacta mucho más y yo solo le digo que espere a estar dentro. El portero me saluda con una especie de reverencia, quitándose la gorra como si estuviésemos en el mismísimo Ritz, y nos abre la puerta sin decir ni una sola palabra. Yo me sorprendo de que se acuerde de mi porque, en fin, solo he venido una vez así que alucino con la buena selección de personal que ha hecho alguien que se dedica a contratar porteros.

- He oído que ganan unos cinco mil dólares a la semana- digo mientras me subimos al ascensor- Solo en propinas.

- ¡¿Qué?! Pues yo quiero que me enchufe Gabriel díselo cuando lleguemos.

Me río, aunque sé que mi amiga lo dice medio en broma medio en serio, que si tuviera la oportunidad lo haría sin dudarlo pero su madre se moriría. Ya la he conocido y estoy segura, cine por cien, de que le da un soponcio si su hija se mete a portera de edificios. Ginebra y su madre son el día y la noche. Es una mujer bastante detallista, en todos los aspectos de su vida, preocupada por su imagen social como todos los que se mueven por aquí. Es amable, mas de lo que me hubiera esperado, aunque reconozco que lo es conmigo, no sé como será con los demás, y se que influye el hecho de que está bastante alucinada con mi trayectoria profesional hasta el punto de restregársela a su hija por la cara varias docenas de veces al día. No se como Ginebra me soporta aun.

Gabriel nos espera en el resquicio de la puerta con unos short de deporte y sin camiseta. No mentía cuando aseguraba que estaba en forma así que supongo que tampoco mentía cuando decía que yo también lo estaría costase lo que costase.

- ¡Au!

Gabriela me ha dado un codazo que me ha dejado sin aliento varios segundos. Ella si que está en forma y además es más bruta que unas bragas de esparto.

- ¿Qué me he perdido?

- Esta, que quiere que la contrates de portera de tu edificio.

- Si quieres te contrato como ayudante personal, es lo máximo que puedo hacer.

- Salgo muy cara. Pero solo por curiosidad, ¿en qué tendría que ayudarte exactamente?

- Tendrías que ayudarme a ponerme el pijama, vestirme por las mañanas, quizás a ducharme y traerme el desayuno a la cama, eso no podría faltar.- contesta Gabriel poniendo ojitos.

- Muy tentativo... me está costando decir que no.

¿Soy yo o estos dos están tonteando en mis narices?

- Vamos a lo que vamos o qué- sueno más autoritaria de lo que pretendía pero Gabriel me contesta con un saludo militar que resta hierro al asunto.

El gimnasio es igual de moderno, e intuyo que igual de caro, que el resto de la casa y no es que entienda mucho del tema, ni de los precios del mercado, pero es fácil de adivinar sobre todo porque Ginebra, que sí que entiende, lo ha afirmado nada más entrar.

- Tienes máquinas de ultimísima generación, veo que no pierdes el tiempo.

- Yo nunca Tequila.

Gabriel ha decidido cambiar el nombre a mi amiga con la coña de que se llama igual que una

bebida alcohólica, al principio pensé que para fastidiar pero, a mi y a mi retorcida cabeza, me va sonando a que sigue pelando la pava. La primera vez que dije pelar la pava en público me miraron todos como deshabitados, y estoy hablando de Madrid así que si lo dijera aquí imaginaros. Los americanos imaginarían al momento que me refiero a desplumar a un pobre pavo defensor sin motivo aparente. Otra de esas costumbres raras que tienen en su país dirían. Me costo muchísimo hacer entender a Susan lo que era la Semana Santa y al final quedó en que era un desfile de gente disfrazada con carrozas tipo orgullo gay. Imaginaros si mi madre se enterara de tal blasfemia, se muere. Mi madre no es de ir a misa, y yo nunca la he visto rezar, pero es escuchar una banda en Semana Santa y se parte la camisa como Camarón. Nos hacía bajar a las procesiones horas antes, con las sillas de la playa a cuestas, para sentarnos en primera fila y luego la veías aplaudir como una descosida mientras te decía “los pelos como escarpas, mira, como escarpas” Como echaba de menos a mi madre...

- ... una hora para empezar.
- ¿Qué has dicho?- en medio de mi trance me había parecido escuchar una hora de algo.
- Que empezamos con una hora de cinta, vamos que estás en otro mundo.
- ¿Cómo que una hora de cinta? Si eso es lo que dura la clase entera.
- ¿Tu donde te crees que estas jefa? ¿En el gimnasio de tu barrio o qué? Aquí la clase durará lo que yo diga y si me rechistas demasiado lo vamos subiendo.
- No te pases Gabrielito que te la devuelvo en la oficina no te olvides de con quien...
- Que sea una hora y quince.
- Vale, vale ya me subo a la cinta pesado.

No quería hacer ejercicio así que mi cara era un poema pero había decidido no quejarme, para no parecer tan blandengue, y disimular al máximo el mal estado físico en el que me encontraba. El problema fue que por más que quise disimular fue imposible porque a los veinte minutos de cinta, y a la velocidad del demonio a la que me puso Gabriel, me quise tirar de la cinta a modo de suicidio un par de veces. La cabrona de Ginebra corría con una elegancia que lo hacía hasta parecer sencillo y encima subía la velocidad como si nada. Podía permitirse hablar y correr a la vez, yo no sé ni cómo conseguía respirar, así que tenía a Gabriel pegado a su bicicleta todo el tiempo. No es que me importara pero me molestaba que se la llevara a su terreno. Será que cuando los amigos escasean te vuelves más posesivo no sé.

De la cinta nos mandó a hacer flexiones y abdominales y yo le reté a que las hiciera con nosotras porque no me parecía justo que se dedicara solo a mandar y mirar. No me salió bien la jugada porque como ya os he dicho Gabriel está en muy buena condición física así que mi gozo en un pozo. Por último nos hacer unas sentadillas con unas tiras amarillas que colgaban del techo y con las que tuve algún problemita porque no sé cómo fue, ni como paso, pero casi me ahorco.

- Lo habéis hecho muy bien. Una mejor que “otra” pero admito que lo has hecho mejor de lo que esperaba.
- Vaya gracias me emocionas...Quiero llorar pero todo el agua de mi cuerpo se ha ido en forma

de sudor.

- Ahora tienes exactamente una hora y media para arreglarte.
- Pero eso es poquísimísimo, ¿cómo quieres que una mujer esté perfecta con esa mierda de tiempo?- preguntó Ginebra.
- Solo tiene que ponerse un vestido, la arreglarán en el salón.
- Prefiero arreglarme en casa si puede ser... me sentiría más cómoda.

Llamadme estúpida pero necesitaba darme un baño relajarte y decidir cual iba a ser el modelito elegido para mi desvirgamiento social. Sé que cualquier otra mujer, en su sano juicio, hubiera optado por ir al salón de belleza y no tener que mover ni un dedo en el proceso pero yo no estoy en mi sano juicio, ya deberías saberlo.

Gabriel no me discute demasiado y nos deja ir con la promesa de que seré puntual como un reloj y que dejaré la cara de estreñida en casa.

- ¿Has pensado ya en qué te vas a poner?- me pregunta Gin cuando ya estamos en el coche.
- Ni idea... tengo algunos vestidos de las cenas de empresa y de alguna gala conmemorativa y esas cosas pero no sé si estarán muy acorde con las personas que estarán allí.
- Da igual lo que te pongas Laura, ellos siempre se creerán mejor que tu lo llevan en la sangre. Aun no entiendo que tengas que ir a estas cosas, te vendes al sistema amiga.
- Le prometí que le acompañaría y él me aseguró que me vendrían bien para abrir puertas a la revista.
- ¿Es eso lo único que te importa en realidad, la revista?

Me encojo de hombros porque ya sé lo que piensa mi amiga y su aversión hacia la sociedad del Upper East Side así que no quiero admitir que entrar en su mundo, mezclarme entre ellos, y que me traten como una igual no me despierta cierto estímulo.

- Si, es lo único que me importa- Sonrío.
- Mantente al margen de cualquier conversación sobre negocios o política, entre ellos se entienden. Cuidado con las mujeres, nos encantan ridiculizar sobre todo si vemos que hay competencia.

Pongo los ojos en blanco pero, en el fondo, sé que Ginebra tiene mucha razón y que sabe de lo que habla. En cualquier caso no voy como competencia de nadie solo a socializar y a hacer contactos así que pueden estar todas tranquilas que sus hombres estarán a salvo conmigo.

Cuando llegamos a casa subimos juntas, necesito ayuda porque yo soy más torpe que nadie para esto de arreglarme y maquillarme. Cuando llegamos al rellano veo un paquete junto a la puerta, lleva una nota con algo escrito a mano "soy tu vestido para esta noche"

- ¿Es de Gabriel?
- Tiene que serlo porque no recuerdo ser la putilla de nadie.

- Tia es hasta romántico ¿no?
- Mas bien interesado. Quiere que vaya acorde con la velada y que no desentone. Está claro que no se fia de mí.

De repente me doy cuenta de que me siento decepcionada, realmente hubiera sido un gesto muy bonito si no hubiera estado condicionado. Entonces recuerdo uno de los días en que Tom me sorprendió con una caja enorme en la puerta de casa. Fue por nuestro aniversario y eran unos patines preciosos que habíamos visto en un escaparate. Quería rememorar una de nuestras primeras citas en las que fuimos a patinar sobre hielo y me divertí tanto que comenté lo genial que hubiera sido tener unos patines propios para bajar a Central Park siempre que hubiera tenido ganas.

Nunca usé esos patines pero el gesto me pareció encantador. Sin embargo, en ese momento, me interesaba más el vestido de Gabriel, y sus razones, que los recuerdos de Tom.



CAPITULO 5: CENICIENTA

Fui a recoger a Laura puntual como un reloj. Ella insistió mucho en que prefería arreglarse en casa, con Ginebra. A mí me daba igual aunque en el salón de belleza la hubieran atendido sin problemas pero se empeñó tanto que imaginé que el problema era que se sentía más cómoda en casa. No la vi muy convencida con la cena, y eso que no le dije que la organizaba mi madre, por el hecho de ir a un sitio desconocido sin más compañía que la mía. No soy idiota, sé que no soy santo de su devoción pero también sé que no tiene motivos para sentirse insegura conmigo, ni conmigo ni con nadie en realidad. No es consciente aun del poder social que podría llegar a tener con el camino que ha recorrido. Ella actúa como si lo supiese pero no es así. Dentro de la oficina se siente fuerte y poderosa pero en cuanto sale de esas cuatro paredes comienza a menguar. Me encantaría que se abriera a mí de una vez por todas y me contara algo sobre su vida porque así podría entenderla mejor. Anda todo el día hablando con una amiga que se va a casar pero, quitando eso, no la veo hablar con nadie más, ni padres, ni hermanos... nada.

- ¿Le queda mucho?

- No me seas impaciente, ¿eh? Que tú sabes que estas cosas requieren su tiempo. Además, no creo que estés acostumbrado a que tus chicas sean muy puntuales.

Miro a Ginebra con un poco de condescendencia porque la verdad es que tenía razón pero también sabría que mi madre me cortaría los huevos si llegaba tarde. Aquí todos los actos tenían bien marcadas sus pautas y sus protocolos. La familia del anfitrión o anfitriona debía estar antes que sus invitados para recibirles como era debido. En casa siempre hemos conocido muy bien los protocolos porque mi madre era una obsesa y la anfitriona de la mayoría de eventos que se organizaban en el Upper East Side.

Cuando Laura hizo, por fin, acto de presencia no pude reprocharle nada. Principalmente porque me quedé mudo, sin voz, o simplemente porque me olvidé de cómo se hablaba durante algunos minutos. Llevaba un vestido de seda que se ajusta a su cuerpo como un guante, perfecto. Es en forma de sirena, de los que a mí me vuelven loco, y con cola de barrido. Lleva la espalda totalmente al descubierto y, aunque el escote es en uve, por los laterales se aprecia que tapa lo justo y necesario. Me he despedido de Ginebra con un pequeño movimiento de cabeza, leve como

mi respiración, y la he dejado riéndose de mí. Sé que se ha dado cuenta de que estoy impactado y de que doy mucha pena pero sé que Laura no. Está tan inquieta y es tan impresionable que seguramente ni si quiera se ha percatado de que me falta el aliento, y eso es lo que más me gusta de ella. Lleva el pelo suelto, porque se lo cortaron bastante, peinado hacia un lado, casi despeinado, pero ella consigue darle la elegancia necesaria para que combine con la imagen que debe dar esta noche. Yo acabo de descubrir que cuando Laura se peina hacia un lado yo dejo de saber hacia cual debo ir.

Hemos llegado al límite. Al límite de la hora, al límite de que a mi madre le dé un soponcio y al límite de que alguien se percate de que aun no he hecho acto de presencia. Quiero pasar desapercibido y llegar hasta donde está mi familia sin que se den cuenta pero nada más atravesar el umbral de la puerta atraemos todas las miradas. Sé que no es por mí, es por ella. Ella con su vestido de gasa. Su pelo suelto y alborotado como si lo hubiera dejado secar al viento, su piel canela, sus ojos grandes...

- ¿Gabriel?... Gabriel espabila, esa mujer te hace gestos.

Mi madre me hace aspavientos, como si le fuera la vida en ello, desde el otro lado de la sala. Mierda, estoy en un lio y tendré que dar más explicaciones de la cuenta. Cojo a Laura de la mano, por inercia, para conducirla detrás de mí y no perderla de vista. Noto que se ha puesto un poco más tensa de lo habitual pero no dice nada y me sigue sin rechistar.

- Madre...

- Gabriel... - contesta ella con una sonrisa más que fingida y sin desaprovechar la oportunidad de hablarme al oído- Ya hablaremos tu y yo jovencito. Saluda a los señores Villard.

Haciendo uso de toda la falsedad que dicen que poseemos les regalo la mejor de mis sonrisas un matrimonio mayor que observa a Laura con detenimiento, lo que se suele llamar hacerle una radiografía, palabra que se me ha pegado de ella.

- Señor y señora Villard, un placer volver a verles.
- Gabriel querido- me dice la mujer- Que guapo estás desde que has vuelto de la universidad, más morenito diría yo.
- Gabriel siempre ha sido un muchacho muy apuesto, y muy bribón- añade su marido mientras me guiña un ojo.

Sonrío, porque lo último que quiero, ahora mismo, es que se haga alarde de mis conquistas. Sé que Laura no es tonta, y conozco la imagen que tiene de mi pero por alguna razón que desconozco me gustaría mejorar un poco ese concepto.

- ¿Quién es esta joven tan guapa?- como no, quien pregunta es la mujer, que es de todo menos discreta.

Esa pregunta guarda muchos mensajes ocultos. No es solo un nombre lo que busca, es mucho más, es hacerle un currículum social y laboral en dos segundos. La señora Villard es algo para lo que Laura no está preparada, es una víbora de dos patas.

- Ella es Laura Sorda, directora general de la revista TWT.
- ¿Directora, bromeas?- pregunta con los ojos bien abiertos, como platos- Pero es una niña, ¿cuántos años puede tener? Tranquila querida, no tienes que contestar, es toda una indiscreción preguntarle la edad a una dama. ¿Y decías que tu apellido era... Sorda? ¿Eres de ascendencia latina?
- Española en realidad- contesta Laura con una sonrisa comedida en los labios.
- Ya te ganaste a mi mujer, querida. Es una asidua incondicional de vuestra revista. Donde, si no me equivoco, estás haciendo las prácticas, ¿verdad?

Me sorprende que los Villard estén al tanto de mi carrera profesional, eso solo puede significar que uno de mis progenitores les ha estado hablando de su decepcionante hijo pero no sé en qué términos exactos habrá sido y tampoco quiero precipitarme demasiado. Además, si hay algo que tengo muy claro es que mis padres jamás hablan de los trapos sucios ni las deshonras en público. En público todo es perfecto, primera regla.

- Así es, conseguí el puesto como becario por los méritos académicos. Estoy bastante satisfecho.
- Me alegro mucho, aunque admito que me sorprendió que no hicieras las prácticas en la empresa de tu padre.
- Bueno, es que no hubiera tenido mucha lógica hacer unas prácticas de periodismo en una empresa urbanística.
- ¿Periodismo?

Y ahí estábamos, donde yo quería llegar. Mis padres no habían sido del todo sinceros al hablar sobre mí, no me sorprendía.

- Gabriel, ¿podríamos ir a buscar algo para beber?

Laura no me decepcionó en absoluto, era espabilada y eso jugaría un buen papel a su favor en este mundo. Le debía una por salvarme de aquel matrimonio.

- Chica lista –le digo mientras le tiendo una copa.

- Estoy acostumbrada a esquivar situaciones parecidas a diario.

Me sonrío, creo que es la primera vez que me ha sonreído y me gusta, me hace sentir bien.

- Son como fieras devorando a su presa. Los conozco bien pero admito que me siguen dejando sin argumentos.

- Supongo que los que estaban con ellos eran tus padres... tienes una madre muy guapa. Te pareces a ella.

¿Me ha hecho un cumplido? Porque yo diría que sí y por alguna extraña razón me he puesto tontorrón. Creo que sudo y me tiembla hasta la copa, ¿PERO QUÉ TE PASA GABRIEL?

Veo a mi madre venir de frente y me preparo para lo que me pueda decir. Su rostro es indescifrable pero al menos no viene con mi padre, cosa que no me extraña pero que agradezco.

- Gabriel querido, ¿no vas a presentarme a tu amiga?

- Soy Laura, Laura Sorda, un placer.

- Un nombre... peculiar.

Laura se ruboriza, sé que no sabe que decir y lo sé porque conozco el impacto que mi madre causa sobre las personas, como te cohíbe y te deja acurrucada en un rincón con solo dedicarte unas palabras.

- Una fiesta excelente madre, como siempre.

- Gracias cielo, siento que tu sigas siendo tan impuntual como siempre – se acerca mientras acaricia mi cara- no me avergüences querido, recuérdalo. Por cierto, y Lexa.

Mi madre es así, un amor si la comparamos con mi progenitor, todo veneno si la comparamos con cualquiera. Sin embargo es la única que me ha dado lo más parecido a lo que debería ser el amor durante mi vida así que yo, lejos de tenerle nada en cuenta, la idolatro como todos los hijos con sus madres supongo.

- ¿Desde cuándo te importa donde esté Lexa madre?

Ella me sonrío y se despide con una de sus sonrisas cargadas de millones de advertencias estoy acostumbrado.

- Mi madre es puro amor.

- Ya veo, ya... No quiero saber cómo será tu padre.- dice sonriendo.

Me atrevo a volverla a coger de la mano para que me acompañe fuera, a la terraza. Quiero dejar atrás todo ese bullicio que no me interesa, se que todo el mundo la mira sienten curiosidad se preguntan quién será esa joven dama tan atractiva que acompaña al joven Gabriel, me las sé todas pero ya tendrá tiempo de socializar después.

- Esto es precioso.

Me he dado cuenta de que cuando Laura se siente fascinada por algo le brillan los ojos de una manera inmensa. Es la misma expresión que vi en el Salón de Belleza, la misma que no puedo quitarme de la cabeza desde aquel día. La respuesta perfecta hubiera sido decirle que es tan precioso como ella, pero no lo voy a hacer porque sé muy bien que no estoy con otra de mis conquistas. Sé diferenciar las situaciones y sé muy bien donde está los límites, unos límites que jamás rebasaría.

- Este hotel es el Villard, es de los más conocidos de Manhattan. Los eventos más sonados se celebran aquí.

- ¿Villard eh? Así que el matrimonio de antes...

- Exactos, son los dueños. De este y de una decena más esparcidos por el país. Están podridos de pasta. ¿De qué te ríes?

- De que lo digas precisamente tú...

- En eso tienes razón, la verdad. ¿Qué te está pareciendo la fiesta?

- Un cliché- contesta encogiéndose de hombros- Es tal como la imaginé, como siempre las he imaginado.

- Son todas iguales. Aquí no verás nada diferente. Mismo catering, misma orquesta, mismos invitados... Solo cambiaran los vestidos aunque a veces ni eso.

- Eres la segunda persona que conozco en Manhattan, y me refiero a saber algo más personal de ti, y la segunda que me lo describe como una jaula de grillos, aunque con distintos argumentos.

- Buen símil- río- Creo que has dado justo en el clavo, tienes un titular. Manhattan, la jaula de grillos... No me lo había planteado nunca así pero tienes toda la razón. Cuando estuve en la universidad valoraba mucho la libertad que tenía, sin presiones, ¿entiendes?

- Entiendo. Al final no vamos a ser tan distintos porque yo me sentía igual cuando estaba en casa.

La miro sorprendido, no esperaba que me diera ningún dato personal porque Laura no se abre fácilmente y menos conmigo. Me callo, y no digo nada, porque no quiero romper el momento y que se eche atrás, quiero que confie en mí y que se abra.

- Las personas han nacido libres y por todos lados se encuentran sujetas por cadenas.

- Rousseau

- Pero bueno... señorito Gabriel- dice imitando a la señora Villard- No le hacía yo por un intelectual.

- Ya te dije que me subestimabas- río.
- Siempre he tenido el defecto de juzgar, supongo que somos imágenes de la sociedad. Como en una función matemática, ¿sabes? Imágenes de los distintos puntos que nos marcan. Yo he sido juzgada toda mi vida y, al final, me he convertido en quien juzga porque siempre buscamos venganza para sentirnos mejor- me mira como para confirmar que la sigo y yo asiento con la cabeza- Por la ignorancia se desciende a la servidumbre... es una frase que siempre me solía repetir mi abuela y yo me la creí. Supongo que por eso eran tan importantes para mí mis estudios. Yo no hice comunicación, ¿sabes? Yo estudié negocios internacionales pero conseguí la beca de TWT, como tú, y acabé donde estoy ahora.
- A base de mucho trabajo y esfuerzo, eso no se puede negar. En parte creo que quiero seguir tus pasos, eres mi imagen a seguir.
- ¿Yo?- se ruboriza- discúlpame si no me lo creo. Apuesto a que ni si quiera sabias nada de mi antes de llegar...
- Me vuelves a subestimar. Me informé muy bien cuando decidí solicitar vuestra beca y eso incluía saber a quién tenía que meterme en el bolsillo- noto que Laura se vuelve a ruborizar- pero admito que no ha sido fácil.
- ¿Das por hecho que lo has conseguido?

Me encojo de hombros a modo de respuesta y ella se acerca un poco más a mí. Nuestras cabezas están a unos veinte centímetros pero, en mi opinión, están más cerca que nunca.

- ¿Quién subestima ahora a quién Gabriel?

Estoy tan absorto en su mirada, aun más hipnotizante a esa distancia, que casi no me doy cuenta de que Lexy acaba de hacer acto de presencia y está hablando con mi madre justo en frente de mí. Mierda... le dije que no vendríamos porque tenía que trabajar pero seguramente mi madre, o cualquier otro perturbado sin vida social, le habría avisado de que estaba aquí. Manhattan es así... desde que surgieron las redes sociales todos están al día de TODO. Siempre sabes lo que está haciendo cada persona, si no es porque lo publicas tu mismo es porque alguien lo publica por ti. Esa es la parte que más odio de mi vida porque yo valoro mi intimidad por encima de todo.

- Laura queda aquí un segundo- le digo mientras le ofrezco una copa que acabo de coger de uno de los camareros que pasan por mi lado- vuelvo en seguida no te muevas de aquí.

Necesito hablar con Lexy y sacarla de aquí como sea o voy a tener un problema. No quiero que se crucen, digamos que no fui del todo sincero cuando le hablé de mi jefa. No es que le mintiese pero quizás dejé que se hiciera una idea equivocada sobre ella sin corregirla. Lexy es de las que te montan un pollo en cualquier sitio, sin importar cual sea ni quién haya delante, si se siente engañada yo creo que es cuestión de orgullo, no nos gusta que nos humillen en público y no hay mayor humillación que ir con otra chica a un acto social como este. Sé que me he arriesgado demasiado viniendo con Laura pero he sido prudente. La he presentado en todo momento como mi jefa y he mantenido las distancias además de que Lexy no está tan metida en este mundo como yo, podría decirse que es un tanto desconocida y en el círculo de mis padres no la conocen tanto, no

debería llegarle ningún cotilleo pero tampoco es algo de lo que pueda estar seguro.

- Lexy

- ¡Amoor!- se gira, me ve y se tira a mis brazos- Tu madre me insistió con que viniese aunque tu tuvieras que trabajar. Es increíble que hayas podido venir.

No consigo despegarla de mi cuello y sufro porque si Laura se da la vuelta me vera y la situación será un poco incomoda. Vale, no es que me importe lo que pudiese pensar ella, tampoco estoy diciendo que necesariamente tuviese que pensar algo... mi cabeza está hecha un lío pero es que no le he hablado de Lexy y no me apetece hacerlo la verdad. Por otro lado he venido con ella y estaría totalmente fuera de lugar que ahora me viera con mi ligue aquí. Le he dado a Laura imagen de ser un soltero despreocupado y sin compromiso alguno, sobre todo con aquel incidente del pub, si me ve con Lexy la imagen que tiene sobre mi será mucho peor y la poca confianza que hemos conseguido desaparecerá.

- He venido por trabajo, no esperaba encontrarte aquí.

- Estamos sincronizados- dice haciéndome ojitos- podrías haberme dicho que al final vendrías, ¿es que no querías verme?

Parece un cachorro lastimero y yo no sé qué decirle porque no quiero que se malinterprete la situación pero necesito sacarla de aquí como sea. La verdad es que viene tremendamente sexy porque ella no es de esas personas que te engatusan con su belleza pero es una chica muy despampanante que se sabe sacar mucho partido. Es muy voluptuosa y siempre lleva escote además de que siempre va muy ceñida porque sabe que se lo puede permitir. Hay quien diría que no es demasiado refinada ni elegante, alguien como mi madre por ejemplo, pero a los chicos eso nos da un poco igual. Lexy conmigo se ha portado muy bien y no quiero putearla, eso lo tengo muy claro, pero a veces por no querer herir los sentimientos de nadie hacemos cosas que no nos apetecen para, al final, acabar peor.

- ¿Es que no te alegras de verme? – pregunta bastante seria.

- No es eso... no deberías estar aquí.

- ¿Y por qué no?

- Te aburrirás demasiado, ya sabes como son estas fiestas- improviso- ¿Por qué mejor no te vas a mi casa y me esperas allí? Seguro que así me doy más prisa por terminar aquí y me escapo.

- ¿De verdad?

Lexy abre los ojos como platos, parece una niña pequeña a la que van a llevar al parque de atracciones. Yo sé que esto funcionaria porque nunca la he invitado a pasar la noche en casa siempre ha sido ella quién daba el primer paso y era algo que parecía molestarla bastante.

Acompaño a Lexy hasta el coche, mi chofer la llevará antes de que Laura y ella acaben encontrándose o antes de que alguien meta la pata consciente o inconscientemente.

Lexy vuelve a engancharse a mi cuello para darme un beso que me deja casi sin aliento antes de irse. Veo que Laura viene hacia nosotros pero, si no me equivoco, no nos ha visto. Parece

distraída, como quien huye de algo de alguien. Casi empujo a Lexy al interior del coche y le hago un justo al chofer para que se vaya.

Todavía puedo notar el sudor frío que recorre mi espalda, ha estado apunto... unos segundo más y se hubieran encontrado. Pero entonces pensó, ¿y si hubiera pasado? ¿Por qué no quiero que Laura sepa de la existencia de Lexy si debería darme igual?



CAPITULO 16: DIME CON QUIÉN TE ACUESTAS Y TE DIRÉ

QUIEN ERES

La noche está siendo bastante tranquila. Quitando que la madre de Gabriel me pone los pelos de

punta no hay nada demasiado significativo. Mucha señora mayor que conoce la revista de pasada y algunos comentarios que me han inspirado para próximas ediciones.

Gabriel se ha comportado bastante bien y no se ha separado de mi en toda la noche excepto ahora mismo que no sé donde ha ido pero me ha pedido que no me mueva del sitio y prefiero ser obediente.

Una mano me da pequeños golpecitos en el hombro y me vuelvo sin esperarme a la persona que veo sonreírme con una dentadura perfectamente blanca.

- ¿Rolland?
- Laura, eres la última persona que esperaba ver aquí.
- Lo mismo digo...

Rolland es un antiguo compañero del máster con el que no me llevaba muy bien. En realidad nadie se llevaba bien con él porque era el típico metomentodo quisquilloso y envidioso que no te dejaba vivir. Me sorprende verlo aquí porque Rolland no pertenece para nada a este mundo, al menos hasta donde yo lo conozco, aunque a la vista está que todos hemos cambiado un poco desde entonces. Recuerdo que se moría por conseguir la beca que me dieron ya que suponía meter cabeza en un mundo que le fascinaba y por ello sé que no me guarda demasiada estima. Hasta donde yo sé Rolland viene de West Village, un barrio nada despreciable pero algo tiene el Upper East Side que vuelve locos a los neoyorquinos más pudientes. Mucho aparentar me temo.

- ¿Eres amiga de los Campbell?
- No sé de quien me hablas.
- Has venido con su hijo a la fiesta...

Tal y como le recordaba, siempre informado de todo, siempre controlándolo todo.

- Trabajamos juntos.
- ¿En la revista?- toma mi silencio como una afirmación- ¿Te metieron en plantilla entonces?
- La dirigió, en realidad.

No me gusta ser presuntuosa pero tampoco me gusta este tipo en absoluto ni su tonito de superioridad así que saco las garras. Rolland parece poco sorprendido pero también bastante molesto es obvio que he llegado justo a donde él quería estar.

- Se han vuelto poco exigentes entonces, pero me alegro por ti. Yo estoy en la Manhattan Interview.
- Te hacía más en el Cronical que escribiendo para las mujeres de Manhattan.
- Yo te hacía en tu país la verdad, pero las personas nos sorprenden. ¿Dónde vives por cierto?

No es que Rolland quisiese pasar a saludarme ni que tuviera intención de acosarme a escondidas es que la gente de por aquí es así. Te preguntan dónde viven incluso antes de saber tu nombre porque así decidirán si les interesa o no. Saber cual es tu lugar de residencia les permite adivinar

el poder adquisitivo que tienes y tú caché. Ginebra siempre decía que vas a ser juzgada y clasificada por donde vivas y lo que puedas gastar y, por tanto, incluso repudiada. Hoy entiendo un poco más a Rolland, él vive en un barrio bastante pudiente pero no es Manhattan y para esta gente no existe nada más allá, más concretamente no hay nada que les interese si no está entre la 96 y la 60. Por suerte mi empresa no escatimaba en gastos y a cambio de mis impecables servicios ellos me mimaban y me cuidaban como nadie.

- En el Upper East Side.

Tocado y hundido capullo.

- ¿Cómo puedes permitirte una casa allí?

- Gajes del oficio- sonreí

- Bueno yo estoy pensando en mudarme, ¿sabes? Quizás lleguemos a ser vecinos.

Como siempre he pensado que las mentiras piadosas no hacen daño no quise decirle que en realidad vivía en el Upper West Side, se lo merecía, además tampoco pensaba que fuera a mudarse porque llevaba años diciendo lo mismo y nunca salía de la casa de sus padres así que ...

- Pues que bien. Te encantaría El Barrio aunque creo que ya lo conoces bien. ¿Y qué haces aquí? Aun no me lo has dicho.

- Cubro la noticia... ya sabes para la revista.

Su tono ha cambiado un poco, ha pasado de me moco el mundo a soy un come mierda frustrado. El mío también ha cambiado porque mi ego ha subido varios puntos pero estoy deseando quitármelo de encima.

Por más que miro a mí alrededor no veo a Gabriel por ninguna parte y empiezo a agobiarme creo que incluso voy a incumplir la promesa de no moverme del sitio porque Rolland me exaspera demasiado y no puedo más.

- Me ha encantado verte, de verdad que si- miento- Pero tengo que irme, que vaya bien.

Me escapo por el jardín hacia lo que intuyo que es la salida del hotel sin saber muy bien hacia donde quiero ir porque solo quiero escapar además empiezo a sentir que ya he tenido suficiente fiesta por esta noche. Pienso que la mejor opción es mandar un mensaje a Gabriel disculpándome y pedir un taxi. La idea se me antoja cada vez más tentadora cuando, por fin, veo a mi acompañante a lo lejos. Parece que está despidiendo a alguien en un taxi pero no alcanzo a ver quién es, bueno tampoco me importa la verdad.

- ¡Gabriel!

No sé muy bien si es que no me ha ido pero no se vuelve, quiero alcanzarle pero mi teléfono móvil empieza a vibrar con desesperación, es Tom. Lo que menos me apetece ahora mismo es contestarle, entre otras cosas porque me ha sido imposible sacarle el tema su gran mentira, quiero tenerlo frente a mí para poder pedirle explicaciones y verle la cara cuando se atreva a mentirme descaradamente. Fingir, durante todo este tiempo me está resultando imposible. Por supuesto no le he hablado de todo lo que estoy haciendo últimamente, de los cambios, de Gabriel...

definitivamente no quiero que sepa nada al respecto ni le importaría. Cuelgo la llamada y guardo mi teléfono móvil justo cuando alguien se acerca a mí.

- ¿Qué te parecería si nos fuéramos de aquí?
- Me has leído el pensamiento.

Le hace un justo a su chofer que, curiosamente, ya se estaba acercando hacia nosotros pero no pregunto porque solo me apetece marcharme de allí.

- Has superado tu primera noche con nota pequeña- dice una vez dentro del coche.

Me quedo muda y le miro asombro porque Tom siempre me llamaba pequeña. Oírlo de su boca ha sido extraño y me ha traído demasiados recuerdos y cosas en las que no me apetecía pensar. Esa sensación de vacío que tenía desde hacía días, incluso meses, volvía a apoderarse de mi interior y lo aborrecía. Odiaba sentirme así.

- Lo... lo siento. ¿He dicho algo que te haya molestado? No era mi intención.
- Tranquilo, no es culpa tuya.

Estoy ruborizada pero no sólo por la situación también por todas las copas de cava y champán que he tomado. Nunca bebo alcohol así que a la mínima lo noto demasiado.

- La culpa es mí que soy demasiado sensible y demasiado idiota. Así me va como me va, llorando por las esquinas a moco tendido.

Por desgracia acabo de descubrir que la bebida también me suelta la lengua más de lo normal.

- ¿Llorando por qué? ¿Por Tom?
- Por ejemplo si. Porque es un idiota y un insensible. ¿Pero a qué está jugando? Es imbécil, ¿sabes que me llama todos los días? Como si no pasase nada... como si no le hubiera visto, como si no fuera un mentiroso de mierda.
- ¿Te ha llamado hoy?

Asiento con la cabeza, pero no le digo que le he colgado el teléfono si no que sigo con mi discursito de borracha.

- Con Tom siempre es así, va de encantador y de no haber roto un plato en su vida y así después nadie se cree que es un mentiroso de mierda. Aunque tampoco se muy bien a quién me refiero con nadie porque es justo al número de personas que conozco en esta puñetera ciudad en la que todo el mundo parece o no eres pero yo no conozco a nadie.

La lengua me está empezando a jugar malas pasadas. No estaba tan perjudicada hacia quince minutos, la verdad, pero la cosa ha ido aumentando así sin darme cuenta y he comenzado a perder, parcialmente, el control de mi propio cuerpo. ¿Me acordaré mañana de todo lo que estoy soltando por mi boquita?

- Es normal sentirse así cuando estás decepcionado.
- Y lo dices tú que no has estado decepcionado en tu vida.

- ¿Y cómo lo sabes? No me conoces para hacer tal afirmación- sonrío.
- Gabriel... te conozco... eres como todos.
- Ah claro, otra vez ese rollo del niño rico mimado.
- Si tu primera semana en la oficina intentaste arreglar le mundo a base de chequera.
- Vale, vale... perdona si a veces peco de actuar como me han enseñado pero que intente arreglar lo que rompo con dinero no quiere decir que no sienta ni padezca. He sufrido muchas desilusiones en la vida... puede que no de amor pero desilusiones al fin y al cabo.
- Pues me dejas a cuadros... me has callado la boca no puedo decir nada.- hago el gesto de cerrarme la cremallera y esconder la llave.

Gabriel ríe. Hemos llegado a mi casa aunque no me he dado ni cuenta, he perdido la noción del tiempo, no he sido consciente del camino que recorriamos. No me apetece en absoluto estar sola. Cuando me deprimoy soy lo peor y si encima estoy borracha ya no sé qué tonterías podría cometer. Capaz de mandar un vídeo a Tom, o peor hacerle una videollamada, llorando y reprochándole todo lo que guardaba en mi interior mientras devoraba una taurina de helado sabor kínder bueno.

- Me gustaría que me siguieras contando tus penas. En estos momento necesito saber que no soy la única desgraciada del mundo.
- Perfecto, pues invítame a una última copa y soy todo tuyo.

Todo mío... lo dudo mucho Gabriel. Los chicos como tu no son de alguien como yo. Directamente no son de nadie. No me había dado cuenta pero Gabriel está muy guapo de traje, más de lo habitual. Nunca pierde su aire desaliñado de surfista australiano, no sé como lo hace, incluso arreglado y de gala sigue llevando su pelo desaliñado y le queda genial, no desentona en absoluto. Gabriel parece perfecto y le envidio. Realmente siento que alguien así no se siente defraudado con anda porque todo se la trae floja. No necesita nada ni a nadie porque ya tiene todo lo que puede desear y las personas se pegan a él como lapas. No es que lo sepa pero lo intuyo porque yo soy muy de calar a la gente aquí donde me veis.

- Tengo burbon, si te sirve es toda tuya.

Subimos a casa y le pido que espere mientras me pongo cómoda. El traje ya me va sobrando y me duelen un poco los pies, a pesar de que los zapatos valen más que la mitad de mi armario. Lo dejo sentado en el salón y me coloco lo primero que pillo sobre la cama. Es uno de los camisonos que compré en Victoria Secret, con él, y un quimono para no ir a cuerpo descubierto porque sería del todo inapropiado. Vuelvo al salón y le sirvo la copa. No se muy bien si me mira o no porque yo no me atrevo a cruzarme con su mirada y lo esquivo en todo momento. Es verdad que yo quería que subiese, que necesitara compañía, pero de repente caigo en la cuenta de que es el único chico que ha estado en mi piso, después de Tom, y me pongo muy nerviosa.

- Gracias- dice cuando le entrego el vaso sin mirarle si quiera- ¿Estás bien? Si quieres me puedo marchar.
- -No- he contestado más rápido de lo que pretendía pero ya está hecho- Está bien. Todo está

bien. Ibas a contarme esas decepciones que me decías antes.

Me siento a su lado, en el chiste blanco, estamos relativamente cerca y yo pongo un cojín sobre mis rodillas como si así marcara una distancia entre nosotros.

- ¿Sabes qué? Desde que te conozco, y por lo poco que he oído de ti, creo que tenemos más en común de lo que crees.

- ¿Cómo por ejemplos...?

- Ambos crecimos de una manera que no nos hizo feliz, nos sentíamos solos, incomprendidos, huyendo de una sociedad que no comprendíamos... por ejemplo.

- Yo no te he hablado de eso.

Se queda callado con una sonrisa burlona en los labios, cómplice...

- Ginebra- acierto a decir- ¿pero cuándo, por qué?

- El otro día nos encontramos en Brooklyn, tomamos café juntos y charlamos un rato. Admito que le pregunté un poquito por ti – dice haciendo un justo con los dedos índice y pulgar- Pero fue porque me intrigas muchísimo y no sabía gran cosa sobre ti. Tranquila, fue muy comedida.

- Está bien, me da igual. Entiendo que te sientas atraído por mi interesantísima vida- bromeo y el parece divertirse con mis ocurrencias- Pero dudo que podamos comparar tu vida de lujos, tan desagradable, con la mía.

- ¿Sabes lo qué es tener una tutora que te prepara, a los tres años, para entrar en la guardería? ¿O lo que es tener un asesor de juegos porque no tienes todo el tiempo ocupado en actividades extra escolares y no puedes jugar como cualquier otro niño? Yo te diré lo que es, una mierda. Cuando tenía cuatro años pasaba todos los días por delante d un parque para ir a clase de piano, yo lo que quería era parar allí y jugar con el resto de niños pero mi madre pensaba que en el parque solo conseguiría ensuciarme y contagiarme de los piojos del resto de niños. A los nueve años me desvíe del camino y me metí a jugar... cuando llegué a casa mi madre tiró la ropa a la basura y obligó a la criada a lavarme con agua hirviendo para matar los gérmenes.

- Vaya... tu madre no parecía de esas- digo irónicamente.

- Mi madre era un poco como tu. Me recuerdas a ella en muchos aspectos.

Pues que bien saber que le recordaba a su madre, ¿no?

- ¿En la soberbia o es por otra cosa?

- No- ríe – porque mi madre igual que tu tuvo una carrera laboral intachable, pero ella en derecho. La mejor de su facultad y el miembro más joven de su bufete, uno de mucho prestigio por cierto, al que recurrían todos los millonarios en problemas. Desfalcos, malversación y esas cosas, lo típico...

- ¿Y sigue ejerciendo?

- No, porque se dejó engullir por este mundo y se convirtió en uno de ellos. Era joven, guapa, con dinero y venía de una familia con un pedigrí considerable el único problema era que trabajaba y eso no está muy bien visto si quieres ser la socialite del momento. Si quieres que la sociedad de Nueva York te ponga en un pedestal no puedes trabajar, es así. Ya ves, licenciada en Columbia y con ese futuro tan prometedor... no dudo en renunciar a todo. Conoció a mi padre, se casaron en tiempo récord y él la ayudó a entrar en los comités benéficos más reconocidos como el del Museo de Historia Natural o el del Zoo de Central Park. El Upper East Side no tardó en rendirse a sus pies.

- ¿Eso es lo que pretendes hacer conmigo? – le interrumpí embobada porque, quitando la trayectoria profesional, no encontraba ningún parecido con esa Diosa – porque la llevas clara... Tu madre tiene su propia barra de labios con su nombre, si hasta es embajadora de la belleza De Dior...

- ¿Cómo lo sabes?

- Lo acabo de buscar en Google- digo mostrándole mi teléfono móvil- tiene un buen pedigrí no sé donde encuentras el parecido.

- Bueno no tienes nada que envidiarle a su belleza, por ejemplo.

Me quedé pasmada porque no esperaba que me dijese algo así aunque no me lo creía, por supuesto, Gabriel es un encantador de serpientes y no va a engañarme tan fácilmente. Solo quiere quedar bien y nada más.

- A mi madre no le ha ido nada mal pero por aquí hay muchas mujeres que empezaron como ellas y acabaron en comisaría con un ojo morado por culpa de su tercer marido.

- ¿Estarías dispuesto a contarme eso en un artículo?

- Por supuesto que sí, soy muy profesional.

Sonrió porque empiezo a sentirme más relajada y eso es porque estoy cómoda y tranquila. Es curioso porque si echo la vista atrás jamás podría haber imaginado que llegásemos hasta este momento Gabriel y yo.

- ¿Eres feliz?- la pregunta que acabo de hacer me sorprende hasta a mi misma pero me ha salido sin pensar.

- Lo intento al menos. He aprendido a que las cosas no me afecten de la misma manera.

- ¿Y te funciona? Pues me tienes que enseñar.

- Eso está hecho.

Me quedo sería, pensativa, no concibo como he pasado de ser una persona afortunada y feliz a estar amargada. Hasta yo me creía más inteligente y me repetía una y otra vez que mi vida no dependería de ningún hombre pero no sé lo que ha pasado. El corazón es demasiado puñetero y lo controla todo, nubla la razón y hace que no pueda pensar con claridad. Es un fastidio pero ya no sé como pararlo me ha dominado y estoy perdida, sin retorno.

Gabriel pasa una mano sobre mi mejilla, me ve triste y se compadece de mí. Yo me tenso al instante, es inevitable, pero no me parto y dejo que siga. Me mira a los ojos y me sonríe con ternura. Quien lo ha visto y quien lo ve. ¿De verdad lo he juzgado tanto? ¿Tan Quico cada estaba con él? No sé si lo que veo es un papel pero necesito descubrirlo.

Mi teléfono vuelve a vibrar, lo tengo encima de la mesa, menos mal, pero Gabriel se ha apartado de mí al escucharlo. Ahora es el suyo el que suena a recibido un mensaje así que aprovecho que lo mira para ir a por mi teléfono. Yo ya sé quien es, no me sorprende ver el nombre de mi novio barra mentiroso de mierda en la pantalla pero no pienso contestar. Lo que me intriga de verdad es saber quién está escribiendo a Gabriel a estas horas y por qué parece tan incómodo de repente.

Cuando se da cuenta de que le miro, en silencio, se retuerce un poco en el asiento y me sonríe.

- Es un poco tarde, me da apuro llamar al chofer ahora. Le dije que se podía ir a casa, mientras, y me ha escrito para preguntarme si quiero que venga. Le he dicho que no.

Me parece bastante improbable que chatee con su chofer pero ya me puedo esperar cualquier cosa de él. No voy a discutirle porque no soy quién para hacerlo y no me veo con ningún derecho de pedirle explicaciones sobre con quien habla o deja de hablar son su móvil o si chatea con su chofer o con el del super. Me da igual.

- Si quieres te puedes quedar aquí.

- ¿Estás segura?

Eso Laura, ¿estás segura? ¿O es que te has vuelto chiflada y tienes que dejar de beber?

- Segura- le muestro mi mano derecha como si estuviera jurando a la constitución y me reprendo mentalmente porque soy una borracha de mierda- Puedo dejarte un pijama de Tom, ¿quieres?

- Será mejor que dormir con este esmoquin.

Increíble me parece que vaya a pasar la noche con otro tío, en mi propia casa y que encima vaya a dormir con un pijama de mi novio, ¿qué más podía pasarme ya? Le paso un pijama, que yo misma le había comprado y que estoy segura que le vendrá bien, y él se mete en el baño para cambiarse pero no cierra la puerta.

- ¿Estás mejor?- me pregunta desde la distancia.

Me lo pienso un poco, no sé si estoy mejor o no, porque solo puedo darle vueltas al tema de que vaya a quedarse aquí conmigo, pero tampoco quiero preocuparle ni agobiarle más con mis historias. Mis pajas mentales me las guardo.

- Mejor, gracias. La verdad es que quería decirte algo- tengo la costumbre de acercarme a las personas con las que hablo, como buscando el contacto visual, así instintivamente me acerco al baño y lo veo reflejado en el espejo me deja en shock.

Gabriel está mejor sin camiseta que con ella. Si vestido parece perfecto al natural te das cuenta de que realmente lo es. Tiene todos los músculos del abdomen marcados así como los de la espalda y los brazos. Ni un solo pelo en el pecho lo que me parece perfecto en un chico y la piel, igual que la de su rostro, es de un canela tostado por el sol que le confiere un aspecto aún más sexy. Acabo

de pensar en Gabriel como sexy... definitivamente estoy perdiendo el juicio, el alcohol me nubla la razón y no debo beber nunca más en mi vida por mi salud mental y mi cordura.

-¿qué querías decirme?

- ¿Qué...?

- Has dicho que querías decirme una cosa- sale del baño con el pijama puesto, menos mal.

- Ah si. Quería darte las gracias por escucharme y soportarme esta noche.

Suelta un bufido que creo que es una carcajada o algo así.

- Me das las gracias... eres una edición limitada jefa.

Me despeina el pelo y se sienta en el sillón, me acomodo a su lado porque quiero seguir con esta conversación.

- De verdad, no estoy acostumbrada a contar mi vida y te lo agradezco. No esperaba desahogarme contigo pero las cosas, no sé, a veces no son como pensamos.

- ¿Es tu forma de decirme que te has equivocado conmigo?

- Puede- me encojo de hombros.

- Me vale. Pues de nada jefa, pero siempre hay que tener a alguien con quien desahogarse.

- A ver, tenerla la tengo, siempre hablo con Lena, mi mejor amiga, pero ella está en España y es... complicado. Además ahora está muy liada con los preparativos de la boda y eso.

- ¿Se casa tu amiga pero tan viejas sois?

Le propino un codazo en las costillas, sin demasiada fuerza, y se queja pero también se ríe. Que me llame vieja me ha dolido, sobre todo porque hasta yo misma empiezo a verme como tal, y me dan ganas de decirle que él es un niño lleno de acné pero no es verdad, así que me callo.

- Solo tengo veintisiete años, ¿Vale? Y yo no me casaría pero es que ella lleva toda su vida con su novio, desde la facultad.

- Que bonito... eso es amor.

Se que se burla de mi pero lo ignoro.

- Me lo estoy perdiendo todo, así no es como imaginamos que sería.

- ¿Y cómo debía ser?- se incorpora en el sillón y parece que se interesa de verdad por lo que digo.

- Pues tendríamos que hacerlo juntas. Su vestido, sus flores, su banquete... Me siento tan lejos de ella que no es lo mismo.

- ¿Y por qué no te has ido para allá?

- ¿Porque tengo que trabajar a lo mejor?
- Venga ya, eres la jefa... puedes hacer lo que te de la gana. Coges vacaciones y ya está.
- No puedo hacer eso, me necesitan aquí, hay demasiados frentes abiertos. Y luego estás tú y la que has liado guapo.
- Te dije que lo arreglaría y admite que no has vuelto a saber nada de los dueños del club ni se filtró ninguna noticia en la competencia.
- Es verdad, al menos eso lo hiciste bien.

Reímos y el se acomoda, medio tumbado, de manera que su cabeza esta casi encima de mi hombro. Yo no me aparto pero lo miro fijamente sin saber muy bien como reaccionar.

- ¿vas a ir? A la boda digo.
- Claro, no me la perdería por nada del mundo. Aunque la invitación era para dos y me temo que al final apareceré sola. Da igual porque es lo que todos esperan, que vaya sola.
- No puedes ir a la boda de tu mejor amiga sola, jamás. Si Tom es tan idiota como para dejarte sola yo iré contigo.
- ¿Tu?- suelto una sonora carcajada porque me parece un disparate- No digas bobadas.
- No en serio. Escúchame, prometo, aquí y ahora, que si tú el día de la boda de Lena, no tienes acompañante yo iré contigo. Prometido.

Me tiende una mano en señal de pacto y yo se la doy. Cuando nos tocamos creo que los dos sentimos algo, algo diferente al menos, algo raro. Por lo menos en mi caso mi respiración se ha parado pero mi corazón late deprisa. Su piel está caliente y me transmite mucha paz. Me da la sensación de que nuestras manos se han mantenido estrechadas más de lo normal pero ninguno de los dos soltamos.

- ¿Quieres que nos vayamos a dormir?

Me pregunta, sin soltarme, y yo asiento en silencio porque sigo sin palabras. No se que decir pero si se en que pensar. Pienso en que significará esta sensación que me nace por dentro cada vez que me toca o se acerca a mí. Pienso en el café que tomó con Ginebra y que ninguno de los dos me comentó. Pienso en las llamadas de Tom y en por qué no me interesan en absoluto. Pienso en cuando me llamó pequeña y se me paró el mundo y, sobre todo, pienso en por qué demonios me gustaría que lo volviese a hacer una y mil veces más.



CAPITULO 17: MI MENTE ME TRAICIONA

He pasado la noche con Laura. Joder, joder, joder... ¿pero qué coño me pasa? No ha pasado nada entre nosotros aunque nos hemos despertado bastante juntitos los dos. Y lo peor no es eso lo peor es que anoche conseguí que Lexi se fuera a casa, a mi casa, prometiéndole que iría para allá lo antes posible pero me he quedado toda la puta noche aquí sin decirle absolutamente nada. Me da pánico mirar el móvil pero qué remedio. Tengo 15 llamadas perdidas y un par de mensajes amenazadores en los que me dice un par de lindeces muy suyas.

- Buenos días.

Laura ya se ha levantado y parece tan incómoda como yo. No me ha pasado desapercibido que su teléfono móvil estuvo vibrando parte de la noche y también esta mañana. Probablemente sea Tom, supongo que no querrá hablar con él mientras yo esté aquí pero tampoco la he visto mandar ningún mensaje. Debe sentirse incómoda por tenerme aquí, en la casa donde ambos viven, con el pijama de su novio puesto y durmiendo en su cama. La verdad es que creí que me mandaría al sillón pero creo que ambos necesitábamos hacernos compañía, compañía de la sana sin ninguna intención oculta.

Ha preparado café y el aroma me llega desde la cocina llamándome. No acostumbro a beber café

por la mañana pero hoy creo que necesito uno, es eso o una copa doble de whisky escocés. Me la ofrece nada más verme entrar puerta y le doy las gracias con una sonrisa. Parecemos dos personas bastante distintas a las que éramos anoche. Me parece increíble como un rato de complicidad y unas cuantas confesiones de más pueden hacerte sentir más distantes que cómplices. Es una paradoja.

- Creo que llegaré tarde a la oficina- digo para romper el silencio tan incomodo que nos rodea pero también ante la evidencia de que no estoy en casa y no tengo ropa para cambiarme. Además necesitaré darme al menos una ducha.
- No te preocupes, hoy se te perdona. El coche me recogerá en media hora si quieres podemos dejarte de camino.
- Estupendo, gracias.

Nos vestimos en silencio, pero no en la misma habitación claro, y en quince minutos ya está lista y a punto para salir. Se ha puesto uno de sus trajes de chaqueta pero no se ha recogido el pelo como de costumbre. Se lo ha dejado suelto y alborotado como la noche anterior y me sigue gustando igual o incluso más. Cuando duerme parece una niña, me he pasado media noche mirándola porque no conseguía pegar ojo y me daba miedo menearme y que se despertara. En parte estoy seguro de que era para no romper el momento, se había quedado dormida bajo mi brazo, acurrucada como un bebe, tan despreocupada y tranquila que no quise perturbarla. Cuando intento pensar en el momento exacto en el que cambió todo no consigo situarlo muy bien en el tiempo. Ni si quiera sé que ocurrió para que dejase de sentir tanta desgana hacía ella para pasar a esto que ni si quiera se explicar aunque siempre hay un momento que se repite en mi cabeza y es el del salón de belleza. Ese instante en el que vi su reflejo en el espejo, su sonrisa, su sorpresa y su belleza.

Me han dejado en casa tal y como me dijo pero siento hasta miedo de subir porque no sé si Lexi seguirá dentro. No me apetece en nada discutir ahora mismo y menos con ella. Solo quiero ducharme y salir para la oficina lo antes posible. Cuando entro en el apartamento sé que la suerte no está de mi lado porque la casa huele a perfume de mujer, un perfume que obviamente no es mío, y algo me dice que ella sigue por aquí. Oigo ajeteo en la cocina y sé que el servicio tiene el día libre así que voy para allá, con resignación, para enfrentar mis problemas y acabar con esto lo antes posible.

Es a mi madre a quien encuentro allí. Está haciendo café y gofres. Cosa rara porque mi madre no cocina.

- ¿Mama? ¿Qué haces aquí?

Estoy realmente integrado con su visita porque ella aborrece esta casa, por el tema de la altura, y se niega a venir por aquí si no es estrictamente necesario.

- Buenos días hijo, yo más bien me preguntaba por qué no estabas tú aquí.- dice con una sonrisa envenenada en los labios.
- Yo...he...he dormido fuera.
- Ya veo, pero la cuestión es dónde. Con Lexi no, porque llamó a casa a primera hora preguntando por ti.

Odio que sea tan entrometida y no pueda dejar estar las cosas, y me refiero a Lexi, empiezo a recordar por qué no quiero que seamos nada más allá de lo que tenemos. Si el hecho de que quedemos y nos acostemos ya le da derecho a controlarme la vida qué no hará cuando seamos algo más.

- Cariño... ¿quién era la chica que te acompañaba anoche?
- Mi jefa mama, simplemente mi jefa... me acompañó porque quería hablar de vuestra gala en la revista.
- Muy joven tu jefa, y muy guapa... ¿os lleváis muy bien?
- No tanto...
- Lo suficiente para pasar la noche juntos por lo que veo.
- No es lo que piensas mama... no pasó nada, se hizo tarde nada más.
- Querido, aunque no lo creas, te conozco mejor que nadie y vi como mirabas a esa chica.
- ¿Ah si? ¿Y cómo la miraba?
- Como un idiota. Como miráis todos los hombres a vuestra presa cuando os vuelve locos. Pero aquí hay dos problemas, el primero es que es tu jefa y el segundo es Lexy. Gabriel no quiero a esa chica montando un escándalo por todo Manhattan, espero que sepas controlarla. Lo mismo te digo con tu jefa, los caprichos lejos del trabajo que salpican.

Me parecía increíble que fuera mi progenitora, una fêmeina, quien me diera semejante consejo pero lo cierto es que tenía razón. Podía liarla, y mucho, si no manejaba bien la situación con Lexy. Su temperamento no es ninguna broma. Por otro lado el tema de trabajar con Laura, y que sea mi meja, puede llegar a resultar incómodo si no tenemos cuidado. Además ella tiene a su pareja y yo no tengo ningún interés amoroso hacia ella. Espero no estar confundiéndola con mi comportamiento pero sé que es demasiado lista para eso, suerte que Lexy no lo sea tanto necesito inventar alguna excusa para que deje de meter baza, pero el qué no lo sé.

- ¿Y para qué demonios llamaste a Lexy madre?
- Yo que sé hijo, creía que te daría una grata sorpresa. Si estabas jugando a dos bandas haberlo dicho- no me da tiempo a contestar- Tranquiló que no me meteré más en medio pero recuerdo lo que te he dicho.

Me señala con el dedo para después darme un beso en la frente, como es costumbre en ella, y recoge su bolso para marcharse. Dice que tiene prisa por no sé que asuntos pendientes y me deja solo. Decido meterme en la ducha, sin perder más tiempo, el agua fría me ayudará a espabilarme a despejarme y a aclarar mis ideas. Tengo muchísimo que aclarar en mi cabeza porque si no lo hago no podré aclararle nada a nadie.

Llego a la oficina cuarenta y cinco minutos más tarde, tampoco ha sido tanto, y nada más ocupar la mesa que me asignaron para poder trabajar con el artículo veo a Laura con Peter y con otra chica a la que no conozco. Sé que ella también me ha visto pero ha preferido disimular. Necesito hablar con ella y aclarar toda esta tensión tan extraña, poder recuperar la sintonía que habíamos

alcanzado días atrás, porque si no va a ser imposible poder trabajar juntos con normalidad. Lo primero que haré será poner un poco de distancia para ver si las cosas, por sí mismas, son capaces de normalizarse. Aprovecho que la veo entrar en su despacho para abordarla.

- Laura, ¿puedo pasar?
- ¿Ahora llamas a la puerta y todo?- sonrío, eso es algo – No me lo puedo creer...
- He aprendido, soy un chico aplicado.- le devuelvo la sonrisa pero estoy nervioso y no paro de jugar con mis manos- venia ha comentarte que no podré verte esta tarde, ¿podemos dejarlo para mañana?
- Oh... vale, entiendo... tranquilo además yo también estoy un poco ocupada. De hecho tengo que salir ahora mismo a una reunión así que te dejo, nos vemos.

Sale del despacho a toda prisa, la he notado un poco decepcionada o algo así pero la verdad es que Laura es como un libro cerrado a veces y aun me cuesta pillarla del todo pero si realmente estaba disgustada por haber anulado nuestros planes debería haber un motivo para ello... quizás si que necesitemos una conversación después de todo.

He tenido que salir de la oficina como alma que lleva el diablo porque solo tengo ganas de llorar. La mañana está siendo una mierda y yo estoy amargada y no sé ni por qué. Esta mañana me desperté junto a Gabriel en mi cama. En la misma cama donde duermo con Tom joder, si hasta le dejé un pijama de él. Pero cómo puedo ser tan mala persona... en qué momento me convertí en una lasciva mentirosa. A ver, no ha pasado nada es cierto, solo dormimos juntos y acurrucaditos. Me desperté antes que el y estaba durmiendo en su pecho mientras me agarra por los hombros como si fuéramos dos amantes cualquiera en vez de jefa y becario. No sé en qué momento hemos llegado a este punto en el que pasamos la noche juntos y yo sueño que me lo tiro porque si lo he soñado y por eso insisto en que soy una guarra, soy lo peor del mundo. Hace una semana lloraba por mi novio por las esquinas y ahora me acuesto, a dormir, con otro tío pero es que así se empieza y se acaba saliendo en todas las revistas de moda como esas famosas que se emborrachan, se drogan y tienen habitación vip con todo incluido en las clínicas de desintoxicación. Vas muy mal, Laura, vas muy pero que muy mal.

Le he pedido a Ginebra que nos veamos, porque la verdad es que no tengo ninguna reunión y no quiero volver a la oficina, quizás pasar el día con ella me ayude y me aclare las ideas. El problema es que no me atrevo a contarle todo esto que me está pasando con Gabriel porque estoy convencida de que ella siente algo por él. Una relación entre ambos sería más normal, primero porque ambos están solteros que creo que es un punto bastante importante, y segundo porque tienen la misma edad y se mueven en la misma onda. Me acabo desapareciendo mi abuela hablando con esa frase cita de estar en la misma honda pero es que estoy hecha un lio de pelotas.

Me acuerdo de Lena, esta mañana estaba libre porque se había cogido unos días de vacaciones en el trabajo para preparar, más tranquilamente, todo lo referente a la boda. Quedaban menos de quince días para que mi mejor amiga estuviera casándose me parecía increíble sobre todo teniendo en cuenta mi trayectoria amorosa. Seguramente yo moriría solterona y sin compromiso rodeada de veinte gatos como una vecina de mi tía. Me imaginaba saliendo en todos los titulares,

mujer anciana es encontrada en su piso, muerta por causas desconocidas, mientras sus gatos se la comían a falta de otro alimento.

Lena contesta al tercer tono.

- ¡Amigaaaaaa! ¿Cómo que me llamas tan pronto? Porque aun no son las once, ¿o si?
- Hola Lena, no son las once pero es una emergencia.
- Ya decía yo... ¿qué te pasa esta vez chiquilla? ¿Es Tom verdad? ¿Has hablado por fin con él?
- No Lena o es Tom, es... otro...
- ¡¿OTRO?! Creo que no he escuchado bien cariño, debe haber interferencias o algo, ¿puedes repetir lo que has dicho?
- He dicho otro, si, otro... porque tu amiga es una adúltera y una viciosa que vea a ir al infierno Lena, al infierno.

Admito que soy muy exagerada pero es que soy Géminis y llevo el drama por dentro, no lo puedo evitar. Lena me cuelga el teléfono pero para hacerme una videollamada porque, seguramente, querrá verme la cara y asegurarse de que no le estoy tomando el pelo.

- Repíteme lo que me has dicho Ele- gesticula de manera exagerada porque aquí cada una somos exageradas para una cosa distinta.
- Tía he pasado la noche con Gabriel. No hemos hecho nada, no ha habido sexo, ni besos, ni nada de eso pero si ha habido arrumacos y acaramelamiento, si es que existe esa palabra...

Mi amiga se frota la cara, la debo estar dejando a cuadros, y resopla como si hubiese matado a alguien y le estuviese pidiendo consejo para esconder el cadáver.

- A ver Laura, cariño mío, me estás diciendo que has dormido en tu casa con tu becario al que hace unas semanas no podías ni ver pero que, aunque no ha habido sexo, os habéis pasado la noche abrazaditos ¿es eso? Es que quiero saber si voy entendiendo yo bien esta historia.
- Si...
- Vale... ¿y por qué? Quiero decir que por qué has pasado la noche con él.
- Fuimos a una fiesta, que daba su madre, nos recogimos un poco deprimidos porque nuestras vidas ha resultado ser una mierda y se hizo tan tarde que le ofrecí quedarse.
- Y el aceptó Claro. Todo muy normal...

Lena se queda en silencio, se ve que está procesando toda la información que le doy, y sé que está tan sorprendida como yo con todo esto porque me conoce y ni yo misma entiendo como he llegado hasta este punto de la película.

- Di algo Lena... que me estoy volviendo loca.
- Es que no es para menos chata. Vamos a ver date cuenta de que estas. Pasando un mal momento con tu novio, porque te recuerdo que tienes novio, y que eso te tiene profundamente vulnerable. En

vez de arreglarlo con él te estás enredando en una historia paralela que no te va a traer más que disgustos. No conozco a ese tal Gabriel pero por lo que me has contado creo que ha recorrido más mundo que tu Laura y te va a hacer sufrir.

Se que mi amiga tiene toda la razón porque yo solita he sido capaz de pensar ya en todo eso pero creo que empiezo a comprender por qué, las personas, hacemos cosas que no nos convienen aun sabiéndolo. Resultamos tan complicados y nos complicamos tanto la vida que por eso somos objeto de tantos estudios científicos.

- Laura hazme caso, lo que necesitas es aclarar tu historia con Tom y dejarte de tonterías.
- Ya lo sé pero...
- ¿Pero qué? ¿Es que te gusta ese chico?
- No... al menos eso creo. Pero es que de repente me gusta estar con él y me siento liberada y... feliz. Como si me comprendiera aunque ni yo me comprendo la verdad.
- Ay dios – Lena se tapa la cara con ambas manos mientras niega con la cabeza- Ese chico te gusta Laura, estás coladita por él.
- ¿Pero qué dices? No, de verdad a mí me gusta Tom yo no pienso en Gabriel como pareja.
- Tú no sabes lo que quieres. Todo esto es nuevo para ti y eres consciente de lo que estás viviendo.

Pero lo que dice Lena es una locura, ¿cómo me va a gustar a mi Gabriel si yo lo odio? Odio lo entrometido que es y que siempre esté gastando bromas porque cuando intento ponerme sería nunca lo consigo. Odio que vaya con ese aire chulesco por la vida, en plan soy guapo y lo sé y dejo huella por donde paso. Odio que siempre que pasa por la oficina deje el olor a su perfume porque me encanta como huele y voy inhalando como una retrasada. Odio querer odiarlo y no conseguirlo porque es arrebatadamente encantador.

- Tienes razón Lena, no sé lo que quiero pero si sé lo que no. No quiero no verle, no quiero alejarme de él... Se que no me conviene y que yo estoy con Tom y de verdad te digo que quiero arreglar las cosas con él pero no puedo alejarme de Gabriel le necesito.
- Uffff... sabia que este juego a los Kardashian iba a pasarte factura. Escúchame Laura te voy a hablar con toda la honestidad del mundo, como siempre lo he hecho, porque sé que tu quieres que sea muy honesta. Aunque quieras no vas a poder alejarte de Gabriel porque él ya te tiene y hay que ser muy fuerte y conocerse muy bien a uno mismo para poder luchar contra nuestros instintos y contra nuestros deseos. Tu, Amiga mía, estas empezando a vivir una vida que no conocías y para la que no estás preparada así que olvida lo de luchar. Haz lo que tengas que hacer pero hazlo con cabeza. Intenta ser siempre lo más honesta posible contigo y con los demás. Vas a sufrir, estate preparada para ello, porque vas a tener que elegir, tarde o temprano tendrás que elegir, no podrás tenerlos a los dos para siempre. Solo puedo decirte que cuando ese momento llegue estaré aquí para apoyarte y para consolarte ya lo sabes.

Unas pequeñas lágrimas me resbalan por las mejillas. Espero que Lena no las vea porque no quiero que se sienta mal por mí. Estoy hecha un lio y sé que todo lo que mi amiga me ha dicho es

la pura verdad. Ella siempre ha estado más puesta que yo en los temas sentimentales y todo lo que yo pueda vivir ahora ella ya lo vivió y sabe de lo que habla. Tom o Gabriel... ¿cómo puedo tener en mi cabeza a dos personas tan distintas? No tiene sentido porque si Tom es la clase de chico que me gusta Gabriel no tiene nada que ver con él, ni conmigo en realidad. De todas formas estoy montándome una paranoia mental cuando ni si quiera sé lo que pensará él. A lo mejor está pasando el rato conmigo, tal y como me ha insinuado Lena, porque Gabriel lleva una vida loca en la que hay cabida para irse a reservados con mujeres casadas por ejemplo cosa que yo ni puedo comprender. Que idiota he sido... conforme voy pensándolo más convencida estoy de que Gabriel no tiene ningún tipo de interés por mí más que el beneficio que le dará hacer ese artículo sobre mí.

- Bueno Lena, no te preocupes por mí porque creo que estoy exagerando la situación. Gabriel jamás se fijaría en mí y seguramente habrá pasado la noche que millones de chicas solo por aburrimiento.

- Laura si de algo estoy segura es de una cosa... los chicos como Gabriel no pasan la noche con una chica solo por su compañía, los chicos como Gabriel pasan la noche con una chica si va a haber algo más. Si solo durmió contigo sin tocarte pero se paso la noche abrazándote está más pillada que tú misma.

Ahora sí, amigos míos, el caos había llegado para quedarse



Definitivamente no tengo un buen día. Me he ido de la oficina, he intentado quedar con Ginebra, lo he cancelado porque pienso que no voy. Poder contarle nada y va a ser peor, y he vuelto a la oficina porque me he dado cuenta de que no tengo nada que hacer y es una mierda andar sola por ahí como una loca.

Me he puesto a organizar emails, porque es todo lo que me apetece hacer cuando no quiero hacer nada, pero me he dado cuenta de que llevaba más de veinte minutos subiendo y bajando la pantalla sin abrir ninguno. ¿Qué puedes hacer cuando te sientes una mierda pinchada en un palo? Y lo peor de todo es que me fui huyendo de Gabriel y ahora no hago más que mirar a través del cristal para ver si lo veo pasar. Miró un segundo a la pantalla y cinco minutos al cristal, y así voy alternando hasta que llega un momento en el que ya no aparto la vista de él. Salgo de la oficina para hacer como la que va a por agua, pero es mentira solo quiero pasar por su mesa, y echo un vistazo muy disimuladamente. Ni rastro del becario. Ya que estamos entro en la sala común y me sirvo un agua que no voy a beberme pero así puedo mirar con más detenimiento. ¿Dónde carajos estará este chico? Lo que pasa a continuación no tiene explicación alguna, al menos yo no he conseguido dársela, pero lo cierto es que se me fue la pinza, sin más. Me fui directa a la mesa de Susan para pedirle explicaciones porque, de repente, me dio por pensar que ella, además de secretaria, es adivina y sabe donde está todo el mundo en cada momento.

- Susan, ¿Se puede saber dónde está el inútil de Gabriel?

Si, inútil, por toda la face, me había dado por retomar viejas costumbres e insultarlo a saco porque me daba la gana.

- No idea Laura... no lo he visto la verdad- me contesta con asombro.

- ¿No lo has visto cuando? ¿No lo has visto ahora? ¿No lo has visto antes del almuerzo? ¿No lo has visto en toda la mañana? Define no lo has visto.

- Pu... pues no lo he vi...visto ahora supongo.

- Ni li hi visti ihiri sipingui- Si, si, si... mofándome de mi secretaria como una niña de nueve años. Vergonzoso pero cierto.

Susan se queda callada, con los ojos como platos, y el teléfono a medio camino de la oreja, porque por lo que se ve la pillé en alguna llamada. Los que quedaban en la oficina cuchicheaban entre ellos y miraban de reojo como su jefa perdía los papeles.

- ¿Qué pasa que en esta oficina ya no controlamos a nuestros trabajadores Susan? ¿Qué aquí todo el mundo entra y sale cuando le da la gana Susan? ¿Eh? Dime, ¿qué pasaría si yo me voy y aparezco cuando me de la gana? Contesta, contesta.

Mi secretaria se lo piensa un poco antes de contestar, yo también lo hubiera pensado mucho en su lugar, y entonces pregunta tímidamente:

- ¿Es una pregunta trampa?

Tuvo mucha suerte porque en ese preciso momento en el que casi echo espuma por la boca Gabriel entró en la oficina con sus andares despreocupados, su camisa colgando excepto por un lateral que había metido por los pantalones y con sus cascos de música escondidos entre sus pelos revueltos. Tan perfectamente perfecto que lo odié más aun.

-¡¡¡Tuuuu!!!- le señalo con el dedo índice de manera desproporcionalmente exagerada. Juraría que algunos valientes me estaban grabando con sus teléfonos móviles pero no puedo asegurarlo- ¡A mi despacho!

- ¿Por?- pregunta sin inmutarse.

- AHORA.

Cierro la puerta con tal estruendo que luego tengo que comprobar que no se haya descuajaringado y me siento apoyando los codos en mi escritorio y haciendo un puente con los dedos en mi nariz. Gabriel se sienta frente a mí con las piernas cruzadas y me mira desafiante. Conforme mi mirada se ha cruzado con la suya me he venido abajo, no sé que decir ni para que lo metido en el despacho. Es como si hubiera salido de un trance pero, sin embargo, seguía sintiendo una rabia que me ardía por dentro.

- ¿Laura qué pasa? ¿Qué hago aquí?

- ¿Qué que haces aquí? Aquí es donde tienes que estar, mejor dime por qué no estabas. ¿De donde vienes?

- De comer, no sabía que teníamos que dejar constancia de donde vamos o de donde venimos.

- No... podéis salir y entrar libremente cuando queráis, total...

- ¿Le preguntas a todos tus empleados donde están en cada momento?

- ¿Qué estás insinuando?

- Todavía nada- dice mostrando las palmas de su mano.

- Tienes que entender que esto es un trabajo serio y tienes que ser responsable. Tenemos que saber si sales a comer y cuando regresas porque si te necesitamos no sabemos donde estás. Llevo buscándote no sé cuanto tiempo.

- Pues me llamas.

- ¿Qué?

- Que si me necesitas me llamas.

Sigue con las piernas cruzadas, tranquilo y relajado, hace un amago de sonrisa y su actitud me enfurece más todavía.

- ¿Encima te atreves a contestarme? Estupendo...

Me levanto furiosa y paseo por la oficina, siento que el corazón se me acelera y estoy acalorada pero no sé qué decir ni a donde quiero llegar y Gabriel parece darse cuenta.

- ¿Qué es lo que te pasa Laura? Quiero decir qué es lo que te pasa de verdad porque ambos sabemos que no te ha molestado que me haya ido a comer a la misma hora de cada día.
- Claro que me ha molestado te lo acabo de explicar, ni si quiera escuchas cuando se te habla, vas a lo tuyo, ya has demostrado lo que te importa todo.
- ¿Ah si? ¿Ya lo he demostrado? ¿Y cómo lo he hecho según tu?
- Es obvio no... solo piensas en ti y no piensas en lo que podamos sentir los demás, siempre confundiendo con tu actitud desapareciendo cuando se te antoja, anulando planes solo porque se te antoja.
- ¿Anulando planes? No me lo puedo creer, ¿estás así por lo de esta tarde? ¿Por qué te he dicho que no puedo quedar EN SERIO LAURA?
- Ósea, que te crees tan importante que ya afirmas que me molesta que anules nuestra tontería de plan...
- Lo has dicho tu, no yo, tu eres la que de repente está furiosa conmigo por la cara, pareces una novia despechada.
- ¿CÓ MO DI CES?

Cojo lo primero que pillo, que por desgracia es la grapadora, y se la revoleo con tan mala suerte que no le doy pero si acierto a un jarrón carísimo que hay junto a la puerta haciéndolo añicos. Imagino la imagen que debemos de estar dando fuera, flipante.

- ¿Estás loca?- gruño como un perro y le amenazo con la maquina de hacer agujeros- vale, vale, vale perdona. No tenía que haber dicho eso perdóname pero todo esto me ha pillado por sorpresa.

Me quedo unos segundos congelada, sin moverme, repasando mentalmente todo lo que acaba de hacer y me dejo caer en la silla suspirando. Me cubro la cara con las manos mientras me quejo, es increíble que haya perdido los papeles así.

- Perdóname tú a mi Gabriel, esto ha estado totalmente fuera de lugar, es que llevo un día de mierda.
- Eh, tranquila- dice acercándose más a mi- ¿por qué no me dices que pasa?
- No lo sé Gabriel no sé lo que pasa estoy hecha un lio.
- Estar hecha un lio ya es algo.- siento que me coge la mano y me sobresalto, pero no la aparto solo le miro sorprendida.
- ¿Quieres que te suelte?
- ¿Quieres soltarme?- pregunto armándome de valor.

El niega con la cabeza lentamente mientras me sostiene la mirada y yo sufro por mi corazón porque creo que latir a esa velocidad no debe ser sano. Luego tendré que buscar arritmias en Google.

- ¿Qué pasa Laura? Dime la verdad, ¿te ha molestado que anulara lo de esta tarde?

- No es eso Gabriel, es... uff no lo sé. No se qué me pasa de verdad. Creo que he sentido que anoche habías hecho un papel que habías fingido preocuparte con mi vida para conseguir, no sé, información o vete a saber qué y ahora dabas un giro de ciento ochenta grados y me dabas la espalda.

- ¿Y todo eso por decirte que estoy ocupado?

Me encojo de hombros sintiéndome más ridículamente que jamás en mi vida. ¿Cómo iba a volver mañana a la oficina después de la escena de locura que había protagonizado? ¿Y si me colgaban en Instagram y me hacia viral como la jefa pirada? #lalocadelcoño como si lo viera.

- Es que todo esto está siendo muy raro Gabriel... el vestido, la fiesta, anoche... Estoy empezando a confundir sentimiento, creo.

Gabriel se acerca hasta mi lado de la mesa y me levanta, tirando de mis manos, me coloca frente a él y le tengo tan cerca que noto su respiración. Huele tan bien que me tiemblan las piernas.

- ¿Podemos hacer un trato?- asiento en silencio porque estoy hipnotizada como una tonta- a partir de hoy si alguno de los dos tiene cualquier duda sobre el otro se la preguntará, sin más, prohibida las comeduras de coco y prohibidas la escenitas en el despacho. ¿Prometido?

Me muestra el dedo meñique y lo de doy el mío. Porque si, porque me parece bien que hablemos entre nosotros y nos dejemos de escenas que me lleven al despido y porque así me aseguro de que el también me cuente cualquier inquietud que le pueda surgir hacia mí. Gabriel tiene tal efecto en mí que con solo tres tonterías ha conseguido que me calme y que me tranquilice y, sobre todo, que deje de gritar como una posesa.

Me abraza, y es la primera vez que lo hace tan directamente, de frente, y estoy tan cerca de su cuello, y el tan cerca de la mía, que de repente quiero quedarme así el resto del día pero unos chillidos que provienen de fuera me perturban y me sacan de mi limbo. Gabriel parece no darse cuenta y sigue sonriéndome con ternura mientras me mira.

- ¿Puedo llamarte esta noche para ver cómo estás?

¿Hacernos llamadas telefónicas? Puede ser una de esas cosas que complican más las cosas pero si ya hemos dormido juntos no creo que nada supere ese nivel.

- Vale.

Los gritos son mucho más claro, ahora si que los hemos escuchado los dos porque los tenemos prácticamente encima. Quien sea está gritando a Susan porque su mesa está próxima a mi despacho. Me apresuro hacia la puerta y abro de golpe, lástima que quién sea no hubiera llegado minutos antes porque se iba a enterar. Ahora, recién salida de mi encuentro cósmico con Gabriel, parecía una fumada a la que le cuesta darse cuenta de lo q que sucede a su alrededor.

Una chica rubia, bastante despampanante la verdad, y con un vestido tremendamente ceñido que amenazaba con romperse al mínimo movimiento, gritaba a mi secretaria mientras hacia aspavientos con las manos. No alcanzaba a descifrar qué demonios era lo que decía pero en cuanto me vio asomar por la puerta empezó a gritarme mientras se acercaba con las manos aun en alto.

- ¿Pero qué demonios....?

Cuando pensaba que se abalanzaría sobre mí para pegarme escuché el sonido de una bofetada que no sentí. Me cubrí la cara inconscientemente aunque no habría servido de nada porque la bofetada había ido directa a la cara de Gabriel que estaba justo detrás de mí.

Ahora si que puedo asegurar que los móviles ondeaban al viento mientras grababan la escena, algunos seguramente en directo, sin cortarse. Espero que ninguno de ellos captaran mis últimas palabras antes de salir de allí:

- Hijo de puta...



CAPITULO 19: COMO TENÍA QUE SER

Salgo de la oficina como un toro, sin mirar hacia atrás, llevo a Lexy pegada a mi culo pero no sé ni lo que dice ni me importa. Estoy tan cansado de sus idas de olla, de sus paranoias, de sus escenas... Encima Laura ha salido corriendo y no he podido decirle nada. Sé que ahora es mejor dejarla tranquila, no va a querer escucharme, por lo poco que la conozco entiendo que uno de sus problemas es que es muy cabezona y no hay quien la haga entrar en razón.

- Gabriel, ¿ni si quiera vas a tener la decencia de hablar conmigo?
- No quiero hablar Lexy.

Sigue detrás de mí, no me ha dado tiempo ni de llamar al chofer así que voy caminando por Lexington Avenue como alma que lleva el diablo y solo pienso en encerrarme en casa y dejar que pase este maldito día.

- No pienso dejarte en paz hasta que hables conmigo, ¿me oyes? No pienso dejarte Gabriel Campbell.
- ME DA IGUAL, estoy harto, harto de tus numeritos y harto de darte explicaciones sin tener por qué. Estoy cansado de no poder hacer lo que a mi me da la gana, si no tengo a mis padres taladrándome la cabeza te tengo a ti.

Soy consciente en seguida de la dureza de mis palabras pero no soy yo quien habla si no mi corazón. Todo lo que he dicho, aunque haya sido de la manera menos adecuada, es la lo que siento. Me noto en una jaula continuamente. Por un lado esta ciudad que parece tener ojos en todas partes y por otro mi familia y Lexy que parecen controlar todo lo que hago. Me siento ahogado y tarde o temprano tenía que explotar.

Lexy se ha quedado parada, un poco sorprendida, no esperaba todo lo que he dicho pero no le pido perdón sino que sigo adelante. Las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza “ten cuidado con esa chica no dejes que monte un escándalo por todo Manhattan “Que razón tenía, encima habrá que aguantarla a ella cuando se entere de la que se ha liado en la revista. Laura se encargará de que revoquen mi beca, pero lo cierto es que me da igual, lo único que me importa es hablar con ella y poder explicarle lo de Lexy porque sé que por su cabeza estarán pasando barbaridades que se ajustarán poco, o nada, a la realidad.

Al llegar al apartamento el portero me abre enseguida y me doy cuenta de que paso de largo sin ni si quiera saludarlo, suerte que ya están acostumbrados a mis malos modales.

Me siento en la cama, furioso, intento repasar mentalmente todo lo que ha pasado en la oficina. Estaba tan cerca de ella... habíamos conectado tan bien... que me da rabia haber acabado así. Si fuera capaz de expresar mis sentimientos y ser sincero nada de esto pasaría. Mi problema es que pienso demasiado en los demás, en no hacerles daño, y quiero evitarlo tanto que al final acabo haciéndolo peor y el mayor perjudicado soy yo. No quería que Lexy se sintiese mal ni menospreciada y al final ha pasado lo contrario. Tampoco quería complicarle la vida a Laura, intenté alejarme de ella, y al final parece que la he hecho sentirse engañada. En fin, mi vida es un poema.

Llaman a la puerta, no puedo creérmelo, seguro que Lexy ha vuelto a conseguir que la dejen pasar,

ese portero me va a oír.

- ¿Qué quieres?- pregunto de malas maneras.
- No me cierres la puerta, por favor, solo quiero hablar contigo.

Está llorando y no quiero ensañarme con ella porque entiendo que, en parte, todo lo que hace es un mecanismo de defensa contra mi falta de sinceridad. Resoplo y pongo los ojos en blanco pero me aparto y la dejo pasar.

Le hago un gesto para que se siente en el sillón, prefiero tenerla tranquila, porque después del tortazo y de la grapadora voladora no quiero mas sorpresas.

- Pues tú dirás
- Solo quiero que me expliques qué está pasando... ¿Por qué me mientes Gabriel?
- ¿En qué te he mentado ahora?
- Deja de fingir ya porque me merezco un poco de sinceridad- llora- Desde hace unas semanas estás muy raro, estás muy distante, siempre en la oficina. En la fiesta me dijiste que vendrías a casa, conmigo, y luego no apareciste. Me quedé como una tonta esperándote toda la noche, me dormí a las seis de la mañana, te llamé quince veces... hasta llamé a tu casa Gabriel. ¿Por qué? ¿Por qué me haces esto?
- Ya te dije que me quedé toda la noche en la oficina.
- ¡MENTIRA!- los sollozos son cada vez más fuertes y me cuesta entenderla. Balbucea- Mi hermano te vio irte con esa chica, os siguió y fuisteis a su casa y pasaste la noche allí ¿Por qué Gabriel?

Y así es Manhattan. Hermanos que espían y te siguen mientras te graban con el teléfono móvil. Lexy me enseña fotos con Laura saliendo del coche, entrando en su piso... saliendo a la mañana siguiente... Resoplo, me parece surrealista pero ya debería de estar acostumbrado. Nunca he querido entrar en estos juegos de ricos, siempre he intentado mantenerme al margen de este lado oscuro que nos rodea, pero ellos se empeñan en meterme dentro de un mundo en el que no quiero estar. Me sorprende como Lexy ha jugado a ser una de ellos tan rápidamente lo que no saber es que por mucho que finjan nunca la verán como a una igual.

Resoplo y me cubro la cara con las manos. Intento pensar lo más rápido posible pero tengo la cabeza totalmente saturada.

- Lexy yo no quería que esto pasara, ¿Vale? Si te hace sentir mas tranquila te diré que entre Laura y yo no ha pasado nada. Es mi jefa, tal como te dije, y hemos pasado mucho tiempo juntos por trabajo pero sabía que no lo entenderías y no quería disgustarte. No te voy a decir que no esté hecho un lio ahora mismo, que no sé lo que siento por ella ni por ti, pero no ha pasado nada Lexy, nada.

Me mira, con los ojos hinchados de tanto llorar, con la nariz enrojecida y una pena que cae entre nosotros como un bloque de hormigón. Este era el momento que quería evitar con todas mis fuerzas porque verla sufrir no me gusta en absoluto y me parte el alma. Noto que me ablando por

momentos y quiero abrazarla, decirle que todo está bien y que no se preocupe pero me da miedo que vuelva a pegarme. Me atrevo a acercar mi mano lentamente y le toco el brazo con cuidado. Ella se deja hacer y no dice nada así que la agarro y la acerco hacia mí. La abrazo, porque no puedo verla así y no pienso en si me arrepentiré después.

- No llores por favor.

Noto que me agarra con fuerza y que va cediendo poco a poco.

- Te quiero Gabriel- dice mientras vuelve a sollozar intensamente- Te quiero de verdad.

Puede que me dejara llevar demasiado por la situación y que siga cometiendo los mismos errores de por vida, sin aprender, pero no puedo evitarlo así que le acaricio la cabeza con delicadeza y le digo lo único que podría decirle para calmarla.

-Yo también te quiero Lexy.

Lo que siento ahora mismo es indescriptible porque ni si quiera yo lo sé. Lo único que se es que me duele el alma y no puedo dejar de llorar. Creo que el setenta por ciento es rabia con algo de desilusión pero no lo tengo claro. No quiero pensar en Gabriel nunca más y no quiero verle. Me levanto y me acerco al vestidor donde tengo todas las cosas que me compró. Las cojo y las meto en una bolsa, con ira, y las llevo hasta la basura pero me arrepiento y decido dejar la bolsa en el fondo de un armario donde no la tenga que ver. Guardo la nota que me mandó con el vestido en el libro que estoy leyendo, como una idiota, la arrugo y la tiro a la basura. No entiendo porqué todos los que se me acercan son iguales debo de tener un imán de gilipollas o algo. Mi móvil ha estado sonando un par de veces y me temo lo peor pensando que son los memes que se han hecho conmigo y con mi salida de tono, pero no, me llegan mensajes de Lena contándome que ya tiene los zapatos, los pendientes y la lencería para la boda, sonrió pero no le contesto porque no quiero amargarle un momento tan feliz. Otro mensaje es de Ginebra que me pregunta por qué no nos hemos visto al final y me invita a sacar a Clotis con ella a pasear pero ni si quiera le contesto. Estoy tumbada en mi chester blanco y soy tan gilipollas que me da la sensación de que mis cojines huelen a él... ¿de verdad he dudado en algún momento lo que sentía por Gabriel? Pues todas mis dudas están más que disipadas. Hasta las trancas es poco pero no sé cuando ha pasado ni cómo, ni por qué. Bueno, el por qué puede que si que lo sepa. Por su sonrisa, por su frescura, por su labia, por sus atenciones, por hacerme reír y por llegar cuando más le necesitaba. Muchas historias de amor han empezado cuando uno de ellos se sentía más vulnerable y se han convertido en grandes historias pero no recuerdo ninguna que haya sido para siempre. Puede que cuando nos sentimos débiles magnifiquemos los sentimientos y confundamos realidades por eso cuando volvemos a resurgir de nuestras cenizas nos damos cuenta de que estábamos equivocados. Eso es lo que estaba pasándome a mi pero a pesar de tenerlo tan claro no puedo evitar sentir lo que siento. Lena me lo dijo, vas a sufrir inevitablemente, prepárate.

Estoy acurruca en mi sillón y me he puesto una película en Netflix. Siempre que estoy baja de moral veo los mismos clásicos. En este caso es El Diario de Brigid Jones. Soy muy tópica. A la mitad de la película me he quedado dormida por el cansancio que me produce llorar y a penas me doy cuenta de que alguien está abriendo la puerta. De repente me imagino a Gabriel que, con su

irresistible sonrisa, ha convencido a mi casera para que le abra el piso. Seguramente le habrá contado que soy una neurótica con tendencias suicidas y que necesito que me rescaten. Estoy tan agotada que no pienso moverme para echarlo de casa. Si quiere entrar que entre.

Se acerca a mí y noto que lo tengo delante, seguramente me está mirando, y se está preguntando que hago dormida con un bote de palomitas sin acabar y un montón de pañuelos esparcidos por el sillón. Se acerca y me da un cálido beso en la frente pero no es como esperaba, algo falla, hay algo que no encaja. Su olor no es el de siempre porque el que está delante de mí es Tom





CAPITULO 20: LAS VIEJAS COSTUMBRES

Estoy dándole vueltas a las pintas que llevo en este momento pero creo que es lo menos importante ahora. Tom está sentado en el sillón pequeño mirando al suelo con las manos apoyadas en el cuello. No dice nada, ninguno de los dos decimos nada, llevamos rato callados. Estaba esperando el momento de tenerlo en frente para decirle todo lo que había estado practicando, una y otra vez, pero me ha pillado de bajón y no soy capaz de decir nada. Solo se escuchan nuestras respiraciones y me estoy poniendo de los nervios. Me muevo incomoda sobre mi misma y él, que me conoce bien, me mira.

- ¿Qué demonios pasa Laura? Llevas días sin cogerme el teléfono, no contestas a mis mensajes, he ido a la oficina y no estabas allí, pregunté a Susan por ti y me miró desconcertada... Y ahora te encuentro así hecha una... Pena, la palabra es pena Tom. Hablemos con propiedad.

No contesto. No tengo ganas, para qué, solo estoy dándole vueltas a la chica de Gabriel. Muy guapa, muy sexy y muy rubia, nada que ver conmigo, no entiendo por qué nunca me habló de ella, ¿qué pensará ella de que hayamos pasado una noche juntos? Sé que siempre he dicho que no pasó nada pero, en realidad, no fue tan inocente. Me abrazó y me acarició la cara pensándolo bien fue demasiado cariñoso. Todas estas cosas debería saberlas la Barby Malibu.

- ¡Laura!

- -¿¡Qué?!

No hay nada que odie más en el mundo que me interrumpan mientras pienso así que contesto casi por inercia, malhumorada, y Tom se queda atónito. No está acostumbrado a mis salidas de tono, no como Gabriel, realmente creo que Tom nunca ha visto mi cara mala porque siempre he sido un amor con él. Servicial, conformista y dócil todo lo que realmente no soy.

- Te estoy hablando... ¿No piensas contestarme?- está empezando a perder la paciencia.

- No sé qué quieres que te diga.

- ¿Ah que no lo sabes? He venido hasta aquí, dejando tirada una reunión muy importante, porque mi novia no me coge el puto teléfono y no sé nada de ella ni hay nadie a quién pueda preguntarle. Estoy aquí porque estaba preocupado por ti y dices ¿qué no sabes que quiero que me digas?

Definitivamente se ha cabreado, le noto la vena del cuello y el rostro colorado, como un tomate, nunca le había visto así. Dice que ha venido hasta aquí porque estaba preocupado, no sé como de importante sería realmente esa reunión pero es cierto que ha adelantado su vuelta, ¿será realmente por mi cómo dice? Ya no soy capaz de creerme nada y menos si viene de un hombre. Los he sentenciado a todos.

- No me encuentro bien, estoy enferma.

Esta excusa siempre me había funcionado en casa así que...

- ¿Qué tienes?- dice mientras me pone la mano en la frente.

Inmediatamente recuerdo la mano de Gabriel en mi cara, en ese mismo sofá, la paz y la tranquilidad que me hizo sentir, como si notase que me protegiera pero entonces pienso que realmente para Gabriel no soy nada, le doy igual, soy un cero en su vida, pero Tom está aquí preocupado por mí. Tom ha adelantado su vuelta porque yo no le contestaba al teléfono, eso debe significar algo, digo yo.

- Será un constipado.

- ¿Pero por qué no me cogías Laura?

- Han sido unos días difíciles. Mucho trabajo, mucho estrés... los siento.

- No es propio de ti, me tenías preocupado, y este desplante que acabas de tener...

- Lo siento Tom.

Le miro fijamente a los ojos y, aunque he puesto mi cara de corderito, estoy realmente arrepentida de la actitud que he tenido. Me he confundido de todas y no he sido capaz de darme cuenta de quienes eran realmente importantes en mi vida. Hace unas semanas estaba profundamente deprimida porque creía que le perdía y, para mí, era toda mi vida. Empiezo a recordar por qué le quería tanto.

- Ven aquí anda- Dice levantándose para abrazarme.

Estoy preocupada porque debo de haber sudado como una cerda pero a él parece no importarle. Incluso creyendo que estoy constipada se arriesga a acercarme a él y me abraza con fuerza. Lo necesitaba. De repente me doy cuenta de lo que Tom significa para mí, Tom es casa, mi casa, mi hogar. Él es lo único que tengo en esta nueva vida que me he forjado y no lo quiero perder porque entonces, qué me queda.

- Pero Tom- me aparto de él, tenemos que aclararlo todo si queremos superar este bache- Te vi, saliendo del Colyseo, te vi Tom, cuando se suponía que estabas en Stamford. Me mentiste.

- ¿Qué?- asimila durante unos segundos mis palabras pero acaba riéndose a carcajadas- A ver Laura, tuve que venir el miércoles a una reunión urgente para solucionar unos hilos que nos quedaban sueltos, y no te dije nada porque no podía verte y no le di importancia. No recuerdo lo que hablamos ese día pero estoy seguro que no dimos pie a que saliera en la conversación.

- Yo creo que es un tema importante decirle a tu pareja que estas en la ciudad cuando ella cree que no...

- Lo siento mi vida- dice recogiendo un mechón de mi pelo detrás de mi oreja- No lo hice con ninguna mala intención.

Siempre he dicho que Tom es un encantador de serpientes, tiene el poder de encandilarme con sus palabras y hacerme dudar del mismísimo universo, es así, y lo sé, pero es algo que a la vez me gusta de él. Admito que siempre me crea incertidumbre, ¿estará siendo sincero? ¿Estará haciendo un papel? Espero por mi bien que sea la primera opción porque si no estoy muy jodida.

- Me confundiste Tom porque antes de que te marcharas nuestra relación se había enfriado y yo no entendía por qué. Tus llamadas eran muy frías y muy distantes y luego te veo salir de ese hotel...

- Imagino lo que pensaste Laura pero no ha sido más que el estrés que me ha producido todo este lío en la oficina. Mi jefe presionándome, los socios también... tener que estar fuera de casa... Supongo que me ha pasado como a ti ahora, que el trabajo ha podido conmigo y me ha superado.- me da un beso en la sien- siento haberlo pagado contigo cariño.

¿De verdad he podido ser tan idiota? He estado cuestionando continuamente todo lo que Tom hacía o decía sin ni si quiera hablar con él y he dejado que un desconocido, egoísta y pretencioso, me comiera la cabeza haciéndome creer que no valía una mierda. Me he dejado disfrazar, me he dejado exhibir en público, me he dejado engañar por un farsante y me he puesto en evidencia en la oficina. Definitivamente no he sabido manejar mis emociones porque he puesto en riesgo lo que más protejo mi trabajo me ha costado mucho esfuerzo y mucho tiempo llegar a labrarme una imagen en la oficina y lo he puesto todo en peligro en cinco minutos por culpa de ese niño.

Siento una rabia enorme ahora mismo hacia todo lo que tiene que ver con él, debería echarlo, inmediatamente, pero no lo pienso hacer porque quiero demostrarle que no ha sido nada en mi vida y que su presencia me es indiferente.

- ¿Te has cortado el pelo?

- Si... ¿te gusta?

- Te queda muy bien- me contesta con una sonrisa.

Tom ha conseguido que me levante del sofá y que me dé una ducha de agua caliente, bueno que nos demos, me he dado cuenta de que echaba de menos sus manos sobre mi cuerpo, sus besos en el cuello y lo que es capaz de hacerme sentir. Quizás ese ha sido el problema, que he echado tanto de menos a este Tom, al que está aquí y ahora conmigo, que lo he intentado buscar en otras personas. Aun tengo mucho que aprender de la vida, por desgracia.

Cuando salimos de la ducha preparamos algo de comer. Pasta con tomate y atún, que es algo que nos encanta a los dos, con unas especias que traigo siempre desde España. Eso me hace recordar el día que comí con Ginebra y Clotis, debería llamarla y contarle todo lo que ha pasado en mi vida en estos dos días. Tendría que saber el tipo de persona que es Gabriel y por qué no quise contárselo antes. Quiero que lo mío con Ginebra salga bien porque la necesito como amiga y ahora más que nunca. Le he hablado a Tom sobre ella y le sorprende que dos personas tan distintas hayamos congeniado tan bien, sobre todo por lo que a Clotis se refiere porque siempre me han dado pánico los perros y sobre todo los grandes. Le he contado alguno de nuestros encuentros, las risas, las conversaciones, los paseos por Central Park y el bien que me hace tenerla cerca y él parece maravillado. Me ha convencido para coger unos días libres, lo bueno de estar en Nueva York es que tengo hasta ocho semanas de vacaciones más los días que necesite para temas personales, para qué nos vamos a engañar yo mando y yo hago lo que quiera, así que mando un correo a Susan para comunicarle que me cojo unas semanas de descanso muy necesitadas, sobre todo después del incidente de ayer del que no le he dicho nada a Tom, obviamente, y que se encargue de retrasar todas las reuniones que tuviéramos concertadas para estos días. Tengo trabajo pendiente pero lo haré desde casa lo importante es poder desconectar de todos los problemas y de todo el mundo. La idea de pasar unos días a solas con Tom se me antoja maravillosa y nada me apetece más en este momento.

Nos vamos a la cama temprano porque nos apetece sentirnos el uno al otro, empaparnos de nosotros mismos y recordar todo lo que teníamos olvidado. Todo el miedo que he estado sintiendo estos días parece esfumarse de un plumazo igual que la ansiedad, los nervios y las preocupaciones. Es maravilloso volver a dormir acompañada, pero acompañada de verdad, porque hacía meses que no nos quedábamos abrazados toda la noche, sosteniéndonos, como si nos diera miedo perdernos mientras dormimos.

No he vuelto a pensar en Gabriel ni una sola vez y me he sentido muy feliz hasta que, en mis sueños, le ha dado por aparecer para volver a tambalear todos los pilares de mi vida.



CAPITULO 21: A MI NO SE ME VA LA PINZA, SE ME VA EL PUTO

TENEDERO ENTERO

Llevo dos días de amor pletórico que me han sabido a pura gloria. Me he dado cuenta de que cuando me siento bien, y enamorada, no puedo ser más empalagosa pero me da igual porque soy feliz. Ha sido como volver a nuestro primer año de noviazgo en el que dábamos un asco profundo

los dos por eso de que derrochábamos purpurina por los cuatro costados y cagamos muffins de colorines como los unicornios. Nada podría ir mal porque el sol se pone todos los días y Central Park está preciosísimo y todas esas cosas que tanto me gustan. Estoy segura de que lo mejor de todo es no tener que ir a la oficina, no me había dado cuenta de cuanto lo odiaba, y no tener que hacer frente a mi último numerito que ya forma parte del pasado.

Tom me hace el desayuno cada día, sin camiseta y en calzoncillos qué más se puede pedir, y yo creo que estoy engordando porque llevamos dos días que no nos saltamos ni una comida. Creo que mi novio me quiere cebar espero que no sea para comerme después... ¿o sí?

Todavía no he quedado con Ginebra, y me odio por ello, pero le he mandado un mensaje diciendo que Tom ha vuelto y que tenemos que hablar así que sé que ella lo entenderá y no me juzgará. Con Lena tengo que ponerme al día también pero está demasiado ocupada porque cada vez queda menos para la boda y sus nervios van aumentando a niveles peligrosos para la salud. Me ha prometido que me llamará, en cuanto tenga un rato, cuando su futuro esposo la deje cinco minutos tranquila porque, por lo visto, no es capaz de tomar ninguna decisión por sí mismo.

Susan me manda algunos correos desde la oficina. Son futuras reuniones, algunos eventos o cuestiones que necesita que yo resuelva pero ni una palabra sobre lo que pasó ni sobre las vacaciones improvisadas que me he cogido. Es una chica muy discreta y eso lo que agradezco mucho, la verdad, ojalá los demás también lo fueran porque lo cierto es que me llegó una foto que circulaba por ahí, no se si fue intencionadamente o por error, en la que alguien me había pegado en el cuerpo de un dragón y echaba fuego por la boca mientras unos pobres aldeanos temían por su vida. Ni puta gracia me hizo pero no pienso perder ahora esta paz interior de la que disfruto, no serán ellos los que consigan desnivelarme los chacras. Además, que se perfectamente quienes son los de diseño gráfico y son los únicos que han podido hacer un trabajo tan exquisito con el Photoshop.

- Cariño, ¿te parece si bajamos a dar un paseo por el parque?- me pregunta mi amor.
- Mmm... estás románticón ¿eh?- suerte que Tom es medio español porque hay expresiones con las que nadie me entiende.
- Me pones tierno nena.
- ¿Y qué hacemos con la comida? Acabo de preparar una ensalada.
- Nos la llevamos y hacemos picnic.

Se me caían las bragas con este nuevo Tom tan perfeccionado. Dicen que cuando uno le ve las orejas al lobo se esmera, quizás era lo que le estaba pasando a él, no lo sé, pero a mi desde luego que sí porque después de haber recuperado lo que teníamos no pensaba volver a ponerlo en peligro.

Como tengo una canasta de picnic muy cuqui, que compre en un mercadillo de chinatown, meto toda la comida dentro, los cubiertos, un poco de pan, algo de vino y unos flanes para el postre y la dejo junto a la puerta no se me vaya a olvidar y la liemos. Hoy estoy muy motivada y decido buscarme un look acorde con el plan, a lo Audrey Hepburn. Como la ropa que tengo en el armario es una mierda no encuentro nada que ponerme y me frustró demasiado. Definitivamente necesito ir

de compras lo que me lleva a recordar los modelitos que compré con Gabriel y que escondí en el armario. Recuerdo un vestido celeste super vintage que me iría a la perfección con lo que tengo en mente. Es una imitación de Balenciaga con mucho vuelo, el cuello es redondo y de tirantes anchos, en la cintura lleva un lazo que le da un toque muy retro. Lo convino con un rebeca amarilla pastel y un moño estilo coca con el flequillo hacia un lado. Cuando me miro al espejo sonrío satisfecha con el resultado porque parezco salida del Vanity Fair de los sesenta. Pensaba que sentiría algún tipo de remordimiento al ponerme el vestido de Gabriel pero no ha sido el caso. En los pies unas sandalias veraniegas, amarradas al tobillo, de ante color camel.

- ¿Pero...? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi novia?

Tom me mira desde el umbral de la puerta de nuestra habitación con los brazos cruzados y una expresión divertida en su rostro. Parece que le gusta lo que ve cosa lógica porque estoy bastante guapa la verdad.

- ¿Te gusta?- pregunto mientras giro sobre mi misma una y otra vez.

- Estás estupenda... ¿Es nuevo?- asiento con una sonrisa- Parece muy caro- añade mientras toca la tela de la falda.

Ya he dicho, en otras ocasiones, que soy fan de las mentirijillas piadosas cuando salvan situaciones y este es uno de esos casos. No quiero que Tom indague mucho más en el tema del vestido porque no sabría como explicarle la realidad, que mi becario millonario me llevo de compras como si fuera su putilla, así que necesito desviar su atención como sea.

- Es de uno de esos mercadillos vintage por los que me paseo de vez en cuando. Un día mientras volvía de la oficina lo vi y me enamoré.

- Una buena compra. ¿Lo compraste con esa cesta de picnic que has preparado?

- Exacto.

No añade nada más del tema así que entiendo que mi mentirijilla ha dado resultado y propongo que vayamos saliendo lo antes posible para evitar más preguntas incómodas.

En la calle hace un día estupendo con una temperatura muy agradable ,de esas que hace que los neoyorquinos se echen a la calle para disfrutar del maravilloso Central Park, disfruto de volver a salir de la mano de Tom que , aunque parece una tontería, me hace caminar con la cabeza más alta. No me preguntéis por qué. No hace nada de viento, lo que hace todo aun más maravilloso y, es tan perfecto que, temo que venga la bofetada en cualquier momento.

Pasamos por delante de la cafetería D'Marco y no puedo evitar mirar nuestra mesa a través de sus cristales, donde un día empezó todo, éramos los mismos desconocidos que parecemos ahora. Me resulta tan lejano... pero en realidad hace solo una semana. Mi cabeza va rebobinando a máxima velocidad todo lo que sucedió aquella tarde en el CO2, el día de compras de después, el gimnasio, el salón de belleza... la fiesta y... Mierda, no puedo caer en eso, necesito pensar en otra cosa o estaré totalmente perdida. No quiero estropear así un día tan perfecto porque sería un pecado.

- Cualquier parte es buena para nuestro picnic, ¿no?

- Prefiero buscar el lugar perfecto para un día perfecto- contesto con una amplia sonrisa bastante forzada porque aun no me he quitado de la cabeza los recuerdo.

- Tú mandas.

Es cierto que en Central Park cualquier lugar es bueno, porque todo es precioso, pero hay algunas zonas que son más populares para comer y que son las favoritas para el postre. Yo no tengo redes sociales, la verdad, aunque he estado pensando seriamente en hacerme alguna porque cuando una es feliz quiere que todo el puñetero Manhattan se entere. Medito sobre si quiero encontrar un lugar repleto de gente, por eso del ambiente, o alguno más solitario que nos de un poco más de intimidad... Pasamos Sheep Meadow, uno de los lugares más populares, pero no me parece nada apetecible comer mientras juegan al volley ball a mi lado, le tengo fobia a las pelotas y soy un imán para los pelotazos.

- ¿Seguimos hasta East Meadow?

- ¿Y si seguimos hacia Arthur Ross y así no comemos en el suelo con los bichitos?

Me encojo de hombros, porque no quiero replicarle, pero no comer en el suelo hace que el picnic pierda parte de su encanto. El problema es que aunque Tom lo suelte como un comentario sin importancia en realidad es una forma de decir que quiere comer sobre una mesa. Él es así. Antes me sacaba de quicio que hiciera eso pero hoy, que todo es perfecto, no me importa nada más que pasar el día con él de la mejor manera posible.

Arthur Ross es una zona repleta de pinos donde hay mesitas para comer y un ambiente super familiar, de esos que salen en las películas, y que hacen que una tenga ganas de formar una familia numerosa para echar partidos de rugby improvisados con tus hijos obre el césped.

- Veamos que me has preparado para comer- Dice Tom mientras va sacando las cosas de la canasta.

Aprovecho para estirarme un poco y disfrutar del aire y del olor a pino. Es muy gratificante y me hace sentir tan bien que, de repente, ninguna otra cosa de mi vida parece tener sentido. Solo estamos Tom, yo y ese paisaje campestre y maravilloso. Saco el móvil para hacerme un selfie, porque aunque no tenga redes sociales me gusta hacérmelas para mi, y después saco una de Tom montando la mesa. Me encanta verlo tan metido en las tareas hogareñas y vuelvo a caer en la trampa de imaginar un futuro juntos.

- Soñadora, ¿vienes a comer?

- ¡Voy!

He preparado una ensalada completa, con todo lo que he pillado en casa, y salsa de yogur y unos sándwiches de paté con mermelada de frambuesa. Me encanta mezclar dulce con salado. Para beber he traído un vino blanco con gas, que nos encanta a Tom y a mi, y que me pone siempre bastante contentilla.

- Echaba de menos nuestros días en Central Park.

Tom me sonrío con la boca llena pero está más pendiente de dar buena cuenta de su comida que de

lo que yo le diga. En fin, admiro esa facilidad que tiene para pasar de romántico a insensible en cero coma... En otras circunstancias le hubiera soltado alguna indirecta peeeero como me he propuesto no romper la magia del momento no lo voy a hacer.

- Podríamos repetir más a menudo. La comida entra mucho mejor en este ambiente.

Gruñido de respuesta y la boca llena... decido darme por vencida porque no le veo muy por la labor de entablar una conversación así que saco mi móvil para mandarle a Lena las fotos que me acabo de hacer. Tarda un minuto en contestar. Minuto que se me hace eterna la verdad.

Lena: Modelazo déjame que adivine, ¿Central Park?

Yo: ¡Bingo! Día de solazo y picnic con mi amor.

Escribiendo...

Lena: ¿Tom?

Yo: ¿Quién si no?

Escribiendo...

Lena: Hija cualquiera sabe, aún tienes mucho que contarme puedo morir esperando.

Yo: semana de amor intenso. Estoy en las

Escribiendo...

Lena: Me alegro mucho cariño, te mereces un poco de tranquilidad, entiendo que a la boda vienes bien acompañada...

Yo: No lo dudes

- ¿Has traído café?- me pregunta Tom.

- Mmm... no...

Es un fastidio no haberme acordado de ese pequeño detalle. Para Tom es sagrado tomarse un café después de comer porque si no cae en un profundo estado de pachorra como diría mi madre.

- Podemos tomar café en Bethesda Terrace.

- Pues si, no es mala idea.

Recogemos y nos vamos paseando para allá mientras Tom va más pendiente de su teléfono que de mí según él porque tiene que revisar unos correos que le han entrado con urgencia.

- ¿No pueden esperar a que vuelvas?

- Necesitan que les conteste para poder actuar en consecuencia si no lo dejaría para mañana.

- ¿Para mañana? ¿Por qué para mañana?

- Cuando vuelva a la oficina.

Él me lo dice con toda la naturalidad del mundo, como algo que es obvio, pero hasta donde yo entendí Tom no volvería al trabajo hasta que yo lo hiciera.

- ¿Para qué tienes que ir mañana a la oficina, por algo puntual?

- Para trabajar Laura ya llevo muchos días ausentándome y se me acumula el trabajo.

- ¿Tres días son muchos días?

No quiero que suene a discusión pero el tema del trabajo ya me cansa porque es algo que ha estado entre nosotros siempre. Yo entiendo lo que es una responsabilidad porque, a la vista está, ocupo un cargo que me roba muchísimo tiempo y esfuerzo pero cuando llego a casa sé separar mi vida del trabajo cosa que Tom no. Por otro lado entendí que cuando me dijo que me pidiera dos semanas de vacaciones era porque él también lo haría.

- ¿No puedes hacer eso tan importante y urgente desde casa? Tienes tu portátil.

- Me temo que no.- contesta sin dar ninguna explicación más.

- Pero cuando me propusiste cogermelos unos días de vacaciones entendí que tú los cogerías conmigo, para estar juntos.

- Eso es imposible cariño, tengo demasiado qué hacer ahora mismo como para cogermelos dos semanas libres. Sería imposible. Estos tres días me parecen suficientes.

Suficientes dice, ¿Suficiente? ¿Suficiente para qué? Me siento como si pusiera precio a mi persona y además me vendiera muy barato. Estas son las pequeñas cosas que no me gustan de Tom. Por un lado está el tema de que siempre proponga nuevos planes de los que se va arrepintiendo por el camino o que vaya imponiendo su voluntad, disimuladamente, sin dar la cara. Como hoy con el picnic, la idea ha sido de él pero conforme llegábamos al parque sus ganas y su motivación iban decayendo, claramente había recapitado y la idea de comer en su mesa y tumbarse en su sillón se le antojaban cada vez más apetecibles. Como ya es imposible dar marcha atrás va proponiendo poco a poco que cambiemos el picnic, que es en el suelo, por una comida campestre en las mesas de madera pero haciendo creer que yo tengo la última palabra cuando en realidad la decisión está tomada. Me lo hace con todo y L-O O-D-I-O. ¿Cómo acabamos cuando empezamos así? Muy sencillo, a mí se me cambia la cara, porque mi cara es un poema no lo puedo evitar, y él me mira y me dice “ya vas con la cara de perro” y yo me encojono porque esa expresión también la odio.

- ¿Ya vas con la cara de perro?

- Algún día me vas a tener que explicar qué es para ti una cara de perro, literalmente.

- Ir con cara de perro es ir con mala cara, como tu ahora mismo.

- Pues me vas a tener que perdonar si no soy capaz de disimular mi descontento Tom- contesto de la manera más educada posible.

Tom tiene la manía de ser de esos que meten el dedo en la herida cuando hay un problema. Yo soy más de las que lo dejan estar e intentan amansar las aguas pero él no, el tiene su modus operandi y no lo modifica por nada del mundo. Primero está lo de la cara de perro a lo que sigue un “nos mira todo el mundo” y eso me exaspera tanto que pierdo los papeles. Es que me importa poco si la gente mira o no mira pero os puedo asegurar que los viandantes de Manhattan tienen mejores cosas en las que fijarse que en si yo he cambiado la cara o la he dejado de cambiar. Si fuéramos dos celebridades, o unos millonarios de moda, todavía podría darle la razón pero siendo quienes somos va a ser que no. Así que, si, pierdo los papeles porque a mí el chantaje emocional no me gusta.

Llegamos al bar en el momento menos indicado porque otra de mis costumbres es la de necesitar acabar una conversación que he empezado, sobre todo si es una “discusión”, pero otra de las manías de Tom es la de no hablar en público porque, claro, la gente se entera de todo. He intentado pensar, en muchas ocasiones, que quizás el problema es que venimos de mundos distintos. Quizás es que en España nos importa poco que nos oigan los vecinos o los desconocidos pero en Manhattan las apariencias son lo primero. Que lo pueda llegar a comprender no significa que lo comparta, lo siento.

- Creo que deberías haberme explicado mejor tus planes- digo intentando mantener mi semblante inexpresivo para no ponerlo nervioso.

- Cariño ya me he disculpado por haberte hecho pensar equivocadamente- contesta enfatizando el “equivocadamente”- Pero no puedo ausentarme más de la oficina porque me necesitan ahora mismo, ¿tanto te cuesta entenderlo?

- ¿Tanto te cuesta entender a ti que te necesite conmigo?

Llegados a este punto sé que mi cara ha sufrido una mutación, porque me conozco, pero no puedo evitarlo y, como ya he dicho, me da igual lo que piensen los demás.

- No montemos un escándalo aquí Laura, por favor.

Noto como se me encienden las mejillas y me voy calentando como una olla exprés. Siento que, en cualquier momento, el vapor estallará y me saldrá por las orejas. Yo soy muy de extremos, lo mismo soy todo sonrisas que me cabreo a niveles desorbitados y ni te enteras. Así que intento armarme de toda la compostura posible para expresarme como una persona civilizada.

- ¿Qué escándalo Tom? ¿Hablar es para ti montar un escándalo?

- Las discusiones se tienen en casa, ¿no ves que todo el mundo nos mira?

Miro para un lado y veo a personas con sus teléfonos móviles, otras hablando felizmente con sus

amigos o familiares, otras comiendo como si no hubiera un mañana; miro hacia otro lado, veo a personas caminando despreocupadamente con la vista clava al frente, chicos con bicicletas o monopatines, algunas personas con sus mascotas... pero no veo que nadie tenga su puñetera mirada fijada en mí y en mi hipocondriaco novio.

- No estoy discutiendo Tom, estoy hablando, y perdóname pero no veo quién o quiénes son los que nos están mirando. Si pudieras sacarme de dudas...

- Veo que quieres buscar pelea. Al final vamos a estropear un día que podría haber sido estupendo.

- Y ha sido estupendo, solo quiero que me expliques por qué narices crees que con dedicarme dos días y medio de tu preciado tiempo tengo suficiente. Explícamelo y deja de dar tantas vueltas.

- ¿Vueltas, qué quieres decir?

- Vueltas... rodeos... salirte por peteneras... ¡vamos no hagas como que no entiendes el idioma que tu madre es de Plasencia por Dios!

Lo admito, ahora sí que estaba levantando un poco la voz, y puede que algún que otro turista curioso se haya fijado un poquito en nosotros dos pero no he podido controlarme, es lo que pasa cuando se me provoca demasiado.

- Se me va a atragantar el café Laura, ¿podemos dejar esta conversación para después?

- No, lo siento, pero creo que ya es después para nosotros. Acabamos de retomar lo que sea que tuviéramos y pensaba que los dos íbamos a poner más de nuestra parte pero es que veo que no cambias- Tom pone los ojos en blanco, sé que no quiere seguir con la conversación pero me da igual- Tu trabajo y tus obligaciones siempre están por delante de todo y no te quieres dar cuenta. No le das la misma importancia a tu vida privada que a la profesional, ¿por qué? Empiezo a pensar que es porque no me valoras lo suficiente.

- Ya empezamos...

- Sí, claro que empezamos, porque todo es igual que siempre. Te necesitaba estos días conmigo y lo sabes. Sabes que llegaste y me encontraste hecha una mierda y como ya vuelvo a sonreír te retiras. Me siento sola constantemente.

- Tengo obligaciones Laura, ¿cómo te lo digo? Paso contigo todo el tiempo que puedo.

- Tonterías.

El lado oscuro se ha apoderado de mí así que ya no veo el día tan maravilloso como al principio. Ahora todo me molesta. Me molesta el sol pegándome en la cara de frente, me molesta el ruido del bullicio a mí alrededor y me molesta la cara de tonto que pone Tom, frente a mí, que ni se inmuta. Repaso lentamente a las personas que tengo sentadas a mí alrededor, todas sonríen y parecen despreocupadas, por lo que se ve solo me va como el culo a mí. Me frustra que Tom tenga la capacidad de fastidiarme días perfectos, aunque si le preguntan a él dirá que la culpa es mía. Siento algo en mi estómago que no se descifra quizás es desilusión pero no estoy segura.

- ¡Ostia puta!- exclamo en español, porque no se traducirlo muy bien al inglés, la verdad.

En mi repaso visual he visto una cara conocida entre la multitud. Con su aire casual a la última, con su pelo perfectamente alborotado, sus gafas de sol seguramente carísimas, y sus carnosos labios que incitan al pecado, es el diablo... Gabriel. Le hago un examen visual, viste unos vaqueros claros que intuyo que estarán desgastados y una sudadera negra. Lleva la capucha a medio poner y las gafas de sol. En España pensarías que viene a robarte pero aquí es estar a la última. Es como gritarle a los cuatro vientos que hoy vas de tranquis y que, seguramente, te acabas de levantar. Sentado frente a él hay una chica pero es morena, dato muy importante porque indica que no es su novia barra amante, pero no puedo verle la cara porque está de espaldas.

- Vaya boquita tienes cuando quieres, ¿qué pasa ahora?

Ignoro a Tom, completamente, porque estoy demasiado ocupada intentando averiguar quién es la chica misteriosa. Morena, moño desmarañado, ropa completamente negra... estiro un poco más el cuello y alcanzo a verle las piernas, las tiene cruzadas sobre la rodilla izquierda, lleva unas medias de redecillas que serían imposible de ver por aquí a menos que... ¿Pero puede ser posible? La chica le sostiene la mano a Gabriel, sobre la mesa, y este le sonríe con sinceridad.

- ¿Ahora no me contestas? Te dan unos puntos muy raros Laura...

La voz de Tom me molesta, no me deja pensar con claridad, y me contengo para no decirle una bordería. Pero es demasiado insistente, sus palabras me llegan una y otra vez, como desde la lejanía, me taladran la cabeza, y por más que intento ignorarlas me es imposible.

- ¡¿Qué pasa Tom?!- chillo, pero chillo de verdad.

- ¡Que eres una mal hablada!

- ¡Y TU UN GILIPOLLAS!

Lógicamente la terraza entera se vuelve para ver de dónde viene semejante griterío, algo que es poco común en un lugar como este donde todo el mundo es súper feliz, y también se gira la persona que acompaña a Gabriel. Estoy un poco avergonzada porque sé que he perdido los papeles y sé que le acabo de dar la razón a Tom como una idiota. Pero me quedo tan pasmada, cuando veo la cara de la chica misteriosa, que lo demás se me va de la mente. Ahora solo hay un pensamiento que lo ocupa todo como una explosión de gases que se expanden por doquier.

Me levanto, instintivamente, y me marcho hacia la salida del parque. Tom me persigue, atónito y desconcertado, no entiende absolutamente nada de mi comportamiento y es normal. Se ha perdido tantos capítulos en mi vida... Creo que tardo cinco minutos en llegar a casa, uno en subir hasta mi piso, y segundos en encerrarme en el baño. Me falta el aire y se me ha acelerado el corazón, no solo por la carrera que me he pegado, si no porque me está afectando más de lo que esperaba. No sé si será decepción, porque creo que a estas alturas y con las expectativas que tengo nadie podría decepcionarme, creo que más bien son celos. Pero unos celos de esos enfermizos y tóxicos de los que una debe alejarse sin mirar atrás. Solo que esta vez la que siente los celos soy yo y no tengo claro si son celos hacia Gabriel por estar allí con Ginebra, mi amiga, o son celos hacia Ginebra por estar allí con Gabriel... ¿mi Gabriel?



CAPITULO 22: CONFESIONES QUE EMPEORAN LAS COSAS

Me siento como una autentica mierda. Llevo tres días recluso en mi piso, a Lexy le he soltado el rollo de que estoy enfermo porque, sinceramente, no me apetece ver a nadie. Al portero le he dado orden expresa de que no deje pasar a nadie que no sean mis padres. Me siento apático y sin ganas de nada creo que jamás había estado así. Al principio creía que de verdad era alguna enfermedad rara, ansiedad o algo así, pero ahora sé que no. He estado buscando en Google y los síntomas encajan con amor o cancer de estomago así espero que sea la primera opción.

No puedo dormir por las noches porque mi cerebro a a mil por hora y se niega a tomarse un descanso, no como porque no me entra nada en el estomago, un nuevo enorme lo ocupa todo, y no me apetece hacer nada que implique levantarme de mi cama. Hasta le he dado días libres al servicio para que no me vieran así y se lo soltaran a mis padres. Seguramente se pensarían que me drogo.

Anoche estaba tan desesperado que escribí a Ginebra. Al principio se mostró sorprendida pero

conforme le fui contándole pequeños detalles de esta historia parece que me entendió a la perfección. Sobraron palabras. Ha insistido mucho en que quedásemos hoy y he hecho el esfuerzo de levantarme porque me conviene y porque sé que me hará bien poder hablar con alguien del tema pero, francamente, ni si quiera se si me he duchado hoy. Hemos quedado en Central Park porque le pilla cerca de casa y no quiero hacerla que se desplace. Además, estoy seguro de que allí no me vera nadie de mi entorno. Por entorno me refiero a Lexy por había quedado alguna duda.

Me he vestido en cinco minutos con lo primero que he encontrado sobre una silla del dormitorio. Unos vaqueros boyfriend, a los que he dado mucho uso, y una sudadera negra con capucha. Me he cogido las gafas de pasta dura porque quiero cubrirme las ojeras que tengo o, realmente, todos pasarán que sí que me drogo.

Hace un tiempo bastante bueno, nada de frio y nada de calor, el sol calienta sin agobiar demasiado y estaremos a unos veintidós grados. Para los neoyorquinos este clima es gloria bendita así que no es de extrañar que el parque esté abarrotado de turistas y familias que buscan pasar un día encantado en buena compañía. De repente, una punzada de inquietud me pellizca el estómago ver a todas esas personas felices y compartiendo sus buenos momentos me hace sentir tremendamente solo. Quizás sea la depresión que llevo encima, o quizás sea la falta de sueño... no lo sé.

Ginebra me espera en una de las mesas del Bethesda Terrace con su enorme perro que le acompaña a todas partes. Verla me hace experimentar sentimientos encontrados. Por un lado me recuerda tanto a ella que no puedo evitar afligirme pero por otro lado agradezco que esté aquí.

- Hola RonCola- digo siguiendo nuestra línea de bromas. Le doy dos besos.
- ¿Qué pasa moscorroffio?... vaya pintas chungas me traes. Más que las mías que ya es decir.

Me encojo de hombros sin rechistar porque sé que está en lo cierto y que está siendo suave conmigo. Ni si quiera creo que me haya peinado y mi pelo está totalmente enmarañado así que me pongo la capucha , a medias, para disimular un poco.

- ¿Has sabido algo de ella últimamente?
- No- niega lentamente con la cabeza- Me mando un mensaje, como te dije , me decía que teníamos que vernos y contarme cosas pero no me ha llamado...
- Supongo que yo seré esas cosas...
- Bueno Gabriel yo quiero ser totalmente sincera así que te diré que mi madre la ha visto con Tom estos días así que puede que esas “cosas” sean él. – no digo nada y la dejo que continúe- Para ser sinceros yo también me olía algo, sabia que era una posibilidad que hubiera vuelto, y que quisiera háblame de ello cuando tuviera la oportunidad.
- Vale.

Lo digo con un hilo de voz porque mientras mantengo la cabeza clavada al suelo. No conozco a ese tal Tom pero estoy seguro de que es uno de esos idiotas presuntuosos que van por la calle con la cabeza muy alta y el pecho lleno de orgullo. De los que no valoran lo que tienen al lado porque están demasiado ocupados labrándose el ser alguien en esta sociedad podrida y vendida. De lo

que también estoy seguro, y no me cabe duda, es de que es un miserable que no se merece tener a alguien como Laura a su lado. Que la hace sentir tan mal que cree que debe cambiar y “mejorar” para estar a la altura de su pareja cuando, en realidad, ella es la única que merece la pena de los dos. No, no sé quién es, mejor no saberlo.

- ¿Pero cómo demonios has llegado a estar en esta situación? Quiero decir, ¿cuándo empezaste a sentir algo por ella? Porque sinceramente disimulas muy bien.

- No lo sé Gin... yo tampoco lo entiendo... solo sé que conforme pasaba tiempo con ella más maravillosa me parecía. Siempre me apetecía saber más... Era tan ... no sé tan...

- ¿Inocente?

- Sí, exacto, tan inocente que me enternecía demasiado y , simplemente pasó, sin más, un día me quedé mirándola y pensé que era la mujer más bonita del mundo.

Ginebra parece sorprendida con mis palabras, su cara lo demuestra, hasta yo mismo lo estoy porque decirlo en voz alta lo hace mucho más real y no sé si estaba preparado para ello.

- Entiendo de lo que me hablas- Me dice con una sonrisa que se tiñe de melancolía- Laura tiene la virtud de transmitir confianza, la rodea un halo de bondad y de dulzura... su humanidad es lo primero que te engancha y es tan fácil cogerle afecto que, al final, quieres quedarte para siempre.

Ella es capaz de explicarlo incluso mejor que yo mismo pero todo lo que ha dicho es justo lo que siento. Laura me fue conquistando a cada segundo que pasaba con ella, solo por el hecho de compartir la misma estancia ya me transmitía una sensación que no había experimentado antes; tranquilidad y seguridad. Me parece increíble como una total desconocida puede calarte tan hondo porque, la realidad es que, nosotros no hemos tenido una relación tan estrecha como para sentir lo que siento.

- ¿Os conocéis desde hace mucho?- pregunto para evadirme de mis pensamientos.

- No, aunque parezca mentira tú la conociste antes que yo.

- ¿En serio? Parecía muy unidas.

- Lo estamos, o eso creo, es lo que tu decías es una persona que lo hace fácil me dí cuenta nada más verla.

- ¿Dónde os conocisteis? Aquí. Justo en esta misma terraza. Yo paseaba a Clothis por el parque cuando la vi, iba haciendo footing o algo que se le parecía mucho, tenías que haberla visto- ríe Ginebra- Hasta un cojo hubiera corrido mejor que ella... El caso es que, aunque estaba derrotada, siguió corriendo por todo el camino hasta que llegó a la fuente. No sé, me llamó la atención su perseverancia. Estaba claro de que no era de por aquí y, en mi caso, fue lo que más me interesó.

- ¿Qué te pasa a ti con nosotros? ¿Tienes un trauma o algo así?

- Nada... me encantan las frivolidades y los chantajes. Adoro los escándalos y los sobornos... Pero tengo una buena noticia amigo, puede que aún haya esperanzas para ti.

- ¿En serio? Entonces puedo estar tranquilo ya no sufriré más.

Sonrío, pero es una sonrisa fugaz porque mi alma está muy oscura en estos momentos y no hay ni un ápice de felicidad en mi cuerpo asique mi sonrisa se apaga lentamente... Es como si me sintiese bloqueado y mi cuerpo no respondiera a ningún estímulo. Como si los dementores de Harry Potter se hubiesen llevado toda la alegría y la esperanza del lugar y yo ya no sintiese nada. Vacío.

- La echo de menos, ¿sabes?

- ¿Quién lo iba a decir?

- Si... quién lo iba a decir...

- Me contaste un poco por encima lo que había pasado y no quise indagar demasiado pero quizás sería buen momento de que lo contases mejor.

El camarero nos trae un par de capuchinos que Ginebra había pedido para los dos y aprovecho esos segundo para poner mi cabeza un poco en orden y saber cómo fueron sucediendo los hechos.

- A ver todo empezó el día que vinisteis a buscarme al CO2. Ese día yo había insistido mucho en ir a cubrir el reportaje con mis compañeros. Recuerdo que a Laura no le hacía gracia, decía que se jugaba demasiado, no quería que lo estropease pero yo estaba seguro de que podía ayudar porque conocía ese bar como a la palma de mi mano y a todos lo que estarían allí. Pensaba que me harían más caso y que se irían más de la lengua conmigo...

- ¿Vendiendo a tu gente, eh?

Me encojo de hombros, llamarles mi gente es decir demasiado.

- El caso es que la mujer del hombre que organizaba el evento se había fijado en mi nada más llegar. No era la primera vez que coincidíamos, claro, y siempre me perseguía cuando su marido no estaba atento... Es amiga de mi madre, si puede decirse así, de su círculo más cercano al menos. ..

- Tan típico...- Ginebra pone los ojos en blanco.

- Su familia pasó un verano con nosotros, en los Hampton, y... bueno... yo era mucho más joven y mucho más impresionable y esa mujer tenía muy claro lo que quería así que...pasó.

- Dios, ¿te la tiraste? ¿Te tiraste a la amiga de tu madre?

- Yo tenía dieciséis años...

Ginebra parece entre sorprendida y horrorizada a partes iguales. Y entiendo el efecto que una noticia así puede tener sobre alguien como ella pero, de hecho, es a la primera persona que se lo cuento.

- Pero Gabriel... eso es como abusar de un menor o algo así...

- Bueno no es que yo me resistiese ni nada por el estilo, ¿sabes?
- Pero eras un niño y ella un adulto responsable que, supuestamente, debería haber velado por tu seguridad y tu integridad física...
- Pero pasó... y no una vez si no varias. Después de eso yo estaba asustado porque sabía que era algo que nadie podía saber y tenía la idea de que si se sabía me echarían las culpas a mi porque ella era como una mujer respetable.
- Sobre todo eso... la muy cerda...
- El caso es que se aprovecho de mi miedo para abordarme siempre que tenía la oportunidad... Me recordaba que los dos teníamos la misma culpa de todo lo que había pasado y que si no "me portaba bien" y hacia lo que ella me pedía hablaría. Y así estuvimos durante unos tres años.
- ¡¿Tres años?!- grita escandalizada.
- ¡Shhh ! por favor Ginebra baja la voz- ella me hace un gesto de disculpa con sus manos- Después de esos tres años perdimos el contacto y ese día en el CO2 era la primera vez que nos veíamos desde entonces. Me abordó en seguida, había bebido un poco, y me obligó a meterme en el reservado con ella.
- ¿Te obligó cómo...?- me interrumpe Ginebra- ¿Con una pistola?
- Estaba levantando demasiado la voz y se agarraba a mi cuello... no quería un escándalo y menos con la revista allí. Sabía que era importante para Laura y quería que saliese bien de verdad era como la manera de ganarme su confianza. El caso es que entré con ella en el reservado, intentando que se tranquilizase, quería convencerla para que dejase de beber y para que me dejase a mí de paso pero su marido entró y nos vio. Se montó un escándalo con los dueños del bar pero en realidad ningún invitado se enteró de nada, ni si quiera mis padres, porque como ya sabes lo que menos les conviene a ellos es que la promiscuidad de su mujer trascienda demasiado.
- Como si eso no se supiese ya... En Manhattan no existen los secretos.
- A no ser que pagues por ellos.
- Y ni así...
- Bueno el caso es que después llegasteis vosotras y ahí empezó todo. Recuerdo que Laura venía echa un desastre con ropa de estar por casa y despeinada pero me di cuenta de que, aun así, estaba preciosa. Cuando contó todo ese lío con su novio, que no le hacía caso, que no mostraba interés... vi la oportunidad de proponerle lo del cambio...
- Y así tú pasabas más tiempo con ella y te ganabas la gloria por escribir un artículo bastante jugosos sobre la transformación de una paleta a diva del Upper East Side...
- Sí, pero también pensaba que si la hacía cambiar, si la hacía ver lo que valía en realidad, pasaría de Tom y se fijaría en alguien más... no sé... más...
- Más como tú. – Ginebra se acerca más hacía mi, cortando la distancia que nos separa- ¿Te das cuenta de que tu plan era acabar con la parte que más te gustaba de Laura? Querías cambiar lo que

la hace ser especial.

- Lo sé, ahora lo sé... Cuando la vi, en la fiesta que dio mi madre, tan resolutiva, tan natural... me di cuenta de que podía crear un mostro.

- Como poco... Esa es otra de las cosas que odio de la puñetera elite neoyorquina- es la primera vez que suelta un taco en toda la conversación, echaba de menos a esa Ginebra- La manía de creer que todo el mundo quiere ser como ellos, joder , apestan . No ven más allá de sus narices.

- Me incluyo- digo levantando la mano

- Ya te he dicho que todavía hay esperanzas para ti pamplinas, no hagas que me arrepienta de mis palabras. Bueno, y la rubia qué, ¿qué pinta en esta historia?

- Lexy es una amiga...- Ginebra me mira con empecinamiento- Vale, más que amiga, pero no somos novios ni nada de eso. Yo a Lexy la conocí cuando empecé la universidad y me pilló en una época en la que me sentía muy mal porque mi padre me dio la espalda por no estudiar lo que él quería y mi madre, que siempre va a su sombra, me llamaba una vez al mes y me mandaba ropa y regalos. Nadie me llamaba para ver qué tal me iban los estudios, o si estaba bien, o si comía bien o si necesitaba algo... entonces apareció Lexy. Ella siempre quiso que fuéramos más que amigo pero yo no me sentía preparado. Le apreciaba muchísimo era casi como... mi familia... pero no era capaz de llevar nuestra relación más allá. Pero ella nunca acepto un no por respuesta y se comportaba como si fuéramos novios, digamos que yo egoístamente le seguí el juego y nunca le paré los pies. Pero es que no quería hacerle daño.

- Fuiste un cobarde Gabriel, así es como se le llama, un cobarde. No has tenido pelotas de dejarle las cosas claras porque tenías miedo de verla sufrir y no te apetecía y ahora la mierda te ha salpicado en la cara. Porque supongo que ya habrás hablado con ella, ¿verdad?

Me quedo en silencio y Gin pone los ojos en blanco.

- No me lo puedo creer... ¿no le has dicho nada?

- Déjame que termine la historia- Gin me da permiso y continuo.- cuando llevé a Laura a la fiesta se presentó allí y me puse muy nervioso. En ese momento no tenía las cosas claras pero sabía que no me apetecía que Laura se encontrase con Lexy, ni quería hablarle de ella, porque pensaba que la vería como a mi pareja y por alguna razón eso me incomodaba.

- Querías que te viera como a un hombre que estaba disponible.

- Si. Bueno el caso es que Lexy se presentó allí y yo quería sacar a Laura de la fiesta como fuera así que nos fuimos a su casa. Ella estaba un poco de bajón y necesitaba hablar y yo quería escucharla porque saber más sobre su vida y sobre sus pensamientos me despertaba una profunda curiosidad que no podía controlar. Al final estábamos tan cansados que pasamos la noche juntos. No pasó nada, solo dormidos, pero cuando Salí a la mañana siguiente el hermano de Lexy me estaba vigilando se lo contó todo y ella se presentó en la oficina como una novia celosa y engañada.

- Vale... y ahí es cuando te salpicó la mierda... En fin, muy normal todo. A ver, vamos por partes. En su casa no pasó nada, solo dormisteis, pero... ¿dormisteis separados?

Niego con la cabeza.

- Dormimos juntos... en su cama... La sostuve toda la noche sobre mi pecho y fui incapaz de dormir solo podía mirarla.

- Ahí estabas enamorado hasta las trancas.

- ¿Enamorado?

Enamorado me parece una palabra demasiado grande para lo que siento pero en realidad ni si quiera sé lo que es estar enamorado ni lo que se siente. ¿Será verdad que lo estoy y que es así? Me pongo un poco nervioso y Ginebra, que lo nota, estira su mano para coger la mía.

- Gabriel, cuando en vez de mirar el cuerpo de una persona te quedas mirando sus ojos... estás enamorado. Cuando ya no tienes ojos para nadie más... ESTÁS ENAMORADO. Cuando un sentirla lejos de ti te quita el aire y sientes que no puedes respirar...

- Estas enamorado. Lo pillo. Pero da igual, porque la he perdido, la he perdido para siempre.

Pero estaba equivocado, totalmente equivocado. Porque lo cierto es que aun no la había perdido hasta ese momento. Escucho a alguien que grita en una mesa que está separada de la nuestra, hace algún aspaviento con la mano. Está con un hombre y al principio no la reconozco. Es una mujer muy elegante que va vestida de una manera que llama bastante la atención. En realidad es como la mayoría de mujeres que podrías encontrarte por aquí pero tiene algo, algo que hace que la mires. La mujer se levanta de la mesa, grita, y entonces Ginebra se vuelve para mirar que pasa.

- Joder... es Laura...

Y entonces lo sé, acabo de perderla para siempre.



CAPITULO 23: EMAIL MALDITO EMAIL

Estoy buscando el vestido adecuado para la boda de Lena. Si, lo sé, soy una capulla integral que deja para última hora algo tan importante. Soy la dama de honor pero me dijo que era libre para elegir el modelo que quisiese. Pasaba de imponernos un vestido de pollo con plumas a su cuñada y a mí. Yo sé que por su cuñada lo hubiera hecho, porque le tiene un poco de manía, pero a mi me quiere y no va a putearme de esa manera.

Me he recorrido mis tiendas de siempre y no he encontrado nada que me llame la atención. Soy muy rara pero es que los colores que se llevan esta temporada me parecen horribles y los estampados no van conmigo. Todo es demasiado oscuro, demasiado triste y yo soy muy morena y necesito algo que me de color. Quizás sea que veo la vida de todos los colores menos de color de rosa y por eso todo me parece mal. O será que mi estado de ánimo influye en mis gustos, qué sé yo.

Ha pasado una semana desde el incidente del parque. No he vuelto a la oficina, porque no quiero ver nada ni a nadie y porque lo último que podría soportar ahora mismo es encontrarme a Gabriel. Le odio incluso más que antes porque no le perdono que haya ido a por mi amiga. Mi única amiga en la ciudad. Él sabía lo importante que Ginebra era para mí y no contento con tener a la rubia tetona también tenía que tenerla a ella. Por mi como si se tira a todas las tías de Manhattan, si es que no lo ha hecho ya, paso de él, paso de su cara y paso de su culo. Como veis no lo tengo nada superado.

Si Ginebra intentó hablar conmigo o no no lo sé porque la tengo bloqueada. No sé si lo hice porque le hecho la culpa de lo que ha pasado, ni si quiera sé si es lícito echársela, pero, en parte, no quiero afrontar una conversación con ella de este tema. Porque, ¿qué le puedo decir? ¿Qué teniendo novio me enganché un poquito del tío que me ayudaba a reconquistarle? ¿Qué además ese tío es mi becario tres años menor que yo? La edad solo es un número si, pero soy su jefa y quien debía dar ejemplo. Lo he hecho peor que mal, lo he hecho como el culo. Pero si ella era mi amiga debía haberme contado lo que sentía por Gabriel. Yo me oía algo, si, pero ella era quien debería habérmelo contado.

Lena estaba al día de todo lo sucedido porque o me desahogaba con ella o explotaba con Tom. De lo que no estaba al día era de mi problemita con el vestido de su boda que era prácticamente inexistente.

Son las once de la mañana y me está llamando como cada día. Respiro hondo, pongo mi mejor cara de póker y contesto al teléfono.

- Lena amor, ¿cómo vas?
- Hola chiqui. Mira mis zapatos de novia – dice mostrándolos a la cámara del móvil- recién recogidos.
- ¡Me encantan! Sabía que tenían que ser de color...
- Cuando llegues me los firmas. Por cierto, ¿cuándo llegas?
- He reservado los billetes para el jueves. Quiero llegar con antelación de sobra por si hay cualquier imprevisto. Después de las experiencias que he tenido con los últimos vuelos a España no me arriesgo.

En las últimas navidades hubo una avería en mi vuelo y me lo cancelaron. Como es lógico, todo el mundo quería volar a casa en navidad, por lo que no quedaban plazas disponibles. Lo pasé tan mal que me tiré llorando dos días enteros aunque al final pasé las fiestas con Tom y su familia y fue una oportunidad para conocerlos. Por suerte volé a casa para fin de año así que no estuvo tan mal. Dicen que no hay mal que por bien no venga.

- Genial, porque así podrás acompañarme a hacerme la manicura y el láser. ¿Nena y no estás nerviosa?
- ¿Yo? La que debería estar nerviosa eres tú que te casas.
- Ya boba- ríe – Pero es que es la primera vez que traes a Tom a casa. Bueno, en realidad, es la primera vez que traes a un chico a casa.

Lena tiene razón. De repente empiezo a imaginar a mi madre, cuya vocación frustrada era la de reportera del corazón, a mi padre... con su mirada de guardia civil y a mi hermano sacando todos los trapos sucios de mi infancia. Iba a ser una velada curiosa...

- Bueno tengo ganas de viajar con él pero admito que no estoy preparada para presentárselo a mis padres. La verdad es que nunca se está preparada para eso, ya los conoces.
- Anda ya verás que bien sale todo. Con lo maja que es mi Conchi y mi Paco.
- ¿Y tu Arturo también?
- Bueno ese ya es otro cantar... Pero tú lo pones a raya. Y ahora cuéntame, ¿Cómo llevas lo de... ese?
- Tranquila puedes decir su nombre. No se ha vuelto un innumerable simplemente lo ignoro y ya está. Que sé que algún día tendré que volver a la oficina y tendré que verle pero contra más tarde mejor.

- Normal nena, ahora la cosa está muy reciente pero ya verás como después de pegarte el viajecito con tu novio ves la vida de otro color. Gabriel acabará importándote un bledo.

Sé que Lena tiene razón. El viaje con Tom será maravilloso pero no estoy yo tan segura de que lo de Gabriel se me pase tan rápido.

- Tengo que serte sincera Ele... No entiendo aún qué demonios te ha asado con este chico...

- Pues me ha pasado que me ha engañado como a una tonta. Me ha engatusado y me ha confundido cuando más vulnerable estaba.

- Al menos hoy parece que lo tienes más claro.

Claro si lo tengo pero asimilado no. La realidad es que sigo sintiendo las mismas punzadas de dolor y de rabia cuando me acuerdo de él o de alguno de los momentos que compartimos. Pero esto no lo digo, esto me lo guardo para mí y para mi mala conciencia.

- Lo importante es que lo mío con Tom se ha arreglado y que lo demás ya da igual. Si dudé, o dejé de dudar, alguna vez, ya no importa.

- Pues si tú estás segura de eso y estás tranquila yo soy feliz.

Lena mi sonrío con sinceridad. Una de esas sonrisas de amiga, o de familia más bien, que te transmiten muy buena vibra y te hacen sentir en paz durante un rato. La necesito tanto en mi vida... Es cierto que mientras estuve en España siempre me sentí desplazada y nunca llegué a encontrar mi sitio pero al menos me sentía en casa. Siempre me sentí en casa con mi familia y con Lena. En nuevo York siento una sensación de vacío constante. Sensación que solo Tom fue capaz de disimular un poco pero nunca del todo.

Me despido de Lena con la promesa de que luego le mandaré una foto de mi vestido, vestido que se supone que está en casa pero que no he comprado todavía, y sigo mi ruta por las pocas tiendas que me quedan por visitar.

Me voy acercando a la Quinta Avenida casi sin planearlo. He ido tan sumida en mí, y en mis pensamientos, que no era consciente de lo que me rodeaba. Estoy frente a Macy's, puedo ver a Shirly a través del cristal, y sin querer una oleada de recuerdos me invaden la mente. Cuando quiero darme cuenta unos lagrimones me caen por las mejillas y ardo en rabia por ser tan estúpida como para permitirme llorar por semejante personaje.

Decido que ya es hora de volver a casa. No he conseguido encontrar el vestido pero no estoy de humor para seguir con las compras. No me sorprende ver que Tom no está. Desde que volvió a la oficina, justo después del incidente en el parque, llega todos los días de noche. No he querido preguntar en qué trabaja para tener que invertir tantas horas extras porque no quiero dar pie a otro enfrentamiento. Lo de su trabajo es una batalla que ya he dado por perdida así que prefiero dejarlo estar. Preparo la ducha para ver si entrando en calor consigo relajarme un poco pero justo recibo una llamada telefónica. Es Susan.

- Hola Laura- me dice tras contestar la llamada. Es tan prudente y cauta como siempre- perdona que te moleste a estas horas y en tus días libres pero se me han juntado un par de asuntos importantes que necesitan de tu atención y como me dijiste que te avisara si se daba ello caso...

- Tranquila Susan- digo para tranquilizarla aunque en realidad siento un poco de frustración- ¿Qué ocurre?
- Estoy con el cierre de cuentas y la liquidación de proveedores pero hay datos que descuadran y no consigo solucionarlo. Estoy segura de que se me escapa algún detalle o alguna factura pero no doy con la tecla.
- Entiendo... Bueno qué le vamos a hacer, si lo has intentado y no sale...
- También está lo de la reunión con los australianos. La he pospuesto un par de veces pero no estoy segura de que sea apropiado posponerla una tercera vez y quería preguntarte.

Ostras los australianos... Había estado haciendo negociaciones con una revista relativamente nueva que había pegado un boom bastante fuerte en Australia. Se asemejaba bastante a la nuestra en cuanto a contenidos así que realicé una propuesta en la que ofrecíamos cubrir las noticias que les interesasen con estos corresponsales a cambio de unos porcentajes y algunos créditos. Lo que viene siendo una asociación algo informal. Se me había olvidado por completo que los tenía esperando mi propuesta y no estaba bien hacerles esperar más. Sobre todo porque la principal interesada en el tema era yo y ellos hacían un esfuerzo enorme trasladándose hasta Estados Unidos para mantener nuestra reunión. Lo normal en estos casos hubiera sido conéctanos mediante Skype pero quedaba muy frío y muy informal.

- Has hecho bien en avisarme Susan. Déjame que mire la agenda a ver cuándo podríamos fijar la reunión.
- Es que me han dicho que están aquí ahora mismo, en Nueva York, y que querrían mantener la reunión mañana o dejarlo.
- Joder...- refunfuño- Mañana será demasiado tarde para avisarles...
- Me he tomado la libertad de aceptar la propuesta. La reunión será mañana a las diez en la oficina.

Susan tiene cara de preocupada. Está claro que duda y que tiene miedo de mi reacción. Es normal si tenemos en cuenta que últimamente soy una puta veleta impredecible. Cuando retome el trabajo tengo que plantearme seriamente un cambio de actitud.

- Vale Susan, has hecho bien no te preocupes. ¿Alguna cosa más?
- Nada más Laura.
- Ok, pues buenas noches, nos vemos mañana.

Seguramente habrá notado mi impaciencia por colgar el teléfono pero es que necesito asimilar lo que acaba de pasar. Si mañana tengo que ir a la oficina tendré que verle, porque estará allí, y tendré que afrontar todo aquello de los que huía. No me siento preparada pero no tengo alternativa. Hay que apechugar con nuestros problemas.

Tom llega a casa cuando ya me he duchado y estoy casi terminando de cenar. No me parece, para nada, horas de llegar a casa pero cómo hay que tener cuidado con todo lo que se le dice me trago mis palabras.

- Buenos noches cariño- me da un beso en la frente como de costumbre.

No contesto porque estoy encajonada y tengo que disimular. Además debo tener mucho cuidado de poner lo que Tom describe como “mi cara de perro” y no es tarea fácil conseguirlo la verdad.

- ¿Has terminado de cenar?- añade.
- Claro, con la hora que es...- intento sonar lo más neutral posible.

Tom se ha ido al baño para asearse y ponerse algo más cómodo. Yo le preparo algo de cenar porque decido que lo mejor es llevarnos bien. Le echo algo de ensalada en un bol y un par de testas con paté de salmón. Relleno la jarra de agua fría con unas rodajas de limón y se la coloco en la mesa. Mientras le espero lavo los platos que he utilizado para la cena. Él entra en la cocina y devora lo que he preparado sin mediar palabra. Vale Laura, tranquilízate, el muchacho estará agotado de tanto trabajar.

- Tom tengo que ir confirmando los billetes para la boda.
- Vale cariño.

Sé que no me está escuchando. Lo conozco.

- Te lo digo para que te organices.
- ¿Para que me organice con qué?

- Con el trabajo. Tendremos que salir el jueves.

Ha cambiado la cara, lo he notado, tiene esa expresión bobalicona que se le pone cuando no sabe qué decir.

- ¿qué pasa Tom?

- Es que... bueno, no sé cómo decir esto...

- Habla de una vez.

- Yo no puedo ir a la boda Laura no sabría que contabas conmigo la verdad.

- ¿CÓ-MO DI-CES?-me he puesto roja como un tomate lo sé porque siento una calor enorme. Intento controlarme- ¿Me estás dejando tirada Tom?

- Tirada no Laura. Vamos a ver...

- ¡Ni vamos a ver ni ostias!

- No pierdas los nervios cariño déjame explicarme.

- No hay nada que explicar- le interrumpo- me estás dejando tirada a menos de una semana cuando mis amigos y mi familia esperan que vaya contigo. Esto no se hace Tom, no se hace. Sabias la ilusión que tenía por esta boda, la boda de mi mejor amiga, ¿y pretendes que vaya sola y que pase la vergüenza de decir que mi pareja está demasiado ocupada para venir a una boda conmigo?

- Laura estoy ocupado. Yo no lo veo como dejarte tirada. Sabes que este nuevo proyecto me tiene hasta arriba. Te lo digo a diario. Te hubiera avisado antes pero creía que lo suponías porque no habíamos hablado del tema.

- Hasta donde yo recuerdo te dije que la boda de Lena era el tres de septiembre que yo me encargaba de sacar los billetes y de todo lo demás.

- Hace tanto de eso que ni me acordaba la verdad Laura. Lo siento, de corazón.

- Yo si que lo siento...

- Cariño escúchame.

- No tengo ganas, me voy a dormir que mañana tengo que ir a la oficina.

Y era verdad porque tenía la reunión con los australianos y necesitaba coger la documentación del proyecto y el dossier así que iría por la oficina a primera hora. De hecho acaba de decidir que madrugaría un poco más de lo normal para no encontrarme con Tom por la mañana. No me apetecía seguir con la conversación y no quería ver su cara de corderillo fingiendo que le importaba lo más mínimo defraudarme.

A las siete y media ya me esperaba el coche en la puerta de casa. Tom debió de acostarse tarde porque ni me enteré. Es muy listo y sabe como quitarse del medio cuando estoy disgustada. Cuando me levanté procuré hacer el menor ruido posible aunque sé que es como una marmota y coge el sueño profundo. Ni si quiera preparé café no se fuera a despertar con el aroma. La oficina

estaba totalmente vacía, a esa hora solo el guarda de seguridad andaba por allí haciendo su ronda. Me saluda con un movimiento de cabeza cuando me ve. Se que me está dando la bienvenida por mi vuelta. Mi despacho está intacto, tal y como lo deje, un poco más limpio quizás porque anoche tocaba limpieza. Me conecto al portátil y busco la carpeta de los australianos para imprimir los documentos que necesito. Busco en mi cajón el dossier, debe de estar en alguna parte porque recuerdo haberlo dejado por allí, cuando doy con el lo reviso para ver que todo está perfecto. Soy muy meticulosa con el trabajo así que lo de revisarlo es por rutina porque sé que estará perfecto. Dediqué muchas horas y mucho empeño a este proyecto. Mientras imprimo decido revisar los email entrantes porque lo cierto es que no los consulté ni una sola vez desde casa. No hay nada que parezca importante pero hay un destinatario que no reconozco gc93@gmail.com. Estoy a punto de ignorarlo, porque supongo que será alguien que busca su ratito de fama saliendo en la revista, pero cambio de idea en el último segundo y lo abro.

“Nunca entenderás lo que me está costando no presentarme en tu casa para aclarar las cosas. Me encantaría tener la oportunidad de darte una explicación de todo, porque siempre hay un por qué para las cosas Laura, aunque creas que no. Solo te pido que algún día me des la oportunidad de dártela porque por alguna extraña razón siento que te la debo. No me odies todavía, Laura, por favor.”

Es un email de Gabriel. Cómo ha podido atreverse a escribirme al email de trabajo para esto. Podría caerle una buena por esto pero, pensándolo bien, ¿en qué posición quedaría yo? Yo he dado pie a esta historia y yo, y solo yo, tengo la culpa de haber llegado hasta aquí. Lo cierto, decido ignorarlo, pero a los cinco minutos una inexplicable atracción me incita a volver a leer. Repito hasta tres veces. En una siento tristeza y anhelo, en otra siento pena y remordimiento y en la última siento rabia e impotencia. No, no quiero ninguna explicación porque no hay nada que pudiera decirme para comprender su comportamiento. Lo que quiero es mirar hacia delante y dejar el pasado a tras. Pasado pisado decía mi madre. No quiero más piedras en mi camino, no quiero tropezarme más. Ahora tengo las cosas claras y no voy a volver a dudar.

Esto me hace pensar en Tom y recordar el incidente de anoche. Me ha molestado muchísimo que no venga a la boda. Incluso me parece una falta de respeto enorme. ¿Cómo le digo a Lena que al final iré sola? Puedo imaginar su respuesta. No le molestará que le deje el cubierto tirado porque solo le obligan a confirmar un tanto por ciento, le molestará que yo siga haciendo la imbécil con uno y con otro y que no me imponga. Como si la escuchara.

El ruido de la puerta me devuelve a la realidad. Susan acaba de entrar a la oficina, tan puntual como siempre, y va encendiendo las luces y levantando las persianas. Yo me he dedicado únicamente a encender el aire acondicionado porque voy siempre a lo mío.

- Buenos días Laura- dice al descubrirme en la oficina- No esperaba verte aquí.
- Ya, bueno, tenía que prepararme la reunión. Ya sabes...

Se aun tengo cara de circunstancia, y no es para menos, porque lo del email ha sido bastante fuerte de digerir.

- ¿Te encuentras bien?
- He madrugado mucho- finjo una sonrisa- pero estoy bien gracias. ¿Qué tal va todo por aquí?

- Bien... nada importante... Pero estamos sin personal. Todos de vacaciones.
- Uf... bueno estará todo cubierto, ¿verdad? Confío en ti.
- Si todo cubierto- confió plenamente en las dotes organizativas de Susan. Lo cierto es que se organiza incluso mejor yo que sin ella estaría perdida- Excepto...No tengo donde meter hoy al becario. Había pensado que te acompañara a la reunión.

Suerte que está hojeando sus apuntes porque la cara se me ha desencajado totalmente.

- Eso no puede ser Susan. Acóplalo en otra parte por favor.
- Es que ya ha pesado el periodo de observación y, en teoría, ahora debe ir pasando por las distintas secciones e involucrarse en el trabajo- relee textualmente las palabras que vienen en el informe que nos pasó la universidad- Ya ha estado con todos los compañeros que hay de turno, incluso conmigo, solo le queda “asistir a una negociación” y “escribir una reseña”. ¿Te ocurre algo? Te has puesto blanca.
- Me encuentro regular...
- ¿Te traigo alguna cosa?
- Un vaso de agua por favor.

Susan sale hacia la sala común para traerme el agua e hiperventilo por momentos. Tengo que tranquilizarme porque no puedo permitirme dar la nota otra vez en la oficina. Tengo que ser profesional y eso implica separar la vida privada de la profesional. Cuesta, porque es la primera vez que experimento algo así en mi vida. Nunca me he visto en esta situación antes pero tengo que ser fuerte.

- Laura, tu puedes- me digo.

Susan vuelve con el vaso de agua. Le ha metido un cubito de hielo y unas cascarras de naranja. Sabe que me encanta. Que apañada es esta chica. Le doy un buen sorbo y suspiro para tranquilizarme.

- Dile a Gabriel que se pase por mi despacho cuando llegue.
- Vale.

Me quedo sola en el despacho, dando vueltas a lo mismo una y otra vez. ¿Qué le digo cuando le vea? ¿Cómo debo comportarme? ¿Qué me dirá él? Después de haber visto email es mucho más difícil comportarme con normalidad. Yo que pensaba irme a la boda y dejarlo todo estar hasta mi vuelta pero no va a poder ser.

- ¿Por qué me puteas así KARMA? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?



CAPITULO 24: CONFESIONES QUE LLEGAN TARDE

Cuando he llegado a la oficina me he encontrado con la sorpresa de que voy con Laura a una reunión. No me ha quedado demasiado claro para lo que es pero me ha pillado tan desprevenido que me siento nervioso. Desde que Susan me ha dado la noticia siento que las manos me sudan sin parar y no soy capaz de pensar con claridad. No la he visto pero sé que está en su oficina y que saldremos sobre las nueve y media al lugar del encuentro.

- Gabriel por favor compórtate no se te ocurra meter la pata porque me ha costado mucho que Laura te dejara ir.

Ya decía yo que no podía haber sido tan fácil.

- Tranquila Susan, como si no me conocieras.

- Pues por eso mismo lo digo. Mira, hojeaste esto- dice entregándome unos documentos- Son algunos detalles sobre el acuerdo al que se pretende llegar.

Me siento en mi mesa y echo un vistazo rápido. Laura quiere llegar a un acuerdo con una revista australiana, bastante famosa, para hacer publicaciones conjuntas de los principales eventos de cada país. Así ambas se aseguran tener cubiertas las noticias más importantes a un lado y al otro del mundo y así poder publicar en ambos países. Es una idea bastante atractiva la verdad.

- ¿Susan está el coche esperando?- pregunta Laura. Susan le contesta con un movimiento afirmativo de cabeza- Bien pues nos vamos.

Pasa por delante de mí sin mediar palabra pero yo entiendo que debo seguirla así que me despido

de la secretaria y me meto en el ascensor. Bajar ocho pisos en silencio en bastante incómodo así que clavo la mirada en el suelo e intento disimular lo nervioso que estoy, me tiembla todo el cuerpo. Estoy seguro de que debe haber leído mi email, si soy sincero no la esperaba de vuelta tan pronto y pensaba que, para cuando lo leyera, yo ya no estaría por aquí. Pero bueno a lo hecho pecho no voy a amedrentarme ahora.

El chofer nos espera en el aparcamiento de la revista y nos abre la puerta en cuanto nos ve salir. Nos dirigimos hacia el hotel de los australianos en pleno Distrito Financiero y eso supone veinte minutos de coche, quizás algo más dada la hora que es, tiempo suficiente para intentar entablar alguna conversación. Sé que no será fácil pero veinte minutos en silencio es demasiado para mí. La miro de reojo. Juega con sus dedos y no levanta la mirada. No estoy seguro de la expresión de su cara pero apuesto a que no está muy ilusionada con que la acompañe hoy.

- Me he leído tu proyecto- intento sonar lo más cordial posible- Es una idea bastante buen.

Silencio. Intento pensar con rapidez pero las ideas se me entremezclan y no saco nada en claro de mis propios. Pensamientos.

- Seria genial poder publicar en otro país. La revista más joven en conseguirlo. – Me mira con dureza pero ya es algo- Creo que también serías la primera persona que lograra un acuerdo internacional con tan pocos años en el cargo pero no estoy seguro... no me hagas mucho caso.

- Lo seria- dice tajante- ya te lo digo yo.

- Ah... pues que bien, ¿no? Eso es genial.

- No te he pedido tu opinión.

Su respuesta me llega como un puñetazo en el estómago. De esos que te dejan sin aliento y de los que cuesta recuperarse. Es un hueso duro de roer pero la comprendo.

- Sé que no he sido sincero contigo Laura pero todo tiene su explicación.

- Cállate...

- Si me dejaras explicarme entenderías muchas cosas...

- Qué te calles.

- Jamás actué con ninguna mala intención nunca quise hacerte daño.

- ¡Que te calles!- me interrúmpale- He dicho que te calles, no quiero escucharte no quiero que digas nada.

Jadea y me sorprende lo nerviosa que está. Yo me he mantenido calmado en todo momento y he intentado no incomodarla pero esta situación no tiene ningún sentido y necesito aclarar las cosas o siento que estoy perdido. Ginebra me animó a mandar aquel email ella estaba segura de que me respondería pero se equivocaba. Quizás la cosa esté peor de ello que pensábamos y de ser así no hay nada que perder. Laura tiene que escucharme sí o sí cueste lo que cueste.

- No me pienso callar me vas a escuchar.

- Chofer pare el coche que me bajo- dice pegando al cristal que nos separa del conductor.
- No pare, siga por favor.

Ella intenta replicar pero le tapo la boca para impedirlo. Ha sido un gesto un poco arriesgado, lo admito, ahora mismo se me podría denunciar por acoso incluso pero como he dicho me va a escuchar me cueste lo que me cueste. Me he colocado un poco sobre ella, echando el peso en el barato con el que la sujeto y aguanto el equilibrio para no hacerla daño con las sacudidas del coche.

- Laura todo esto ha sido un mal entendido. Tienes que entender que hay cosas de las que no hablábamos porque no sabía que tuviéramos esa confianza pero no te oculte nada simplemente no surgió la conversación. ¿Lo entiendes?

Se me queda mirando fijamente a los ojos. Parece más calmada que hace un momento y creo que realmente me ha escuchado. Puede que la haya hecho recapacitar aunque no esperaba que fuera tan rápido.

- ¡AAHH! ME CAGO EN LA PUTA

Me ha mordido. La condenada me ha mordido la mano con tanta violencia que creo que hasta me ha hecho sangre.

- Dios... ¿Pero estás loca?
- ¿Un mal entendido? ¿Qué no sabías que tuviésemos esa confianza?

¿Eras o no eras tu el que estuvo metido en mi cama toda una noche? ¿Eras tu el que durmió conmigo o me he equivocado de persona? Creía que eso era tener confianza.

- Si pero...
- No me cuentes más historias Gabriel, no tengo ganas de escucharlas, mira me da igual todo esto. Me decepcioné contigo, lo admito, estuvimos hablando toda la noche y nos contamos muchísimas intimidades. Pasamos mucho tiempo juntos... Pero entiendo que solo hacías un papel, ya está... Tú sabías todo sobre Tom pero se te olvidó hablarme de la rubia tetona, vale... no pasa nada... fin.
- Eres demasiado fría, no es justo.
- ¡Ja! ¿De verdad quieres que hablemos de justicia?
- Lexy no es mi novia es una amiga... especial. Vale que pasamos tiempo juntos y que ha habido algo más pero no somos novios. Nos conocemos desde hace años y ha estado siempre a mi lado. Era una persona especial para mí hasta que apareciste tú.

Noto un cambio en su cara. Parece sorprendida no se esperaba lo que acabo de decir. Yo tampoco me lo esperaba pero me he prometido ser sincero porque puede que no tenga muchas oportunidades más de mantener esta conversación.

- Has sido importante para mi Laura y cada momento que he pasado contigo ha sido porque he querido. El artículo fue solo una excusa para estar más tiempo juntos y saber cosas de ti pero

siempre he tenido claro en que posiciones estábamos cada uno y que había una barrera infranqueable entre ambos. Pero sentía algo que no podía controlar, lo siento.

Me mira. Traga saliva pero no responde. La siento más cercana, menos a la defensiva. He sido todo lo sincero que he podido si no consigo que me escuche ya no sé que puedo hacer.

- Te callaste detalles muy importantes Gabriel. Me he sentido engañada contigo porque yo te lo he contado todo y tú has seguido un papel.

- Te juro que no ha sido un papel.

- Ya da igual- dice encogiéndose de hombros- ya no importa.

- Claro que importa Laura- intento buscar su mirada- Para mi es importante porque no sé lo que siento por ti pero no puedo dejar de pensar en todo esto.

- Pues no lo hagas. Nos vinimos bien mutuamente durante un tiempo pero yo ya he solucionado las cosas con Tom y tu ya tienes todo lo que necesitas para tu artículo. Ya puedes escribir sobre la chica de ciudad sin vida social que quiso jugar a ser de la elite neoyorquina. Sobre lo fácil que es manipularla y hacerla pensar lo que tú quieres...

- No es para nada lo que pienso de ti.

Hemos llegado al hotel de los australianos. El chofer para y sé que en cualquier momento abrirá la puerta para que bajemos del coche. Es ahora o nunca.

- Laura por favor déjame solucionar esto. Déjame arreglarlo.

- No hay nada que arreglar estoy con Tom...estamos bien.

Parece un autómata que intente convencerse a si misma de algo que no piensa ni de lejos. Pero. No puedo abordar el tema de su novio tan rápido seria un suicidio por mi parte. Estoy convencido de que esa relación no tiene ningún futuro y, de hecho, llevo días intentando averiguar más cosas sobre ese Tom que se reúne en hoteles cuando su novia cree que esta fuera de la ciudad. Llevo mucho tiempo en este mundo como para verlas venir desde lejos y este tío no es trigo limpio. Si hay algo detrás de él lo averiguaré como sea.

- Laura prométeme que hablaremos después.

Pero Laura ya ha traspasado las puertas giratorias y no me oye.



CAPITULO 25: MI CUENTO DE HADAS

¿Cómo se atreve a abordarme así el día de mi reunión? Necesitaba tener la mente despejada y

centrarme al cien por cien en mi trabajo pero, al final, ha conseguido liarme y me ha hecho hablar. Me ha tirado tanto de la lengua que no he sido capaz de mantener la boca cerrada. Me ha dicho que no deja de pensar en mí... que no sabe lo que siente... pero yo no pienso volver a creerme nada de lo que él me diga. ¡Joder! ¿Entonces por qué no dejo de darle vueltas al tema? Solo pienso en él y en todo lo que he escuchado. Me prometí que Gabriel era historia que nunca más me dejaría engatusar y aquí estoy... comiéndome la cabeza. Me siento una mierda de persona. No tengo fuerza de voluntad, no tengo dignidad ni orgullo no tengo nada... Bueno sí, tengo un problemón porque me esperan tres magnates australianos y yo no dejo de pensar en mi becario y en sus tonterías.

Nos dirigen a la sala de reuniones donde ya nos están esperando. Siempre he oído hablar de la puntualidad australiana y puedo confirmar que es cierto. Tres hombres de mediana edad aguardan sentados a un lado de la gigantesca mesa. Ya estoy acostumbrada a reunirme en lugares así pero me siento especialmente nerviosa. Por un lado está el hecho de que es una oportunidad muy buena para mí. Único fruto de mi trabajo y esfuerzo. Por otro lado está el tema de que no tengo la cabeza donde la tengo que tener porque todos mis pensamientos están puestos en el chico rubio que se está peleando con la silla para graduar la altura. Dios mío te lo pido por favor... haz que Gabriel se comporte y prometo comerme todas mis verduras. Menos las berzas que me dan mucho asco.

- Buenos días señores soy Laura Sorda- digo tendiendo la mano a cada uno de ellos.

Son muy educados y se presentan uno a uno. Después, el que parece el cabecilla del grupo, me cuenta un poco sobre el por qué les interesa mi trabajo. Intento explicarme lo mejor posible. Pongo todos los pros y los contra de nuestra unificación sobre la mesa pero me resulta muy complicado concentrarme con Gabriel jugando con unas bolitas que hacen la vez de pisapapeles.

- He traído un dossier con todos los beneficios que nos podríamos aportar mutuamente. Mi becario os pasará una copia a cada uno. Gabriel...- Gabriel está absorto formando una torre de clips sin sentido- ¡Gabriel!

- Dime- contesta sobresaltado

- Entrega los dossier a estos señores por favor.

Tengo la continua sensación de que debo tratarlo como a un niño pequeño. De hecho, a veces me siento más como su madre. Sin embargo no puedo evitar que me haga sentir calor cuando está cerca. En el coche me ha tapado la boca. Lo he sentido tan próximo que podía oler su perfume y sentir su aliento. Ya sabéis como me pone de tonta su perfume. He estado a punto de besarle... ni yo me lo explico porque le odio de verdad, con todo mí ser, pero he tenido que morderle para evitar el amago de un beso. Ha sido un momento muy jodido.

- Como verán la asociación nos podría beneficiar a ambos porque disminuiríamos los costes para cubrir las noticias internacionales que más nos interesen. Como sabrán en Estados Unidos se genera el sesenta por ciento de las noticias más relevantes para revistas como las nuestras. Prensa, corazón, salud, belleza... actualidad... todo son ventajas.

- Parece muy interesante- dice el cabecilla- Pero no sabemos hasta qué punto nos interesaría cubrir parte de esas noticias porque el ochenta por ciento de nuestras publicaciones son de índole nacional. A los australianos les interesan más las noticias generadas dentro de nuestras fronteras.

Sabía que podía pasar algo así. En parte TWT se beneficiaría mucho más que ellos porque nosotros sí estamos deseando expandirnos.

- Creo que se olvidan de un detalle

Cuando fui consciente de que era Gabriel quién hablaba quise morirme. Estaba a punto de echar a perder todo mi trabajo, lo sabía, pero qué podía hacer para pararle.

- Gabriel por favor...

- Un segundo- dice mientras me manda callar. Mi becario me acaba de mandar callar...- Creo que se olvidan del handicap de que gracias a una alianza internacional podrían comenzar a vender en Estados Unidos. Sería un salto enorme para una revista tan joven y entonces si que les vendría muy bien tener a corresponsales aquí para cubrir sus trabajos porque a los americanos también les interesan más las noticias nacionales.

Los australianos parecen un poco confundidos seguramente porque no entendían que hacia un adolescente con granos diciéndoles lo que era bueno y lo que no para su revista.

- ¿Y tu quién eras?

- Es mi becario señor...- digo a modo de disculpa.

- Pues si que mandan preparados a los becarios hoy día. Has dado en el clavo chaval. Creo que, después de todo, ha valido la pena esperar tanto tiempo. Nos apetece mucho llevar a cabo este acuerdo con vosotros Laura.

No me lo podía creer.

- Si quieren podría enviarles hoy mismo el acuerdo.

- Perfecto, el departamento laboral lo revisará y lo reenviará firmado sin falta. Muchas gracias por todo- añade ofreciéndome su mano- ha sido un placer hacer negocios con vuestra revista. Por cierto, tienen el desayuno pagado en cafetería.

- Oh, no se moleste, no es necesario, gracias.

- Insisto.

Sonríó como única respuesta y me despido de mis futuros socios con la certeza de que nos espera un camino lleno de gloria de su mano. Cuando me quedo a solas con Gabriel este me mira y me dedica una sonrisa idiota que me crispa los nervios.

- Bueno pues habrá que desayunar...

Maldita sea solo pienso en perderlo de vista de una vez. Ha sido difícil recuperar la calma después de nuestra conversación. El parece que no se altera con nada. Nos dirigimos a cafetería, donde ya nos están esperando, y una camarera muy amable nos acompaña hasta nuestra mesa.

- Esta cadena de hoteles tiene muy buena repostería. Te gustará.

Lo miro con cara de pocos amigos. Qué sabrá el lo que me gusta a mí. No quiero admitirlo, pero lo cierto es que se me van los ojos hacia los dulces que hay en las vitrinas aunque no pienso

ponerme a comer aquí como una cerda.

- Me alegro de que hayamos aclarado lo nuestro.- me dice.

- No hemos aclarado nada.

- Bueno, un poco si...

Le miro sin pestañear. Es increíble como este chico puede acabar con mi paciencia en tiempo récord. ¿En serio?

- Tienes mejor cara que esta mañana. Yo también me he quitado un peso de encima ¿eh?

- Pero... ¿por qué demonios eres tan pretencioso? Me da igual lo que haya pasado contigo- Tengo más problemas en la vida como para amargarme porque seas un cínico.

- Au... duele... ¿Es por Tom?

Le miro sorprendida.

- A ti te lo voy a contar...

- Hasta yo me doy cuenta de que, una relación que te hace pasar más tiempo agobiado que feliz, es tóxica.

- Claro, porque tú entiendes mucho de relaciones... ¿verdad?

- Que no lo haya vivido no significa que no tenga capacidad suficiente para darme cuenta de que no eres feliz. Te vi discutir en el parque y sé, por experiencia, que no estallas si no es por algo extremo.

Quiero decirle que yo también le vi en el parque, con su amiguita Ginebra, pero creo que es mejor callar y no parecer celosa. Me incorporo, apoyo los codos sobre la mesa y le desafío con la mirada.

- El problema de la gente como tu es que creéis saber demasiado.

- Vaya... Ya estamos otra vez con las distinciones. “La gente como tu”...- repite.- Pues las personas como tú no sabéis escuchar.

- ¿Qué yo no....?

La camarera viene en el mejor momento. Nos trae una degustación de dulces y una jarra de zumo de naranja. A continuación nos sirve un par de tazas de café con leche, aunque no hemos pedido nada de esto, y una bandeja de tostadas. En la mesa tenemos mantequilla, toda clases de mermeladas, miel y embutido. Aquí el pan con aceite no se estila pero, como tampoco me gusta, no lo hecho de menos.

- Menudo festín nos vamos a pegar- exclama Gabriel sirviéndose un dulce, un par de tostadas y algo de zumo.

- A ti nada te quita el apetito por lo visto...

- Hay que alimentarse para pensar mejor. Lo decía mi abuela.

Lástima que su abuela no le aconsejara sobre otros aspectos de la vida.

Me sirvo un par de tostadas y decido pasar del dulce, aunque muy a mi pesar, me niego de atiborrarme delante de mi becario. No suelo beber demasiado café pero me vendrá bien para estar alerta con Gabriel.

Pasamos los siguientes cinco minutos en silencio mientras damos buena cuneta de nuestros desayunos. Noto que me mira de vez en cuando disimuladamente. Se nota que busca tema de conversación pero yo agradecería que se mantuviese callado.

-Ya mismo es la boda de tu mejor amiga, ¿verdad?

Mierda... ¿en serio? Pero cómo hace este tío para acordarse de todo lo que digo. Hace muy difícil odiarlo la verdad.

- Si.- Contesto secamente.

- ¿Y cuándo os vais?

Me quedo pensativa, ¿Debería mentir? ¿Debería hacerle creer que viajo con Tom para no parecer una idiota? ¿O debería ser sincera porque mentir no está bien?

- ¿Qué pasa?- ha notado que dudo.

- Nada... me voy el jueves.

- ¿Pasado mañana?- asiento- Pero os vais los dos ¿no?

Que insistente es este chico.

- Me voy yo que soy la que tiene que ir. Tom está muy ocupado.

He intentado no sonar rencorosa pero no sé si lo he conseguido. Gabriel sonrío con malicia y eso me pone furiosa.

- En fin...

- ¿Qué pasa? Déjate de indirectas y habla claro.

- Pues es obvio, ¿no? Te deja sola un día an importante como ese. Con la ilusión que debía de hacerte volver a casa con tu pareja.

Este chico se debe de dedicar a las artes oscuras en sus ratos libres porque yo no entiendo cómo lo sabe todo. Ha dicho lo mismo que pienso yo. Empiezo a recordar porque me engatusó tan rápidamente.

- Te he dicho que tiene trabajo.

- El trabajo no es más importante que tu pareja. Además, no tendrá que trabajar el fin de semana. Podría haber retrasado la ida pero no cancelarla.

Pues también es verdad pero es una idea que no se me ocurrió.

- Me da igual- digo mientras bebo unos sorbos de zumo.

- Mientes. Te lo veo en la cara.
- ¿Y tú qué sabrás? Ni si quiera me conoces y odio que te las des de que sí.
- Yo no te hubiera dejado ir sola.- No contesto pero nota en mi cara que quiero cambiar de tema y lo hace- ¿Y cómo es el vestido?

Pongo los ojos en blanco porque lo mío parece una cámara oculta. Gabriel hace justo las preguntas que no quiero responder pero eso sería inútil porque es demasiado insistente.

- Ha habido problemas con el vestido.
- ¿¡QUÉ?! ¡El vestido es lo más importante! Una mujer se compra el vestido incluso antes que los billetes.
- Vale perdona Don Entendido en lo que hacen las mujeres...”Il Vistidi is muy impirtinti”

Si, lo admito, cuando consiguen hacerme rabiar me torno un tanto... infantil. Pero es uno de mis mejores encantos. Me levanto, dando por zanjado el desayuno, y me dirijo hacia la salida. Cuando llego al coche me doy cuenta de que Gabriel me sigue, obvio, así que nos montamos en silencio para volver a la oficina. Me espera mucho trabajo por delante con el tema de los australianos y estoy impaciente por tenerlo todo listo.

- Te ayudaré con el papeleo- me dice Gabriel.
- No hace falta, gracias.
- Insisto... Además, si no hago nada no cuenta cómo aprendizaje.

Mierda, en eso tiene razón, debo dejarlo participar para que le cuente cómo practicas lectivas.

- Redactarás el acuerdo pero lo harás en tu mesa.
- Hecho.

Cuando llegamos a la revista me meto directa en mi despacho. Hago un gesto a Susan, de satisfacción, para que sepa que todo ha ido según lo previsto. Aun no me puedo creer que Gabriel no la liara. Y no solo eso sino que además fue quién aportó la información definitiva para convencerlos. Se puede decir que hasta me he sentido orgullosa de él pero me ha durado poco.

Paso el resto de la tarde inmersa en mi pc. Son más de las seis cuando Gabriel me envía el archivo con su parte hecha y se despide desde el otro lado del cristal. Mientras lo veo irse pienso en si esto ha sido una reconciliación o en si mañana querré seguir odiándolo. Pasa una hora más hasta que me levanto, cansada y con la cabeza embotada, para irme a casa. Es la primera vez en todo el día que pienso en Tom y en la pelea de anoche. Me fui temprano para evitarle y he conseguido olvidarme del tema durante todo el día. Pensándolo bien ni si quiera me ha escrito para interesarse por mi o para preguntar cómo me fui tan temprano. Pues muy bien. Así como el actúe, actuaré yo.

Llego a casa media hora más tarde y me lo encuentro sentado en el salón viendo la tele.

- Hola.

- Hola cariño- dice cómo si no pasara nada- En el cuarto tienes el vestido que esperabas.
- ¿Cómo dices?
- Que ya te ha llegado el vestido que encargaste. Te lo he dejado sobre la cama.
- Yo no...- no termino la frase. Tampoco tendría sentido.

Me dirijo al dormitorio y veo la caja gigante, color marfil, sobre la cama. Reconozco el logo de la tienda porque he estado allí antes. Destapó la caja. Me siento nerviosa pero la verdad es que no se por qué razón. Saco de dentro un vestido color champán increíble. Es de seda, pero de la buena, con corte de princesa y escote en uve. El cuerpo entero es de lentejuelas paillette y la espalda va totalmente al descubierto.

Me lo pruebo. No puedo esperar más. Puesto es aun más bonito si cabe y, no es por presumir, pero parezco una princesa de cuento. Es el color perfecto. En realidad es el vestido perfecto. Es lo que estaba buscando pero no conseguía encontrar.

Aun estoy con él puesto cuando veo que hay una nota dentro de la caja vacía. La sostengo con delicadeza, como si pudiese romperse, y la leo detenidamente.

Perdón por el retraso... G



CAPITULO 26: HOGAR DULCE HOGAR

Para sentirte como en casa, quedarse en casa...

Clifton Fadiman

Son las siete de la mañana cuando llego al aeropuerto internacional JFK. He cogido un taxi porque no he visto bien molestar al chofer con asuntos personales. Ni si quiera me he despedido de Tom. No he sentido la necesidad y él, aun sabiendo que me marchaba, no se ha levantado para decir adiós.

Sigo frustrada, y mucho, y también confundida. No sé lo que siento, no sé quién dice la verdad y quién no, no sé quién tiene razón... creo que ya dudo hasta de mi existencia.

Estoy nerviosa porque hace casi nueve meses que no paso por casa. Nueve meses sin ver a mis padres, ni a mi hermano, ni a Lena... El día que me marché creí que no sería capaz de sobrevivir ni una semana sin ellos. Al menos necesitaba a uno de ellos para poder sentirme fuerte y salir adelante. Estaba muy equivocada. Con el tiempo fui viajando cada vez menos a España. El trabajo, las obligaciones, el cansancio y Tom hicieron incompatible mis visitas fuera de vacaciones. Lo que no sé aun es cómo decirles que voy sola. Supongo que seré sincera, diré que mi novio esta demasiado ocupado para mi y ara conocer a mi familia. Total, qué son si no lo más importante de mi vida... ¿verdad?

Estoy frustrada porque creo que Gabriel, en el fondo, tiene razón esta relación es tóxica y no nos hacemos ningún bien. Parece que tenerlo tan claro no basta para ser valiente y dar el paso definitivo. Hay algo que me hace sentir atada a Tom, algo que consigue que me replantee nuestra relación demasiadas veces.

El vuelo a Madrid dura según lo previsto. Es reconfortante que al menos no haya ningún imprevisto en eso. Cuando desembarco observo que el tiempo en Madrid es bastante bueno. Ni frio ni calor. Cielo totalmente despejado y viento en calma. No es que de repente me haya transformado en la chica del tiempo o que me haya vuelto fan de la meteorología pero el sábado es la boda de Lena y quiero que todo sea espectacular.

Son las ocho de la tarde en mi ciudad natal y he preferido no llamar a nadie para no molestar. El aeropuerto pilla bastante lejos de casa y sé que todos andan inmersos en sus rutinas así que cogeré un taxi. Recorro la satélite de punta a punta. Ahora me parece un paseo si la comparo con las terminales del JFK.

Paso por al lado de la aduana, donde estoy acostumbrada a ver interminables colas, pero esta vez la cosa es un poco más exagerada de lo normal. Unas doscientas personas están esperando a que los guardias civiles terminen de discutir con un guiri que habla el castellano con un acento bastante gracioso. Soy cotilla por naturaleza así que pongo un poco la oreja para intentar descifrar de qué se queja el pobre hombre. Parece ser que le retienen algo con lo que no le dejan pasar pero no se de lo que se trata. Desde donde estoy puedo ver al guiri de espaldas. Va bastante bien vestido y, aunque no le veo la cara, se por su pinta que es un hombre atractivo. Pienso que no le pega nada montar el escándalo que está montando. Es como Gabriel que siempre anda liándola pero cuando no lo conoces no puedes ni imaginarte cuanto. Me había propuesto no pensar en él mientras estaba en casa pero nada más bajar del avión ya he pecado. El guiri tiene el pelo castaño claro, un poco rubio, bastante ondulado con un estilo peculiar. Me recuerda bastante a él, a Gabriel, si no estuviera en España creería que es él.

De repente, los pelos de la nuca se me erizan y siento un sudor frío que me recorre la espalda. Por alguna razón siento la necesidad de ver más de cerca al desconocido. No me preguntéis por qué pero tengo una corazonada inquietante. Me abro paso entre la gente, que espera nerviosa su turno para pasar, y me coloco a escasos centímetros de él.

- No tienen derecho a quedarse con mis pertenencias. Fucking Cops... No saben con quién están hablando.

No puede ser... es imposible... ¿pero cómo...?

- Joder...

Echo a andar en la dirección contraria, por donde he venido, y siento la necesidad incluso de correr. Podría estar equivocada, porque todo puede ser, pero juraría que el guiri es Gabriel peleándose con toda la seguridad del aeropuerto. Mi instinto me dice que me aleje de allí lo antes posible pero hay una parte de mí, que odio, que me grita que no puedo hacerme la loca sin más y dejarlo allí con semejante problema.

- ¡jodeer!- maldigo mientras vuelvo hasta el control.

No imagino qué podrá haber hecho para montar tal revuelo. Solo deseo que mi padre no esté de turno. Él es Guardia Civil y hace la mayoría de turnos en el aeropuerto.

- Disculpen...

Me he vuelto a abrir paso hasta el mostrador de aduanas. Los pasajeros empiezan a protestar y alguno que otro está perdiendo totalmente la paciencia. El desconocido se da la vuelta malhumorado y confirma todas mis sospechas.

- ¿Laura? Oh my God- dice mientras me abraza.

Intento zafarme como puedo. Gabriel está bastante colorado y empieza a sudar por todas partes.

- ¿Qué demonios haces aquí? Bueno da igual, eso ya me lo explicarás después. Mejor dime qué está pasando.

- Estos policías me han quitado algo que me pertenece sin ningún motivo. Dicen no sé qué de unos permisos que no entiendo.

- ¿Laura? ¿Eres tú moza?

- Hola Germán.

El compañero de mi padre se acerca para darme un abrazo y yo me alegro bastante de ver una cara conocida para poder solucionar lo que sea que esté pasando.

- ¿Has venido a la boda de Elenita verdad? Me cagó en la mar como pasa el tiempo. Parece que fue ayer cuando erais dos mocos que corrías por el jardín de casa.

Sonrío. Estoy realmente agradecida de las muestras de cariño de Germán pero no creo que sea lugar ni momento...

- Germán creo que hay algún problema con mi amigo.

- ¿Tu conoces a este? ¡Buah! No me digas que este es el americano que te has hachado por novio. Jesus, Maria y Jose... A ver Laurita es que el Yankee trae un objeto de lujo sin declarar. Lo ha pasado por la aduana americana y le ha salido aquí al compañero en el escáner.

- Entiendo... ¿Y podríamos hacer algo Germán?

- Bueno moza es que es un asunto un pelícano delicado. Estamos hablando de una gargantilla de diamantes de casi medio millón de la antiguas pesetas.

Trago saliva pero uno de esos diamantes se me ha debido quedar incrustado en la garganta porque tengo un nudo que no me deja tragar con facilidad. Me da calor e instintivamente me abanico con las tarjetas de embarque que aun llevo en la mano.

- ¡Pero animal de dónde has sacado tu eso?!- le recrimino perdiendo los nervios.

- Es un regalo...

¿Un regalo? No quiero saber para quién. En realidad no quiero saber nada. Lo ayudaré porque me veo casi en la obligación pero después adiós.

- ¿Sabes qué pasa Germán? Que aquí el amigo es de muy buena familia y seguramente en Nueva York no le piden ni el pasaporte. Ya me entiendes... pero venimos con prisa por todo lo de la boda y... claro, no puedo dejarle aquí.

Germán parece sopesar la situación con cautela.

- porque eres tu Laurita- me dice acercándose a mi oído- Pero esto trasciende de aquí y se me cae el bigote. Porque pelo ya no tengo...

- Gracias Germán - dijo propinándole un sonoro beso en la mejilla. Te debo una.

- Anda, anda boba. Corre para casa que tu padre estará como loco porque llegues. Nos vemos en la boda.

- Vale, hasta el sábado- me despido.

Cuando nos hemos alejado lo suficiente paro a Gabriel y lo increpo.

- ¿Te has vuelto loco o qué? ¿Dónde vas con un collar de medio millón de pesetas?

- ¿De qué?

- Con un collar tan caro... ¿Te has vuelto loco? ¿Y qué haces aquí?

- No podía dejar que fueras sola a la boda.

- ¿Qué?

- No quiero que vayas sola a la boda Laura. Quiero ser tu acompañante.

- Estás peor de lo que imaginaba- contesto mientras era uno la marcha.

-¿Te gustó el vestido?

Maldito cabrón. Acaba de ablandarme sustancialmente. Recuerdo el vestido y lo precioso que es y siento una punzada de remordimiento y de comprensión. Maldito chantajista.

- El vestido era precioso, gracias, pero no tenías por qué.

- Sabía que era perfecto para ti y tienes que ir perfecta para un evento así.

Se acerca con el collar en las manos y me lo acerca al cuello.

- Me dijeron que esto combinaba de maravilla.

- ¿Es para mí?

- Si

- Pero no puedo aceptarlo es una locura Gabriel. No. Es totalmente inapropiado.

- Solo para la boda. Por favor... luego lo devolveré.

- ¿Se puede hacer eso? – pregunto desde mi ignorancia.

El asiente y eso e hace relajarme un poco.

- Aun así esto es una locura. Que estés aquí también es inapropiado. ¿Qué pretendes que le diga a mi familia? Hola mama, hola papa, esté es Gabriel mi becario, con el que por cierto pasé una noche mientras mi novio no estaba en la ciudad, que me ha seguido hasta aquí , me ha regalado un vestido y me ha traído este collar de tres mil euros. ¿Qué os parece? A mi padre no sé... pero a mi madre la mato seguro.

- No tienes por qué decir nada... esperaban a un americano y aquí tienes uno.- dice abriendo los brazos.

Sé que es una locura lo mire por donde lo mire. Toda esta situación lo es. Pero no tengo otra alternativa porque no puedo echarlo de aquí así que me lo tendré que llevar conmigo. Me encantaría decirle que no debe estar aquí, que no quiero que esté, pero no me veo capaz porque creo que sería mentira. Puede que también tenga miedo de intentar echarlo ya que acabe yéndose de verdad.

Cogemos un taxi hacia casa y el camino se me hace más corto de lo normal. No sé cómo voy a reaccionar ante mis padres ellos siempre me pillan en las mentiras. ¿Y mi hermano? Es tan insistente que seguro me acaba pillando.

Puedo ver el tejado gris de mis padres desde lejos. Es el único que queda alrededor porque el resto de casas son más modernas y no tienen. Se ven las tres ventanas que sobresalen del tejado. Una de ellas es la de mi habitación. Cuantos recuerdos me envuelven de repente. Siempre me encanto vivir en medio del campo. Supongo que por eso disfruto de ver Central Park desde mi ventana. Cuando el taxi para junto a la puerta de entrada siento que me quedaría allí para siempre que no me quiero marchar. Mantén la cabeza fría Laura, no dejes que Gabriel te vuelva a ver vulnerable.

- Esta casa es increíble. ¿Y luego te sorprendes con mi pisito de ciudad?
- ¿Pisito? Tu pisito tiene al menos doscientos metro cuadrados.
- Y esta casa tiene unos quinientos...
- No es el mismo tipo de lujo, créeme.

Estamos recorriendo el camino que nos separa de la verja a la puerta principal cuando veo el moño de mi madre asomar por la puerta. Como no. Ella debía ser la primera en salir. Me saluda extendiendo los brazos como si de repente me hubiera vuelto ciega o algo así.

- ¿Es la doncella?- pregunta Gabriel.
- Es mi madre idiota. Pero ahora le digo que la has confundido con la doncella ya verás.

El metro cincuenta de mi madre sale corriendo hacía mi cuello para abrazarme. Creo que me esta dejando sin respiración pero es imposible llamar su atención. Lleva tanto sin verme que apuesto a que ya está llorando. Es raro ver a una mujer tan seria y tan correcta por naturaleza desvivirse así como una enana.

Observó a Gabriel observándonos como una estatua como intentando no menear ni un músculo para no romper el momento que estamos viviendo. Mi padre asoma su enorme barrigota por la puerta.

- ¡Mi niña!

Mi padre mide un metro ochenta pero es un blando. Tiene una debilidad, que es su hija, con la que le se le cae la baba y se vuelve un buenazo. Pero como buen padre, receloso con sus mayores tesoros, se pasa de sobreprotector.

- Y este personaje quién es, ¿el americano ese del que nos hablaste?
- Papa que habla español- susurro aun entre sus enormes brazos.

Ahora que lo pienso he tenido mucha suerte porque les conté a mis padres que Tom hablaba español.

- Soy Gabriel señor.
- ¿Gabriel? Me sonaba otro nombre niña. ¿No se llamaba Tomás o algo así?
- ¿Qué dice padre? Gabriel de toda la vida...
- Desde que me parió mi madre señor.

Mi padre se queda pasmado, estatua, y mira con recelo a mi becario como si no llegara a entenderlo del todo. Por suerte acaba soltando una sonora carcajada. Y puedo asegurarnos algo; si haces reír a mi padre, te lo has ganado.

- Yo soy Paco chavalín. Vente para dentro que te voy a poner un vinito de la tierra que ya veras.

Es la primera vez que veo a Gabriel totalmente serio desde que lo conozco.

- ¿Cómo me ha llamado?
- Chavalín – le digo divertida.
- No lo comprendo...
- Ya lo entenderás tranquilo.



CAPITULO 27: VERDADES QUE DUELEN AL CORAZÓN

-Ya verás chaval. Jamón de pata negra, para chuparse los dedos.

Mi padre anda en su salsa sacando toda la artillería pesada. Vino, jamón, un queso curado francés importado... Parece mentira que lo que no me ofrece a mi cuando vengo se lo ofrezca a Gabriel. No quiero decirle que cuando pruebe el queso no va a saber diferenciarlo del de un súper porque en Estados Unidos no son muy de comer buen queso.

No puedo dejar de mirarlo de reojo. Tiene la misma expresión infantil de siempre. Unos ojos azules, muy claros, un pelo cobrizo revuelto por el viento y por la falta de peine y unos labios que invitan a pasarte al lado oscuro. Demasiado para mi cuerpo. Es increíble que haya venido hasta aquí. En realidad, haciendo memoria, todo lo que ha hecho por mí es increíble. El cambio de imagen, el vestido, el collar... Todos sabemos que Gabriel está acostumbrado a complacer a los demás a golpe de tarjeta, o de chequera que es más usual entre los suyos, pero soy una total desconocida para él y se ha tomado demasiadas molestias. ¿A caso...? No Laura, no, nada de pensamientos impuros. Tu novio está en América y después de tantos esfuerzos no lo vas a echar a perder así. Además que Gabriel es como un crio inmaduro. Con buenas intenciones, si, pero incapaz de mantener una relación seria. El se mueve por instinto, por caprichos, y conseguir a su jefa quizás ha sido un reto para él o qué se yo pero cuánto de verdad puede haber en todos esto.

- Prueba esto jabato. ¿Qué te parece?

Mi padre acaba de ofrecerle una tosta con paté de pato. La cara de Gabriel es un poema. Noto que no le ha gustado pero se lo traga por compromiso. Me da la risa.

- ¿Bueno eh?- le pregunto- Papa ponle otra que le ha encantado.

- Shit...

Pobre Gabriel... hoy me ha dado por putearle.

- Come lo que quieras que hay de sobra muchacho. Conchi calienta las empanadillas de pisto. Gabriel tiene que saber lo que es comer en condiciones y no esas hamburguesas que le dan allí.

- Dudo que Gabriel se alimente de Hamburguesas papa.

- Me gustan las hamburguesas- contesta siguiendo la conversación a duras penas.

El despliegue de comida que se han montado mis padres es exagerado. Ellos son así a anfitriones no les gana nadie. Después de cenar mi madre nos da un tour por la casa, incluido a mí, como si hubiera cambiado mucho en nueve meses.

- Hemos cambiado los sofás del salón nena y los viejos los hemos pasado a la biblioteca. Venid, venid.- dice mientras nos guía por el pasillo.

- Así que tú también tienes una biblioteca. – Me susurra Gabriel- Ya no me siento tan especial.

- Primera noticia. No tenía ni idea.

Han convertido el antiguo despacho de mi padre en una sala repleta de estanterías que van desde el suelo hasta el techo. Puedo reconocer muchos de mis libros, siempre he sido una lectora empedernida, y algunos de la colección personal de mi madre. Mucha enciclopedia, mucha novela rosa e incluso los libros del instituto.

- Mamá, ¿para qué quieres esto? – le pregunto señalando los libros de bachillerato.

- Ay hija yo qué sé... es que están tan nuevos que me da pena tirarlos.

- ¿Son los libros de tu colegio?- me pregunta Gabriel.

- Si... ya te dije que no era el mismo tipo de lujo.

Después nos lleva hasta el salón para que veas los sillones nuevos de los que se siente más que orgullosa. Son enormes y en ellos cabríamos toda la familia en navidad. Lo cierto es que el salón está bastante bonito y se nota que se ha guiado de alguna revista de decoración.

- Es muy bonito Señora Concha.

- Gracias Gabriel eres un sol- contesta mi madre llena de orgullo.

En mi habitación todo está intacto. No como lo dejé hace nueve meses si no como lo dejé hace cuatro años. Mi ordenador sobre el escritorio. Mis póster de de Einstein sobre el escritorio. Mi pared repleta de las fotos con Lena... Tantos recuerdos en un espacio tan pequeño... Ahora entiendo la frase de “si quieres sentirte como en casa quédate en casa”.

- Es una habitación muy... ¿cómo se dice?...Muy gorila.

- ¿Gorila?- pregunta mi padre.

- Quiere decir mona mama. MO-NA....- le digo exageradamente.

- Yo es que no acabado de entenderlo muy bien pero ya verás como irás aprendiendo cada vez más- la pobre ha cogido la manía de hablarle gritos y tiene a Gabriel un poco intimidado- Os he limpiado muy bien la habitación y ya he hecho la cama. El edredón lo he dejado porque todavía refresca un poquito por las noches.

- ¿Nos?... ¿Cómo que nos?- pregunto boquiabierta.

- Os... hija os.... A ti y a Gabriel, ¿a quién va a ser?

- ¿Pero es qué vamos a dormir juntos?- a mi cabeza le está costando procesar la información a una velocidad normal.

- ¡Pues claro niña! ¿Con quién va a dormir el chico si no? ¡Pues con su novia! ¿Es que hay algún problema?

- Eso Laura... ¿es que hay algún problema?- pregunta Gabriel con picardía.

- Bueno mama... no sé... pensaba que quizás cómo es la primera vez que venimos prepararíais la habitación de invitados. Además que esta cama es demasiado pequeña para dos personas.

- Anda ya boba. Esta cama es de un metro treinta y cinco suficiente para los dos. Además...-

añade acercándose un poco más a mi oído- Contra más. Pequeña más juntitos...

Mi madre sale de la habitación dejándome a solas con Gabriel. No salgo de mi asombro con sus ocurrencias... quién la ha visto y quién la ve. Será que con la edad se ha vuelto más liberal o será que nunca la he llegado a conocer bien del todo. Gabriel se ha dejado caer en la cama. Se está divirtiendo bastante con la situación pero yo empiezo a agobiarme por momentos.

- ¿Y tú de qué te ríes?- le pregunto cruzándome de brazos.

- Es muy divertido ver tu cara de asombro- contesta mientras me imita.

- Eso... tú burlate de mí pero no sé qué vamos a hacer. No podemos dormir juntos.

- ¿Por qué no?

- ¡Porque está mal!

- Pero no sería la primera vez...

Pongo mis ojos en blanco...

- Una cosa no quita a la otra. Estaría mal y punto.

- Yo lo veo como una necesidad.

- Espero por tu bien que hayas elegido mal la palabra.

- Quiero decir que es algo que tenemos que hacer porque no hay más remedio.

Me quedo mirándole durante todo un minuto. Es tan guapo... tan encantador... me dan tantas ganas de achucharlo... definitivamente no puedo dormir con él.

- Dormirás en el suelo.

- ¿En serio?

- Lo siento... si quieres nos turnamos.

- Yo no te haría dormir en el suelo Laura.

- Mejor, entonces duermes tú. Gracias por la idea.- le digo mientras salgo de la habitación.

- ¡PERO SI NO HE DICHO NADA!... ¡LAURA!

Bajo las escaleras como un torbellino para evitar que Gabriel me intercepte y me haga cambiar de idea. Estoy siendo toda una campeona mandando a semejante criatura De Dios a dormir al suelo de mi habitación. Cuando entro a la cocina, buscando a mis padres, me encuentro con la mayor sorpresa que podría esperarme.

- ¿LENA?

- ¡LAURA!

Nos fundimos en un emotivo abrazo que me hace sentir repleta de energía. Hacía tanto tiempo que lo estaba esperando que unas lágrimas me resbalan por las mejillas. Lena, mi Lena, mi amiga, mi

hermana, mi todo... La miro de abajo arriba y de arriba abajo. Está guapísima.

- Dios mío estás espectacular.

- Exigencias de mi Wending Planner.

- ¿En serio tienes uno de esos?

- ¿Y qué hago, chica, si mi mejor amiga está a nueve mil kilómetros?

- Creo que son algunos más...

Gabriel mira la escena desde el resquicio de la puerta. Tan respetuoso como siempre no ha querido molestar en un momento tan personal y ha preferido mantenerse al margen. Entiende que tengamos que dejar apartado nuestro pequeño tema con la cama porque esto es más importante ahora mismo.

- Hola, Soy Elena – se presenta mi amiga estampándole dos besos en las mejillas.

- Hola Elena.

- Encantada de conocerte- dice. Se acerca un poco a mí para evitar que pueda escucharla- Tía qué guapo es no le has hecho justicia.

- Tenemos que hablar...- le susurro yo también.

- Si quieren las dejo solas para que puedan hablar tranquilamente.

- No hijo, tranquilo, si solo te estábamos haciendo un traje pero ya está.

- ¿Haciendo un traje?- pregunta sorprendido.

- Poniéndote fino filipino- intenta aclarar mi amiga sin existir.

- Lena tienes que pensar que Gabriel traduce lo que le dices literalmente. No entiende aún nuestras expresiones.

Lena se tensa de repente. Yo, que la conozco, puedo notar que su tono blanquecino ha bajado dos tonos más. Está más pálido que de costumbre. De repente dedica a Gabriel una sonrisa un tanto forzada. En serio, como si le hubieran clavado un palo en la espalda por no decir en otra parte del cuerpo más fea. No comprendo qué le ocurre, me he perdido en el proceso, pero sé que algo le pasa.

- Laura... querida- me dice enfatizando demasiado sus palabras- ¿Me acompañas por favor?

- ¿A dónde?

- Acompáñame – repite tirando de mí con fuerza.

Me saca de la cocina casi a rastras haciendo caso omiso de lo que le digo. Sigo preguntándome dónde diablos me lleva. Está más rara de lo que acostumbra. Cuando por fin consigo zafarme de sus garras me quejo.

- ¡Au! Me has hecho daño tía. Estás...

- ¿Loca?- Me interrumpe- ¿Ibas a decir qué si estoy loca? Pues me parece que la única loca que hay aquí eres tu amiguita. ¿Por qué diablos ha dicho ese chico que se llama Gabriel? ¿GABRIEL?

Cuando Lena se altera su voz se vuelve demasiado chillona. Tan aguda que a veces temo que pueda romper toda la cristalería buena de mi madre. Da pequeñas vueltecitas frente a mí, nerviosa, se que está respirando hondo para no decirme cuatro cosas bien dichas. Me las merezco la verdad.

- No lo entiendo- continua- por más vueltas que le doy no llego a comprender cómo has podido acabar aquí, en tu casa, con Gabriel. ¡No lo entiendo!

- Bueno todo tiene una explicación. Es más sencillo de lo que parece.

- Oh no... oh no... no querida...de sencillo nada. Esto es un problemón de la ostia.

- Elena escúchame primero y no me sentencias todavía... Le conté sin querer a Gabriel que venía sola a la boda, porque Tom me había dejado tirada, y le pareció tan inaceptable que se presento en España para acompañarme y que no tuviera que pasar la vergüenza de ir sola. Yo no tenía ni idea de nada de lo que planeaba hacer.

Lena se deja caer en una silla con las manos en la cara. La veo más nerviosa de lo habitual. A decir verdad me da la sensación de que está exagerando demasiado pero es normal, porque se va a casar en un par de días y estará con los nervios a flor de piel.

- ¡Ay Laura...!- niega con la cabeza- ¿Cómo tienes tanta facilidad para enredarlo todo?

Me encojo de hombros porque no sé como contestar a esa pregunta.

- Eres consciente de que has venido a la boda de tu mejor amiga con tu becario barra casi amante dejando a tu novio, con el que vives y con el que te acabas de arreglar, en Nueva York... ¿verdad?

- Bueno, teóricamente me ha dejado sola él...- Lena pone los ojos en blanco y yo subo las manos a modo de disculpa- Solo contextualizaba un poco...

- Lo peor es que acabas de pasar por un proceso en el que- hace comilla con los dedos- Estabas olvidándote de los sentimientos que nacían hacía Gabriel. Estar aquí con él es una bomba... Laurita que me vas a dar la boda.

- Que no... de verdad que no. A ver sé que esto me va a salpicar en la cara para variar pero no dejaré que influya lo más mínimo en tu día. Lo juro.

Lena me mira con cara de circunstancias. No se cree demasiado mi juramento, la verdad es que ni yo misma me lo creo, y obviamente está nerviosa. Sé que también sufre por mí y por mi vulnerable corazón. Este tema me empieza a venir tan grande que siento que me absorbe, me traga y no sé donde me escupirá.

- Me compro el vestido para tu boda... ¿sabes?- digo mirando hacía al suelo- No encontraba algo perfecto que me hiciera brillar y el me lo compró y me lo envió a casa. Luego vino hasta aquí, me siguió y me regaló esto.

Me levanto y me acerco a mi mochila, la he dejado colgada en el recibidor, para sacar de ella el

collar con el que Gabriel se vino a España. Se lo muestro a Lena que lo coge con delicadeza como si temiese poder romperlo, o incluso arañarlo, con sus dedos.

- Dios mío Laura...

- Lo sé...

- Creo que estoy en la obligación de decirte que ese chico está colgado por ti- dice devolviéndome el collar. Le quema en las manos.

- No sé amiga.

- Yo si lo sé. Laura por el amor de Dios despierta. Nadie viene aquí por gusto. En todo caso por amistad pero, ¿qué amistad os une a vosotros? Ninguna... ¿Y ese artículo que escribe sobre ti? Excusas... Quizás deberías empezar a plantearte que diga la verdad.

La miro apesadumbrada. Lo único que me ha separado siempre de Gabriel es mi firme convicción de que es un picaflor que dice las cosas que dice por camelarte. Permitirme a mi misma pensar que lo que dice pudiera tener alguna parte de verdad me rompe totalmente los esquemas.

- Laura tienes que dejar de guiarte por tu cabeza. Tienes la manía de analizarlo todo y quizás con otros aspectos de la vida te sirva pero con los sentimientos no corazón. Los sentimientos no se rigen por ninguna ley universal, no hay explicación concisa que justifique porqué sentimos lo que sentimos o porqué actuamos cómo actuamos. No. Tienes que permitirte sentir de una vez pero sin condiciones. Déjate sentir Laura y, sobre todo, escucha a tu corazón de una maldita vez.

- Pero...

- Pero nada. A mi no me puedes engañar. De toda la vida De Dios has hecho lo que has creído que era lo correcto. Estudiaste comunicación, aunque preferías ciencias, porque pensabas que era lo correcto; te fuiste a Nueva York, aunque preferías quedarte en casa, porque creías que era lo correcto... Estás con Tom, aunque te gusta Gabriel, porque crees que es lo correcto.... ¿Hasta cuándo tía?

No digo nada más y me tiro a abrazar a mi mejor amiga presa de la angustia. Tengo miedo porque sé que nadie me conoce mejor que ella y eso quiere decir que todo lo que ha dicho es cierto. Pero sobre todo tengo miedo porque estoy convencida de que, sí, es cierto y eso supone muchos problemas en mi vida.

CAPITULO 28: Ojo que no ven... corazón que... ¿no siente?

No me resulta nada fácil tomar esta decisión. Le di muchas vueltas al asunto, no acostumbra a rebajarme de este modo, pero es que Laura me está haciendo cometer demasiadas locuras. No miento si digo que no me reconozco. Ando siempre más nervioso de lo normal, despistado, siempre dándole vueltas al asunto, siempre con la cabeza puesta en ella... Ni si quiera he avanzado en el artículo hace días que no lo toco porque mi cabeza está totalmente bloqueada. Reconozco que venir a España ha sido una medida desesperada pero también ha sido un último intento por no perderla. Las conversaciones con Gin, algo muy habitual últimamente, me han hecho abrir los ojos y darme cuenta de qué es lo que quiero. Acostumbro a ser un cobarde y nunca soy capaz de dar el paso por miedo al rechazo o, por qué no decirlo, por miedo a equivocarme. Sin embargo ya he sido capaz de comprender que la angustia que siento a diario es fruto de no verla, de no tenerla y de saber que no es mía. Me he dado cuenta de que no tengo nada que perder porque sin ella estoy vacío. Fue un flechazo, desde el primer momento en que la vi, pero no me di cuenta. No estaba acostumbrado a sentir algo así por otra persona y por esa razón lo relacioné con otra cosa, con admiración quizás, pero ni de lejos sabía que era amor.

Tuve que poner una excusa en la oficina pero Susan resultó ser muy lista, además de eficaz, y sobre todo muy observadora.

- Susan tengo que ausentarme uno días. Es una urgencia. De normal no haría una cosa así, entiendo que estamos casi al final de mi prácticas, pero es... de vida o muerte- Le dije de manera un poco exagerada.
- No te preocupes Gabriel, vete tranquilo.
- Gracias Susan. – Contesté emocionado- ¡Ah! último favor... ¿sería posible no decirle nada a Laura?

Susan hizo un gesto afirmativo con la cabeza y dejó entrever una leve sonrisa de comprensión.

- ¡Gabriel!- me llamó- Suerte... espero que este viaje no sea en vano.

Me marché de la oficina agradecido por la comprensión y sobre todo convencido de que quizás hacer este viaje no era tan descabellado después de todo. ¿Cómo se lo tomaría Laura? Eso era otro cantar... arriesgué mucho tratándose de ella pero como he dicho no tenía más opción.

Creo que al final he conseguido hacer mella en su corazón. Acabo de escuchar como le decía a Lena que tiene dudas que siente algo por mí pero que le da miedo equivocarse. Tengo a penas un par de días para demostrarle que valgo la pena y que conmigo no se equivocará pero debo ser cauteloso porque con ella un solo paso en falso es suficiente para echarlo todo a perder sin poder dar marcha atrás.

No estoy orgulloso de estar inmiscuyéndome en medio de una relación, lo confieso, pero los sentimientos me superan y prefiero apoyarme en la convicción de que ese tipo no la merece en absoluto. Nadie merece que su chica mendigue su atención y, encima, él capullo antepone el trabajo a su vida personal. Aunque aun está por ver si todo eso es cierto o son solo excusas que utiliza para verse en los hoteles con otras personas. Le he pedido a Mike, el detective privado de mi padre, que haga unas cuantas averiguaciones. Vale... tampoco me siento orgulloso de esto último y es cierto que dije que jamás caería tan bajo pero el amor me ha cegado y la inconsciencia me ha podido.

Paco se ha empeñado en que le ayude a preparar la barbacoa para esta noche así que, muy a mi pesar, no he podido seguir oyendo la conversación entre Laura y Lena. Dicho así suena fatal... creo que hoy sucumbo al lado oscuro sin parar. Hemos recogido leña de un cobertizo que tienen en el jardín y me está explicando como encender el fuego. Este hombre es todo un personaje pero se nota que tanto él como su mujer son muy buenas personas. Amito que me cuesta bastante entenderlo cuando habla, es algo que solo me pasa con él, pero poco a poco le voy cogiendo el puntillo.

- ¿Has encendido alguna vez una barbacoa chico?- me pregunta con las manos en su enorme barrigota.

- Si... pero no con leña señor... Nosotros usamos otros métodos.

- Bueno pues yo te enseño. Coloca esta yesca en la base y luego cúbrela con la leña que hemos traído. Después con el mechero le prendes la yesca y listo.

Obedezco siguiendo uno a uno sus pasos pero la leña no prende. Paco piensa que puede ser por la humedad y se ha buscar una botella de alcohol que, según él, nos va a ayudar a encender el fuego.

- Échale un buen chorrean de esto y ya verás como enciende. Pero sin miedo muchacho echa un buen chorreón.

Aprieto la botella con ganas y el líquido sale despedido en todas direcciones. La barbacoa pega un pequeño estallido y la lengua de fuego sube como si de un restaurante japonés se tratase, y lo digo por la altura que cogió el fuego. No le quemé el bigote a mi supuesto suegro por los pelos. Me quedé bastante cortado por la situación pero, por suerte, el hombre soltó una sonora carcajada.

- Menudo peligro estás hecho chaval. Menos mal que ya estoy calvo que si no me dejas sin pelo.

- Lo siento señor...

- No pasa nada que todo sea eso. Yo mientras cuides bien de mi princesa por mí como si me quemas el bigote no hay problema.

Me da un vuelco el estómago. No había sido consciente, hasta ahora, de que estaba engañando a unas pobres personas que me recibían como a un hijo. Estaba mal, muy mal, pero no había manera de dar marcha atrás en esta encrucijada. Quizás, si se descubre el pastel, lo entiendan todo y sean comprensivos. O quizás Paco acabe persiguiéndome con el cuchillo jamonero.

- Estos son los mejores chorizos que puedas probar en España. Vamos en España y en el mundo entero.

- ¿Qué es un chorizo señor?

- ¿QUÉ NO SABES LO QUE ES UN CHORIZO? Ahora si que me dejásemos muerto chico. Pues no sabes lo que te pierdes. Estás son las tripas del cerdo mezcladas con la carne picada y el pimentón y embutido en una tripa natural. Para chuparse los dedos. No hay mejor manjar.

No se puede negar que el hombre lo describe como un autentico manjar pero a mi me da cierto asquillo y no se me antoja demasiado apetitoso. Lo mismo me pasa con las morcillas pero para mi suerte también hay hamburguesas y costillas entre el menú.

- A ver chicos os traigo unas cerveceras para que os quitéis la calor.

- Mucha gracias señora Concha.

- Pero que educado es este chico- dice apretándome los mofletes.

- Pero con la barbacoa no es muy espabilado, ¿eh?, que casi me quema el bigote.

- Pues son los únicos pelos que le quedan a tu suegro así que imagínate la tragedia...

Otra punzada de dolor... Cada vez que oigo la palabra "suegros" me da un vuelco el corazón. Por si no fuera suficiente esta noche también viene el hermano de Laura a cenar con su mujer. La mentira se va haciendo cada vez más grande y ya no me parece tanto una mentirijilla piadosa. Me siento un poco agobiado pero supongo que Laura se sentirá peor que yo así que intento mantener la calma.

- ¿Qué estáis haciendo por aquí?

Laura y su amiga acaban de salir al jardín. Llevan una Coca Cola en la mano, Laura es rehacía a beber alcohol, y se sientan en un balancín que hay cerca de la barbacoa.

- Tu padre me enseña a hacer barbacoa.

- No te molestes, papá, Gabriel no es de los que se manchan las manos- ríe.

Juraría que ha habido un cambio en su actitud después de hablar con Lena y eso me hace sentir una punzada de esperanza.

- No es cierto... Yo he hecho barbacoa en casa con mi familia. No tenemos a una persona que la haga por nosotros.

- No habla tan mal Ele, se defiende. Creo que exagerabas un poco cuando decías que parecía un simio...

- ¿En serio ha dicho eso?- pregunto sorprendido.

.

- No hagas caso ya te darás cuenta del singular sentido del humor de Lena.

- He oído que ella te llama Ele, ¿es tu apodo?

- Es la inicial de mi nombre.- responde Laura.

- Entiendo... pensaba que guardaba algún significado más fuerte oculto.

- Somos muy simples Gabriel, se nos ve venir...

Han montado una mesa, para la cena, digna de un postín. Hay carne asada de todo tipo, ensalada, embutido, queso, panecillos de centeno, de. Cereales, integrales... refrescos, vino, la famosa sangría española... Me siento todo un privilegiado porque una familia se tome tantas molestias para recibirme. Por eso no puedo evitar seguir dándole vueltas a que les estoy pagando con mentiras.

- Te veo muy pensativo americano.

- ¿Si? No sé... solo pensaba en si tendría la oportunidad de conocer al futuro novio.

- Está difícil el novio está hasta arriba con toda la familia que ha venido para la boda. No se ni como he conseguido escaparme yo- Contesta Lena.

- ¿Hasta arriba?

- Muy ocupado chico.

- Entiendo.

Me voy familiarizando con las expresiones que usan por aquí pero aun me cuesta pillar la mayoría de ellas. Muchas las conozco por escuchárselas a Laura en la oficina. Para que luego diga que no le presto atención... Observo a Lena y es como conocer a alguien famoso. No sé si me explico es como cuando lo sabes todo de una persona pero nunca la has visto hasta que llega el día. Me he sentido hasta un poco nervioso porque sé que es la mejor amiga de Laura y la única que lo sabe todo de ella. Además, por si tenía alguna duda, he podido comprobar que es a quien le pide consejo sobre como actuar. Es una responsabilidad grande la de caerle en gracia pero al menos juego con la ventaja de que a Tom no lo conoce y tampoco habrá oído hablar muy bien sobre él.

Lena es una chica bastante atractiva pero es todo lo contrario a Laura. Es más pálida de piel y su imagen es más delicada. Laura es una chica que transmite dureza y da la sensación de tener un carácter fuerte aunque luego, si las conoces a las dos, ves que es al contrario. Lena es la fuerte y en su mirada se aprecia determinación y firmeza. Es una chica muy extrovertida y con un estilo bastante propio. A primera vista costaría entender por qué acabaron siendo tan buenas amigas si a la vez parecían tan distintas.

Se escucha algo de revuelo en el interior de la casa. Parece ser que acaba de llegar más gente así que trago saliva por lo que esté por venir.

- Creo que ahí está tu hermano Laura.

- ¿Arturo?- dice ella volviéndose de espaldas.

- ¡Empollona! - exclama el que parece ser Arturo.

Un hombre de unos treinta y pocos años de edad asoma la cabeza al jardín desde la puerta de la cocina. Si los miras con atención ambos tienen facciones muy similares y la misma expresión en la mirada. Laura es más morena y Arturo tiene los ojos claro pero algo en ellos te deja claro que son hermanos.

- ¿Cómo estás Cabeza?

- Bien empollona, bien... Te veo muy guapetona ¿no? A ver date una vuelta- dice Arturo haciendo girar a su hermana sobre si misma- Que bien te sientan los aires americanos. ¿O será el noviete?

Supongo que el noviete soy yo pero hablan de mi como si ni si quiera estuviese delante.

- Llevan chinchándose desde pequeños. No van a cambiar nunca - dice la madre de Laura- Mira Gabriel esta es la mujer de Arturo, Esther.

- Encantado de conocerte Esther.

- Lo mismo digo. Que educado eres parece más inglés por eso de los modales.

Esther es un poco diferente al resto de la familia. Es más... ¿cómo lo diría? Más chabacana.... creo que en España se utiliza la palabra choni. Pero sin ánimo de ofender... Me recuerda mucho a Ginebra por el aspecto atrevido de su vestuario y la coleta de caballo que le sale desde lo más alto de la cabeza. Aun así es una muchacha que no es para nada fea.

- Creo que podríamos ir sentándonos a la mesa, ¿no madre?- pregunta Arturo que ya lleva una cerveza en la mano.

- Si venga. Todos a la mesa que se enfría la carne y cualquiera aguanta a vuestro padre.

- ¡Vaya hombre! Ya me tocó la gorda- protesta el hombre.

Nos sentamos todos alrededor de la enorme mesa y me noto algo extraño al verme rodeado de toda la familia de Laura. Aun me cuesta creer dónde estoy y cómo he sido capaz de llegar hasta aquí. Miro a Laura inconscientemente y esta me responde con otra sonrisa que parece sincera.

La cena transcurre con tranquilidad. Todos son muy simpáticos, incluido Arturo, aunque es el que más caña me da.

- ¿Gabriel eras profesor de universidad o algo así me dijo mi hermana verdad?

Trago saliva. Siento que el mundo se paraliza a mí alrededor. Miró a Laura en busca de ayuda. No sabía que ella le había hablado a su hermano sobre Tom. Obviamente él es el que trabaja en la universidad y no yo pero seguir esta mentira me resulta demasiado arriesgada. Lejos de lo que podáis imaginar no miento tan bien.

- Bueno algo así... Pero ahora está colaborando en mi revista.- dice Laura tocándose el pelo nerviosa.

- ¿En serio? Menudo cambio... ¿de catedrático a reportero del corazón?

Arturito es un hombre insistente...

- Ya te he dicho mil veces que no somos una revista del corazón.

- ¿Ah no escribís sobre modelaje, cotilleos y esas cosas que o gustan a las tías?

- Escribimos sobre actualidad, que es distinto, idiota- se queja tirándole un pico de pan a su hermano.

- Bueno voy al baño que las croquetas de mamá están haciendo su efecto.

- Que cerdo eres Arturo no cambiarás nunca.

He podido comprobar, de primera mano, que la relación entre ambos hermanos no es la mejor del mundo. Gracia a esto me he salvado de una muerte segura porque si llego a tener que contestar yo la hubiéramos liado pero bien.

- Gabriel estás rojo como un tomate- me dice Lena- ¿estás bien?

- Un poco acalorado por el picante de las costillas- miento.

- Puedes ir al baño a refrescarte, hay otro en el piso de arriba. Te acompaño y así cojo mi teléfono móvil por si me llama el futuro marido.

- Gracias.

Salgo detrás Lena agradeciendo poder ausentarme unos minutos de toda esta farsa que comienza a superarme. El baño está cerca de la habitación de Laura así que me echo agua en la cara y en la nuca y entro a la habitación para sentarme un rato en la cama y recapacitar. El dormitorio está muy bien decorado y reconozco el estilo de su piso en Manhattan. El blanco predomina en paredes y muebles y lo combina con toques turquesas y amarillos pasteles. Me acerco hasta la pared donde tiene colgadas las fotos con su familia y con sus amigos. Reconozco a su padres, a su hermano y a Lena. Hay muchas fotos en las que salen ellos tres en el parque, en la montaña, incluso en la playa... Hay fotos de la graduación de Laura donde sale guapísima con su toga y su birrete. También hay fotos de cuando se graduó en la facultad y se aprecia el cambio físico. En la universidad ya estaba guapa pero nada comparable a como esta ahora. Lena, sin embargo, siempre se ha mantenido en la misma línea. Aparece en todas las fotografías muy sonriente y hace contraste con la cara de seriedad de su amiga.

Escucho un ruido que me llega de lejos pero sé que es en la misma planta donde estoy. Me asomo al pasillo con timidez y lo oigo mucho mas cerca. Creo que proviene de un par de habitaciones más allá. Camino por el pasillo lo más silencioso que puedo. En realidad no sé por qué me comporto como si fuera a robar pero algo en mi me dice que mejor si no me escuchan. La habitación esta entreabierta pero de manera muy leve así que me cuesta ver quien hay en su interior. Lo que alcanzo a ver son dos sombras distintas por lo que creo que hay dos personas en su interior. Me acerco un poco más con cuidado de no rozar la puerta y entonces veo el reflejo en

un espejo que hay en la pared de enfrente.

Lo que está pasando en aquella habitación no lo tengo muy claro pero lo que sí sé, con seguridad, es que he visto algo que no debía y que me va a complicar mucho mi existencia.



CAPITULO 29: JOVENES ETERNAMENTE

Parece que al final nadie sospecha de mi mentira. Es lo bueno de ser tan reservada que apenas le conté nada a mi familia sobre mi relación. Ellos nunca me preguntan por miedo a que me agobie porque también soy una aprensiva de cuidado. En alguna ocasión les conté de pasada que se llamaba Tom y que tenía familia en España pero he conseguido convencerlos de que en realidad dije Gabriel pero están algo seniles y no se acuerdan. ¿Soy mala hija por esto? Yo creo que solo soy una pobre chica intentando salir de una situación desesperada con medidas aun más desesperadas... Al fin y al cabo esta locura no la empecé yo. Hubiera sido peor intentar explicarles la verdad jamás lo hubieran entendido. El simple hecho de decir que Gabriel aun está en la universidad y era mi alumno en prácticas hubiera hecho que mi madre montase un drama de telenovela. Me la imaginando buscando en Google si es delito estar con un chico que aun no sé graduó en la carrera porque ella es así... Mi padre me hubiera mirado con firmeza y me hubiera dicho algo así como “Laura, ¿qué le digo siempre a tu hermano de no meter la polla donde tiene la olla? No hay excepciones hija” Yo creo que el hombre tiene bastante razón porque no conozco un solo caso de personas que hayan tenido rolletes con compañeros de oficina y la cosa no haya acabado mal. Claro, luego di tú que tienes que seguir yendo cada día a trabajar y encontrarte con el cabrón o la cabrona que te puteo, te engañó, te rompió el corazón o cualquier cosa parecida. Me estoy poniendo en lo peor pero dicen que si piensas mal acertarás. Y lo dice mi madre que siempre acaba teniendo razón en todo.

Hace rato que estoy sola en la mesa con mis padres y mi cuñada. ¿Dónde se habrá metido todo el mundo? Espero que mi hermano no esté haciendo un tercer grado a Gabriel porque sé que cantará como un Loro. Está a punto de derrumbarse desde que puso un pie en esta casa y eso nos supondría un problema para los dos. Espero que Lena esté cerca para interceder por él.

La relación con mi hermano Arturo no ha sido perfecta. Hemos tenido nuestros más y nuestros menos. Él es bastante quema sangre por naturaleza, esto quiere decir que no deja vivir en paz a nadie, un bromista nato y, además, un cabeza de chorlito. Que yo haya sido la lista nunca lo ha llevado bien, cada uno conoce sus limitaciones en esta familia, pero siempre lo ha suplido con lo bien que se ha dado todo lo demás. Ha sido una estrella en cada deporte que practicaba, el capitán del equipo de baloncesto y de waterpolo, ha ganado infinidad de competiciones de natación y ha sido popular casi desde la guardería. Mi hermano fue lo que podríamos definir como una estrella mientras que yo era la estrellada. En el instituto no podían vernos juntos, creo que me tenía prohibido hablarle en publico, me pedía que le mandara whatsapp si necesitaba algo ... Sin embargo guardo gratos recuerdos de los momentos más peliagudos que viví como por ejemplo cuando Leticia Martín, la chica más tetona de segundo, me echó pasta de dientes en el sándwich de Filadelfia. Mi hermano se levantó y la ridiculizó delante de todo el mundo. A partir de ahí Leticia se cebó aún más conmigo, porque estaba enamoradita de mi hermano, pero a mi me dio igual porque se convirtió en mi héroe secreto y comprendí que por mucho que nos peleáramos en casa siempre cuidaría de mi aunque fuese desde la sombra.

Luego llegó Lena, bueno llegó antes en realidad, un día en primaria en el que había que hacer grupo para una actividad y yo me quedé sola, como siempre, entonces empezaron a meterse conmigo y con mi apellido y ella dejó a su pareja para venirse conmigo. Era como un ángel diminuto de nueve años y muy malas pulgas.

- ¡Hombre muchacho!- Le oigo decir a mi padre- Ya pensábamos que te había tragado la taza del water.

Gabriel se sienta sonrojado y me Mirra de reojo. Está tenso y quiero saber si ha estado hablando con mi hermano.

- Arturo tarda mucho, ¿no?

Observo la reacción de Gabriel que sigue rojo como un tomate aunque se va poniendo blanco por momentos. Le miro con recelo.

- Tu hermano se me mete en el baño con el móvil a jugar al Clan Royal o no sé qué juego y se pierde hija. – Me dice mi cuñada- En casa tenemos unas peleas increíbles porque se olvida hasta de comer.

Eso me deja más tranquila pero no quita que se haya podido cruzar con Gabriel en algún momento y hacerle sentir incómodo.

- ¿Tú lo has visto Gabriel?

- ¿Yo? No, no, que va... para nada. No he visto a nadie. He ido al baño necesitaba hacer caca.

Oigo que mi padre suelta una carcajada seguramente mi madre se esté tapando los ojos escandalizada porque alguien ha dicho caca en la mesa.

- No tienes que dar detalles sobre lo que haces dentro del baño.

- Es que me estabas interrogando.

- ¿En serio? ¡Si solo te he preguntado si habías hablado con mi hermano!

Lena aparece, por fin, en el jardín pero trae la misma cara de circunstancias que Gabriel. ¿Qué le pasa hoy a todo el mundo? Se deja caer en la silla que hay a mi lado y se bebe su tinto de verano de un solo trago.

- ¿Amiga estás bien?- pregunto sorprendida.

- No. Mi futuro marido, que ya es un por culo de por si, está más pesado que nunca y no me deja respirar tranquila. Te lo juro me necesita para todo últimamente. Hasta cuando le preguntan si hace buen día necesita preguntarme a mi primero porque tiene dudas. – suelta una bocanada de aire lentamente como intentando que expulsar también la ira contenida- Quiere que vuelva a casa.

- Es normal Lena. Son días de muchos nervios, aunque la histérica deberías ser tú, pero supongo que a veces se alternan los papeles.

Mi amiga me da un fuerte abrazo de despedía con el que intenta trasmitirme toda la paciencia del mundo, yo hago lo mismo pero mi intención es trasmitirle a ella fuerza.

Elena siempre ha sido muy dramática, incluso más que yo, y un poco exagerada también así que sabía que no tenía nada de qué preocuparme. Cualquier otra persona hubiera llegado a pensar que tenía dudas, que se arrepentía de todo este circo que se había montado con la boda, que le venía grande... pero yo no, no sabía que mi amiga era una exagerada... ¿verdad?

- Laura, ¿por qué no le enseñas a Gabriel el lago? Está precioso por las noches. Un verdadero espectáculo.- propone mi madre.

- Creo que mejor se lo enseño por la mañana.- digo retorciéndome nerviosa en mi asiento.

- Anda ya niña, hazle caso a tu madre, el lago de día pierde todo su encanto.

- ¿Quién pierde su encanto por las mañanas mi hermana? Ya ves, ella gana más en la oscuridad y con los ojos cerrados- mi hermano acaba de hacer acto de presencia en el jardín.

- Le estamos diciendo a Laura que le enseñe el lago al chiquillo, pero que se lo enseñe ahora que vale más la pena.- mi padre le pone al día sobre el debate.

- Buenazo.... No veas los filetazos que me he metido yo allí Gabriel. Que he metido mucha mano para que me entiendas.

- Muy bonito...- se queja su mujer.

- Cariño eran otros tiempos. Cosas de niños, ya sabes...

- Y no tan niños- digo a modo de venganza- Porque le has sacado buen partido hasta que has estado crecidito.

- No me intentes clavar el aguijón escorpiona...A lo que vamos, que cojas a tu novio y te lo lloves al lago que se merece una alegría el pobre.

Puedo ver como Gabriel se siente igual de incómodo que yo. Quizás más porque, al fin y al cabo, yo estoy lidiando con mi familia pero para el son unos completos desconocidos a los que les estamos metiendo la mayor trola de la historia.

- Estaría bien que me enseñases ese lago.- le oigo decir a Gabriel- Si tanto insisten será que vale la pena...

Me sonrío. Creo que lo ha propuesto para que mi familia deje de atosigarme. Su expresión me hace sentir muchas cosas. Me hace sentir tranquilidad, la sensación de que todo estará bien a su lado, me hace sentir confianza... Recuerdo que fue justo lo que me hizo enamorarme de Tom. Sentirme tranquila y protegida a su lado. Creer que todo saldría bien mientras estuviese mi lado. Si algo sé ahora es que las cosas no son para siempre.

Nos dirigimos hacia el puñetero lago por el camino que sale de la parte trasera del jardín. Lo he recorrido infinidad de veces. En algunas ocasiones sola, huyendo de todos y de todo, utilizándolo como un refugio secreto donde nadie consiguiese llegar a mí, donde nada me perturbase. En otras, acompañada de Laura, mi fiel y leal amiga, mi binomio, allí nos sentíamos tranquilas y despreocupadas. Desde allí creíamos que podríamos comernos el mundo y a todos los que habían hecho de él un lugar menos bonito. A veces nos encontrábamos allí a Arturo, acompañado de alguno de sus numerosos ligues, lo espiábamos a escondidas y nos burlábamos de él y de las tonterías que era capaz de decir para morrearse con cualquiera. Lo cierto es que Lena se pasó enamorada de mi hermano casi toda su adolescencia. No sabría situar en el tiempo el momento en el que se le paso. Supongo que fue cuando apareció Javi su futuro marido.

- Es increíble que tengáis un sitio así dentro de casa.

Gabriel camina a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos y la capucha al filo de la cabeza. Lleva el pelo totalmente despeinado, como de costumbre, aunque esta vez juraría que le hace falta un corte de pelo. Camina tan tranquilo, tan despreocupado, tan Gabriel... Arrebatadoramente guapo hasta hacer daño a la vista. Menuda paradoja.

- Es como vivir dentro de Central Park.- contesto algo nerviosa aunque no sé muy bien por qué.

Mirándole así, bajo la luna llena y con un cielo repleto de estrellas, empiezo a comprender qué es lo que le hace tan especial. Qué es lo que consiguió que perdiese la razón y la voluntad frente a él. Me da la sensación de que Gabriel es un Peter Pan, una de esas personas que serán jóvenes eternamente. No importa los años que pasen, el tiempo no existe para él, no me lo imagino de ninguna otra manera a como es ahora... tan distinto de la gente... Me encantaría poder mirar a la vida de frente, como siempre lo hace él, y ser capaz de vivirla sin importar el pasado, ni el presente, ni mucho menos el futuro. Como si tuviera todo el tiempo del mundo y nada importase en absoluto.

- ¿En qué piensas?- me dice sorprendiéndome inmersa en mis propios pensamientos.

Me encojo de hombros porque ni de lejos podría contarle en qué pienso.

- En que se ha quedado una noche muy bonita.

Reímos. Es una excusa malísima que guarda un claro “a ti te lo voy a contar”... Dios me derrite cuando sonrío. Es imposible que exista una persona tan jodidamente perfecta en el mundo. Una persona que solo con reírse paraliza mi existencia. Empiezo a darme cuenta de lo peligroso que es el poder que tiene Gabriel... Las personas deberíamos ser capaces de, llegados a este punto, ser capaces de decidir si queremos enamorarnos locamente y volvernos totalmente sumisos ante la otra persona o elegir que no queremos jodernos la vida así y ser capaces de cambiar de acera. Pero no. Cuando nos enamoramos perdemos la capacidad de razonar, y sobre todo de elegir, estamos perdidos y debemos aceptar que desde ese momento solo el corazón manda. Y creedme, el corazón no suele tomar las mejores decisiones.

- Ahora mismo me siento feliz por estar aquí.- me dice.

- ¿Ahora mismo? Eso significa que antes no...

- Bueno, puede que antes estuviese un poco... ¿cómo se dice? Acojonado. Pero arrepentido nunca.- ríe.

- ¿Y por qué es ahora cuando te sientes feliz?

- ¿Por qué ahora? Pues porque esto es precioso, la noche esta preciosa, el cielo está estupendo y tú estás increíble.

Me mira y yo no estoy preparada para aguantarle la mirada a esos penetrantes ojos azules. Quiero aclarar que ante cualquier persona como Gabriel, un adonis, me hubiera sentido nerviosa por naturaleza. Pero si además mis sentimientos se disparan desbocados... ya no hay nada que hacer. Estoy muda, puede que incluso boquiabierta, no lo sé. El sonrío ante mi falta de palabras y mira hacia el frente. Hemos llegado al lago. Mi padre tenía razón está precioso con el reflejo de la luna y el manto de estrellas. ¿Por qué no podrían ser cómo este todos los momentos de la vida?

- ¿Sabes qué siento cuando veo esto?- pregunto casi sin darme cuenta.

- ¿Qué?

- Que nada importa. Que el mundo es precioso y entero nuestro y que nada más importa.

- Y tienes razón...

- Pero luego llega el día y parece que la luz hace visibles todas las mierdas que nos rodean.

Gabriel no contesta puede que esté tan magnetizado como yo por el embrujo de lo que tenemos ante los ojos.

- Cuando era pequeña venía huyendo hasta aquí.

- ¿De que huías?

- De la gente como tu principalmente y de mi familia, de mi familia también- digo como acabándolo de descubrir.

- Creo que yo no soy como piensas. Te lo he dicho muchas veces.

- Vale – digo sentándome junto a la orilla- Pues cuéntame cosas de ti.

- Si quieres...- contesta sentándose a mi lado- Era una noche lluviosa de enero...

- ¡Idiota!- me quejo pegándole un manotazo en el brazo.

- Creía que querías que empezase desde el principio. Bueno, rebobinemos un poco... Pues yo era un niño muy normalito y muy tristón. Era muy bajito así que no llamaba mucho la atención y, además, era muy reservado. Por eso no tenía demasiados amigos pero es que además lo que no tenía era tiempo para tenerlos.

Le escucho, impasible, con el mismo interés que quién descubre el secreto mejor guardado de la historia. Porque eso era Gabriel para mi; el secreto mejor guardado de la historia.

- Pasaba diez horas al día en clase y después de eso dedicaba otras tres a actividades extra escolares.

- ¿Y los fines de semana?

- Mas actividades y socialización.para mis padres relacionarse con los demás, y estar bien posicionados, era tan importante como una buena formación.

- Tú estudiabas por obligación y yo por devoción...

- Tú querías ocupar tu tiempo libre pero yo ni si quiera sabia lo que era eso. El caso es que no tenía amigos. Compañeros muchos, pero amigos ninguno. Las amistades de verdad llegaron después, en la universidad, una de ellas fue Lexi.

La rubia tetona y despampanante que fue a buscarlo a la oficina.

- ¿Por qué crees que lo tuyo con Lexy no ha funcionado?

Se queda pensativo, con las estrellas reflejadas en sus pupilas y yo me quedo pensando que la

respuesta ideal sería “porque no eras tú...”

- Supongo que porque el corazón es como es. Caprichoso, consentido y mal criado... aunque la cabeza le diga que una cosa es lo mejor, o lo más conveniente, él siempre hace lo que quiere. Mi corazón ha estado esperando a que llegase algo que lo impactase de verdad. Algo que lo hiciese despertar y sin palabras.

- Es muy especial tu corazón- digo en un susurro.

- Es tan especial como aquello que lo hace latir.

Nadie en este puñetero mundo me puede decir que no era el momento ideal y perfecto. Nadie. El lago, la luna reflejándose como en un espejo, el puto Gabriel más guapo que nunca y yo con la baba cayendo como a una idiota. Era perfecto y por eso no podéis echarme las culpas de nada de lo que pasó.

El embrujo de la luna se apodero de mí y, como si fuese un muñeco teledirigido dejé de tener control sobre mi mente y sobre mi cuerpo. Me coloqué frente a él, a horcajadas, le agarré la cara y le bese. Besé a Gabriel. Le bese son todo mis ganas y pude sentir, perfectamente, como mi corazón daba un vuelco, sentí como todos los pelos de mi cuerpo se erizaban. Al principio recibió el beso con sorpresa pero no tardó demasiado en devolvérmelo. Me agarró de la cintura y, de un solo movimiento, me sentó sobre sus piernas. Lo di todo en ese beso. Un beso que llevaba meses luchando por salir, por ver La Luz, y que lo inundó todo en una noche tan mágica.

No pasó nada más. Nos estuvimos besando tanto tiempo que perdí la cuenta pero no hubo más. Una infinidad de caricias y de sentimientos a los que aun no he bautizado pero no hubo sexo porque hasta una inconsciente como yo tiene momentos d elucides.

Esa noche, la más mágica de mi vida hasta el momento, llegué a mi antigua habitación me coloqué mis cascos I9 y puse mi canción favorita en modo repetición.” Jóvenes Eternamente”

Para tranquilidad de muchas os diré que Gabriel no durmió en el suelo.



CAPITULO 30: EL PRINCIPIO DE NUESTRO

FINAL

Me despierto sobresaltado en mitad de la noche. Por un momento estoy tan perdido que no sé donde me encuentro ni por qué. Tardo algunos segundos en salir de mi entumecimiento y encontrarme con la realidad. Laura está sentada en su escritorio con la linterna del móvil encendida. Cuando la veo, de espaldas, me vienen a la cabeza algunas imágenes del lago. Los besos desesperados, las caricias desmesuradas. Las ganas de todo o de nada según se mirase. La sensación de que nuestro tiempo era limitado debíamos aprovecharlo al máximo. Como todo lo bueno los besos se acabaron y con ellos tuvimos que volver a la realidad. Una realidad que, por lo visto, ninguno de los dos sabíamos como afrontar.

Es extraño esto del miedo porque según en qué etapa de tu vida te encuentres hay distintas percepciones y distintas formas de sentirlo. Yo, ahora mismo, me encontraba en un momento de mi vida en el que el futuro no me hacía sentir ningún miedo y sin embargo el amor me aterraba. Curioso, ¿verdad?

Al incorporarme en la cama el colchón emite un leve quejido que hace que Laura se voltee sobresaltada.

- Dios mío Gabriel- susurra- Que susto me has dado.

- Lo siento, no pretendía asustarte pero desvelé.
- ¿Te he despertado con La Luz? Perdóname – se disculpa mientras la apaga.
- No, no, tranquila. Creo que tuve algún tipo de mal sueño.

Siento el sudor corriendo por mi cuerpo. No hace calor, en realidad es una noche bastante fresca, así que no estoy seguro de si sudo por el sueño o si sudo por los nervios de mirar de frente a la persona a la que hace un rato me comía a besos. Literalmente.

- ¿Qué haces? ¿No puedes dormir?- pregunto sin querer parecer demasiado entrometido.
- Supongo que no... Son demasiadas emociones. Mira- dice volviendo a la cama junto a mi- Son fotos de Lena y de mi cuando éramos unas niñas. Todavía no puedo creer que se case en un día...

En realidad yo tampoco podía creerlo y menos ahora después de los últimos acontecimientos. Pero ese era un tema que me había propuesto no sacar.

- Le toca crecer y madurar- digo poco seguro de mis palabras.
- Lena siempre ha sido muy madura. A veces parecía una madre encerrada en e cuerpo de una adolescente. Creo que ha sido mi voz de la conciencia, mi Pepito Grillo.
- ¿Tú crees? Porque tal y como yo os veo ahora diría que parece más bien lo contrario.

Laura arquea su ceja derecha. Es un gesto tan de ella que se ha convertido en un clásico entre nosotros. Entiendo su vacilación. Le falta tan información, que no puedo darle, que no va a ser capaz de comprender lo que le digo. Esta conversación no puede llegar a ningún puerto así que lo mejor sería dejarla contra antes.

- No es así. La prueba está en que ella va a casarse con su novio de toda la vida y yo aun no sé que hacer con la mía.

Lo dice despreocupada incluso con sorna y no parece la misma persona agobiada y sobreprotectora de siempre.

- Hay personas que se casan de repente, con alguien a quien acaban de conocer, y su amor dura para toda la vida- contesto encogiéndome de hombros.
- Pero no es lo mismo...
- ¿Por qué no? ¿Consideras que tiene más valor un matrimonio si es con tu pareja de toda la vida?
- No...pero es más bonito.
- Define bonito por favor- le pido riendo.
- No sé. No sabría explicarte- sonrío- Es más romántico cuando te casas con tu primer amor después de estar durante años con él. Es como más real porque ya os conocéis y habéis pasado por todas las etapas posibles. Es raro que falle un matrimonio en estos casos porque ya está todo visto y comprobado.

La observo dubitativo porque me parece una visión de a vida demasiado arcaica y pobre para alguien como ella.

- No estoy nada de acuerdo contigo. En primer lugar, considero que nunca se acaba de conocer a las personas- creo que lo he comprobado de sobra en este viaje- Y en segundo lugar, hay amores más puros y más reales que suceden en minutos, días, semanas o meses...El tiempo no incrementa el amor ni lo hace más real.

- Yo no he dicho exactamente eso...

- Es más, hay parejas que se casan después de, como tu dices, toda una vida juntos y ya ni si quiera lo hacen por amor si no porque creen que es lo que toca y lo que deben hacer.

Me mira un poco sorprendida. Creo que es por la efusividad inesperada que he puesto en el tema. Yo tampoco me lo esperaba, la verdad, en cualquier otro momento el tema del matrimonio me hubiera importado poco. Pero es que creo que cuando Laura habla del amor y del matrimonio en parte también se está refiriendo al tema de las parejas y su visión es muy desproporcionada.

- No sabía que estabas tan puesto en el matrimonio- ríe- Y eso que no se te conoce pareja aún.

- Ya te dije que soy bastante selectivo- intento sonar igual de despreocupado que ella- Espero a la chica correcta. Bueno, más bien espero a que ella se de cuenta de que lo es.

Veo un nuevo brillo en sus ojos. ¿Ilusión?, ¿Sorpresa?, ¿Emoción?... ¿O todo lo contrario? Nunca sé como comportarme con Laura porque sus reacciones son siempre distintas. Ella no se guía por un patrón, si hay algo que la define es “complicada”.

- ¿No tienes hambre? Yo tengo un poco – dice mientras se levanta de la cama y se calza las zapatillas- Bajo a la cocina a por algo de comer, ¿qué te traigo?

- Te acompaño...

Bajamos las escaleras en silencio. Ni hablamos, ni nos miramos, ni nada de nada. Más bien se podría decir que nos ignoramos. O que ella me ignora a mí. Nuestras manos se han rozado sin querer y he podido sentir como se tensaba y se separaba. No entiendo nada, lo admito, pero me lo esperaba y estoy preparado para todo. Sabía que nada de esto sería fácil. Sabía que era un desafío más bien. Estoy dispuesto a aguantar lo que tenga que aguantar.

Laura rebusca en la nevera y se hace con un par de Coca Colas y los restos del postre de la cena. Es una tarta de zanahoria que ninguno de los dos llegamos a probar porque andábamos demasiado ocupados probándonos a nosotros mismos. ¿Os ha pasado alguna vez qué creéis que si conseguís un beso, solo uno, la otra resonancia se dará cuenta de lo que siente? Pues no funciona, os lo digo ya.

- Muy buena la tarta- digo en un susurro con desgana.

- Es mi favorita. A. mi madre le sale muy bien. Yo no soy capaz de hacer dulces.

- No todas las personas valen para la repostería.

Creo que he sonado más rudo de lo que esperaba. Ella se ha dado cuenta porque mira un poco

sorprendida pero no dice nada y sigue comiéndose su postre. Admito que es la decepción la que habla por mí porque después de creer que había habido un acercamiento entre ambos empezaba a cambiar de opinión con bastante rapidez.

- Gabriel- me llama. Levantó la cabeza y la encuentro mirándome a los ojos. Ha soltado la cuchara- Creo que nunca te he explicado lo que ha supuesto tu llegada a mi vida.

Hace una pausa pero yo no digo nada. Me quedo callado esperando a que continúe.

- Ya sabes que te conocí cuando atravesaba una mala racha. Cuando más vulnerable podía ser. Llegaste con tu energía arrolladora y me volviste loca. Pero loca de verdad- añade sonriendo- Nunca fui consciente de como nos fuimos acercando. Nunca consigo recordar como he llegado hasta aquí. ¿Has escuchado la canción “Lo que no ves”?

Niego con la cabeza.

- Vale, es normal, pues es una canción que cuando la oigo me recuerda a ti. No sé por qué pero me hace pensar en ti. Creo que es porque tu me has enseñado que hay más formas de vivir la vida, que todo no es como yo creo verlo, porque las apariencias engañan, y...- duda, hay algo que calla y que no quiere decirme- El caso es que quiero que sepas que no me eres indiferente. Has removido cuyos sentimientos y has sembrado el caos en mi vida Gabriel. Desde que llegaste soy un mar de dudas y no tengo nada claro más que una cosa...

- ¿Cuál?- pregunto con insistencia

- Solo tengo claro que llegaste en un momento tan delicado que no quisiera que fueras solo una confusión. ¿M en entienes Gabriel?

La entendía. La entiendo tan bien que no sabéis como duele. Es la primera vez que siento esa presión cayendo sobre mi pecho, la falta de aire y la necesidad de correr, lejos, muy lejos de allí.

- Gabriel dime algo. Solo quiero que entiendas que eres importante para mi y que eres muy especial pero no quiero arrepentirme de nada.

Eres especial... eres importante para mi... frases hechas que había utilizado infinidad de veces pero que, con franqueza, nunca me habían dicho a mi. Aquello parecía tener un final bastante claro la verdad. Laura mareaba el tema porque le faltaba valentía para plantarme pero las cosas estaban muy claras.

- ¿Gabriel?

Seguía mirando la mesa, absorto en mis pensamientos, y no es que no la escuchara, porque la estaba escuchando, es que no había nada que me apeteciera decir. El silencio era, sin duda, la mejor respuesta que podía darle. No, no tenía nada que decir.

- No tenía que haberte dicho nada- la oido- Pero pensaba que preferirías que fuera sincera. No quiero confundir a nadie y mucho menos a ti pero tampoco quería que te enfadases ni nada. Es que...

Doy un golpe sobre la mesa, inconscientemente, y hago que las cucharillas salten por los aires. Laura se calla, sobresaltada, y me mira con los ojos abiertos de par en par.

Los besos en el lago no habían tenido el efecto deseado, no, pero si todo aquello se iba a acabar aquí, si ya no iba a ver vuelta atrás, no quería quedarme con las ganas de nada. Me levanto, cruzo la distancia que nos separa y la levanto de su silla. Ella sigue tan sorprendida que se deja llevar sin oponer ninguna resistencia. La cojo en brazos, suerte que pesa poco porque yo soy un micajo, y me la llevo hasta su habitación.

La tumbo en la cama, un poco exhausto por el esfuerzo la verdad, y la miro desde arriba intentando armarme de valor para lo que estoy apunto de hacer. Algo que he hecho muchas veces, si ningún tipo de pudor ni preocupación, pero es que es la primera vez que lo hago por amor. La primera vez que me enamoro y van a darme calabazas. ¿Cómo se supera eso? Veo el iPod sobre su mesita de noche y le doy al play. Se que Laura siempre tiene sincronizada la misma Play List de Spotify, me lo ha dicho en varias ocasiones, así que dejo que suene y que la música envuelva toda la habitación. Es Give me Love, de Ed Sheeran y creo que es perfecta para el momento ya que expresa todo lo que siento. Sé que dije que pelearía y que aguantaría lo que tuviese que aguantar pero no se puede hacer nada cuando te topas contra un muro cerrado en el que no hay ningún puerta. Es como pelear solo contra nada o contra nadie.

Dejo que mis manos le acaricien el brazo con cuidado como si tocase el lienzo más caro del mundo. De su mano paso a su barriga, que se deja entrever por un lado de la camiseta, y lo siento, siento que su piel se eriza con mis caricias. Voy subiendo poco a poco. Primero paso por su ombligo y después continuo hasta llegar a la zona donde debería estar su sujetador pero no lo lleva puesto. Dudo, la verdad es que dudo, pero decido seguir echándole huevos al asunto y continúo subiendo hasta uno de sus pechos. Noto un pequeño respingo pero su cuerpo sigue reaccionando al contacto de mi mano. No ha dicho nada, no ha hecho nada para impedir lo que estaba apunto de pasar y entonces lo sé... Igual que yo he dejado de luchar contra mi cordura ella ha estado luchando contra sus instintos. Quiere engañarse, quiere hacerse creer que no pero sí. Lo que quiera que sea que yo estoy sintiendo lo está sintiendo ella también por mucho que quiera negarlo. Me pierdo en un beso lento, húmedo y desbocado con el que busco que comprenda todo lo que llevo por dentro, todo lo que me hace sentir. De repente noto un cambio en su comportamiento. Me aprieta con más fuerza, con una mano agarra mi cintura y la otra la pierde entre mi pelo. Empuja mi cabeza con fuerza hacia la suya y yo dejo escapar un gemido de placer y de felicidad.

Mientras sigue sonando la canción que dice “jugaremos a escondidas dame un poco de tiempo” y mientras nuestros cuerpos se dejan llevar, y sucumben al placer carnal con furia y con desesperación, yo tengo clarísimo que esto es un adiós y el principio de nuestro final

CAPITULO 31: DUDAS QUE ME LLENAN LA CABEZA



- Esta niña no me come nada- se queja mi madre- Tomate el Cola Cao, al menos, y deja ya de marearlo tanto. ¿Y qué son esas caras de funeral? Que estamos en vísperas de fiesta. Sonreíd que cuesta dinero.

Ataviada con su delantal de los desayunos prepara una fuente de tortitas mientras unas rebanadas de pan terminan de tostarse en la lumbre. Muy a mi pesar hoy toca desayuno familiar. Mi padre está absorto en su periódico matutino mientras mi hermano sigue enganchado al jueguito del móvil. Su mujer está en el jardín, fumándose un cigarro, perdida en algún lugar de su mente muy lejos de aquí. Como viven a cincuenta kilómetros de la zona se han quedado a pasar el día, y la noche, para poder llegar más descansados a la boda. Agradezco que esté tan calladito porque esta mañana no estoy para sus bromas. Las cosas están resultando raras con Gabriel. Desde que abrimos los ojos a primera hora de la mañana se masca tensión en el ambiente. vale no es para menos teniendo en cuenta que anoche nos empotramos como salvajes contra la pared, contra el escritorio y contra la cama. Me gustaría decir que me arrepiento el problema es que lo disfruté como una perra así que sería una enorme mentira. Quien a lo mejor se arrepiente es él que no me mira desde que salimos de la habitación y que además me evita. Está serio, distante y pensativo.

La verdad es que nunca le había visto así que yo recuerde.

- ¿Cuántas tortitas quieres cielo?

Mi madre está delante de mi con una bandeja repleta de mi desayuno favorito pero yo siento el estómago tan cerrado que niego con la cabeza.

- Llevo toda la mañana cocinando niña así que comete las puñeteras tortitas. Paco tu hija come cada día menos, esta cae enferma en cualquier momento.

- El amor mujer, que a esta edad ya sabes que se magnifica.

Asó son mis progenitores de los que hablan en tu puta cara como si no estuvieras delante y te hacen pasar la vergüenza.

- Vale échame dos- pido con resignación porque quiero que me dejen tranquila y cambien de tema.

- Gabriel prueba las tortitas verás que ricas están. No como las que comeréis allí que todo es industrial.

Siempre me ha hecho mucha gracia la manera en la que mi madre da por sentado las cosas. Cuando hablas con ella te das cuenta de que sabe de todo, o al menos eso es lo que ella piensa, y te lo cuenta con tal convicción que hasta te convence y todo. A mi me saca de quicio, lo admito, pero con la edad a empezado ha hacerme hasta gracia.

- Gracias Concha están muy buenas.

- No te las tienes que comer por compromiso- reniego.

- ¿Por qué dices eso?

- Porque tienes cara de estar comiendo sin ganas.

- Chiquilla deja al muchacho que el sabrá lo que quiere comer. ¿Qué mosca te ha picado esta mañana?

- Ninguna papa.

Y era verdad. No me había picado ninguna mosca sino algo con más veneno todavía y ahora estaba tan repleta de él que solo quería expulsarlo todo por la boca.

- Me parece que alguien se ha levantado esta mañana con la regla- ríe mi hermano.

- Tú cállate imbécil y sigue con tu jueguito.

Echo tanta espuma por la boca que he conseguido lo impensable, que mi hermano se quede callado y con cara de circunstancias.

Me levanto de la mesa, solo he conseguido comerme media tortita, y me marcho a mi habitación a buscar mi teléfono móvil. Puede que haber dejado a Gabriel solo con mi familia no haya sido lo más adecuado pero cuando pierdo los papeles también suelo perder la compostura. En realidad no tengo ni idea de qué es lo que me pasa. Supongo que ver como Gabriel se mantiene a cien metros

de mí me ha hervido la sangre y me ha hecho volver a pensar en todas las paranoias que inundaban mi cabeza al principio. ¿Y si después de haberse acostado conmigo se ha dado cuenta de que no soy lo que quiere? Seguramente sea eso. El muy cabrón ha probado el fruto prohibido y ahora no sabe como salir de esta. Pues se lo pensaba poner muy fácil. Como veréis tengo una facilidad pasmosa para calentarme hasta niveles máximos. Soy irascible.

Mando un SOS a Lena pero mis esperanzas de que conteste son prácticamente nulas porque debe de estar hasta arriba con toda la parafernalia de la boda.

Camino nerviosa por mi habitación. Había olvidado lo frustrante que era estar en casa. Empiezo a recordar por qué tuve tantas ganas de irme cuando se presentó la oportunidad. Siempre se echa de menos el lugar donde uno echa sus raíces, es cierto, pero yo no podía evitar sentirme en una caja de zapatos, incapaz de empezar de cero, pequeña, inadaptada... Y las continuas intromisiones de mis padres, sus consejos gratuitos, y el control al que someten todo lo que creen de su pertenencia, pudieron conmigo entonces y puede conmigo ahora.

Un mensaje de whatsapp suena en mi teléfono móvil. Lo miro con urgencia, para mi sorpresa es de Lena. Me dice que podemos vernos en la casa del lago así que no me lo pienso dos veces y corro hacía. No quiero que me vean salir así que me escapo por la puerta delantera y bordeo la casa. El camino es más largo pero no puedo cruzar el jardín porque mi familia sigue sentada a la mesa. Seguramente estarán hablándole a Gabriel de lo irascible que soy y lo rápido que se me pasan las pataletas. Son tan obvios que me enfurezco todavía más.

Tardo unos dieciocho minutos en llegar, si lo he contado, y mi amiga ya me espera sentada sobre un tronco caído que lleva años haciendo las veces de banco. No me había parado a pensar hasta ahora en qué hacía Lena por aquí y por qué nos vemos en este lugar. Si lo piensas no tiene sentido porque ella vive a unos cuantos kilómetros de aquí y si venía a verme podíamos haber quedado en mi casa. No me da tiempo a reaccionar cuando la tengo colgada de mi cuello.

- ¡Amiga! – Exclama con efusividad- hacía años que no nos veíamos aquí para solucionar el mundo.

- Y que lo digas. ¿Cuatro? ¿Cinco?- pregunto me siento donde ella lo hacía antes.

- Más o menos. Y ahora míranos... tu eres la extranjera que vuelve a casa por navidad y yo me voy a casar.

Parece absurdo pero he estado tan absorta en mí, y mi historia con Gabriel, que ni si quiera me he parado ni un solo minuto a reflexionar sobre la felicidad de mi amiga. ¿Se sentirá afortunada realmente con esta boda? Hay algo en la expresión de su cara que a veces me hace sentir que esto no es lo que quiere. Pero no podría ser.... Lena lleva años con su pareja, planeando este momento al milímetro... ¿O sí?

- Bueno, cuéntame eso tan urgente – me dice con una sonrisa- Aunque creo que de lo que me vas a hablar tiene nombre y empieza por G.

- Siempre has sabido todo de mí con solo mirarme- murmullo- Sin embargo yo nunca he sabido ser la amiga que te merecías. Por lo visto no hago nada bien.

- ¡OYE! ¿Pero a qué viene eso?

Me mira sorprendida por mi comentario, ¿cómo me va a entender si ni yo lo hago?

- Siento que lo hago todo mal Lena... Me precipito al agujero. Sin frenos y cuesta abajo.

- Siempre has sido muy dramática- dice sonriéndome- Pero nada es tan malo como parece. Vamos a ver, ya hemos hablado de esto, estás atravesando una situación complicada para cualquier persona. Tienes que tomar decisiones delicadas que implicaran ganar pero también perder a personas. Es normal que estés así.

- ¿Es normal que no sepa que carajos hacer con mi vida? ¿Es normal que cuando creo tener algo más o menos claro me doy cuenta de que he cambiado de opinión?

- Si – contesta con contundencia.

- Pues no lo entiendo. Creo que nunca voy a resolver este dilema. Nunca Lena.

- También es una opción. Hay situaciones que se resuelven solas y simplemente tienes que tener paciencia.

- Paciencia no me queda ya, imposible, y la cordura va flaqueando. ¿Sabes qué es lo peor? Que estoy tan confundida que empiezo a confundir a los demás.

Creo que no es buena idea ser del todo sincera. Hay cosas que es mejor no contar porque no quiero que mi mejor amiga piense mal de mí. Juré ser responsable, hasta donde las posibilidades me lo permitiesen, pero está claro que acostarme con Gabriel mientras sigo en una relación con Tom no ha sido nada responsable.

- Después de la conversación que tuvimos hablé con Gabriel y hasta me sentí orgullosa de mi misma porque creía haber sido clara con él. Pero ahora que le veo mantener las distancias estoy enrabiada. Me hierve la sangre, te lo juro.

- También es lógico. Tienes dudas y eso se trasmite a los demás. Pero las dudas no son malas, todos las tenemos, las dudas implican que le das importancia a las cosas y no te estancas ni te conformas.

Hago un balance rápido de lo que es el caos de mi vida desde el último mes. Si hay algo que podría resumirlo son dudas. Dudas penetrándome por todos los poros de piel. Dudas perturbando mis sueños y haciendo un poco más grises mis mañanas. Malditas dudas y maldita yo por no tener lo que hay que tener para dar un paso al frente.

- Te digo una cosa Laura- oigo que me dice mi amiga- Te crees la peor persona del mundo por estar actuando como estás actuando pero no hay nadie que no meta la pata en esta vida. Ni la más perfecta Laura, ¿me oyes? Y todos, absolutamente todos, nos dejamos llevar por nuestros instintos.

Pone tanto énfasis en cada palabra que cualquiera diría que estuviese tratando de decirme algo. La mira con detenimiento, la interrogo un poco con la mirada, pero ella sonríe e intenta quitarle hierro al asunto.

- Solo quiero que te des cuenta de que no hay nadie perfecto en esta vida amiga- añade pasándome un brazo sobre los hombros.

- ¿Ese es mi hermano?- pregunto con sorpresa.

Arturo esta caminando junto a la orilla del lago. Lleva el teléfono móvil en las manos, como de costumbre, y parece un poco distraído. Me parece extraño que mi hermano haya caminado hasta allí porque es raro verle alejado del televisor o de la taza del water. Además se ha vuelto tan vago que utiliza el coche para comprar el pan. Puede ser que esté huyendo de si padres, en eso nadie le entendería mejor yo, incluso de su mujer que siempre parece estar corrigiendo todo lo que hace. Me levanto para acercarme a él porque todavía no nos ha visto y es cuando estoy a pocos metros de él cuando levanta la cabeza y arquea una ceja.

- ¿Laura? ¿Qué haces aquí?

- Eso mismo iba a preguntarte yo. Estoy con Lena recordando viejos tiempos. ¿Qué excusa tienes tú?

- La misma supongo...- contesta pensativo.

- Dime la verdad, no soy tonta- mi hermano cambia la expresión de su cara y pasa de la sorpresa a la duda en menos de un segundo – Estás escapando de los viejos, ¿verdad?

- Me conoces bien hermanita- contesta relajando la expresión de la cara- están discutiendo sobre la comida y he salido de allí corriendo. Me sorprende que no estés con Gabriel, ¿cómo le dejas solo en esa casa de locos?

Me encojo de hombros. Me siento mal porque parece incluso que lo haya abandonado a su suerte pero como ya dije cuando me enfurruño me vuelvo poco ortodoxa.

- ¿Lo has visto por casa?

- Se subió a la habitación cuando te fuiste. Lena, ¿cómo van esos nervios?

- Controlados.

Mi amiga acaba de aparecer junto a mí. Hacía por lo menos diez años que no estábamos los tres juntos en este lugar. De repente es como si el tiempo no hubiese pasado. Hemos cambiado más bien poco, quizás Arturo tiene alguna cana de más, y un poco de tripa, pero nosotras seguimos igual que siempre.

- Qué recuerdos chicos. Parece que fuera ayer...

- ¿Os acordáis de aquel día que pasamos la noche en la caseta? – pregunta Lena.

Como no acordarme. Habíamos caminado hasta allí mientras hablábamos del pasado y del futuro y de cómo creíamos que nos comeríamos el mundo con los ojos cerrados. Empezó a llover a mares, una de esas tormentas traicioneras que caían en Madrid sin avisar. Tuvimos que refugiarnos dentro de la caseta, que llevaba toda la vida abandonada y que casi habíamos hecho nuestra, con la esperanza de que amainara pronto para poder volver.

- Llovió tanto que el camino parecía unas putas arenas movedizas. Tuvimos que pasar la noche en esa mierda de caseta ponzoñosa.

- Bueno Arturo pero ni tan mal... Que nos bebimos unas botellas de vino que encontramos por

ahí tiradas.- le interrumpe Lena.

- Vino o vete a saber lo que era. Menuda cogorza cogisteis creo que ese alcohol estaba adulterado.
- Mi hermana la mojigata que se negaba a probar una gota de alcohol. Espero que ya te hayas desvirgado con tu primera copa.
- Si, me he descargado con eso y con otras cosas.
- ¡Ala!- exclama Lena ante mi atrevimiento- Desde luego hay cosas que no cambiaran nunca. Como vuestros piques por ejemplo.
- ¿Y qué sería la vida sin poder meterte un poco con tu hermana pequeña Elena? Tú es que eres hija única pero aquí está Arturito para darte caña rubia.
- Que tonto eres de verdad...

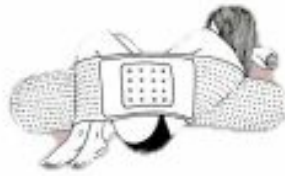
Un bip indica que alguno de nosotros se está quedando sin batería. Saco mi teléfono móvil, no he sido yo, pero tengo un mensaje de Tom preguntándome que tal el reencuentro con la familia. Un poco tarde para preocuparte querido.

- Joder me he quedado sin batería- se queja mi hermano.
- Justo como aquel día, ¿os acordáis? – ríe Lena.
- Como para olvidarme. No veas la bronca que me cayó de mi novia, la Susi, toda la noche con el móvil desconectado... me llovieron hostias por todas partes. Vamos que me dejé y todo.
- Normal con la fama que tenías... Esperemos que no te pase lo mismo ahora- le dice mi amiga con algo de malicia en la voz.
- Cuando estás casado no es tan sencillo rubia.

Me he quedado un poco ausente desde que he leído el mensaje de Tom. A inoportuno no le gana nadie. Supongo que este mensaje llega para ponerme más fáciles las cosas, entiéndase mi ironía. La realidad es que me da igual. Tom siempre ha sido mucho de palabra y poco de acciones. Ahora que lo pienso Gabriel es justo lo contrario porque nunca se le ha dado bien hablar pero actúa sin pensar en las consecuencias. ¿Qué te gusta más Laura? ¿La labia o la acción?

- Me vuelvo a casa chicos- digo un poco agobiada- Quiero ver que tal le va a Gabriel y disculparme por haberlo dejado solo.

Vuelvo a casa convencida de que ahora si que me ha ganado su odio. Le he dejado colgado lo he ignorado, cuando lo único que ha hecho es seguirme hasta otro país, seguir una mentira sin tener por qué y aguantar mis continuos cambios de idea. Nadie sería capaz de aguantar tanto. Yo no habría aguantado ni la mitad. Así que conforme llegaba a casa, ya podía vislumbrarla en la distancia, me iba convenciendo de que ya iba siendo hora de poner las cartas sobre la mesa y hacer mi elección.



CAPITULO 33: CUCHARADAS DE REALIDAD

Paseo por una avenida llena de cipreses y de otro árbol que no se diferenciar. Los han recortado de manera simétrica y parecen pequeñas pelotitas verdes. La zona está celosamente cuidada y no recuerdo haber visto ni un solo papel en el suelo. Entiendo por qué Laura quería vistas a Central Park. Es obvio que no llegan a parecerse demasiado pero es lo más semejante que podrías encontrar en Manhattan. Los árboles y el césped debían recordarle a su hogar. La majestuosidad y belleza del lugar nada tenía que envidiarle a nuestro mítico parque. Parece increíble que alguien que tiene la oportunidad de vivir rodeada de tanta paz decida empezar de cero en el polo opuesto. A diferencia de en la ciudad aquí no he visto ni un solo coche en los últimos quince minutos. Eso sería impensable allí de donde vengo como impensable es que yo esté caminando ahora mismo por estas calles.

Mi teléfono móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón. Es una llamada pero no puedo imaginar de quién. Mi madre a penas me manda un par de mensajes al mes para asegurarse de que sigo vivo y mi padre ni eso. Los amigos, los pocos que puedo contar, no son de hacer llamadas a las doce de la mañana.

- ¿Lexy? Que sorpresa no esperaba tu llamada- respondo con sombro.

- Espero que una sorpresa grata.

- Eso siempre.

Su voz es apagada y carece del entusiasmo que tanto la caracterizaba. Soy tan egoísta que ni si quiera me he parado a pensar en los daños colaterales de mis imprudencias.

- Quería saber qué tal estabas. Llevamos semanas sin vernos y no estoy acostumbrada. ¿Te molesto?

- Para nada solo estaba caminando un poco.

- ¿Caminando? ¿Qué bicho te ha picado?- hace el amago de reír pero no le sale.

No puedo contarle a Lexy la verdad. No puede saber que he perseguido a Laura hasta España en un intento desesperado por conseguir su reconocimiento, y su amor, y no puede saber que estoy pasando estos días en su casa con su familia. La destrozaría, lo sé, así que decido recurrir a la mentira piadosa. Es curioso como desde que Laura entró en mi vida me he convertido en un completo desconocido que no hace más que mentir y que arrollar todo lo que se pone en su camino. Curioso.

- He salido de viaje y ahora mismo recorro una apacible calle residencial repleta de arboles por el simple placer de la soledad- Intento sonar despreocupado y cercano.

- ¿Por placer?

- Por trabajo...

Siento un nudo en el estómago. Eso debe significar remordimiento quizás aun haya esperanzas para mí. Tengo la certeza de que no va a preguntarme si he viajado solo. Decir que es un viaje por trabajo deja la puerta abierta a la posibilidad de que Laura me haya acompañado y eso sería demasiada información para Lexy. Ella es más de dar rienda suelta a la imaginación que es mucho peor que conocer la verdad. Aunque en este caso está claro que no.

- Ya no te queda nada para terminar tus prácticas. Ni un mes.

- Cierto, no me había parado a pensarlo- y era verdad.- Y yo sin terminar mi proyecto. Cuando vuelva a casa tendré que ponerme con ello a full.

- ¿No piensas decirme de que trata?

- Lo siento cariño, secreto profesional, tendrás que leerlo como todo el mundo.

- Yo no soy todo el mundo.

Creo haber intuido una sonrisa con sus últimas palabras. Esa frase era mítica entre nosotros. Siempre que queríamos gozar de ciertos privilegios nos soltábamos un “yo no soy todo el mundo” Y solía funcionar porque acabamos teniendo sexo como salvajes y dejando en evidencia que, claramente, esos privilegios debían existir. Aquellos tiempos parecen estar tan lejos que me parece increíble. De repente siento la enorme necesidad de tener a Lexy aquí conmigo, de consolarme en su regazo y que me haga olvidar como siempre lo ha hecho. Es egoísta pero empiezo a cansarme de pensar siempre en los demás y salir escarmentado.

- Lo sé Lexy- me sincero- Tu nunca serás como los demás. Yo sí yo he resultado ser demasiado corriente y lo siento.

Silencio. Puedo intuir la multitud de pensamientos que recorrerán su mente. Puedo ver sus ojos azules vidriosos y los pucheros que hace con su boca y puedo intuirlos porque los he presenciado muchas veces. He hecho llorar a Lexy mucho, demasiado para mi gusto, y sin embargo siempre ha permanecido a mi lado impasible. Y yo, a pesar de saber la verdad, nunca he hecho nada para evitarlo porque el ser humano es así de ególatra.

- Cuando vuelva tenemos que hablar- digo, porque sé que ella no va a decir nada- Tenemos que aclarar todo esto porque de verdad te digo que no me deja vivir.

Un ruido al otro lado de la línea me confirma que sigue ahí, que me escucha, pero en seguida oigo el pitido que anuncia que han cortado la llamada. Demasiada información para alguien que está sufriendo por mi culpa pero necesitaba soltarlo todo. Hace rato que doy vueltas en círculos pero no me he dado cuenta hasta ahora. Tengo la manía de ausentarme de la realidad cuando hablo por teléfono y he llegado incluso a perderme en varias ocasiones. Espero que esta no sea una de ellas.

Miro a mí alrededor pero no reconozco demasiado. He llegado a una especie de plazuela donde hay varias tiendas y algo más de movimiento. He debido dejar la zona residencial atrás. ¿Tanto he andado? Busco un lugar donde sentarme mientras me debato entre llamar a Laura, que hasta ahora no era una opción, y encontrar otra solución que aun no se me había ocurrido así que me siento en el banco más cercano que encuentro.

Me entretengo con las redes sociales durante unos minutos. Abro Instagram y reviso las últimas publicaciones. No he actualizado desde hace semanas, posiblemente desde que todo esto empezó,

pero es que a travieso una etapa de mi vida que no quiero compartir públicamente la verdad. Laura en cambio si ha subido foto nueva hace unos minutos. Aparecen Lena, Arturo y ella en el lago. Están muy sonrientes la verdad. Arturo pasa un brazo por cada una de ellas y se puede apreciar la enorme complicidad que existe. Me siento fatal, odio estar escondiéndole algo así a Laura pero, sinceramente, no sé cómo gestionar lo que vi aquel día y creo que bastantes problemas tengo ya. Bastantes problemas tenemos todos en realidad.

Cuando levanto la mirada del móvil veo que alguien familiar está discutiendo con un hombre en la acera de enfrente. Es Lena y el hombre debe ser su futuro marido porque no le he visto en mi vida. Ella levanta las manos, hace aspavientos hacia todas partes, lo que me resulta chocante porque no encaja con la chica tranquila y delicada he conocido estos días. El está cruzado de brazos y tiene el ceño fruncido. Espero que no puedan verme desde donde estoy porque siento como si les estuviese espiando. Como si me inmiscuyese en algo que no es de mi incumbencia. Imagino que estarán discutiendo por la boda, se casan mañana por el amor de Dios, aunque también podría ser porque ella pasa más tiempo con Laura que con los preparativos o esa es la impresión que me da.

Siempre me pregunto por qué el ser humano es propenso a amargarse la vida. Por qué, aun siendo infelices, estamos dispuestos a tirar para adelante con decisiones como el matrimonio o los hijos. Nos han programado para dar pequeños pasos, en nuestras insípidas vidas, que nos hagan creer que avanzamos hacia una meta que no sé muy bien cual es y que conseguimos cumplir objetivos que no sé quién habrá establecido. Pero a mí me parece todo una farsa un postureo sin sentido que te lleva a cualquier parte menos a la felicidad. Y ojo que no estoy diciendo que no haya quién se case y sea feliz pero, lo siento, creo que son la minoría y que están en peligro de extinción. Desde luego si tengo algo claro es que no es el caso de esta pareja que discute con desesperación delante de mis narices. Seguramente el sienta la desesperación de creer que mañana se casa con una persona que es, en realidad, una total desconocida y que desaparece en los días que deberían ser los más felices de su vida. Si ahora, que deberían estar más unidos que nunca, se sientes lejos cómo será después. Ella seguramente sienta que mañana se aproximará a un abismo que le arrebatará el alma y la hará tremendamente infeliz. Entonces, ¿por qué siguen adelante con este sin sentido? Seguramente se quisieron. Seguramente se amaron con locura y esta desesperación que sienten antes fueron las ganas de comerse el uno al otro. Pero esos tiempos pasaron y solo son reflejos de una época feliz que ya no nunca volverá. Yo no creo en las segundas oportunidades. Yo soy de los que piensan que cuando se va el amor no vuelve. Por mucho que nos esforcemos en reavivar la llama, que una vez estuvo prendida, como mucho conseguiremos hacer humo pero ¿fuego? ...Nunca más.

Y tan absorto estoy en mis pensamientos que no me doy cuenta de que tengo a Lena pegada a mi estudiándome con la mirada.



CAPITULO 34: EN MI ESPACIO DE CONFORT

- Pues tu primero Me dice impasible.

Estoy más nerviosa de lo que esperaba, lo reconozco. El valor con el que había recargado para llegar hasta allí ha ido esfumándose, poco a poco, escapándose por cada poro de mi piel como si yo fuera un globo pinchado, defectuoso. El símil me viene de perlas porque, la realidad, es que así es como me siento. Defectuosa. Porque todo lo que consigo lo estropeo y porque todo lo que se acerca se acaba marchando. Creí que la edad, la experiencia y la madurez me ayudarían a evolucionar como un pokemon. A mutar en un ser superior con un chaleco anti sufrimiento y el poder de hacer que las malas emociones me resbalen. Pero no ha sido así. Y ahora aquí estoy, delante de un chico maravilloso que me ha vuelto loca en apenas un mes. Que me ha hecho sentir

como una Diosa y que me ha devuelto toda la ilusión que un día tuve entre mis manos pero que, como todo, había perdió. A punto de rechazarlo, de perderlo para siempre solo porque este no es nuestro momento o porque yo soy una cobarde de mierda. Añadamos esta nueva “virtud” a la lista.

- ¿Por qué yo? Protesto nerviosa.
- Porque es tu casa.
- Ah... buen argumento.

Me siento en los pies de la cama mientras me froto las rodillas. Lo cierto es que no sé por dónde empezar y tenía la esperanza de que si él empezaba primero podría guiar mis pasos. Además, lo último que necesitaba ahora es una nueva declaración de intenciones. Mi decisión era demasiado débil y a penas se sostenía por un escueto hilo invisible que amenazaba con romperse ante la mínima demostración de amor. Mi corazón seguía restregándole a mi cabeza la sospecha de que iba de farol y, esta, como para hacerse la digna se empeñaba en ser firme con su decisión de mierda.

Cojo aire, todo el que soy capaz para perder el tiempo y ver si así decide hablar el primero pero no surte efecto.

- Se me dan fatal estas cosas. No sé por dónde empezar...
- ¿Qué tal por el principio?- propone.

Noto en su mirada algo distinto a días atrás. No sé explicar con certeza qué es pero me doy cuenta en seguida. Es como si la persona que tengo delante fuera otra distinta, desconocida. Solía ver esa expresión bastante cuando algún inversionista, o cliente, cambiaba de parecer ante algún posible negocio. Es como un brillo que aparece en la mirada. Yo había aprendido a distinguir el brillo bueno, el de entusiasmo, del brillo malo, el que está a punto de joderte la vida. Con este no tenía ninguna duda me iba a joder.

- No es fácil...- comienzo a decir con titubeo. Gabriel se ha quedado de pie, apoyado en el lateral de la puerta guardando una distancia involuntaria que se notaba a la legua- ¿No quieres sentarte?
- Estoy bien gracias.

He intentado romper esa barrera, crear un acercamiento que relaje su expresión, porque lo cierto es que me pone aun más nerviosa. Mi cara comienza a ser un poema. No es lo que me esperaba cuando reproducía esta conversación en mi mente. Sigue mirándome, con los brazos cruzados sobre su pecho, esperando a que sea capaz de decir algo coherente.

- Pues quería hablarte de esto... digo formando un círculo imaginario con los dedos- Lo que hay ...

Sé que me estoy explicando cómo un libro cerrado y que Gabriel no está entendiendo nada porque ni yo misma me entiendo.

- A ver si consigo explicarme con claridad.- suelto una bocanada de aire intentando calmar mis nervios- Estos días hemos vivido tantos altibajos que no ha sido agradable para mí. Supongo que para ti tampoco... ¿verdad?
- No.

- Vale...Pues estamos de acuerdo en algo. El caso es que esto me ha llevado a recapacitar, mucho además, sobre nosotros y creo que... uf....- me revuelvo el pelo nerviosa como hago cada vez que afronto un problema chungo- Creo que lo que tenemos no funciona.

Espero una respuesta por su parte, más teniendo en cuenta que me ha costado la vida soltarle estas palabras, pero él no se inmuta. Su expresión sigue siendo la misma y lo único que hace es meter las manos en sus bolsillos.

- ¿Lo que tenemos? pregunta lentamente- No sabía que teníamos algo.

Me deja cortada la verdad. No solo por su contestación sino también por el tono que está utilizando. Iba a decir chulesco pero creo que más bien es indiferencia.

- Bueno Gabriel, nos hemos acostado... eso es algo.
- Algo esporádico. Lo planteas como una relación.

Levanto el labio superior mientras arrugo mi frente en un gesto que es algo así como una cara de estreñida. A priori pienso que me está vacilando, se quiere reír de mí, es eso, pero su gesto sigue siendo tan serio que no me cuadra en absoluto.

- ¿Entonces qué es según tú?
- No creo que haya que ponerle nombre contesta encogiéndose de hombros- Lo que ha pasado, ha pasado y ya está. No tienes que darle tanta importancia a las cosas.
- Tú estás de broma, ¿verdad?
- No
- ¿Entonces es que eres imbécil de nacimiento?
- ¿Hace falta que me insultes?
- Te insultas tú solo diciéndome esas gilipolleces... Si hasta hace media hora parecías un corderito descarrilado.
- ¿Entonces es eso?
- ¿Qué?- pregunto con exasperación.

- Disfrutas teniendo a las personas detrás de ti. ¿Te hace sentir especial o algo así? ¿O es que viene con el cargo?
- Pero qué hijo de... Sabía que no me equivocaba contigo... - admito con un sentimiento fallido en el estómago.

Me he puesto de pie mientras le daba la espalda. Observo por la ventana como la brisa menea las copas de los árboles. Intento calmarme por encima de todo porque perder la compostura no me hará si no sentir más desgraciada aun.

- Yo contigo sí. Yo contigo sí me equivoqué. – por su voz se que se ha acercado un poco más a mi pero no quiero verle el careto Creí que eras más valiente... más... Laura. Pero ya ves, todos nos equivocamos al final. Por eso tienes razón en algo. Todo esto que nunca llegó a ser debe terminar.

Me vuelvo rabiosa, con las aletas de la nariz completamente hinchadas. Es cierto que el resultado ha sido el mismo pero su actitud me revienta. Una cosa es que yo ponga punto y final a nuestros escauceos y otra muy distinta es que lo haga él. Al final es como si me estuviese dejando y no podía soportar que un becario niño y mal criado me dejase a mí en mi casa, en mi habitación... Solo faltaba eso.

- Pues muy bien. Suerte que no tenemos nada contesto poniendo énfasis de más en las últimas tres palabras- Si no fijate que mala suerte para ti. Qué bien que no cayera en tus... insinuaciones absurdas si no ahora tendríamos mucho más que lamentar.
- Si... qué suerte.
- ¿Y ahora qué? ¿Vamos a ignorarnos hasta que pase la boda?
- No sé si sigue siendo buena idea que me quede par la boda.
- ¿Qué? pregunto en un chillido – No se te ocurra hacer eso. No quiero montar un drama justo antes de la boda. Se lo prometí a Lena.

- No creo que sea un drama, hay cosas peores créeme, pero me da igual. Si quieres que me quede, me quedo.

El cabrón lo plantea todo de manera que parece que yo soy quien suplica su insignificante compañía y, lo cierto, es que así es. Pero no porque deseara tenerlo cerca, ni mucho menos, sino porque los dos nos hemos metido en la mierda hasta el cuello y ahora no iba a irse de rositas y dejarme a mí con todo este tinglado que él, no yo, había montado al seguirme hasta España como un puto acosador.

- Te recuerdo que tú fuiste quién me siguió hasta aquí como un loco. Por tu culpa mis padres se pensaron que eras Tom y por tu culpa se espera que vaya a esa boda acompañada. No me vas a dejar tirada. Ahora apechuga con lo que has hecho.

Me voy de la habitación para dejarlo con la palabra en la boca y así poder realizar una salida triunfal. Sin embargo, cuando llego al piso de abajo, me siento de todo menos triunfal. Se supone que esto es lo que quería, acabar con todo lo que no estaba bien, normalizar la situación, pero lejos de estar satisfecha me sentía traicionada. ¿Esperaba quizás un poco de drama por su parte? ¿Quería, en el fondo, que me pidiera cambiar de opinión? La mente humana es tan caprichosa que sorprende. También puede ser que la caprichosa sea yo. En cualquier caso, al mirar a Gabriel a los ojos, me quedaba clara una cosa Gabriel se había marchado para siempre.



CAPITULO 35: LAS CAJAS DEL DESVÁN Y LOS BOTOS

Para obtener grandes recompensas hacen falta grandes sacrificios. Eso decía mi padre. Y yo estaba a punto de comprobar, en mis propias carnes, la veracidad de esas palabras. Estoy decidido. La conversación con Lena y, los últimos acontecimientos, ha hecho que me vea obligado a despertar. Sé que he tomado la mejor decisión y, sin embargo, a pesar de las horas que han pasado desde nuestro final sigo sintiéndome perdido. La sensación en la boca del estómago es abrumadora pero lo importante es que he hecho lo que debía hacer. Por fin lo he comprendido. Las personas que viven calculando al milímetro cada instante, cada acción, que ante ponen lo que consideran correcto a sus propias emociones... esas personas jamás olvidan a su primer amor. Porque se sienten en deuda moral con ellos. Si me preguntas a mí te diré que esa historia está rota, es una falsa, porque las personas tan meticulosas una vez pasan el umbral de sus fronteras y mantienen un affaire con alguien, en este caso conmigo, no pueden recular a su zona de confort tan fácilmente. Laura está condenada a reventarse la cabeza sin parar. Concretamente cada vez que tenga a su novio delante. Laura no se olvidará de mí tan fácilmente pero yo si lo haré. Porque he tomado una decisión y voy a ser firme. Si en mi camino consigo que ella se crea feliz, genial, habré logrado parte de mi cometido.

Quedarme aquí un día más va a ser una historia de cuidado. Que sea firme en mis decisiones no quiere decir que sea de piedra y, claro, tenerla delante a cada instante va a ser duro. Por otro lado su familia no se merece que montemos una película ahora, un día antes de la boda, en eso Laura tiene razón. Maldigo el día en que me empeñé en hacer las prácticas en esa maldita revista. Jamás imaginé lo caro que me iba salir.

- Gabriel querido, ¿qué haces ahí tan solo? ¿Dónde está mi hija?

La madre de Laura se asoma a la habitación con un cesto de ropa en la mano. No sé dónde demonios está su hija porque, como siempre, se marchó de la habitación intentando tener la última palabra. Me encojo de hombros.

- ¿Sabes? Podrías ayudarme a subir unas cajas al desván. Mi marido me dice todos los días que lo hará pero... ya sabes cómo son estas cosas. Aunque tampoco me hace mucha

gracia que levante peso porque luego lo tengo una semana con lumbago quejándose como un bebé.

- Claro que le ayudo contesto levantándome de la cama y siguiéndola por el pasillo- Faltaría más.

Entramos en su habitación donde deja el cesto sobre la cama y me señala el pilón de cajas que hay bajo la ventana. Son de tamaño considerable y me preocupo porque no sé si podré con ellas. El padre de Laura es un toro pero yo, a su lado, soy peso pluma.

- ¿Estas son las cosillas que quiere subir al desván? pregunto compungido.
- Si. Ya ves que no es nada pero me harías un favor enorme porque esas cajas llevan ahí una eternidad. Suerte que ha llegado un muchacho joven y fuerte para ayudarme. - me dan ganas de mirar a mi alrededor en busca del muchacho fuerte – Con mi hijo no se puede contar en absoluto. No es que no venga, porque venir viene más que cuando vivía aquí, pero nunca lo encuentras quieto.

Se me tesan un poquito los músculos del cuello nada más oír hablar de Arturo.

- ¿Qué te pasa hijo? me pregunta al girarse y verme la cara de circunstancia- ¿Te ha dado un apretón?
- ¿Un apretón? No entiendo...
- Qué si tienes ganas de hacer caca.
- No...no... Estoy bien, gracias. añado mientras cojo la primera caja y marcho hacia al desván.

Todavía me sigue sorprendiendo la facilidad con la que hablan en este país de las necesidades fisiológicas menos gratas. Desde que estoy aquí me habrán preguntado una decena de veces si estoy estreñido. La mayoría Laura. A veces me lo pregunto a modo de ironía pero yo, que no estoy nada acostumbrado, me lo tomo en serio y me sorprende de que se interese por mi tránsito intestinal.

Subir los catorces escalones que nos separan del tejado se me hace cada vez más complicado pero quiero disimular porque mi umbría está en juego y quiero marcharme por la puerta grande. La mujer me mira agradecida y no imagina que, realmente, ahora sí que esté a punto de hacérmelo encima. No imagino que pueden contener esas cajas pero para mí que es plomo o cualquier otro material parecido. Cuando dejo caer la última de las cajas en el suelo calculo mal y desparramo su contenido por todas partes.

- Lo siento. Qué torpe soy me disculpo recogiendo alguna de esas cosas.
- No te preocupes majo. Son cosas de mi hija que me mandó tirar. Pero a mí me da pena, ¿sabes? Laura no entiende que no está bien borrar el pasado aunque creamos que el futuro es mejor. Los recuerdos son recuerdos, parte de nosotros mismos, nos guste o no.

He recogido algunas fotografías que están arrugadas por el intento de hacerlas desaparecer. Son de Laura en su adolescencia, la mayoría son fotos familiares, y se puede apreciar un importante cambio en ella. Aparece en todas con el pelo suelto, una media melena enmarañada, y unas gafas bastante grandes para su rostro. Además me llama la atención que viste con ropa demasiado holgada, una o dos tallas más grande, y casi siempre con ropa deportiva. Se nota que todo lo hace para intentar ocultarse lo máximo posible. Pero en sus ojos sigo viendo a la misma persona de

ahora. Una chica introvertida, retraída pero ansiosa por comerse el mundo. Una persona con un brillo especial y una personalidad única que intenta esconderse de todos. Una mujer que nunca será para mí. Y no lo digo a modo posesivo que conste.

- Era igual de guapa que ahora y seguro que ya era especial.
- Siempre ha sido muy especial, ha destacado en muchos sentidos, yo creo que eso es lo que le ha hecho sentirse diferente toda la vida y forjar esa actitud introvertida. Si no hubiera sido por Elena... esa chica vino a su vida como un ángel caído del cielo y eso que se acercó a ella por mi Arturo, que le hacía tilín, pero al final mira congeniaron a las mil maravillas.

Una carraspera infernal se apoderó de mí y casi me ahogo. La madre de Laura se empeñó en traerme unos mentolados y en que tomara miel a lo largo del día porque, según ella, estaba incubando algo, antes de la boda, y no era plan.

Cuando Laura volvió a casa, no sé muy bien desde dónde, me encontró metido en la cama con bolsas de agua caliente en los pies y un plato de fruta en la mesita de noche. No hizo falta decir más para que supiese que era cosa de su madre. Debía de ser su habitual modus operandi.

- Ver sufrir a otro los desvaríos de mi madre es más gratificante de lo que imaginaba.
- Muy graciosa contesto apático.
- ¿Cuál es el diagnóstico?
- Cree que estoy incubando algo porque casi me ahogo con mi propia saliva. Supongo que también habrá influido mi aspecto endeble y mi característica piel pálida típica de los neoyorkinos.
- ¿Sabes que más del veintiséis por ciento de la población neoyorkina es de color y casi un veintisiete son hispanos, verdad? me pregunta con preponderancia.
- Si...
- Pues no asegures que la palidez es una característica de los neoyorquinos porque será más bien una característica de tu barrio chato.

A mí, en realidad, cuando Laura se pone en plan sabelotodo con esos aires de grandeza me pone. Pero como soy consecuente con la situación y sé que no es el momento me controlo y me lo guardo para mí.

La veo sentarse en el escritorio con una libreta y un lápiz de unicornios en la mano. La observo unos segundos sin mediar palabra y puedo apreciar que está algo agobiada. Sé en seguida que no es por mí ni por nada de lo que haya sucedido antes porque ella no es así.

- ¿Ocurre algo?

Suelta un interminable suspiro y se deja escurrir por la silla.

- Tengo que escribir un discurso para la boda y no tengo nada.
- ¿Nada? pregunto sorprendido.
- Cero... contesta mostrándome la hoja vacía.
- Eso es peor que lo del vestido, chica... - añado incorporándome un poco más en la cama.

Que dejara el vestido para última hora era algo que no me sorprendía nada teniendo en cuenta la personalidad de mi jefa pero esto... Creía que "hacer los deberes" era una prioridad en su vida y

el discurso para la boda de tu mejor amiga sin duda podía catalogarse como tal.

- Estoy bloqueada se queja- estoy como... ¡plof! ¿Sabes? Como si mi batería estuviese al límite de sus fuerzas y empezase a flaquear.
- Vamos que no estás inspirada.
- Exacto
- Es normal afirmo con seguridad. Ella me mira con perplejidad- Date cuenta de que no podemos escribir sobre algo que no entendemos. A mí me pasa siempre en mi trabajo.
- ¿Estás comparando esto con tu trabajo?
- Claro, es que es lo mismo. Tú y yo nos dedicamos a escribir, ¿no? A escribir sobre cosas que los demás quieren leer.

Aun duda, lo percibo, pero acaba asintiendo y dándome la razón.

- ¿Y sobre qué se supone que debo escribir pero no entiendo? - pregunta vacilante.
- Sobre el amor.- está a punto de protestar pero increíblemente se queda callada esperando a que defienda mi alegato- Esto no va de escribir sobre tu mejor amiga ni sobre relaciones de pareja, puede que de eso si entiendas algo, sino de escribir sobre el amor. El amor que dos personas debería procesarse para poder dar un paso tan importante en la vida. Atiende- digo mientras me levanto y deambulo por la habitación al más puro estilo shakesperiano- Apunta, apunta... Hoy estamos aquí reunidos para celebrar algo más que un matrimonio. Estamos aquí para celebrar el amor. Porque el amor nos da poder. El poder de ser capaces de pasar de la oscuridad a la luz. Quizás fuera el destino, el universo o la casualidad, llamadlo como queráis, pero se conocieron. Sin esperarse y, sin embargo, tan predestinados... Ella, mi Lena, mi mejor amiga, merecía a alguien que la amara con cada latido de su corazón. Alguien que contara sus lunares, los uniera y formara toda una constelación. Esta conexión que se ha forjado entre vosotros es tan especial que había que celebrarla de algún modo y aquí estamos. Porque si el universo supiera cuanto te quiero... sentiría vergüenza de ser tan pequeño... Si supiera cuanto la quiero.
- ¿Qué?- sus palabras me devuelven a la realidad.
- Has dicho “si el universo supiera cuanto te quiero...” pero en realidad habría que poner cuanto te quiere. A ella...
- Si claro... Un error gramatical, fallo mío. Aun me hago un lío con los artículos y los verbos. – finjo.

Laura escribe complacida cada una de las palabras que le he dedicado sin reparar en nada más. A mí como me gusta verla feliz me da igual que apuñale mi corazón sin compasión.

- Es increíble la buena labia que tienes. Se nota a lo que te quieres dedicar. Espero que tu trabajo de fin de prácticas sea igual de bueno.

Ella era mi trabajo de fin de práctica pero parece no acordarse. Reconozco que yo también lo tenía un poco olvidado, hacia semanas que no escribía nada y ni si quiera tenía claro, mucho menos ahora, el rumbo que tomaría la historia. Que sea capaz de confundir mis sentimientos con labia era el problema. Laura podía ser muy insensible aunque no lo hiciera a posta y eso creaba una barrera entre nosotros descomunal.

- Me alegro de que te haya gustado. Te cedo los derechos de autor digo mientras me apresuro a salir de la habitación.
- ¿A dónde vas?
- A darme una ducha

Me encierro en el baño y abro el agua caliente para llenar la bañera. Siento un vacío en mi interior que me agobia y no hay nada que odie más en el mundo que agobiarme. Unas lágrimas comienzan a brotar de mis ojos y siento rabia. Rabia por ser tan asquerosamente vulnerable.



CAPITULO 36: EL DÍA X.

¿Habéis estado inmersos alguna vez en el más absoluto caos? Esa era mi casa la mañana del día equis. A las siete ya estábamos en pie, aunque no recuerdo que Lena pegara ojo en toda la noche, con unas ojeras importantes peor cara que una mañana de resaca. La sensación era la misma, la de la resaca. Boca seca, estomago del revés, barriga suelta... Entré al baño tantas veces que andar se había convertido en un deporte de élite. En cambio la novia se levantó radiante. No dejó dormir a nadie pero qué bien lo disimuló la tía.

¿Un café Lena?

¿Estás loca? – me mira cómo si hubiera propuesto que se tomara una placenta para desayunar Cero caféinas. Me ha costado la vida llegar con este cutis hasta hoy.

Usted perdona “mileidi”... ¿Un tececito entonces?

Con sacarina.

Claroooo. Faltaría más.

No sé cómo serán el resto de novias del mundo en su día equis pero está parecía haberse reencarnado en la semilla del mal. No necesitaba dormir, ni comer ni beber y, para colmo, rebotaba energía por los cuatro costados mientras absorbía la nuestra. Lena había dormido en casa porque, según ella, era mucho más fotogénica que la suya. Así que mi cuarto se convirtió en el suyo y Gabriel y yo nos trasladamos al de invitados. Mi amiga pensaba que mi habitación

quedaría más personal en el reportaje fotográfico ya que había pasado la mitad de su vida en él. Así que destronada, y convertida en doncella, me armé de toda la paciencia que pude para afrontar lo que me quedaba por delante. Los chicos fueron más listos y se quitaron del medio nada más desayunar. Mis padres se los llevó a recorrer ferreterías, como a él le gustaba hacer los sábados por la mañana, y seguramente los arrastraría hasta alguno de los viveros de la zona para darles una divertida lección sobre las plantas de temporada. Gabriel lo iba a flipar.

Hablando de Gabriel, no habíamos cruzado más que un par de palabras en toda la noche. La situación era casi más incómoda que mi escozor de ano pero para mí era suficiente por hoy. No era el día más adecuado para intentar un acercamiento, de ninguna de las maneras.

- Muchacha espabila que parece que estuvieses drogada.

Mi madre reclama su sitio en la cocina y yo le estorbo porque me he quedado en la mitad meditabunda.

- Mama haz el favor... qué cualquiera que te oiga se va a pensar que es verdad que me drogo.
- Bueno hija tú puedes hacer con tu vida y con tus vicios lo que te dé la gana. Que ya sabes que tu padre y yo en nuestra juventud... añade mientras hace el gesto de fumarse un porrito con las manos. Pongo mis ojos en blanco- Además quién me podría escuchar, ¿Lena? Porque tu hombretón no está en casa.
- Te lo digo porque igual que me lo sueltas en la cocina me lo sueltas en cualquier parte. Y no es mi hombretón... Vaya calificativo más retrógrado.

¡Ay mi niña qué vocabulario más culto tiene leche! exclama mientras me estampa un beso en la cara que casi me echa cuatro dientes abajo.

¡Mama! Me vas a dejar mellada joder.

Llaman a la puerta y Lena baja por las escaleras de la misma manera que lo haría una estampida de Ñus. Temo por su vida porque, por un momento, creo que la que se queda mellada es ella de la hostia que se pega con el último escalón.

- ¿Estás bien?
- Sí, si, si, si...

La fotógrafa y la maquilladora han llegado y yo sé que es hora de que comience el show. No sé si estoy preparada o no pero es lo que toca y martirizarme con ello no me va a servir de nada. Si la mañana había empezado siendo un autentico caos el resto fue peor. La fotógrafa estaba aun más desquiciada que la novia. Con el rollo de lo que se llevaba era el factor sorpresa casi nos desnucan a la novia. Se empeñó en colocarla en la barandilla de la escalera con el traje colgando hacía abajo simulando lo que, según decía ella, era una cascada. Del peso casi perdemos a Lena en el intento. Por eso cuando propuso que se sentara en el alfeizar de la ventana mientras ella tomaba la instantánea desde el jardín me negué en rotundo. El peluquero no llegaba hasta las doce así que la maquilladora tomó las riendas para que la novia no saliera en todas las fotos con el mismo moño. Le soltó la melena, afirmando que era estilo casual, y la pobrecita mía parecía el autentico león de

los créditos de las películas.

- ¿Y si la peinamos un poquito por aquí? pregunté con cautela.
- No nena, que le matas la chispa, esto tiene que quedar natural afirmaba la chica mientras le hundía los dedos en el pelo- Así, así... con cuerpo y con estilo. Monísima churri. Sácale un par de fotos con este posado. Que parezca que no se da cuenta chiqui.

Ella disponía sin que nadie le hubiese dado vela en este entierro y yo, como dama de honor y puesto que no quería repercusiones futuras, intentaba interceder porque sabía que la que acabaría hundida cuando viera el reportaje sería Lena. Si es que le dije mil veces que buscara buenos profesionales pero ella se había empeñado en contar con personas de la infancia y este estaba siendo el resultado.

Intentaba quitarle un poquito de volumen a mi amiga pero la maquilladora me interceptaba cada movimiento. La tía tenía unos reflejos del demonio así que lamentándolo mucho Lena parecería un algodón de azúcar en todas las fotografías.

-¿Qué tal lo ves Laura? Yo creo que está saliendo todo muy bien, ¿verdad?- me pregunta emocionada.

- sí, si... Todo bien. Perfecto- Contesto poniendo mi mejor cara de póker.

- Eso pienso yo. Solo falta que llegue la peluquera y todo estará lista. Tienes que ayudarme a que me ponga el vestido que eres mi dama de honor.

Sabía que cuando viera a mi amiga con su vestido puesto mis emociones brotarían sin remedio alguno pero después de lo que llevaba visto esa mañana temía lo que la peluquera podría hacer con los pelos de Lena. Para mi tranquilidad me di cuenta de que había subestimado un poco la situación y al final no fue para tanto. El pelo podría haber estado mejor, si, pero al menos no le habían hecho ningún estropicio y, en ese momento, Lena brillaría con lo que fuera que llevara en el pelo. Así que cuando llegó el momento de colocarle el vestido lloré todo lo que se podía llorar y amenacé de muerte a la fotógrafa para que borrara todas las fotos en las que salía con cara de estreñida, haciendo pucheros o sonándome los mocos.

Al final resultó que lo peor del día no iba a ser la diarrea, ni el estrés, ni los agobios si no el momento de colocarme mi traje. Ese traje me lo había probado el día que Gabriel me lo mandó a casa y un día después para mandar una foto a Lena pero nada más. Así que cuando llegó mi hora me puse mis medias y mis tacones en ese orden, una manía que tengo de siempre, y me intenté meter el vestido pero para mi sorpresa no me entraba.

- Me cago en la puta de oros....

El que crea que ha experimentado el autentico miedo alguna vez se equivoca. Miedo es estar a una hora de la boda de tu mejor amiga, ser la dama de honor, y que no te entre el vestido. Lena había cambiado sus zapatos de novia, a última hora, para que hicieran juego con mi vestido. Había

modificado su ramo para que llevara mis colores... había mandado hacer una corona de flores para las damitas. Lena me iba a matar.

- ¡Mamaaaaaa!

Mi madre apareció por la habitación jadeando y con la cara desencajada.

- ¿Qué pasa chiquilla?

- No me entra el puñetero vestido mamá.

Dos lagrimones me resbalaron por las mejillas mientras mi pobre madre pasaba de la incredulidad al espanto.

- No...

- Sí.

- Ay hija... si es que te has hinchado a fabada y no puede ser.

- Mamá por favor te lo pido. Necesito soluciones. No eches más leña al árbol caído.

- Qué don de palabra tienes hija mía pongo mis ojos en blanco al borde de la locura- Vale, vale... tranquila. A ver dámelo y vemos qué puedo hacer.

Mi madre se lleva mi vestido dejándome a mí en la habitación haciendo pucheros. La situación es algo cómica porque voy muy bien peinada y maquillada, en ropa interior, con los ligeros, que Lena se empeñó en que llevara para que las medias no se cayeran, y los taconazos puestos. Un cromó. Aunque según cómo me mirara podía hasta parecer sexy. Doy unas cuantas vueltas frente al espejo y enseguida me vengo arriba y empiezo a posar, como una loba en celo, hasta que se abre la puerta.

- Mama ya era ho... enmudezco al instante cuando veo a Gabriel mirándome desde el umbral con la boca entreabierta- ¿Qué pasa? ¿Nunca has visto una mujer desnuda o qué?

Siempre que me siento en evidencia recurro a la autodefensa. Desde pequeña. Gabriel levanta sus manos en señal de paz y no puedo evitar arrepentirme por el tono de voz.

- Perdona me disculpo- Es que he tenido problemas con el vestido.

- ¿Qué le pasa?

- Es la cremallera me apresuro a mentir- Se atasca...

En mi defensa diré que hay algo de verdad en lo que digo.

- Ya... O sea que no te cierra, ¿no?

- Pero cómo te atreves... - Replico sin dar crédito.

- ¿Entonces si te entra?

Le perdono la vida con la mirada pero me vengo abajo en seguida porque mi historia hace aguas por donde quiera que la mire.

- Vaaaaale. No me entra. ¿Contento?

- ¿Y por qué iba a estar contento de que no te entre el vestido que te regalé?

- Porque la maldad corre por tus venas.

- Puede ser... pero no me alegraría de tirar a la basura un vestido de veinte mil dólares.

Se me corta la respiración ipso facto. Le escruto con la mirada para intentar averiguar si va de farol pero lo cierto es que parece muy convencido de lo que dice.

- ¿Me compraste un puñetero vestido de veinte mil dólares? Intento sonar tranquila pero sin resultados.

Asiente tranquilamente sin inmutarse.

- ¿Pero en qué cabeza cabe? Ese vestido vale más que mi coche.

- ¿Tienes coche? pregunta asombrado.

- ¡¿Y eso qué importa?! ¡Pues claro que tengo coche! ¡Pero aquí en España! sigo gritando aunque no sé muy bien por qué- Quién en su sano juicio me regalaría un traje de veinte mil dólares a mí. A mí que qué gusta comer como una cerda.

Gabriel ríe pero para en seguida en cuanto le fulmino con la mirada. Admito que la escena puede parecer algo cómica pero para mí se acaba el mundo.

- Tranquilízate. Esos vestidos vienen muy bien preparados para momentos como estos. Si tu madre entiende algo de costura lo arreglará.

- ¿Estás seguro?

- Absolutamente.

- ¿Entonces la jet set también engorda?

- Los que más - ríe.

Me siento en la cama resignada. La verdad es que me he quedado un poco más tranquila pero no acabaré de estarlo hasta que me embulla en ese maldito vestido y me vea recorriendo con él el pasillo de la iglesia. Hace rato que no veía a la novia por aquí, y lo agradecía, su familia había llegado y con total seguridad estarían haciéndose las fotos de rigor.

- ¿Has visto a Lena? - pregunto para cambiar de tema

- No.

- Está preciosa. Brilla con luz propia tal como escribiste en tu discurso.

- El tuyo querrás decir.

Sonrío complacida.

- Fue un detallazo, la verdad. Sobre todo después de lo que hablamos esa tarde.

- Descuida. Está todo bien.

Le miro otra vez. Intento encontrar en sus ojos el brillo que me indique que Gabriel sigue estando ahí. Porque el chico que ha estado conmigo estos últimos días desde luego no es el que conocí pero de momento sigo sin encontrarlo.

- Gracias por quedarte Gabriel y por acompañarme hoy.

- No hay de qué. Lo prometido es deuda. ¿Se dice así?
- Si - rio- Se dice así.
- Nunca he estado en una boda española y seguro que disfrutaré mucho. Como dicen por aquí “disfrutaré como una perra”
- ¡Aha...! ¿Quién te ha enseñado eso?
- Tu hermano.

- Como no... contesto con paciencia.

Mi madre irrumpe en la habitación a toda prisa con mi vestido en la mano. Por su cara sé que son buenas noticias.

- Vamos niña vístete que tienes que salir con la novia de casa.
- ¿Lo has arreglado? pregunto con felicidad.
- ¿Tú qué crees “mija”? – Desde que ve telenovelas mexicanas le ha dado por soltar algunas palabritas del dialecto para hacerse la interesante.
- ¡Eres un sol! - exclamo mientras me abalanzo para besar su mejilla.

El vestido me quedaba cómo un guante. No quise saber cómo ni por qué. Seguramente no debía agacharme con él en toda la noche, el riego de enseñar la raja del culo era grande, pero no me importaba porque a la hora planeada, puntual cómo un reloj, pude salir junto a Lena de casa de mis padres orgullosa de mi mejor amiga.



CAPITULO 37: EL DÍA X SEGUNDA PARTE

Nunca había asistido a una boda española pero se me parecía mucho a una de teatro mal dirigida en la que vas siempre a contra reloj para que los actores estén a tiempo en el escenario. Os lo juro, nunca había visto nada peor dirigido. Sobre todo yo que de donde vengo las cosas están muy bien planificadas y supervisadas por todo un regimiento de personas. Mi madre se había vuelto un hacha en la organización de eventos aunque, realmente, ella se limitaba a diseñar y otros organizaban y planificaban por ella pero aun así parecía ser una figura primordial para que todo saliera bien. Para que me entendáis, yo había tenido cumpleaños mejor organizados que la boda de Lena.

La novia había pasado la noche en casa porque, según me dijeron, le gustaba más para su reportaje fotográfico. No me preguntéis la razón, yo pensaba que lo importante era el valor sentimental de tu hogar, porque cuando yo se lo pregunté a Laura me acabó chillando como una loca diciéndome que no entendía nada. Desde por la mañana temprano la cosa se salió de madre. Donde fueras te encontrabas a la novia, su maquilladora, su fotógrafa y su mejor amiga a la que las fuerzas le flaqueaban y los nervios le podían. Más tarde llegó la familia para hacerse las fotos correspondientes y fingir que la casa era de ellos, claro. Y durante todo el tiempo yo los contemplaba sin dar crédito a lo que estaba a punto de suceder y sin imaginar, si quiera, que el ser humano podía llegar a ser tan autodestructivo.

Cuando la novia entró por la puerta de la Iglesia sonó una emotiva canción de esas que transforman los momentos en únicos. Estaba guapa. Muy guapa. Y un gusanillo me recorrió la tripa supongo que porque los momentos así acaban arrancando sentimientos sin remedio. Y allí estaba el novio. De pie, en el altar, esperando a la mujer de su vida... ¿Habéis visto ese punto de la película en la que un loco entra a toda prisa en la Iglesia para oponerse al matrimonio? Ese momento en el que lo paran todo para decir que el verdadero amor de la novia es él y entonces se besan y son felices para siempre. Bueno pues ese loco era yo. Pero sin lo de besarse y ser felices

para siempre porque, obviamente, yo no era esa persona pero la había. Y yo lo sabía. Y la culpa y la pena me corroían las entrañas (otra expresión que he aprendido aquí).

Cuando el cura les hizo la respectiva pregunta Lena se quedó demasiado pensativa. Los huevos se me volvieron a poner de corbata y el miedo me pudo.

- Laura...

Mi jefa estaba sentada al lado mío atenta de cada detalle que iba sucediendo. Me costó sacarla de su trance para que me prestase un poquito de atención.

- Laura...- Insistí en un tono algo más elevado.

Varias señoras me sisearon desde el asiento de atrás.

- ¿Qué quieres Gabriel?

- Tengo algo que decirte.

- Ahora no. ¿No ves qué no es buen momento?

- Es que no puede esperar- le insté.

- ¿Es que te estás cagando o qué?- las señoras de atrás volvieron a reprendernos algo más molestas- Lo siento.

- Creo que tendrías que saber que Lena...

Un aplauso generalizado interrumpió mis palabras justo a tiempo para no cagarla hasta límites extremos. La novia había dado el sí quiero. Se había hecho de rogar pero ahí estaba con el anillo en el dedo.

- ¿Qué me querías decir sobre Lena?

- Qué está guapísima.... ¿verdad?- improvisé.

Laura me miró con irritación. Tanta que temí que me arrancara la cabeza, allí mismo, como una mantis religiosa.

- A veces olvido el retraso que tienes.

El resto de la ceremonia fue totalmente normal excepto cuando mi falta de familiarización con tirar el arroz hizo que se lo metiera a Laura en el ojo pero ella no se dio cuenta de que había sido yo y, por cobarde, fingí que habían sido dos desconocidos que no corrían tanto peligro como yo.



Lena entró en la iglesia al ritmo del Canon in D, de Pachelbel, canción que yo misma había elegido para ella. Parecía muy tranquila, feliz, pero a mí los pelos se me pusieron como escarpas al primer paso. La acompañaba a uno de sus lados mientras su cuñada lo hacía al otro. Dos renacuajos, de unos siete u ocho años, llevaban su cola y una tercera iba soltando pétalos de rosa a nuestro paso. O lo que quedaba de esos pétalos porque se había dedicado a jugar con ellos mientras esperaban a la novia. Su futuro marido la aguardaba junto al altar con cara de total admiración. Algo que nunca creí ver en un hombre. Visto desde aquí, desde esta perspectiva, el discurso que Gabriel había escrito, para que yo lo leyera, comenzaba a cobrar mucho sentido. Aunque era un poco triste que esas palabras se le hubieran ocurrido a él, sin conocerlos de nada, y no a mí que soy su mejor amiga. Pero Lena me conoce. Con mis virtudes y con mis defectos. Y yo la conozco a ella. Entre nosotras no hay secretos somos como hermanas. Como almas que se complementan. Mientras le acompaño hacía su futuro me siento orgullosa de ella y de la mujer en la que se ha convertido. Incluso pienso en que es mi ejemplo a seguir. Yo no me imagino casada y tampoco soy capaz de intuir los pasos que seguirán mis pies. Soy un auténtico desastre ya lo sabéis. Y como también soy muy sincera, cuando hay que serlo, soy la primera que admite que no tengo remedio. Por eso quiero vivir este día como si fuera el mío. Porque no sé cuando volveré a verme en una de estas.

Cuando llegamos al final del pasillo me siento junto a Gabriel y la dejo que siga sola hacía el altar. Todo es tan perfecto que ni si quiera escucho a Gabriel cuando intenta decirme algo. Pero hago caso omiso porque solo tengo ojos para ella.

Todo fue como la seda. El cura se apiadó de nuestras almas y fue breve y escueto. El novio le dedicó unas palabras preciosísimas y derramó algunas lágrimas cuando le toco dar el sí quiero. Lena se puso algo más nerviosa, cosas del directo, y se trabó un poquito con el discurso además de tardar algunos segundos de más en dar el sí quiero. Pero es algo normal, si lo piensas, porque eres consciente de que vas a vivir este momento una sola vez en la vida y quieres recrearte en él. Se escuchó algún murmullo de más en la iglesia, son todos demasiado aprensivos y se alimentan del morbo, unos exagerados porque la cosa no fue nada del otro mundo.

A la salida De la Iglesia lo llenamos todo de arroz. Incluso mi ojo... me cayeron algunos granos en el ojo derecho y casi me quedo tuerta. De todo lo que me lloraba se me corrió el maquillaje y me cagué varias veces en mi estampa, que es una frase muy mía. Pero quitando ese pequeño incidente todo fue de maravillas.



CAPITULO 38: EL FINAL DEL DÍA X Y DE MI VIDA

Está resultando una noche perfecta. El salón que Lena ha elegido para el banquete es espectacular y el menú está de muerte pero Gabriel lleva callado toda la cena y eso me lo está jodiendo todo. Llevo días barajando la posibilidad de que realmente sea yo quién lo jode. Yo y nadie más. Porque por alguna extraña razón tengo el don de querer complicarme la vida. Si estoy con un hombre serio y formal y que me hace feliz me gusta pensar que no me presta la suficiente atención y que, definitivamente, no está enamorado de mí. Si conozco a un chico joven, repleto de vitalidad y optimismo, algo patoso y dicharachero que solo tiene ojos para mí me gusta pensar que guarda intenciones ocultas y viene a hacerme daño pero es que, al final, la que se hace daño soy yo alejando a todos los que me importan de mi lado.

Observo a Gabriel con atención. Estudio cada uno de sus movimientos aunque no sé por qué lo hago, la verdad. Come, observa a Lena con cara compungida y vuelve a comer. No he estado

nunca en una boda americana pero esta debe de darle tropecientos mil vueltas porque el chico está realmente emocionado. A penas conoce a Lena pero una ceremonia así remueve las entrañas de cualquiera. Mi cuñada, que está sentada a mi lado, me ha dado un golpecito con el codo para llamar mi atención. La miro y le sonrío con timidez porque estoy segura de que ella me ha estado observando a mí.

- Tierra llamando a Laura- dice imitando el sonido de un walkie talky.

- ¿Qué pasa? Estoy disfrutando de mi pescado- replico con una falsa protesta.

- De tu pescado y de lo que no es tu pescado bonita... Que llevas una hora mirando al americano embobadita perdida.

- ¡Anda ya! De eso nada.

- ¡No ni ná!- me contradice con una de esas expresiones que solo usa ella gracias a su profesor de español made in Sevilla.

Le dedico un mohín exagerado hasta el punto de que mi boca parece un buzón de correos. Mi madre, que siempre está en misa y replicando, no tarda en saltar desde el otro lado de la mesa.

- Niña, ¿qué te pasa? ¿es que te estás ahogando o qué?

- ¿Quién se está ahogando?- interviene mi padre.

- Nadie papá.

- Toma un poco de mi agua- ofrece Gabriel.

Yo, que veo esa agua como una pipa de la paz, la acepto y alargo el brazo para cogerla. En ese momento los novios se besan bajo una manta de aplausos, vítores y palabras obscenas referentes a lo que el novio tiene que hacerle a la novia cuando llegue a casa. La sociedad no cambiará jamás... Si supieran que es ella la que le hace el salto del tigre a él se meterían sus palabritas por

donde les cupieran. Mi hermano, que se ha soplado ya un par de botellas de vino, ha estado a punto de atragantarse, de verdad, y ha interceptado el vaso de agua antes que yo.

- ¡EEEEH!- protesto- ¿No tienes bastante con el vino?

- Laura, deja a tu hermano, ¿no ves qué se estaba ahogando?

- Creía que era yo la que se ahogaba primero.

- Laura que ya sois mayorcitos. No la montéis aquí.

- Deja a la niña hombre que me la tienes amargadita- protesta mi padre entre medias.

Y he aquí la historia de mi vida. Así había sido siempre desde que tengo uso de razón. Mi hermano chichándome, mi madre intermediando a su favor y mi padre defendiéndome. No habíamos cambiado nada en todos estos años.

- ¿Qué quieres tu agua? Pues tómalo.

- ¡Serás capullo!

Mi hermano me ha tirado a la cara el agua que quedaba en el culo del vaso. Suerte que el maquillaje es del bueno, del que resiste al agua y a los lagrimones de borracha con mal de amores, así que intento secarme con la servilleta delicadamente. El problema es que delicada no soy. La cosa empeora cuando mi madre se empeña en que la deje actuar a ella y al final acabo teniendo que ir al baño en busca de un espejo urgentemente.

Cuando voy de camino hacia la mesa, triunfante por haber sido capaz de disimular el cuadro que casi se dibuja en mi cara, me encuentro de frente con Gabriel.

- Hola...

- Hola, ¿estás bien?

- Si. Estupenda ya lo ves- contesto acercando mi cara que me vea de cerca- Ni una señal.

- Lo digo por ti u tu hermano.

- ¿Por lo del agua? Eso es lo más normal entre nosotros- hago un gesto con la mano para restarle importancia- Ya te acostumbraras.

En cuanto lo digo me doy cuenta de mis palabras e intento disimular nerviosa. Es obvio que sigo sin poder comportarme con normalidad delante de este chico. Pone una mano sobre mi hombro y eso lo empeora todo. Supongo que será una mezcla entre el alcohol que he consumido, y al que no estoy acostumbrada, y lo guapo que Gabriel está de traje pero en cuanto siento su mano en mi hombro una sensación muy familiar se despierta en mis partes bajas. No es normal en mí ponerme cachonda en mitad de un banquete repleto de gente y con toda mi familia cerca pero los instintos no se pueden controlar. ¡Yo qué sé!

- No se lo tengas en cuenta.

- Ya...- digo entrecortadamente- No se lo tengo en cuenta.

- Está nervioso.

- Lo sé, lo sé...

- Es un día difícil.

- Si...Espera, ¿qué? ¿Por qué iba a ser un día difícil para mi hermano?

Gabriel se encoje de hombros con su peculiar cara de no enterarse de nada. Le observo interrogante pero no acaba de decir nada. Tartamudea como una metralleta estropeada.

- Me he vuelto a hacer un lío con las palabras. Lo siento- dice al fin con cara de circunstancia.

- ¡Laura! Te buscan para tu discurso. ¡Vamos chiquilla!

Mi madre, que ha aparecido de la nada como alma que lleva el diablo, tira de mí atropelladamente hacia el escenario. De repente se hace el silencio y las luces me enfocan directamente. Me siento muy pequeña y algo cegada, la verdad. Pensé que esto estaría chupado para mí porque estoy acostumbrada a hablar en público. He dado miles de conferencias, he asistido a muchísimas reuniones donde me jugaba, literalmente, mi puesto y he tenido que dar alguna que otra charla a los cientos de empleados que están bajo mi mando. Esto era coser y cantar para mí y, sin embargo, no me salen las palabras. Comienza a sonar la canción Phograph, de Ed Sheeran, y yo maldigo al DJ aunque pronto recuerdo que fue idea mía que sonara esta canción en este momento. Muy acertado porque la pelota que me obstruye la garganta se acaba de hacer más grande. Tengo unos papelitos en la mano con todo escrito y las hojas han empezado a mojarse por el sudor de mis manos. Algún borracho gracioso ha gritado desde el fondo de la sala que arranque ya y mi hermano, que tiene el convencimiento de que conmigo solo se mete él, le ha gritado que a ver si le arrancaba la lengua pero a él. Dejo escapar una bocanada de aire y vacío los pulmones. Mis ojos se cruzan con los suyos en el trayecto hasta la hoja que sostengo entre mis manos. Me sonrío, me guiña un ojo y me dice que esté tranquila y lo consigue, consigue tranquilizarme.

- Mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas alguien me dijo que esto no iba de escribir sobre mi mejor amiga ni sobre su relación de pareja sino sobre el amor. El amor que dos personas deberían procesarse para poder dar un paso tan importante en la vida...

He sido firme, no me ha temblado la voz, he sido real y cercana, he sido delicada y, sobre todo he sido sincera. Cuando termino de pronunciar mi última palabra un aplauso general envuelve toda la sala. Me siento feliz y satisfecha pero sigo nerviosa. Al pronunciar el discurso que Gabriel escribió me he dado cuenta de que lo hizo para mí. Pero no para que yo lo leyera sino realmente lo escribió pensando en mí. Eran sus sentimientos y ahora subida a este escenario con esta canción de fondo y todo el mundo escuchándome había comprendido, por fin, lo que tanto había intentado explicarme. ¿Y sabéis que es lo peor de todo? Que yo sentía lo misma. Que conforme pronunciaba esas palabras y lo miraba a los ojos cada uno de los pelos, de mi piel, se erizaban a la vez me mis pulsaciones se aceleraban porque solo podía pensar en besarlo y abrazarlo por ese orden.

Intento bajar del escenario pero los novios me interceptan a medio camino para agradecerme mis palabras. Les escucho pero no los oigo. Mi atención está más allá. Intento trazar en mi cabeza el mejor camino para llegar hasta Gabriel lo antes posible. Su vuelo sale de madrugada y solo pensaba quedarse hasta este momento. Cuando por fin sorteo a los novios tropecientos invitados llenan la pista de baile como caballos desbocados. Me parece digno de estudio la transformación que sufrimos las personas cuando nos ponen música y una copa en la mano aunque sea de agua.

Gabriel está hablando con mis padres al fondo del recinto, junto a la puerta de salida, parece que despide de ellos. Mi madre le está soltando una retahíla de besos exagerados y, seguramente, su

discurso oficial sobre que coma mucho que está muy delgado y la delgadez no es sinónimo de salud. Cosas de madres.

- ¡Hermanitaaaa!- mi hermano me coge por la cintura y me obliga a bailar con él- Bailemos hermanita. Bailemos por el amor y por Lena y por el soplagaitas ese que nadie sabe cómo se llama.

- Arturo deberías dejar de beber.

Mi hermano me mira, sorprendido, y se acerca a mi oreja como si me fuera a hacer la mayor de las confesiones.

- A las bodas se viene a beber. ¡Qué vivan los novios!

Los invitados le corean y contestan con un enérgico “viva”. Aprovecho ese momento, en el que mi hermano levanta su copa de ginebra intentando no derramarla, para huir de sus garras. Estoy a punto de llegar hasta él. De hecho me ha visto pero cuando le he sonreído me ha contestado con cara de espanto. Estoy a punto de preguntarle qué demonios le pasa, o si es que ha visto uno en persona por aquí, cuando alguien me tapa los ojos.

- ¿En serio?- pregunto molesta- ¿Es que no me vais a dejar en paz esta noche?

Me arranco de las fauces del desconocido, o desconocida, y me doy la vuelta malhumorada pero la respiración se me corta de golpe. Si que era un demonio lo que había visto Gabriel. Quizás el mismísimo diablo en persona, con cara de infinita felicidad y una estúpida sonrisa dibujada en el rostro Tom me sonreía desde su metro ochenta, mientras me abría los brazos, y yo solo me quería mor



CAPITULO 39: EL FINAL DE MI CAOS

¿Os habéis sentido alguna vez profundamente perdidos? Pero tan perdidos que de repente ni si quiera sabes donde estás. El ritmo se te acelera y sientes un sudor frio en la nuca. Miras a tu alrededor y no reconoces el entorno pero es que ni si quiera te reconoces a ti. Pues eso es lo que me pasó a mi. De repente desperté y no sabía donde estaba. No diré que desperté de una pesadilla porque me parece demasiado exagerado pero un mal sueño si que fue.

Yo ya había visto a Tom mientras Laura se acercaba hacía mi con una sonrisa en la boca. Lo que venía a decirme siempre será un misterio y , además, ya no importa. Estuvo tan cerca... pero ese imbécil la interceptó justo a tiempo. Cuando ella se dio la vuelta y se cruzó con su mirada todo cambió. Mi mundo cambió. Y yo no quise quedarme para comprobarlo así que me di media vuelta y me marché. Mi vuelo salía en cuatro horas así que tenía tiempo de recoger mis cosas y tomar un taxi hacia el aeropuerto. Conforme lo iba planeando en mi cabeza más ansioso me sentía por estar dentro de ese avión y dejar atrás todo lo demás.

Crucé el vestíbulo deseando o encontrarme con nadie en el camino pero no tuve demasiada suerte y me topé de bruces con Arturo. Además literalmente porque nos chocamos y el cayó de espaldas sin remedio alguno.

- Arturo , ¿estás bien?

Que había bebido de más se intuía. No solo por su aspecto si no también por el olor a alcohol que desprendía. Tuve que ayudarle porque no podía incorporarse y cuando conseguí que se pusiera en pie amenazó con caer de nuevo.

- ¿Por qué no te sientas? propuse acercando una silla.
- Estoy bien, ¿vale?, pero voy a sentarme para no hacerte un feo.
- De acuerdo contesté mostrando las palmas de mis manos en señal de paz.
- ¿Dónde cojones ibas tú?

Las palabras se le atropellan y me cuesta bastante entender lo que dice pero más o menos lo consigo.

- ¿Te estás escapando? Es eso, ¿verdad? Te estás escabullendo y dejando a mi hermana tirada.

- ¿Escabu qué?
- ¡Escabullendo puto yanqui de mierda! Escapándote por la puerta de atrás como los cobardes.
- Yo no me estoy escapando de nada Arturo.
- Claro que sí. Porque los cobardes estáis acostumbrados a hacer eso. Os marcháis en cuanto os acojonais con las circunstancias. Estoy arto de los cobardes, de los oportunistas y de los gilipollas que no se enteran de nada. Yo no soy así. Yo doy la cara siempre. ¿Me oyes? SIEMPRE . Menos esta vez porque me lo ha pedido ella y yo con ella a muerte, ¿lo entiendes? ¡A MUERTE!
- Arturo para ya. Estás borracho y no sabes lo que dices y baja la voz porque te vas a arrepentir.

Yo no me arrepiento de nada hermano. No te equivoques dice meneándome el dedo índice delante de la cara- aquí se equivocan los demás. Ellos se equivocan. Y tu también por marcharte de aquí y dejar a mi hermanita.

- Tu no lo entiendes.
- Si ... si que lo entiendo amigo, si. Porque ha venido ese otro tío , el estirado, y tu te quitas del medio. Te rajas. – se ha levantado de la silla y meneas los brazos de manera grandilocuente como si representara una obra de teatro ¿Crees que a mi me habéis engañado o qué? Yo sé que no eres Tom... porque así es como se llama el novio, Tom, y no Gabriel como me habéis hecho creer. No. Además, que yo sigo a mi hermana en instagram y tu no eres el estirado ese, tu eres otro, la verdad es que no sé quién eres. ¿Quién eres?
- Soy Gabriel , Arturo, Gabriel. Todo es verdad, excepto que soy el novio de Laura, Laura es mi jefa si lo quieres saber y me ofrecí a venir con ella hasta aquí porque el imbécil de su novio la dejó tirada una vez más. ¿Pero sabes qué? Que me arrepiento. Me arrepiento muchísimo de lo inconsciente que he sido por eso me merezco marcharme así, como tu dices por la puerta de atrás.

Arturo se acerca hasta a mi y apoya su mano en mi hombro. El aliento es tan fuerte que casi me desmayo pero puedo ver en sus ojos, inyectados en alcohol, una desesperación y un miedo que reconozco.

- No hay que arrepentirse de luchar por lo que uno quiere, hermano. – creo que lo de llamarme hermano es alguna costumbre española que desconozco Yo te entiendo y te apoyo. Al final el más gilipollas de todos se lleva a la chica. El que no lucha, el que no arriesga... los pánfilos tienen suerte. ¿Sabes?

Dos lagrimas asoman por sus ojos. Está claro que está borracho y que le ha dado por ponerse sentimental pero entiendo que la situación no debe ser fácil para él. De repente su mirada cambia y su mano me aprieta con más fuerza de lo normal. Su boca se torna en una mueca de odio y su voz vuelve a adoptar el mismo tono amenazador del principio.

- ¿Qué tú te vas a marchar y vas a dejar a mi hermana tirada? grita escupiéndome en la cara- ¡Tu no te marchas de aquí cabrón!

Arturo intenta empujarme de vuelta hacia el salón y yo me resisto forcejeando con él. Es bastante fuerte, está claro que le viene de familia, y me cuesta mantener los pies clavado en el suelo.

- ¡Arturo para ya! ¿Estás loco o qué? ¿Qué pasa con todo lo que acabamos de hablar?
- ¡No me vas a liar la cabeza yanqui de mierda! A mi hermana nadie le deja tirada , ¿entiendes? Las cosas se hacen bien o no se hacen.
- ¿Y tu has hecho las cosas bien?
- ¿Qué mierda dices? ¿Qué estás diciendo?
- Ya me has oído. Te repunto si tu has hecho las cosas bien. ¿Has actuado bien con tu mujer? ¿Has actuado bien con Lena?
- Hijo de puta.

El puñetazo me vino sin a penas darme cuenta. Rápido y directo hacía el ojo derecho. Notaba la zona ardiendo. Sabía que se iba hinchando por momentos y seguramente terminaría con un aspecto horrible pero me daba igual. En ese momento ni sentía ni padecía y , probablemente, me lo tenía bien merecido. Fue un golpe bajo por i parte. Arturo estaba borracho, no era dueño de sus actos ni de sus palabras, pero yo no lo estaba y aun así le atacué de la peor de las maneras posibles.

Me levanté del suelo, porque me tumbó de un solo golpe, y me atusé el traje mientras me recomponía. Cuando le miré de nuevo a la cara su mirada estaba como ida y jadeaba como si hubiese corrido un maratón.

- Antes de que pudiese decirle nada Lena apareció tras nosotros.
- ¿Qué está pasando aquí?

Su cara de consternación me revolvió las entrañas. De repente, me sentí el hombre más miserable de la tierra por haber protagonizado una escena tan deplorable el día de su boda. En mi defensa recuerdo que yo no lo empecé pero sí que podría haberle puesto fin, para qué engañarnos.

- Lena puedo explicarlo...
- No le hagas caso a este miserable Lena .- me interrumpe Arturo- Don moralidad se cree en el derecho de cuestionar nuestra relación.
- ¿Nuestra relación? pregunta Lena incrédula.
- Lo sabe todo. Le gusta espiar por las esquinas. Debe darle morbo o yo que sé.

Lena se lleva la mano a la boca horrorizada , o quizás más bien avergonzada, ante la idea de que yo pudiera haberlos visto. Me dirige una mirada casi automática y yo le asiento lentamente porque se merece saber la verdad. En su rostro se puede entrever que acaba de comprender muchas cosas. Sobre todo acaba de darle sentido a la conversación que mantuvimos ayer y a ciertos comentarios que le regalé.

- ¿Entonces yo soy la única que no sabía nada?

Esas palabras no vienen de ninguno de nosotros tres. Cuando me dio la vuelta, sobresaltado, descubro que la mujer de Arturo nos observa a un metro de distancia. Lo ha escuchado todo, es obvio, y no sé cuanta culpa me corresponde a mi. Se me ha revuelto el estomago y maldigo por no haberme ido cuando tuve oportunidad. Observo a Arturo , que está mirando a su mujer horrorizado, con la cara totalmente desencajada, y observo a Lena que ha empezado a llorar en silencio. Puedo tener una ligera idea de lo que ambos sienten en estos momentos aunque , obviamente, hay que estar en su piel para saberlo de verdad. Indiscutiblemente, puestos a elegir, prefiero estar en la mía.

- Cariño puedo explicártelo , de verdad suplica Arturo.
- La que puede explicárselo todo , por fin, soy yo. Porque ahora comprendo tantas cosas... Tus continuas visitas a la casa de tus padres, tus desapariciones una vez ue estábamos aquí... Las reuniones nocturnas, de repente, cuando nunca antes las habías tenido. Tu insomnio durante toda la semana... ¿y tu? pregunta volviéndose hacia Lena- Tu no tienes vergüenza.¿De verdad has sido capaz de casarte después de todo? ¿Entonces por qué te has inmiscuido en mi matrimonio por morbo?
- Lo siento solloza la novia.
- Mas lo siento yo hija de la gran puta.
- La mujer de Arturo se va hacía el salón. No estoy muy seguro del giro de los acontecimientos hasta que una idea me ronda la cabeza.
- ¿Pero qué va a hacer? me pregunto horrorizado.

La mujer se sube al escenario, manda a DJ apagar la música y micro en mano exclama que la novia es una puta y que se acuesta con su marido. Acto seguido se baja del escenario, muy dignamente, y se marcha de la celebración. Puedo sentir el revuelo que se ha formado tras el anuncio pero no me asomo para comprobarlo. Pienso en Laura y siento el impulso de ir a buscarla. Se va a quedar destrozada, lo sé. ¿Y sus padres? Madre mía pobre padres... pero no soy yo quién debe consolarles. Ahora Tom está con ella y yo sobro. Bastante tienen ya con lo que se ha montado

, y con explicar quién es Tom, como para que yo también me meta por medio. De acuerdo, ya me he metido. Pero lo hice por una buena causa, lo hice por ella y por privarla de la vergüenza y de la humillación. En cualquier caso sé retirarme a tiempo y es lo que debía hacer.

Mi vuelo sale a la hora prevista. Ni un minuto más ni un minuto menos. Como si el cosmos pudiera intuir mi necesidad imperiosa de huir y se alineara para que, por una vez en la vida, un avión despegara en hora. Y así fue, no hubo más. Así deje atrás el caos en que me había sumido. Así dejé a Laura, el amor de mi vida. Así huí y no miré hacia atrás.



CAPITULO 40: UNA DESPEDIDA POR TODO LO ALTO

Han pasado dos meses desde el circo de la boda de Lena. Toda una vida planeándola para que , en cinco minutos, se fuera todo a la mierda. Desde entonces había pasado por todos los estados de ánimo habidos y por haber. Por la ira, casi ahogo a la novia con mis propias manos. Quizás se me fue la cabeza, lo admito , pero enterarte de que tu mejor amiga , a punto de casarse, se ha estado cepillando a tu hermano es muy heavy. Lo de mi hermano tampoco tiene nombre. Engañando a su pobre mujer que había dejado todo para quedarse con él en un país que no era el suyo. Lejos de su familia y amigos. Y todo por amor. El amor... ese es el problema. El amor tiene la culpa de todo. Es el que nos vuelve subnormales y nos hace cometer las peores de las locuras. El caso es que sentí tal impotencia cuando me enteré de todo que me lancé hacia Lena cogiéndola por el pescuezo y se lo retorcí sin piedad alguna. Si mi padre no me hubiera cogido a volandas con su fuerza bruta la hubiera ahogado y ahora estaría en la cárcel. Es muy fuerte. Después vino la depresión. Me tiré semanas llorando a moco tendido, mientras fingía una gripe incurable, atiborrándome de pasteles y de gominolas. Tragándome las películas más cursis de la historia como si yo hubiera sido la protagonista de la movida. Después vino la desesperanza, pensaba que a mi me pasaría lo mismo, que el amor era una mierda, que nadie me querría jamás porque los tíos eran imbéciles ... en fin, una estampa. Cuando llegó la aceptación conseguí retomar mi vida y mi rutina. Menudos

merecidos llevaba. Cuando volví a la oficina habían personas a las que ni recordaba, de verdad lo digo, no sé cuanto tiempo pasé fuera en total pero fue demasiado. La superación no llegó nunca... quiero decir que aun no ha llegado y dudo que lo haga. Desde aquel día hay un antes y un después en mi vida. ¿Lo mejor de todo? Que no tuve tiempo para pensar en Gabriel. Bueno, para ser sincera diré que afirmar que no pensé en él no es del todo cierto, porque si que lo hice, pero quiero decir que lo controlé mejor que a mis propias emociones. El día de la boda no tuve oportunidad de despedirme de él, se fue sin avisar, y no se lo tengo en cuenta porque la visita sorpresa de Tom no se la esperaba nadie. Si yo hubiera estado en su lugar y amiguita hubiera aparecido en la boda fijo que me las apaño para hacerla desaparecer sin levantar sospechas. Porque yo cuando quiero puedo ser muy chungueta. El caso es que se marchó y no volví a saber de él. Todo lo que se montó después contribuyó a que no me parase a pensar en lo que había sucedido con él, con Tom y conmigo. Casi lo agradezco porque, la verdad, es que no estaba preparada para afrontar lo que se me venía encima. Vamos a ser sinceros, soy una cobarde integral, si, y llevaba retrasando lo de poner mi vida en orden años, si, así que esta historia de la boda me vino de perlas y lo aproveché. Lo aproveché para seguir poniendo excusas, para seguir escondiéndome en mi guarida, ósea mi humilde morada, para seguir lamentándome por mierdas que no tenían si quiera sentido, etc, etc, etc.... Que lo mío con Tom se tenía que terminar era obvio. En el momento en el que traspasé las fronteras carnales, por ponerme fina, con Gabriel sabía que lo mío con Tom nunca volvería a ser lo mismo. Porque cuando yo me entrego a alguien, cuando yo quiero de verdad, soy incapaz de fijarme en nadie más y muchísimo menos de acostarme con nadie. Así que le dije que lo sentía mucho pero que tenía que irse por donde había venido. Casi lo subo yo misma al avión para asegurarme de que se marchaba. No protestó demasiado, se ve que tampoco estaba tan interesado como decía. Yo qué sé... que menos que unas lagrimitas o algo. Si por poco me da las gracias por irse. No me volvió a escribir, ni a llamar ni a nada pero no me avergüenza decir que me escondí en más de una ocasión para no encontrármelo por el edificio. Hasta el momento había conseguido rehuirlo sin problemas pero no imagino como sería encontrármelo de frente. La despedida fue tan fría, tan vacía... el estaba tan vacío que no me apetecía mirarlo a la cara. Lo que si que hacía era espiarlo por la ventana. Lo admito. Tenía tanto tiempo libre mientras me recluí en mi piso que me había aficionado a controlar cuando salía o cuando entraba y, por qué no decirlo, si traía o no compañía. Ahora entenderéis por qué quise volver a la rutina de un día para otro. Por mi y por mi salud mental, más por lo segundo.

En la oficina todo seguía como siempre excepto que Gabriel no estaba y que, por desgracia, se hacía patente. El resto de compañeros me miraban embobados como si yo fuera alguien importante. Un famoso al que te cruzas en una tienda o por la calle. Yo les deseaba el mal a todos, el karma se va a cebar conmigo, pero es que no podía evitar sentirme agobiada, incluso coincida, con sus miradas y sus cuchicheos. Ya ni si quiera disimulaban cuando se cruzaban conmigo. Hablaban sin más y ya está. Algunos se reían y a mi me daban ganas de cogerles por el cuello pero desde la ultima vez me había prometido a mi misma dejar a un lado la violencia. Indiscutiblemente me estaban perdiendo el respeto y yo, en un alarde de soberbia, había convocado una reunión interna para inventarme tareas de máxima urgencia y cargarlos aun de más trabajo. Yo y mis brillantes ideas.

Pero Susan seguía siendo tan leal como siempre y me conmovió cuando se acercó para ver cómo me encontraba. Había elegido bien a esta chica.

- Buenos días Laura- me saludó con voz tibia- ¿Te encuentras mejor?

- Si, Susan, gracias- le dediqué una sonrisa muy sincera- Estoy fenomenal.

- Me alegro de oír eso. Aun así, si necesitas cualquier cosa, aquí me tienes.

Me sonrió antes de marcharse y en sus ojos pude ver sinceridad. Había tan poco de eso últimamente en mi vida que me emocioné tontamente. Dos lagrimones rodaron por mis mejillas y me sonrojé ante la idea de mostrarme aun más vulnerable ante mi secretaria.

- Lo siento, lo siento. Aun estoy un poco constipada y, ya ves, me lloran los ojos no lo puedo controlar.

Sabía que a ella no la podía engañar. Cuando la elegí para el puesto lo hice porque era avispada, perspicaz y muy intuitiva, además de que tenía un sistema de organización espectacular que siempre he querido copiarle la verdad, así que quise escapar de su mirada analítica y me levanté para irme corriendo al baño y esconderme allí. El problema fue que no vi el cable de la impresora, que sobresalía algo más de lo normal, y enganché el tacón de mis Manolos, que por cierto eran cortesía de Gabriel, y acabé dando de bruces contra el suelo.

- ¡Laura! ¿Estás bien?

La cara de mi secretaria era un poema pero la mía debía de estar, literalmente, peor porque me había golpeado tan fuerte en la frente que me toqué instintivamente para ver si chorreaba sangre.

- Ostia tremenda Susan...

- Los de informática estuvieron con el mantenimiento de la impresora ayer y debieron dejar el cable mal colocado- se disculpó mientras me tendía las manos para levantarme- Lo siento mucho Laura.

- No te preocupes- dije espatarrada desde el suelo- Hay cosas que duelen más.

Mi secretaria me miraba desde arriba, un poco tensa, intentando disimular que había algo que me quería contar.

- ¿Qué pasa Susan? ¿Hay algo que me quieras contar?

- Es que... es que no sé por dónde empezar- contestó con voz temblorosa.

- Susan, habla.

- Tengo dos noticias. Una mala y otra...

- ¡Buena! ¡Empieza por la buena!

- Es que ninguna es buena Laura...

- ¿Entonces? ¿Por qué dices que tienes dos noticias?

- Una es mala y otra es menos mala.

- Me cago en la puta empieza por la menos mala.

Aunque estuviera sensible seguía siendo mujer de poco aguante. Eso nunca lo iba a poder cambiar. Ya sabéis que cuando me pongo nerviosa, que es casi siempre, mi lengua se suelta y empiezo a soltar palabras mal sonantes. Estoy trabajando en ello pero es difícil cambiar tu esencia.

- Esta mañana ha llegado el artículo que esperábamos para el número especial de este mes.

- ¿Y qué tiene de malo?- contesté desubicada.

- Es el artículo de Gabriel.

Pues sí que era una noticia no tan buena porque solo la mención de su nombre me hizo dar un vuelco al corazón. Cierto es que había pensado en él con asiduidad, sobre todo desde que había vuelto a la oficina, pero no estaba preparada para escuchar a otra persona nombrarle. Terminé de levantarme del suelo, si iba a hablar de él quería hacerlo con dignidad, y me senté frente a mi escritorio porque esa mesa siempre me hacía crecerme o lo juro. Guardé unos minutos de silencio, pero no por hacerme la interesante ni nada, necesitaba recomponerme de los efectos que esas palabras habían causado en mí. Cuando me vi con fuerzas garraspe y hablé.

- Vale. Bien. Envíamelo.

Fui escueta, si, porque no necesitaba decir más. lo que necesitaba era leerlo de una maldita vez y acabar con este puente que me unía a Gabriel involuntariamente.

- ¿Te doy la otra noticia?- pregunto con miedo. Asentí porque no podía haber nada en el mundo que me perturbase más que haberme topado con la realidad de Gabriel- Se te ha caído un diente.

Se tapo la cara, después de soltar esas palabras que resonaban por toda la habitación, engurruñendo el gesto. Al principio la oí sin escucharla, o la escuché sin oírla, nunca sé como es el dicho. El caso es que ni si quiera asimilé que esas palabras eran para mí. Que yo, señores, era la receptora y por tanto a quién le faltaba un puto diente.

- ¿Qué cojones eztáz diciendo?

Me tapé la boca horrorizada y palpé con la lengua el hueco vacío de mipreciado diente. ¿De verdad podía una persona perder un diente por la cara? Creía que eso solo pasaba en una jodida película y, ahora, aquí estaba con un diente menos. ¿Y ahora qué? ¿Se podía seguir viviendo así? ¿Mellada? ¿Iba a morirme o algo? Eran demasiadas incógnitas para algo tan pequeño como un diente.

- Llamaré al servicio médico para que te den cita.

- ¡No joder! No quiero que todo el puto mundo ce entere de que eztoy mellada. Qué me falta un puto diente. Que las unicz perzonas que conozco a laz que le faltan dientez zon loz yonquiz. ¿Y por qué coño hablo azi?

La desesperación me inundaba por momentos, demasiado rápido además, y yo ya había perdido totalmente la compostura. No sé cuantos improperios solté por mi desdentada boca pero Susan ni si quiera hizo el amago de reírse, estaba sorprendida con su reacción, yo llevaría ya diez minutos en el suelo descojonándome de la risa.

- Creo que seseas por la inflamación o quizás porque el aire se escapa por el hueco del diente- dijo con cautela.

Yo la miraba totalmente pasmada sin saber muy bien cuál era el siguiente paso que debía dar.

- Me cagó en todo. Añadí.
- Nunca entenderé la manía que tenéis los españoles en cagaros por todos lados.
- Zuzan , por favor, he perdido un diente. ¿Me puezde dejar que me cague en lo que me de

la gana?Graciaz.

Decidí que no tenía ganas de seguir siendo la comidilla de la oficina y que si por cualquier motivo me escuchaban hablar así me perderían el poquito respeto que me tenían así que me marché a casa para intentar solucionarlo todo desde allí. Claro, lo ideal hubiese sido no haberme cruzado con nadie por el camino pero algo muy chungo debo haberle hecho a alguien en la vida para que el karma me tenga tanta inquina. Por eso cuando llegué al ascensor de casa, y se abrieron las puertas, me encontré con Tom de bruces. Iba muy bien vestido y bastante perfumado. Reconocí ese olor tan familiar que me había despertado tantísimas veces por las mañanas. Si, sentí un pinchacito en el estómago pero creo que es totalmente normal. Tom no se perfuma tanto si no va a trabajar o a una cita y dadas las horas, y las circunstancias, debía ser más lo segundo. Cuando nuestras miradas se cruzaron noté que en sus ojos se podía entrever algo de nostalgia pero en cuanto empezó a hablar la cagó , como siempre.

- Laura, ¿Qué tal estás? Empezaba a creer que te habías mudado como nunca se te ve...

Yo lo conozco muy bien y sé que en esa frase, de tan pocas palabras, me está lanzando muchas pullas. Por ejemplo que se me ve poco porque salgo poco ya que mi vida social es una mierda o , peor, inexistente. Me hubiera gustado contestarle muchas cosas pero sin diente me niego . Solo me faltaba eso.

- No quería molestarte. Me alegro mucho de verte. Creo que nos quedaron demasiadas cosas que decir Laura. – sigo sin contestar pero alucino pepinillos con que me esté diciendo eso Entiendo que no e apetezca hablar conmigo pero las cosas deberían zanjarse como Dios manda.

Su móvil comenzó a sonar y yo, que estoy muy bien de la vista, pude ver el nombre de una tal Shirly en la pantalla. Me acordé de la única Shirly que yo había conocido. La dependienta de la tienda de ropa donde Gabriel me había llevado en nuestra primera salida. Otro pellizco aun más grande se me agarró al estómago. No dije nada y dejé que el imbécil de Tom siguiera con su discurso absurdo.

- Laura, siempre actúas como una niña pequeña. Estas no son maneras de solucionar los problemas. Tienes que aprender a dejar de esconderte y de rendirte cuando las cosas se ponen difíciles. Cariño... dice acercando una mano hacía mi rostro- Sé que no soy el hombre perfecto pero sabes que te quiero.

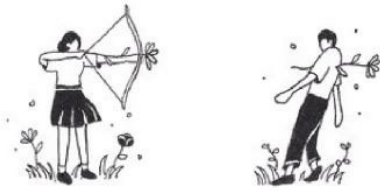
Alguien abrió la puerta del portal tras nosotros. Era una chica rubia, de unos veintipocos años. Iba bastante fresquita para el frío que hacía en la calle pero eso era algo normal en Nueva York.

- Tom llevo llamándote un buen rato. Sabes que no me gusta que me hagas esperar. Tengo el coche mal estacionado, ¿nos vamos ya?

No, no era la Shirley de Gabriel , pero por lo visto si era la de Tom. Lo miré y sonreí. Una sonrisa de agotamiento mental pero también de qué cabrón eres y te he vuelto a pillar.

- Laura... - Comenzó a decir con cara de estúpido.
- ¡Ah! ¿Me has bajado la chaqueta azul? - preguntó la tal Shirley.

Le metí una hostia que le crucé la cara. Necesitaba desahogarme y la verdad es que la situación me vino de perlas para descargar emociones contenidas. La pobre Shirley se tapó los labios inflados de botox, en un gesto demasiado sobreactuado, y corrió a socorrer a su pobre infeliz. Yo me metí en el ascensor y los fui perdiendo de vista mientras se cerraban las puertas. Creo que le aticé en la nariz y unas gotitas de sangre gotearon manchando el reluciente suelo de mármol de nuestro portal. No me arrepentí , ni me arrepiento , lo más mínimo. A él no se lo expliqué porque no merecía la pena gastar saliva con él y menos aun esfuerzo. También porque estaba mellada y mi discurso hubiera perdido mucho . Pero a vosotros si que os lo explico. Le pegué por cobarde, por mentiroso y por cabrón. Veréis... En primer lugar me dice que me echa de menos, intenta desequilibrar mis emociones nuevamente, pero resulta que a quedado con un zorrón de veinte años que, además, ha pasado la noche en su casa o directamente vive allí porque si no no le hubiera pedido que le bajara la chaqueta azul. Esa puta chaqueta que reconocí porque cuando llegó de su último viaje , ya estábamos mal, la traía bajo el brazo. Pensé que era nueva. No la inspeccioné de cerca si reconocí que fuera de mujer porque era una americana normal y corriente y él las usa muy ceñidas. Para colmo está el número de esa tal Shirley. Un numero muy peculiar porque está compuesto por tres parejas de números repetidos además del prefijo. Cuando sonó la llamada y vi el nombre de Shirley reconocí el número. En definitiva, ese cabrón llevaba viéndose con la rubia meses. Había estado quedando con ella mientras estábamos juntos y , seguramente, su ultimo viaje y el hecho de que estuviese en la ciudad sin avisarme tenía algo que ver con ella. Y el muy cabrón me había dejado sufrir, me había dejado creer que la culpa de que todo se fuera a la mierda era mía, me había dejado sentirme mal por lo de Gabriel y , sobre todo, había hecho que lo mío con el no saliera bien. Odiaba a Tom ahora mismo con todas mis fuerzas pero el tortazo que le había dado ayudaba bastante.



CAPITULO 41: EL FINAL

El viernes por la tarde mi diente había sido repuesto y decidí sacarlo a pasear. Me sentía pletórica. Sacar a Tom de mi vida se asemejaba a deshacerse de una presión de cuarenta kilos que te aprisiona el estómago. Pero el guantazo que se había llevado había sido decisivo. De repente veía la vida de otro color o , quizás, la veía directamente a color. Si, eso era. Hasta el momento todo había sido en blanco y negro. Triste y apagado. Pero en color las cosas se veían mejor. Todo brillaba más así que el proceso de selección de estímulos era más sencillo. Cuando a saqué a pasear a mi diente también lo hice con mis emociones. Las saqué a pasear por Central Park , que siempre me había venido muy bien para ponerlas a rayas, y tomé mi tiempo para sentarme a sentir el aire frío en la cara. Mi boca seguía un poco sensible y dolía pero sarna con gusto no pica, eso decía mi abuela. ¿ Es normal que todo te recuerde a una persona? Pues a mi me pasa. Todo me recuerda a Gabriel. Hasta las hojas de los árboles, un poco amarillas por el cambio de temporada, me recordaban a él. A como me decía que desde la habitación de mi casa , en España, parecía que viviera en el mismito Central Park y que ya entendía por qué me gustaba tanto poder contemplarlo desde la ventana de mi apartamento. El canto de los pajaritos me hacía pensar en las peleas taurinas porque siempre se levantaba antes que yo y abría las ventanas de la habitación, para airearlas decía como si fuera una abuela, y a mi me despertaban los pájaros y me ponían de muy mal humor. Gabriel siempre fue muy madrugador y nunca se acostumbro al horario español . Me senté frente a uno de mis lagos preferidos, el que menos abarrotado de gente solía estar, y me dejé consumir por la pena de haber sido tan miserablemente. Ahora lo sabía, ahora que Tom ya no bloqueaba mis sentimientos ni mis pensamientos, Gabriel había sido lo mejor que me había pasado en la vida y lo había dejado escapar. Peor aun, lo había echado de mi vida y lo había menospreciado en reiteradas ocasiones. Estaba de mierda hasta arriba y siendo sincera yo jamás me hubiera resonado pero deseaba muchísimo tener la oportunidad de explicarme, al menos. Había estado controlando sus últimas conexiones y no abría su aplicación de mensajería desde hacia semanas , cosa totalmente inexplicable, por lo que empezaba a sospechar que quizás habría cambiado de móvil. Pero... ¿Enserio habría hecho eso solo para evitarme? Llamarle no era una opción, soy demasiado cobarde para hacerlo, y cualquiera que me conociera un poquito lo sabría. Lo ideal hubiera sido encontrármelo por la calle, como tantas otras veces había sucedido cuando quería evitarle, en ese caso no habría dejado escapar la oportunidad de darle una explicación. Si después de abrirle mis sentimientos quería pasar de mi de cuadrado pero al menos necesitaba desahogarme y explicarle que era el mejor hombre del mundo y que sentía no haberme dado cuenta de que estaba enamorada de él. Qué seguramente no le merecía pero que si me daba una segunda oportunidad intentaría compensarle con creces.

Mientras fantaseaba me había levantado y había continuado mi camino hacia el Terrace's Bar. Mis pasos siempre acababan allí al final y sentí una nostalgia enorme al recordar el día que le había visto con Ginebra. Yo estaba con Tom y sentí unos celos increíbles al creer que había algo entre ambos. ¿Cómo había sido capaz de ignorar tantos sentimientos y tantas evidencias? Jamás entenderé el funcionamiento de mi mente. Creo que no tengo razonamiento alguno. Y Ginebra... qué injusta había sido con ella. Hasta la había bloqueado del WhatsApp. Saqué mi teléfono móvil para desbloquearla justo cuando vi que un chico rubio, con unas gafas de sol y una capucha, se sentaba en una de las mesas de la terraza. Era él. Era Gabriel. El destino lo había puesto frente a mis narices para darme una segunda oportunidad, o quizás para que dejase de quejarme de una vez por todas. Le miré nerviosa. El no me había visto a mi y ni si quiera se había sentado hacia donde yo estaba. Dudé unos instantes pero sabía que era lo que tenía que hacer. Ahora o nunca.

Justo cuando me disponía a dar el primer paso una voz habló a mi espalda.

- Laura.

No fue una pregunta si no más bien un llamamiento. Como si la persona en cuestión no se sorprendiera de verme allí. Era Ginebra, hablando del rey de Roma por la puerta asoma, que me miraba tras sus ojos azules y vivos, y los brazos cruzados sobre su pecho.

- Ginebra, hola. Justo estaba pensando en ti.
- ¿De verdad? – su tono era un poco frío, al igual que su mirada, pero era normal teniendo en cuenta las circunstancias.

Estaba pensando en lo injusta que había sido contigo y en que te debía una disculpa. Además mirado mostrándole la pantalla del móvil- estaba a punto de desbloquearte de whatsapp .

Ginebra me mira fijamente , como si yo fuese la tía más tonta del planeta, y después de unos minutos deja escapar un suspiro de exasperación.

- ¿Qué haces Laura?
- Enseñarte la pantalla de mi móvil para que veas que
- No me interrumpes- Me refiero a qué estás haciendo aquí, qué estás haciendo con Gabriel.

La miro dubitativa. No entiendo muy bien qué me quiere decir. Su mirada es más dura por momentos y me siento casi intimidada. Entre su enormes ojos penetrantes y su apariencia de dura me tiene acojinada.

- Lo he visto y quería hablar con él...
- ¿En serio? ¿De verdad crees que aun tenéis cosas de qué hablar?
- Pues si la verdad...
- No me interrumpas de nuevo- Déjame que yo te diga cual es la verdad. La verdad es que lo has destrozado tía. Lo has montado en una puta montaña rusa en más de una ocasión hasta que lo has mareado tanto que ha vomitado todos sus sentimientos hasta quedarse vacío. Y la verdad es que , para los que nos hemos quedado a su lado, no ha sido fácil conseguir equilibrar su estado emocional y , que al menos, pueda salir de su agujero y hacer una vida medianamente normal.

Ella hace una pausa , como para coger aire, y yo me paso la lengua por las comisuras de mi boca como siempre que me encuentro nerviosa y no sé qué carajos decir. Pero Ginebra me resulta un tanto injusta porque esto no ha sido fácil para ninguno de los dos , la verdad, y nunca lo vi tan afectado. En realidad creo que el problema fue ese. Siempre pensé que esto no era más que un juego para él, un capricho, y que se le pasaría con el tiempo dejándome a mi sumida en la mierda. Nunca veo lo que tengo delante de mis narices. A las pruebas me remito.

La verdad es que ya está bien, Laura, ya basta. Ahora que Gabriel está levantando cabeza me resulta ilógico que vengas a tocar las narices.

- ¿Qué quieres decir...?
- Quiero decir que a no ser que vengas a jurarle tu amor eterno y a prometer que te quedarás para siempre mejor vete por donde has venido.

Ella sigue mirándome con los brazos cruzados y una expresión de hastío en la boca. Yo no sabía que contestar y el silencio se me iba haciendo cada vez más incómodo, la verdad. Al final hablé porque ya no me quedaba más remedio y quería poner fin a la situación.

- Ginebra siento mucho si le he hecho daño a Gabriel alguna vez, o a ti, pero jamás ha sido mi intención. La situación fue muy extraña y no supe gestionar mis emociones ni mis sentimientos, nunca he sabido hacerlo, pero todo lo que hice fue con el corazón.
- ¿Lo dices en serio? Nunca has hecho nada con el corazón. Te conozco poco pero me atrevo a afirmarlo. Tú solo haces las cosas con esto dice señalándose la cabeza- Por eso eres tan fría tía.

Unas lágrimas amenazan por salir a la luz y yo intento absorberlas con todas mis fuerzas. Llorar es algo que no me gusta hacer en publico, odio parecer vulnerable aunque creo que ya me había dejado bastante en evidencia. Una sensación extraña, desconocida, comenzó a subir por mi estómago. Creo que era culpa, remordimientos y frustración. Todo en uno. Pues lo mismo si que era la culpable de todo y había algo de intención en los hechos. Puede que esa manía mía por apartar todo lo que me importa hubiera resurgido de nuevo. O puede que el miedo a lo desconocido se hubiera apoderado de mi. Algo muy entre las personas si lo piensas. Al final no aguanté más y comencé a llorar como una desconsolada.

- La he cagado Ginebra, la he cegado y estoy de mierda hasta arriba. Quise ignorar mis sentimientos hacía Gabriel por Tom, porque no quería ser una cabrona , porque quería hacer lo correcto, y al final Tom ha resultado ser un cerdo de mierda que me engañaba dígo sorbiendo los mocos por la nariz- Y a Gabriel le he destrozado el corazón.

Me dejo caer en un banco cercano mientras algunos turistas me miran pero me da igual. Ser observada , ahora mismo, no me importa. Mi mundo se ha derrumbado a una velocidad pasmosa y no he podido hacer nada para remediarlo. Era abrumador.

- ¿Qué he hecho tía? ¿Qué es lo que he hecho?
- Bueno ya vale- contesta Ginebra sentándose a mi lado. Su tono ahora es más amable y lo agradezco- Lo que no has hecho es matar a nadie así que dejemos el drama.
- No puedo ... me duele el corazón. Me duele, ¿lo entiendes? Él era maravilloso pero yo empeñé en verle como el malo cuando , en realidad, Tom era el cabrón. ¿Recuerdas el día que lo vimos salir de un hotel ? Había quedado con una tía de veinte años. Llevaba meses viéndose con ella y , encima, tuvo la cara dura de querer arreglar lo nuestro.
- Los tíos son unos mierdas creo habértelo dicho en alguna ocasión.
- Si. Pero Gabriel no era así.
- Gabriel también ha sido así. Todos los son cuando no encuentran a la persona correcta.

La miré con los ojos nublados en lagrimas y el rímel corrido por toda la cara. Parecía una adolescente recién levantada después de una noche de borrachera con una resaca de esas que te taladran las sienas. O peor, una pobre prostituta adicta al crack después de ponerse hasta arriba.

- ¿Crees que yo era esa chica para Gabriel? pregunté pasmada y horrorizada a la vez.
- Puede. Aunque si nos remitimos a los hechos parece ser que no añadió al ver que volvía a sumirme en mi llorera.

Pasó una mano sobre mis hombros y el calor humano me reconfortó un poquito. Llevaba tantos

días, meses, a portada de todo que ya no sabía lo que era sentirse cerca de alguien. Me arrepentí muchísimo de haberla perdido como amiga. Menuda persona de mierda estaba hecha.

- Escúchame Laura. He quedado con Gabriel en unos minutos, por eso está sentado ahí solo, voy a retrasarme diez minutos más para darte tiempo.
- ¿Tiempo para qué?
- Para que decidas qué es lo que quieres hacer. Tienes dos opciones, o haces lo mejor para ti te acercas e intentas hablar lo vuestro ; o te levantas y te marchas para poner distancia y dejar que vuestras heridas cicatricen. Decidas lo que decidas aquí me tendrás si tu quieres.

Puso una mano sobre mi pierna y apretó con delicadeza. La miré directamente a los ojos y juro que encontré algo de paz. Estaba segura de que hiciera lo que hiciera aceptaría su oferta de comprensión y amistad. Aunque no me lo merecía nada. Ginebra se levantó y se marchó. Sabía que se alejaría lo suficiente para darme mi espacio y que pudiera decidir qué hacer. Vaya ironía de la vida. Normalmente necesito un tiempo infinito para decidirme con las cosas más simples y absurdas y ahora tenía solo diez minutos para decidir mi destino. ¿Qué debía hacer? Ser egoísta y correr a por lo que más ansiaba ahora mismo o ser justa con las consecuencias y marcharme de allí. Lo único que tenía claro era que eligiese lo que eligiese corría riesgos inevitables.

Me parece que solo necesité cinco de los diez minutos para decidirme. Digamos que una idea, de esas, fugaces, que te atraviesan la mente disiparon todas las dudas y todos los miedos. Por eso me levanté, respiré hondo y me di la vuelta para marcharme por donde había venido.

The End

EPÍLOGO

Laura lleva más de media hora dando vueltas por la habitación. Esta nerviosa. Sabe lo que se juega. Ha estado practicando bastante pero nada te prepara para el primer día. No deja de repetirse que debe calmarse, ella está preparada para esto, esta es su ilusión y no ha dejado de pensar en otra cosa desde entonces. Ha pasado un año desde que lo dejó todo para embarcarse en esta aventura. No tiene claro cual fue el momento exacto en el que lo vio con nitidez. Quizás fue después de tragarse todas esas películas románticas que le habían ayudado a pasar su duelo. O a lo mejor fue por esa obsesión que tenía por la decoración y las revistas. Lo que está claro es que no era feliz en TWT y necesitaba dar un giro drástico a su vida. Y ahora, aquí estaba, a punto de inaugurar su empresa de eventos. Y con una boda nada menos. Le habían comentado que eran clientes muy importantes y por eso se sentía tan presionada. Quería y debía hacerlo bien. De cómo salieran las cosas dependería su futuro laboral. Ella, más que nadie, sabía de la importancia de la inclusión social.

Quedaban menos de cinco minutos para que el cliente apareciese por la puerta así que Laura se miró a un espejo que tenía colgado en la pared y se atusó el vestido. Estaba perfecta. El look perfecto. Sus años en la revista le habían otorgado mucha sabiduría y muy buenos contactos. Si no hubiera sido por ellos no estaría esperando a este cliente ahora.

La campanilla de la puerta sonó, indicándole que la persona a quién esperaba había llegado, y Laura respiró hondo y sonrió.

Vamos allá.

Salió de la trastienda con la mejor de sus sonrisas y saludó a la mujer que miraba , maravillada, lo que tenía alrededor.

- Buenas tardes soy Laura Sola. Bienvenida.
- Este lugar es increíble.

La mujer vestía de una manera exquisita. Su poder adquisitivo podía incluso respirarse gracias al

carísimo perfume que llevaba puesto. Un coche la esperaba con el chofer en la puerta y Laura podía verlo a través del cristal. Sin duda su contacto no había exagerado.

- Gracias señora. Lo cierto es que acabamos de abrir, supongo que eso también influye en la buena imagen.
- Tonterías. Tienes buen gusto. Creo que he venido al lugar exacto.

La mujer daba vueltas por la estancia ojeándolo todo con mucho detenimiento . Contra más la observaba más familiar le parecía pero eso era muy normal en Manhattan. Todo el mundo , o casi todo, ha salido en las revistas o ha estado en el punto de mira. Laura intentaba hacer memoria , odiaba no acordarse de las cosas , y no iba a darse por vencida. Tarde o temprano le vendría a la cabeza.

- Si le parece tomamos asiento y me cuenta lo que necesita.
- Claro.

Las dos mujeres se sentaron alrededor de la mesa que Laura había dispuesto para sus clientes. Abrió el portátil para tomar notas y siguió pensando en lo familiar que le resultaba la desconocida.

- Usted dirá...
- Quiero celebrar una boda. En casa. Al aire libre.
- Estupendo. Eso nos dará mucho juego. Podemos hacer cosas maravillosas al aire libre.

Laura distribuyó unas revistas sobre la mesa, frente a la mujer, mientras bendecía su suerte. Organizar eventos al aire libre era lo más sencillo y lo que más ilusión le hacía. Sin duda podría hacer un trabajo maravilloso y hacer ver su valía.

- Tranquila no necesito ojear revistas. Lo tengo todo aquí dijo señalándose la cabeza- Lo

cierto es que organizar eventos es lo que mejor se me da. Pero dada la implicación que tendré en esta ocasión necesito delegar en la persona adecuada. Tengo demasiada relación con el resto de empresas de Manhattan por eso me he decantado por alguien nuevo , fresco, para que nadie pueda relacionar su estilo con ningún otro evento de la ciudad. ¿Me entiende querida?

Entonces a Laura se le iluminó la bombilla. Lo tuvo claro. Reconoció a la mujer al instante y no solo eso si no que además deseó con todas sus fuerzas que no hubiera sido ella. Un sudor frío le recorrió la espalda y se le erizaron todos y cada uno de los pelos de su nunca. Se pellizó el antebrazo. Con suerte sería tan solo un sueño, un desvanecimiento por los nervios, pero no fue así. Aquello era tan real como lo que se le venía encima.

- Entonces qué muchacha, ¿Preparamos el contrato?

Y Laura sintió lentamente , claro, porque no podía decir que no. Eso hubiera supuesto un suicidio social que no podía permitirse bajo ningún concepto. Así que cogió el portátil que tenía preparado, buscó la plantilla que ya tenía redactada y la imprimió para que la mujer rellenara sus datos. Tardó a penas diez minutos en sentenciar su destino. Qué curioso... pensó Laura... Justo como la primera vez.

Cuando la mujer se hubo marchado bebió agua, hasta dos vasos, pero nada conseguía disipar la sequedad que sentía en la boca. Estaba nerviosa, alterada, su corazón se había acelerado incluso más que una hora atrás cuando esperaba que su primer cliente cruzara la puerta. Intentaba pensar en lo que se le venía encima pero era imposible de imaginar. Podría haber intuido lo peor y se quedaría corta. De repente, y sin saber por qué , solo le apetecía una cosa. Buscar el artículo que Gabriel había escrito sobre ella y que jamás se había atrevido a leer.

